

Sinceramente Ben

Bill Konigsberg

Sinceramente Ben



Bill Konigsberg

Kakao  books

Índice

[Gracias](#)

[Sinceramente Ben](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

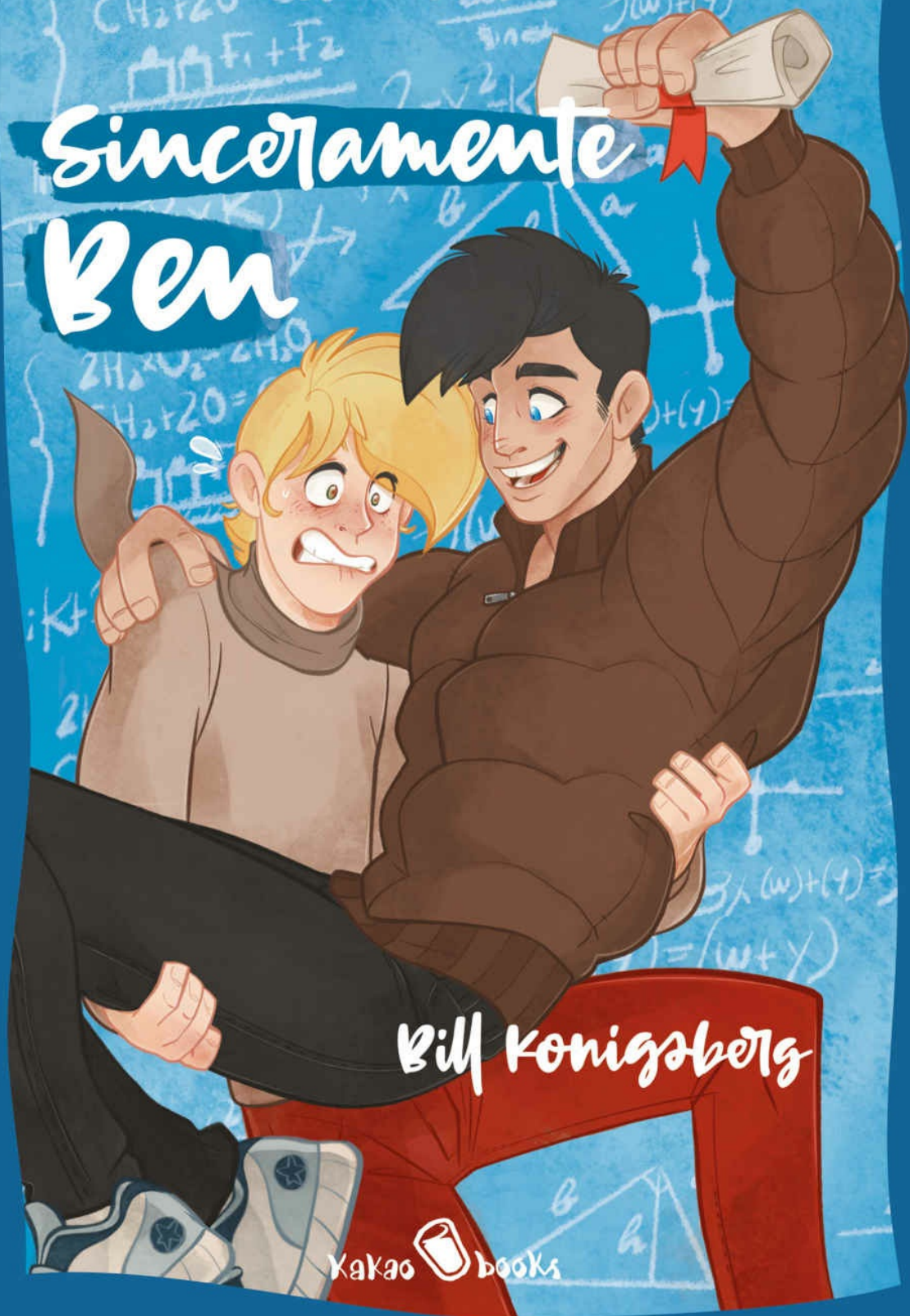
[48](#)

[49](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Sinceramente Ben



Bill Konigsberg

Kakao books

Gracias

¡Te damos las gracias por adquirir este libro electrónico de **KAKAO BOOKS** ! Para recibir información sobre novedades, ofertas e invitaciones, [suscríbete a nuestra lista de correo](#) o visítanos en www.kakaobooks.com .

KAKAO BOOKS es un proyecto totalmente independiente. Traducir, editar y distribuir este tipo de libros nos cuesta mucho tiempo y dinero. Si los compartes ilegalmente, dificultas que podamos editar más libros. La persona que escribió este libro no ha dado permiso para ese uso y no recibirá remuneración alguna de las copias piratas.

Intentamos hacer todo lo posible para que nuestros lectores tengan acceso a nuestros libros. Si tienes problemas para adquirir un determinado título, contacta con nosotras. Si crees que esta copia del libro es ilegal, infórmalos en www.kakaobooks.com/contacto .



Sinceramente Ben
(Honestly Ben)
Bill Konigsberg

Para Chuck Cahoy, siempre. Aunque no te conocí de adolescente, tu voz dio vida a Ben, y por ello te estaré eternamente agradecido. Y también por todo lo demás en mi vida.





Según el instructor de natación del gimnasio Gilford, tengo menos flotabilidad que cualquier otro ser humano que él haya visto.

A mi hermano Luke y a mí nos regalaron una clase de natación a cada uno por Navidad, más que nada porque Luke quería aprender. Yo no estaba seguro de que necesitara añadir natación a mi vida, pues me he apañado bastante bien sin saber durante diecisiete años. Además, afuera estábamos como a menos dieciséis grados, así que la idea de ir en bañador, aunque fuera en interior, no era muy apetecible. Le ofrecí mi clase a Luke, pero él quería que la hiciéramos juntos, así que le di una oportunidad.

El instructor, quizás un par de años mayor que yo, tenía una barba densa en la que se podría esconder una familia de gorrones.

— No hay que tenerle miedo al agua. Todo el mundo flota, más o menos. Es el principio de Arquimedes — dijo él, y yo resistí el impulso de corregirlo diciendo «Arquímedes». Cuando eres alumno de un internado pijo, es mejor no parecer un sabelotodo durante las vacaciones de invierno.

Nos hizo patalear hasta la zona profunda agarrándonos a las tablas de natación, pero entonces nos las quitó y todos nos asimos del borde de la piscina como si estuviéramos suspendidos sobre el Gran Cañón. El instructor nos mostró cómo patalear en el agua; era parecido a montar en bicicleta, excepto que, si te caes, te ahogas. También nos enseñó que, si por algún motivo acabábamos en el fondo, podíamos usar los brazos y las piernas para impulsarnos hacia arriba. Después, de uno en uno, nos dijo que nos soltáramos del borde.

— Veréis cómo se activa vuestra flotabilidad natural y perderéis el miedo — prometió.

Yo era el último de la fila y, aunque con algunos el instructor tuvo que insistir más que con otros, todos respiraron hondo y se soltaron. Tal y como él predijo, se hundieron un poco y luego flotaron hasta que sus coronillas asomaron en la superficie del agua. Entonces, cuando patalearon más o menos como nos había enseñado, sus bocas quedaron al aire, dieron una bocanada de oxígeno y el instructor los ayudó a llegar al borde otra vez.

A Luke le tocó antes que a mí. Él pesa como treinta kilos menos que yo y le fue bien. Ni siquiera tuvo que patalear mucho para llegar a la superficie.

— De locos, pavo. Es como montar en bici — dijo mientras pataleaba el agua aun habiendo llegado al borde.

Fue bastante irónico por su parte y no un gran consuelo para mí, porque quien nos enseñó a montar en bici a los dos fue nuestro padre. Nos llevó a una colina llena de grava que hay cerca de nuestra granja, nos dijo que nos sentáramos, que dejáramos de lloriquear y que empezásemos a pedalear. Nuestra madre tuvo cuatro rodillas raspadas que curar aquella noche, y no se sintió muy aplacada cuando papá se encogió de hombros y dijo: «Mi padre me enseñó así».

Cuando me llegó el turno de patinear en el agua, hice lo que el instructor dijo. Me solté.

Me hundí directamente y llegué al fondo en tres segundos. Caí de culo en el suelo de la piscina, reboté unos treinta centímetros y me volví a hundir.

Como una piedra. Como una densa piedra checoslovaca.

A pesar de toda el agua clorada que había tragado y de la falta de oxígeno allí abajo, estar sentado en el fondo de la piscina era casi cómodo. Era como si, durante esos instantes, nada tirara de mí. Yo era simplemente «Ben en el fondo de la piscina». Abrí los ojos, vi el mundo de luz azul que me rodeaba y pensé: *Sí. Esto*. Una parte de mí eligió no impulsarme hacia la superficie.

Fue entonces cuando noté los brazos frenéticos del instructor bajo las axilas. Me empujé con las piernas y ascendimos unos dos metros hacia la superficie.

— ¿De qué están hechos tus huesos? — preguntó cuando dejó de dar bocanadas de aire y yo estaba otra vez a salvo, agarrado al borde.

Me restregué los ojos para quitarme el agua. Después de toda una vida siendo un Carver, había aprendido que las preguntas no siempre requieren respuesta. En clase de ciencias, aprendí que mis huesos están hechos de colágeno y calcio, igual que los del resto de gente. La única diferencia es que soy un tipo grande (metro ochenta y siete y noventa y siete kilos) y que soy checoslovaco.

Somos gente densa.

La especialidad de mi madre es el pan checo, el alimento más denso conocido por el hombre. Se prepara con harina, leche, puré de patatas y huevos, se le da forma de hogaza y se hierve, y su propósito principal es absorber salsa. Se podría construir una choza bien aislada con ese pan.

Estoy convencido de que, en muchos, muchos aspectos (la flotabilidad incluida), yo soy un pan checo.

Desconecté mentalmente de la clase al cabo de veinte minutos, cuando vi que era incapaz de hacer las cosas más sencillas en el agua (respirar, patinear), y mis pensamientos se sumieron en el mismo abismo oscuro en el que habían pasado gran parte del día.

Aquella mañana, mi padre había entrado en nuestro cuarto mientras Luke estaba en el baño y se había sentado en la cama. Yo sonreí, sintiendo aún la calidez de la Navidad, cinco días atrás. La nuestra es una familia de tradiciones, y nuestra tradición navideña es levantarnos, abrigarnos con un montón de capas y subirnos a la camioneta Ford marrón de papá. Mamá toma vasos para llevar de la tienda, los llena de chocolate caliente y nos apiñamos todos en la camioneta: Luke y yo atrás, y mi madre y mi padre delante. Nuestros alientos y el vapor de las bebidas se ven con nitidez. Papá conduce lentamente por las carreteras de Alton durante una hora o así y «vemos crecer los cultivos», como le gusta decir a él. Hay algo perfecto en ese silencio, todos juntos, observando los campos prístinos y cubiertos de nieve *ahí fuera*, mientras que nosotros estamos a salvo y calentitos *aquí dentro*.

No es nada del otro mundo, pero es en momentos así cuando me siento más como un Carver. Estamos en silencio, pero estamos juntos. Después nos vamos a casa y Luke y yo abrimos cada uno nuestro regalo, que suelen ser «simultáneos», lo que significa que los abrimos a la vez y que solemos recibir lo mismo, como este año con la clase de natación.

Sí, es así de simple. Pero bueno, a mí me encanta nuestra Navidad.

Cuando esta mañana sonreí a papá al sentarse en mi cama, él no me devolvió la sonrisa.

— Ayer nos llegaron tus notas — dijo.

— Oh. — Se me cayó el alma a los pies.

— Benny, ¿cómo ha pasado esto?

Inspiré entre dientes. «Esto» era un bien alto en el primer semestre de Matemáticas Avanzadas. Antes había traído a casa todo excelentes, pero el otoño pasado me distraje un poco con mi repentina y emocionante vida social en el internado. Ahora, ese bien alto destacaba entre los excelentes como una dy/dx en medio de un texto de Historia de la Filosofía. Había pasado de ser el alumno con mejores notas de mi curso a un ser un simple segundón.

— Lo siento — murmuré apartando la mirada.

Mi padre negó con la cabeza, mirándome con su rostro delgado y canoso.

— Eso no es suficiente, Benny. ¿Sabes lo que hace este mundo con un estudiante mediocre? Lo escupe. Tienes que arreglar esto.

No dije nada. ¿Qué había que decir? Era culpa mía. No había dado lo mejor de mí.

— Estoy decepcionado contigo — dijo—. Pensé que valías más.

Sentí cómo las costillas se me expandían y contraían, y pensé: *¿Puede que no valga más? Y entonces, mi mente se dio este paseo:*

Lo he echado todo a perder. Qué idiota soy. Ya no destacaré para las universidades. No me aceptarán en ninguna buena y, desde luego, no me darán ninguna beca. ¿Qué futuro le espera a un cerebritito de una familia pobre de Nuevo Hampshire? ¿Tendremos bastante dinero como para que al menos vaya a una universidad pública? Joder, joder, joder.

Mi padre me estaba mirando fijamente, como si estuviera esperando a que dijera algo. A él no le gustan ni la efusividad emocional ni los lloriqueos, así que me lo guardé todo dentro.

— Lo siento — repetí—. Lo arreglaré.

Él sacudió la cabeza y salió del cuarto, y yo cerré los ojos y me sentí avergonzado.

Lo peor de todo es que mi padre tenía razón. Lo había decepcionado. Me había decepcionado a mí mismo. Papá había trabajado muy duro y, cuando me concedieron la beca para Natick, se sintió orgulloso. Era un sacrificio no tenerme en la granja, pero ¿por una educación y la oportunidad de ir a la universidad? Merecía la pena, dijo. Y yo fui y seguramente lo eché todo a perder. ¿Y por qué? ¿Por Rafe Goldberg? Dios.

Rafe Goldberg. He aquí un nombre que me haría feliz olvidar.

Cuando terminó la clase de natación y nos cambiamos en el vestuario, Luke no dejaba de decir lo loquísimo que era nadar. Yo sonreí y dije:

— De locos, sí.

Después, mientras cruzábamos la tundra helada de camino a la granja, yo conduciendo a Gretchen, mi viejo Chevrolet, y mi hermano hablando sin parar sobre los videojuegos a los que

podía jugar en casa de los Tolleson, reproduje en mi mente la escena por millonésima vez. Hacía tres semanas, en mi habitación de la residencia. Rafe con lágrimas en el rostro. ¿Yo? Ninguna.

«Se me fue de las manos», dijo Rafe secándose una lágrima. «Es difícil contarle algo a alguien cuando no se lo has dicho de primeras».

¿Tú crees? ¿Se podría aprender algo de esto, quizás?

Tenía muchos *flashbacks* así últimamente. Como si estuviera flotando sobre la escena, viéndola desde el techo. Como el juez. El jurado. El jurado de Rafe. Uno no traba amistad con alguien, hace que baje todas sus defensas y, cuando nacen sentimientos de lo más naturales, sueltas: «Ah, por cierto. En Boulder era abiertamente gay. Llevaba años siéndolo. Iba a institutos a dar charlas sobre el tema. Ups, a lo mejor te lo tendría que haber dicho».

Y yo que pensaba que éramos dos exploradores cartografiando un mundo nuevo juntos. Resultó que él ya lo había explorado y que estaba fingiendo. ¿Cómo se puede hacer algo tan ruin? Noté cómo me subía la tensión.

Te odio, Rafe Goldberg. Con una intensidad tan ardiente que apenas puedo concentrarme en nada más.

— Oye, Ben, ¿sería raro que...? — Luke se echó hacia atrás en el asiento del copiloto. Crujió.

— ¿Sería raro que qué? — Me alegré de que me sacara de mi diatriba mental. El cielo era de un gris monocromo típico de Nuevo Hampshire, como si Dios no quisiera que olvidaras el aspecto sombrío del paisaje.

— Nada, da igual.

— Cuéntame.

Luke inclinó el cuerpo hacia delante y escondió la cara entre las manos, a pocos centímetros de la guantera. Se rascó la cabeza. Copos blancos cayeron al suelo. Nevaba.

— ¿Sería raro que me gustara una chica que...?

— ¿Una chica que qué?

Me cambié al carril derecho para dejar pasar a un capullo en un Mini Cooper rojo que iba a toda velocidad. Luke y yo estábamos bastante unidos, pero él no era de los que hacen grandes preguntas personales. Ninguno de los Carver éramos así.

— ¿Una chica que estuviera gorda?

Se me escapó un poco la risa.

— ¿Qué más dará eso?

— La llaman «la Buldócer».

— Vaya tela.

— En realidad se llama Julie y la vi llorando cerca de la verja, en el recreo. El caso es que siempre me ha gustado, más o menos, así que me acerqué y le pregunté si tenía los deberes de Mates, y me los dio.

Me eché a reír.

— ¿Conque hiciste que se sintiera mejor pidiéndole los deberes?

Luke se encogió de hombros.

— Yo ya los tenía hechos. No sabía qué otra cosa decirle.

— Ah, pues fue un detalle por tu parte.

— No sé. Ahora siempre le pregunto cosas de Mates porque se le dan bastante bien.

— Ajá.

— Lo que no sé es qué hacer ahora. ¿Es raro que quiera hablar con ella? Todo el mundo se reiría de mí.

— No es raro. A ti te gusta quien te gusta. No te preocupes por la gente ni por lo que puedan pensar de ti. Si quieres hablar con ella, pregúntale cosas sobre sí misma.

— ¿Cómo qué?

— «¿Dónde vives?».

Luke se aguantó la risa.

— Sé dónde vive. En el pueblo.

— Pues no sé. ¿Qué le gusta hacer? ¿Sabe mamá que te gusta una chica? ¿Lo sabe papá?

— Uf, no — dijo, y yo me reí.

Recordaba haber sido un Carver de catorce años con un montón de preguntas y sin nadie a quien hacérselas excepto a internet, lo cual no es lo mismo que preguntar a una persona de carne y hueso que pueda explicarte las respuestas. Una mañana de primavera, no pude soportar más no saber. Me estaban pasando tantas cosas, tenía tantas preguntas. Reuní todo mi coraje y fui al establo, donde mi padre estaba arreglando una tarima suelta. Me quedé allí de pie con los brazos firmemente cruzados y los ojos fijos en una pila de heno suelto. Al final, solté: «¿A qué edad te salió pelo en las piernas?». Mi padre golpeó un clavo con el martillo y no dijo nada. Yo inspiré entre dientes. «¿A qué edad empezaste a pensar en chicas?». «Parece que va a llover», dijo él sin levantar la mirada. Y entonces golpeó el clavo otra vez, a pesar de que vi que estaba metido del todo.

Hasta el día de hoy, papá nunca ha tenido esa conversación conmigo.

— Te entiendo — le dije a Luke—. A nuestros padres no se les dan muy bien ese tipo de conversaciones, pero si necesitas hablar...

Él se encogió de hombros y miró por la ventana.

— Eres un buen hermano — dijo al cabo de un rato, y yo noté una punzada en el pecho.

— Tú también.

Quería mucho a mi familia. Nos teníamos los unos a los otros. Ellos sabían quién era yo. Mi padre quizás era un poco exigente, pero también había momentos buenos. Cuando te ganas la vida trabajando en una granja, no te queda mucho tiempo para charlar. A veces menos es más, como Luke y yo. Aquella pequeña conversación que acabábamos de tener valía más que mil noches enteras hablando con Rafe, y prueba de ello era que solo dos meses de compartir mis emociones más profundas con él me habían llevado *aquí*.

Pensé en estar sentado en el fondo de la piscina, y en cómo en ese momento sentí que me parecería bien no estar aquí. No estar en ninguna parte. Lo cual no parece lógico, porque lo que yo sufrí fue la traición de un chico y, teniendo el universo entero como perspectiva, esa traición no equivalía siquiera a un parásito sobre una hormiga en el culo de un elefante. Pero en ese instante en la piscina, sin duda pensé que me parecería bien dejar de existir.

Y eso no tenía ningún sentido.

Es que, a ver, yo era Ben Carver y tenía tantísimo. Era lo bastante afortunado como para ir a la

Academia Natick con una beca completa. Si no me metía en problemas y subía la nota de Mates, sería el primero de mi familia en ir a la universidad y graduarme. El plan era ser profesor de Historia en alguna universidad a los veinticinco años. Y seguir con ese plan era muchísimo más importante que el hecho de que deseara tener a alguien con quien hablar del tema Rafe. De todo, en realidad. De sentarme en el fondo de la piscina.

Pero no puedo hacerlo. Cuando eres Ben Carver, ¿cómo le dices a alguien que por un instante pensaste que amabas a un chico? ¿O cómo le dices a alguien que pensaste que quizás estaría bien no seguir viviendo? Eso son movidas tremendas. Son bombas atómicas. Y yo no suelto bombas atómicas a la gente. Rafe sí que lo hace. Yo no.



Cuando anunciaron por los altavoces que tenía que ir al despacho del director, pensé: *Verás que me van a quitar la beca*.

Era la primera mañana de clases después de las vacaciones de invierno y, mientras me apresuraba en cruzar el césped vacío de camino al Edificio de Administración envuelto en mi abrigo marrón con capucha, una parte de mí se dio cuenta de lo absurda que era la idea: no me iban a quitar la beca por sacar un bien alto. Otra parte de mí no podía evitar que el corazón me fuera a mil porque estaba seguro de que había hecho algo malo.

Nunca había estado en el despacho del director Taylor. Era muy ostentoso. Me senté en la sala de espera revestida de madera, con techos altos y esculturas. Incluso tenía un cierto olor varonil, como el del *aftershave* que Bryce, mi antiguo compañero de habitación, se ponía antes de salir de fiesta.

El secretario me dijo que ya podía ver al director, así que me levanté y me acerqué lentamente a su puerta intentando acallar los latidos de mi corazón que me retumbaban en los oídos.

— Benjamin Carver — dijo el director Taylor con casi demasiado entusiasmo—. Campeón.

— Buenos días, director — respondí.

Se rumoreaba que el director Zachary Taylor era descendiente del duodécimo presidente de los Estados Unidos y que por eso se apellidaban igual. Siempre tuve la intención de indagar para saber si era verdad o no. Taylor era el tipo de hombre que te estrecha la mano con fuerza, te regala una sonrisa perfecta, te llama «campeón» y te dice que su puerta siempre está abierta.

Por lo general, su puerta nunca estaba abierta.

— Siéntese, siéntese — dijo—. ¿Cómo están Richard y Marlene?

Mis padres.

— Em, bien. Están...

— Me alegro — dijo, y a mí se me cerró la garganta. Me di cuenta de que me iba a dar malas noticias. Nadie saluda a un chaval con tanta amabilidad a menos que algo no vaya bien—. Mire, le he hecho venir porque tengo algo que decirle.

Apenas pude mover el cuello para asentir.

— Dígame, ¿qué sabe sobre Peter Pappas?

Me quedé con la boca abierta y hasta se me durmieron los brazos. Peter Pappas fue un alumno

de Natick en los años sesenta. Era un todoterreno, de esos estudiantes a los que se les da bien todo, y también era un atleta que, con mi edad, se alistó voluntariamente en el ejército durante la guerra de Vietnam. Murió en acto de servicio y ahora existía un premio con una beca importantísima que llevaba su nombre. Cada año, se entregaba a un alumno de mi curso al que también consideraban un todoterreno. El año pasado se lo dieron a Kyle Guidry, que tuvo que dar un discurso delante de toda la academia.

— Em. Pues sé bastantes cosas, la verdad. — Casi no podía respirar. Imposible.

El director Taylor se rio y dijo:

— No me sorprende ni lo más mínimo.

Pero yo no hacía más que pensar: *¿Y qué hay de la mala nota que me quedó en Mates el semestre pasado?*

— Enhorabuena, Ben. ¡Usted es el ganador del premio de este año!

— ¿Yo?

— ¡Sí, usted, caballero! ¡Enhorabuena!

Me quedé mirando el escritorio. Como si esperara despertarme de un sueño o algo. No había ganado ningún premio en mi vida. Y este, este era importante. Increíble. Venía con una beca para la universidad. Dios mío. ¡Una beca para la universidad!

Sentí en el pecho una oleada de un sentimiento desconocido.

— ¡Gracias! — dije—. Muchas gracias, de verdad.

El director Taylor me ofreció una sonrisa de labios sellados y se pasó las manos por el cabello canoso.

— Muchas de nada, caballero. Esto no es algo que nos tomemos a la ligera. Tanto sus profesores como su entrenador solo tenían cosas positivas que decir acerca de usted, y hay algo que simplemente nadie puede negar, Ben: gusta a todo el mundo. Es un joven con mucho talento y con un futuro brillante. La fundación estuvo encantada cuando nos oyó hablar de usted.

Uno no debe llorar en momentos así, pero sentí que desde luego podía ocurrir. Me sentí mareado y ligero y nervioso, como si mi cuerpo no supiera cómo reaccionar.

— Gracias — repetí—. Gracias.

— Sepa usted que es provisional, ¿eh? La fundación tiene ciertos requisitos que debe cumplir durante su estancia en Natick. Por ese motivo, avisaremos a un finalista. No preveo ningún problema, pero quería asegurarme de que usted lo supiera. Debe respetar el código de conducta y permanecer entre el diez por ciento de alumnos con mejores notas de su curso. — Bajó la mirada a unos papeles que tenía delante—. Veo que, el semestre pasado, la asignatura de Matemáticas se le resistió.

— Así es, pero este semestre lo haré mejor. Se lo prometo.

— Bien. Con que solo suba esa nota, estará usted dentro del rango aceptable.

Yo asentí y asentí y, en ese momento, me prometí a mí mismo que no me metería en nada nuevo que pudiera entorpecer mis estudios. Nada podía ser más importante que eso.

— La fundación también está muy impresionada con sus actividades. Si sigue practicando algún deporte y participando en Modelo de Congreso, creo que le irá bien.

— Sí, señor.

Me sonrió de nuevo.

— La ceremonia será el viernes anterior a las vacaciones de primavera. Dará un discurso y recibirá la beca de cuatro años de la Fundación Pappas. Sepa usted que es una beca parcial y que somos conscientes de que necesitará más ayuda, pero no sería usted el primer estudiante de Natick que la une a otra beca o a alguna subvención. Tendrá que centrarse en eso el año que viene con su orientador.

— Gracias — dije otra vez—. Esto es increíble.

— Su discurso debe rendir homenaje a Pappas. También debería compartir un poco los planes de vida que tiene, sus objetivos. Kyle hizo un gran trabajo el año pasado.

Asentí. Recordaba el discurso. Había sido muy bueno.

— Bien. Nos encantaría que invitara a venir a su familia desde Nuevo Hampshire. Colocaremos una gran placa de madera con su nombre y su fotografía en el pasillo del Edificio Arthur, al lado de los demás ganadores.

Yo. Una placa con mi nombre y mi cara. Me sentí colmado. Esa es la palabra. Colmado y profundamente agradecido. No quería parecer raro, así que solo dije otra vez:

— Gracias. De verdad, mil gracias.

Me dio otro apretón de manos firme y, cuando salí del despacho, casi esprinté por el césped sintiendo un cosquilleo, como si partes de mi cuerpo que nunca había notado antes se hubieran despertado y estuvieran vivas.

Ganador del premio Pappas. Yo.

De vuelta en mi habitación, llamé a mis padres.

— Mamá — dije—, he ganado el premio Peter Pappas.

— Oh, ¿y eso qué es? — preguntó ella.

— Es una beca. Bueno, viene con una, para la universidad. Es parcial, pero aun así. Es un premio que dan a un estudiante todoterreno y lleva el nombre de un chico que murió. Es... bastante importante.

— ¡Anda! ¡Vaya! ¡Pues qué bien, Benny!

— Sí — dije riendo—. ¡Imagina! En mi vida había ganado nada.

— Qué alegría, Benny. Deja que se lo diga a tu padre.

Se me cerró la garganta. Sabía que se lo iba a decir, obviamente, pero no estaba seguro de que pudiera soportar que ahora mismo me dijera que no se me subiera a la cabeza.

Mi madre dijo:

— ¡Richard! ¡Ben ha ganado un premio importante!

Me preparé para la decepción.

— No me digas. Déjame hablar con él. — Eso lo oí antes de que tomara el teléfono—. ¿De qué va todo esto, Benny?

— He... He ganado un premio. No es... A ver, no es para tanto, pero... pagaré parte de mi universidad. Quiero decir, que es una beca. El premio se llama Peter Pappas. Lleva el nombre de un chico que se alistó para luchar en Vietnam y murió allí. Era un todoterreno, como dicen. Muy popular, buen atleta, buen estudiante. Un buen tipo. Pondrán una placa con mi nombre y mi cara, creo.

Oí un sonido que no había oído muchas veces en mi vida: a mi padre riéndose un poco.

— Caramba — dijo — . Ben Carver, ganador de un premio. ¡Estoy orgulloso de ti, Benny!

No pude evitarlo. Di una bocanada de aire de la sorpresa, pero inmediatamente la convertí en tos, como si la hubiera dado para aclararme los pulmones. Es que no recordaba que mi padre me hubiera dicho nunca algo así. Pero empujé mis sentimientos a un lado y dije:

— Gracias. Gracias. Creo que quieren que vengáis a la ceremonia. Es el viernes antes de que empiecen las vacaciones de primavera. Si podéis, claro.

— Bueno, seguro que encontraremos a alguien que nos eche una mano con la granja para poder ir.

— ¿Quizás podéis pasar la noche aquí? ¿En un hotel?

Me sorprendí a mí mismo. Yo nunca sugería a mi padre nada que costara dinero porque sabía perfectamente que me diría que no es rico. Pero, por una vez, la boca se me descontroló.

— Bueno. Puede — dijo — . A lo mejor lo hacemos.

Colgué el teléfono con una sensación de plenitud en el pecho a la que no estaba acostumbrado. Me imaginé a mi padre en la tienda contándoselo a los Stevenson, quizás, o a los Majkowski. «Sí, mañana nos vamos a Massachussets. Cerraremos la tienda y todo. A mi Ben le van a dar un premio. ¡Estoy muy orgulloso de él!».

Me estremecí. *Cuidado* , me dije. *No te hagas muchas ilusiones. Sé feliz. Pero no demasiado.*

3



Un aporreo en la puerta me despertó de un sueño profundo y vertical.

— ¿Qué? — gruñí girando la cabeza de un lado para otro para aliviar el dolor.

Era mi primer lunes por la noche de vuelta en Natick y, al terminar los deberes, me había quedado dormido en la butaca bermellón que Bryce había dejado aquí para mí cuando se fue de la academia el semestre pasado. Me restregué los ojos y miré mi móvil: la una y cuarenta y cuatro. Afuera, en el alféizar, se habían acumulado varios centímetros de nieve, y recordé que me había quedado frito mirando la tormenta de nieve.

— ¡Super Bowl Nevada, tío! — gritó una voz.

Esbocé una sonrisa soñolienta. Era la voz de Steve Nickelson, no cabía duda, y esta era una gran tradición de Natick. Una vez al año, celebrábamos el final de la primera nevada de la temporada con un partidillo improvisado de fútbol americano. Un par de años atrás, terminó de nevar durante una clase y simplemente nos fuimos. No hizo falta dar explicaciones. El año pasado fue un partido nocturno, y ese me gustó más; era algo especial ver los copos de nieve a la luz de la luna, poder atisbar los prismas que los forman si me ponía bajo las farolas que iluminan el camino.

— ¡Ya bajo! — grité.

Oí los pisotones de Steve alejarse y el aporreo en otra puerta. Me levanté de un salto, totalmente despierto de repente, y me envolví en capas. Puede que los demás tuvieran lo último en tecnología de botas y pantalones de nieve, pero, de algún modo, yo nunca era el primero en quejarme del frío. *A veces, lo viejo y raído es lo que va mejor*, pensé mirando los guantes de trabajo verde oliva. Habían sido de mi padre, y me los había dado cuando yo tenía unos catorce años.

Afuera, la nieve virgen me llegaba por las rodillas y, al pisarla, sentí cómo el frío dulce me envolvía las pantorrillas. Después del partidillo del año pasado, Bryce me prestó una manta más y bebimos chocolate caliente en la oscuridad. Y aún tuvieron que pasar varias horas para que me descongelara del todo. Así era mi constitución; el frío tardaba en meterse, pero cuando lo tenía en los huesos, ahí se quedaba.

— ¡Yo, Ben! — me llamó uno de los chicos, Standish. Tenía el pelo rubio y grasiento, y la probabilidad de que se mudara al sur de California para ser instructor de surf cumplidos los veinte era del cien por cien—. ¿Qué hay, bro?

Avancé como pude por la nieve hacia los demás.

— Ey — dije.

Cada paso era trabajoso porque tenía que sacar las botas ya empapadas de la nieve compacta y romper la costra del manto nuevo.

— Felicidades por el Pappas — dijo Standish.

Yo murmuré un «gracias». En algún momento después de la hora de comer, se había corrido la voz sobre el premio y la gente había empezado a felicitarme. No estaba acostumbrado a esa atención, y la verdad es que ya tenía ganas de que se pasara esa fase.

— Eso, enhorabuena, tío — dijo Tommy Mendenhall. Él era un año mayor que yo y el parador en corto del equipo de béisbol. El año pasado, yo había jugado de tercera base. Obviando alguna orden monosilábica en el campo, nunca antes me había dirigido la palabra.

— Gracias, gracias — dije mientras me quitaba una pelusa imaginaria del abrigo.

— ¿Estás preparado para el béisbol de verdad? — me preguntó—. Es un año importante para nosotros.

Sonreí.

— Y tanto. Me muero de ganas.

Estaba deseando que llegara el primer entrenamiento del mes, para el que quedaban doce horas. Si querías jugar al béisbol aquí, no podías jugar al básquet porque los entrenamientos de béisbol empezaban en enero, tres meses antes del campeonato que se celebraba durante las vacaciones de primavera. Cada año, Natick era de los poquísimos centros educativos del norte que participaban en el campeonato que tenía lugar en la ciudad de Fort Lauderdale, en Florida, durante una semana. Los jugadores dormían en un buen hotel, comían en restaurantes guapos e incluso iban a la playa aprovechando el viaje. Era uno de los motivos por el que nuestro equipo de básquet era penoso.

Yo fui uno de los cuatro alumnos de dieciséis años que jugó el año pasado (Steve fue uno de los otros) pero, cuando llegó el torneo, no pude ir por motivos económicos. Fue un asco porque, cuando los demás volvieron, estaban más unidos y yo me sentí un poco marginado. Este año, el entrenador Donnelly me dijo que esperaba encontrar algo de financiación para mí.

— ¿Dónde has pasado las vacaciones? — preguntó Zack, nuestro defensor del campo izquierdo. Era bajo y seguramente sus padres lo habían llevado a pasar las vacaciones a alguna isla para ricos, porque tenía la piel casi naranja.

— En casa — dije—. En Nuevo Hampshire.

— ¿Tu familia no ha hecho nada especial?

Me quedé mirando a Zack. Para mí, estar en casa con mi familia ya era especial.

— Bueno, no me cuentes tu vida — dijo Zack dándome la espalda. Los chicos estaban acostumbrados a que yo no hablara mucho, y yo estaba acostumbrado a las pullitas sobre ello.

Steve chocó el pecho con Zack y empezaron a hablar sobre los Boston Bruins, un equipo de *hockey* sobre hielo. Yo estiré las piernas, que aún las tenía medio dormidas.

— Carver. — Steve se me acercó por detrás y me dio en la espalda con los antebrazos.

— Yo — dije.

— ¿Lo vamos a petar este año?

— Sí, no quedará ni rastro — dije, y se rio. Muchos de los chicos eran unos bobos (Steve incluido), pero eran mis bobos.

Quizás porque eran las dos de la mañana, solo se presentaron los auténticos fanáticos de la Super Bowl Nevada. Yo formé equipo con Steve, Zack y Mendenhall. Tuvimos el balón primero. Mendenhall quiso ser el *quarterback*.

— Bandera, dieciocho metros — gritó Mendenhall hacia mí, yo asentí. «Bandera» significaba ir en línea recta y luego girar hacia la banda y la zona de anotación.

Mendenhall hizo el pase inicial, y fue entonces cuando todos lo recordamos: la idea de la Super Bowl Nevada siempre era mejor que el partido en sí. Intenté correr a través de la pila de nieve, pero era imposible. Nos empezamos reír cuando la memoria sensitiva se fue activando. Zack hizo como que corría moviendo exageradamente los brazos con su chaquetón de plumas, pero en realidad iba andando igual que yo. Y también teníamos el pequeño problema de la visibilidad, porque el balón de cuero marrón apenas se veía si no estaba justo debajo de alguna de las farolas.

Mendenhall lanzó el balón hacia Steve, que había caminado/corrido hacia una de las farolas y gritaba:

— ¡Aquí!

El balón se le resbaló de las manos y cayó a más de cuatro metros detrás de él. Penetró la nieve como un misil en diagonal y desapareció, con lo que dio comienzo una operación de búsqueda y rescate que acabó con un chico del otro equipo emergiendo con el balón y la cara llena de nieve.

Ambos equipos empezaron a darse cuenta de que la única forma de completar pases era con lanzamientos cortos hacia la banda, donde estaban las farolas, y, al cabo de un rato, el partido degeneró en un juego de atrapar el balón y en conversaciones garrulas sobre las chicas del pueblo.

— ¿Te la vas a tirar, *bro* ?

— ¿A quién, a la calentapollas de Allie? Ya le pueden dar por culo, *yo* .

El ambiente tendía un poco al hiphop cuando se juntaban todos los chicos, lo cual no tenía ningún sentido porque todos éramos blancos y, menos yo, extremadamente ricos. Me pregunté si podría hacerme con una transcripción de alguna de estas conversaciones y por ventura enseñársela a algún antropólogo social para que opinara al respecto, o publicarla en la web de la academia para que los futuros alumnos sopesaran si tenían suficiente *flow* para encajar aquí, *yo* .

Eso me habría sido útil a mí, por ejemplo. Porque, aunque encajo, *yo* , el motivo es un poco raro.

Soy grande.

Cuando eres grande, la gente da por hecho que encajas. Dan por hecho que eres un líder, que eres el que manda, que sabes lo que hay que hacer. Me di cuenta de que, si no decía nada, la gente seguía creyendo esas cosas sobre mí. Como estoy en forma y tengo los hombros anchos (por trabajar en la granja, por cierto, no por ir al gimnasio), los demás chicos me saludan allá donde voy. Asienten con la cabeza hacia mí con cierta reverencia.

Soy consciente de que eso me hace la vida más fácil. Pero también significa que la gente, en el fondo, no me entiende. No comprenden lo que ocurre en mi cerebro. Y creo que, quizás, cuando

eres un tío grande, también se da por hecho que tu intelecto no importa tanto como lo lejos que puedas lanzar un balón.

No tardamos en cansarnos de escarbar en busca de balones perdidos y dejamos correr el partido. Iba caminando con los demás de vuelta a la residencia cuando unas risas familiares me llamaron la atención. Apenas veía nada porque ya habíamos dejado las farolas muy atrás, pero oía esas risas a unos seis metros a mi derecha. Era la risita aguda, melódica e inimitable de Toby Rylander, y la risotada estruendosa de Albie Harris. Me detuve.

— ¿Vienes, Carver? — gritó Mendenhall.

— Id tirando — dije mientras me agachaba para hacer como que me ataba las botas, que estaban bien enterradas en la nieve. Los chicos siguieron andando.

La especie de amistad que yo tenía con Toby y Albie nació el semestre pasado, durante mi enajenación estúpida con Rafe. Toby y Albie eran un dúo de lo más extraño; tenía la impresión de que hablaban en un idioma alienígena. Y, aunque podían ser divertidos, también eran irritantes. La primera vez que fui en coche con ellos, recuerdo clarísimamente el momento en el que salimos del aparcamiento porque Toby, que llevaba un bigote de pega, anunció que era un periodista de sucesos. Al final, hubo muchos más momentos divertidos que raros. Pero esa amistad estaba en el pasado junto con los escombros que había dejado Rafe. Y ese era su sitio.

Aun así, me acerqué a ellos como si hubiera ido en piloto automático, y pronto distinguí sus siluetas a la luz de la luna. Apenas veía lo que hacían, pero parecía que estaban despejando un círculo y construyendo un muro de nieve enorme con el que rodearse. Entonces vi una hendidura en la nieve, en el lado opuesto del muro, y me di cuenta de que por supuesto no estaban solo ellos dos. Eran tres.

El pulso se me volvió loco. Latidos salvajes, extraños, asincopados. Sentí que el corazón se me elevaba, caía en picado y volvía a ascender. La presencia de Toby y Albie no era lo que me había atraído; de forma inconsciente, era a Rafe a quien quería ver, y aquello era una insensatez.

Reduje el paso, pero seguí andando y, efectivamente, allí estaba Rafe, iluminado por la luz de la luna y de los copos, bien abrigado e inmerso unos quince centímetros en el manto de polvo blanco. Estaba haciendo un ángel de nieve.

Llevaba el mismo abrigo rojo intenso y el mismo gorro negro que se había puesto cuando fuimos a esquiar en Colorado durante Acción de Gracias. Como un destello, por mi mente pasó el recuerdo de Rafe esquiando delante de mí, moviendo las piernas de lado a lado como un péndulo mientras mantenía el tronco recto. En las largas subidas en el telesilla, su aliento visible se disipaba en el frío aire de la montaña, y todo lo que nos rodeaba parecía claro y estimulante y como tenía que ser.

Fue uno de los días más felices de mi vida.

Pero aquello fue entonces. Ahora, ese recuerdo me retorció las entrañas y sabía que, si me permitía sentir aunque solo fuera un poco, sería demasiado, y yo ya no tenía espacio dentro para mucho más. Puede que me partiera por la mitad, pero yo era un tipo grande, y los tipos grandes que juegan al béisbol no se parten por la mitad. Deseé poder desaparecer.

— En la comunidad del iglú no hay sitio para los ángeles de nieve — dijo Toby.

Rafe siguió con sus movimientos de brazos y piernas. Oía cómo rascaba la nieve.

— Puede que en la comunidad de los ángeles de nieve no haya sitio para los iglús — gritó

Rafe.

— Comunidad de los ángeles de nieve. No hay comunidades de ángeles de nieve. Son bandadas. Todo el mundo lo sabe. — Este era Albie, que estaba usando una pila pesada de nieve para tallar ladrillos.

Moví mis piernas heladas, y el gesto hizo un ruido, y maldije en silencio este cuerpo denso y estúpido que tengo. Toby miró en mi dirección; le llevó un momento verme, pero entonces me ofreció un pequeño saludo dudoso, el tipo de saludo que haces cuando no estás seguro de si alguien sigue siendo amigo tuyo. No habíamos hablado desde Acción de Gracias, cuando todo se había ido al garete.

— Es posible que haya comunidades de ángeles de nieve que aún estén por descubrir — dijo Rafe, enderezándose con los brazos de la hendidura con forma de ángel. Fue entonces cuando me vio allí de pie, a menos de cinco metros de distancia.

Rafe esbozó una sonrisa que parecía preguntar: «¿Podemos estar bien, por favor?».

No. Sí. No. No lo sabía.

Parte de mí quería que Rafe sufriera por todo lo que me había hecho pasar desde entonces. Por las noches sin dormir. Por la necesidad de hablar con alguien cuando no había absolutamente nadie, *nadie* que me pudiera entender. ¿Y otra parte de mí? De ninguna de las maneras quería que Rafe creyera que lo odiaba. No estaba seguro de lo que quería, pero la boca se me curva hacia abajo de forma natural, como si estuviera enfadado, y no quería que Rafe viera esa cara. Así que moví los labios solo un poco, y a Rafe se le iluminó la cara con una sonrisa esperanzada, pero de pronto ajustó el gesto a lo que imaginé que era su expresión neutral y su rostro se apagó.

— Ey, Ben. Enhorabuena por el premio — dijo Albie, y yo asentí—. Necesitamos albañiles — añadió mirándome, y entonces me di cuenta de que Rafe no les había contado lo que había ocurrido entre nosotros. Parte de mí quería eliminar la distancia y abrazarlo por protegerme, pero una parte aún mayor, la parte densa que se hunde en el agua, se quedó inmóvil.

— Hace mucho frío — dije—. Voy a...

— Vale — dijo Rafe en voz baja, y yo tuve que volverme porque no podía soportar que nadie me mirara mientras sentía lo que esa voz me hacía sentir. Completamente confuso y fuera de control y no como un ganador del premio Pappas, ni mucho menos.





La voz venía de mi armario.

Habían pasado horas desde la Super Bowl Nevada y, en la profunda noche invernal, el radiador repiqueteaba y siseaba. El viento silbaba contra la ventana, y la voz amortiguada me llegaba a través de la oscuridad gélida y solitaria.

«Ben».

Incluso en ese lugar tan desconcertante entre el sueño y la vigilia, mi cerebro reconoció la ironía de oír mi nombre susurrado desde un armario. Aun así, no fui capaz de saber si estaba en medio de una pesadilla recurrente o si la idea de que esto ya había pasado antes era simplemente parte del sueño actual.

«Ben».

El susurro ronco y cavernoso me puso los pelos de punta y, en mi estado onírico, la voz se convirtió en notas musicales disonantes que flotaban alrededor de mi cabeza y que, después, empezaron a perseguirme por toda la zona del césped de la Academia Natick. La voz pronunciaba una sola palabra, pero me estaba diciendo mucho más. Me estaba diciendo que lo de Rafe no se había acabado y que no iba a desaparecer. Aún seguía dentro de mí, y seguía muy vivo. Era como el monstruo de Frankenstein, siguiéndome, persiguiéndome, provocándome. Maldita Literatura Avanzada. Mary Shelley no me dejaba dormir.

En el sueño, mi cuerpo tomó velocidad y esprinté por todo el césped, pero la voz se hizo más fuerte y más insistente. Y entonces estaba de vuelta en mi cama, y la voz estaba diciendo palabras, palabras que no eran solo mi nombre. Palabras que entendía. Palabras que me cabreaban.

«Sal, Ben. Sal».

Me revolqué en la cama, enterré la cabeza bajo la almohada, contuve la respiración e intenté echar de mi mente esos pensamientos.

Pero esa maldita voz.

«Ben, sal. Sal, Ben».

— ¡Joder! — balbucí, consciente de que estaba hablando en sueños.

«Estoy en el armario. Eh... Estás en el armario».

Los ojos se me abrieron de golpe. Me senté. Era imposible que yo hubiera creado esas

palabras. ¿Verdad? Miré por la ventana. Aún no había amanecido. Miré la hora. Las cuatro y cuarto. Llevaba durmiendo alrededor de una hora. Un rayo de luz de luna daba un resplandor violeta a mi cuarto desolado. Escuché. Nada.

El radiador repiqueteó como si se estuviera aclarando la garganta. ¿Puede que aquello hubiera sonado como palabras? ¿Mi cerebro estaba tan loco que podía inventarse frases a partir de ruidos?

Me metí de nuevo bajo las sábanas y me puse de lado, acurrucando las piernas bajo la manta de lana roja que mi madre había tejido para mí y dejando que su calidez se filtrara hasta mis huesos aún helados. El corazón me latía con fuerza por culpa de aquella pesadilla extraña.

El mundo estaba en silencio otra vez, a excepción del viento. Me quedé así, mirando a lo que quedaba de la luna, con una sensación de intranquilidad por todo. Si hubiera estado en la granja, habría tenido que quitar toda esa nieve. Aquí no era mi problema, pero eso no me hacía sentir mucho mejor, la verdad. Tenía otras preocupaciones, y mantuve los ojos abiertos observando cómo la noche se transformaba poco a poco en la mañana.

Entonces, el silencio se rompió.

— Sal, Ben. Es una opción. Sopesa tus opciones, Ben.

Aquello no era el radiador hablando. Aquello eran palabras, y sin duda venían de mi armario. Me levanté de un salto y agarré lo primero que pillé, el libro de texto de Historia que se había pasado todas las vacaciones en mi escritorio. Era grande y tenía el peso de la historia del mundo. Me coloqué delante de la puerta del armario cerrada y levanté el libro por encima de la cabeza como si fuera un arma. Me tembló la voz.

— ¿Qué coño...? ¿Quién coño hay ahí dentro?

— Em... Vuelve a dormir, Ben. Olvídalo...

Abrí la puerta de un tirón. Un chico delgaducho y pelopincho estaba sentado en el centro del armario, cubriéndose la cabeza como para protegerla.

— ¿Qué cojones haces, Toby? — dije. Lo levanté a pulso, medio del pelo y medio del hombro.

— Au. L-lo siento — tartamudeó Toby cuando lo tiré en medio del cuarto.

— ¿Estás mal de la cabeza? ¿Cómo coño se te ocurre?

— Lo siento. — Toby se incorporó con los codos, se dio la vuelta y se frotó las rodillas—. Te vi yendo al baño. — Yo lo miré con cara rara—. Quiero decir que, cuando te vi yendo al váter, me lo tomé como una oportunidad para explorar tu armario.

Me senté en la cama y me restregué los ojos, incrédulo.

— ¿En serio te has...? Pero ¿qué...? ¿En serio me has estado diciendo que...?

Toby hizo el gesto de tiempo muerto.

— Tranqui. Soy la única persona a la que Rafe le ha contado lo de tu «gaydad». Te lo juro. El pobre necesitaba hablarlo con alguien.

Le di un puñetazo al colchón y Toby dio un respingo. Necesité todo mi autocontrol para no rugir.

— Voy a matar a Rafe. Y no soy gay, por cierto. ¿Entendido?

— Esto no está saliendo para nada como esperaba.

Lo miré y vi a un idiota escuálido, y recordé, solo por un momento, que se trataba de Toby. Una persona que hacía las cosas sin pensar, siempre. Una persona que jamás tendría intención de hacer daño.

— Solo para que yo lo sepa, ¿cómo esperabas que esto saliera?

— Te estaba mandando mensajes subliminales. Lo hice con Albie antes de las vacaciones, y creo que he conseguido que deje de comer cereales de chocolate. Pensé que, si te hacía algunas sugerencias, pues... captarías el mensaje.

— Como ya te he dicho, no soy gay. — No pude evitarlo: dije lo de «gay» en voz baja—. Y, en cualquier caso, no es asunto tuyo.

— Ah, vale. Muy bien. Yo, em...

— No lo soy, ¿vale? Aquello fue una vez. Y nunca jamás volverá a ocurrir. Porque, al parecer, si cometes un error estúpido una única vez, te despiertas con un psicópata en tu armario susurrando «sal, sal».

— Dicho así y a toro pasado, quizás esto no haya sido buena idea.

Me reí a pesar de todo.

— ¿Tú crees? ¿Me prometes no volver a hacer algo así nunca más?

— Te lo juro por mi honor de *boy scout*.

Me tumbé y miré al techo.

— Joder.

— Lo siento, de verdad. — Toby se puso en pie—. Por cierto, te echamos de menos.

Me encogí de hombros.

— Ya se os pasará.

— No es lo mismo sin ti. Tienes que perdonar a Rafe. Tienes que hacerlo. Queremos tenerte de vuelta.

Me encogí de hombros de nuevo. Mucha gente quería muchas cosas. Eso no significa que las consiguieran.

Toby habló de nuevo:

— ¿Quieres hablar de ello?

Yo me reí.

— Son como las cuatro y media de la mañana.

Él repitió la frase con exactamente el mismo tono.

— ¿Quieres hablar de ello? Porque, a ver, yo también necesito hablar con alguien.

¿Y me has elegido a mí? ¿Qué pasa con Albie? ¿Y con Rafe? De toda la gente que hay, ¿por qué me has elegido a mí?

Miré fijamente el techo e imaginé cómo habría sido, durante las vacaciones, hablar con un amigo. Con un familiar. Si el tío Max hubiera estado vivo, habría podido desahogarme sin destrozarme la vida.

Esa era la mayor diferencia desde lo de Rafe. El no hablar. Lo echaba de menos.

Pero, por otro lado, fíjate a lo que me había conducido tanto hablar. ¿Acaso había salido algo positivo de ello? Me sentía como si algo estuviera presionándome el cerebro, como si el pecho se

me fuera a abrir.

Así que: la idea de hablar con Toby sobre mis sentimientos a las cuatro y media de la mañana, pues...

— Vete de aquí — murmuré, tapándome la cara con las manos— . Largo.



Era el primer jueves por la noche del segundo semestre, y yo estaba haciendo deberes en mi refugio favorito de todo Natick: la biblioteca Bacon Free. Bryce y yo solíamos bromear con que era una biblioteca libre de beicon y él ponía voz de anuncio («Todo el sabor de la biblioteca, ahora un noventa y nueve por ciento libre de cerdo»), pero lo cierto es que era uno de los pocos lugares del mundo en los que me sentía como en casa. Cuando realmente quería estar solo, venía hasta aquí en coche y subía por la escalera vieja y destartalada para llegar a una sala abierta y silenciosa. Siempre la tenía entera para mí solo. Había empezado con Matemáticas porque era la asignatura por la que más peligraba mi beca, y también porque tenía curiosidad por saber cuán perdido estaba.

Bueno, pues resulta que mucho.

Regla de l'Hôpital

Si $\lim \frac{f'(x)}{g'(x)}$ tiene un valor finito o si el límite es $\pm\infty$, entonces

$$\lim \frac{f(x)}{g(x)} = \lim \frac{f'(x)}{g'(x)}$$

Me vi leyendo esa regla una y otra vez. Usar derivadas para determinar límites. Vale. Pero ¿qué significaba eso? Traté de desglosar la regla, intentando no centrarme en el hecho de que tenía nombre de hospital francés, hasta que sentí que se me deshacía el cerebro. ¿Era posible que no fuera capaz de procesar ese tipo de conceptos abstractos? Y lo que era peor: a muchos futuros ingenieros de mi clase seguramente no les estaba costando tanto como a mí.

Cuando terminé a duras penas los deberes de Matemáticas, me preparé para la clase de Literatura Inglesa del día siguiente. Estábamos leyendo el poema de Tennyson *Todas las cosas morirán*.

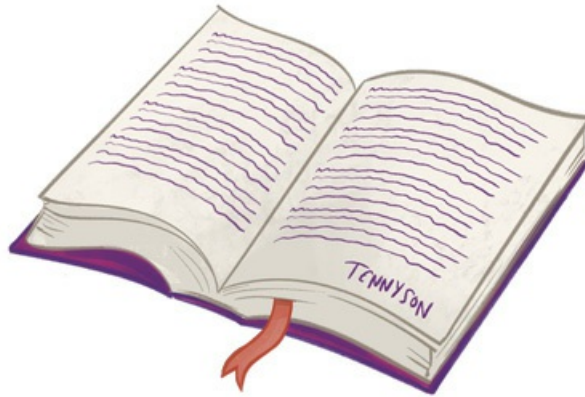
La corriente dejará de fluir,
La brisa cesará su canto,

Las nubes no flotarán,
El corazón ardiente callará,
Pues todas las cosas morirán.

Era increíble que algo tan sombrío pudiera hacerme sentir animado. *Todas las cosas morirán*. La finitud, para mí, era algo bello. Hay un principio y un final. Algún día, todos seríamos historia y, si yo iba a ser historia en el futuro, significaba que existía ahora.

Aunque, a veces, no estaba muy seguro de ello.

Me estaba centrando en releer ese segmento cuando oí lo que me pareció un murmullo que venía de la esquina. Como no paraba, exhalé con fuerza con la esperanza de que esa persona se callara. Pero el murmullo volvía cada pocos segundos, y después oí ruidos que me hicieron pensar que alguien no acababa de encontrar una postura cómoda. Estaba empezando a mosquearme, así que me acerqué lentamente a la esquina para echar un vistazo.



Una chica de más o menos mi edad estaba sentada de espaldas a mí con una pierna sobre la mesa. Tenía la cabeza echada para atrás, y vi la curva de su frente y el cabello castaño que le caía en la misma dirección. Llevaba un abrigo negro y una bufanda grande y negra que se había caído al suelo detrás de sí. Su bota negra hacía ruido cuando daba golpecitos con el pie que seguía en el suelo y, de vez en cuando, agitaba la pierna entera y meneaba el torso como un pez en la cubierta de un barco. El gesto sugería agitación y, al final, echó la otra pierna hacia arriba y acomodó las dos sobre la mesa.

— Ni siquiera estás... — murmuró.

Al principio, pensé que me estaba hablando a mí, pero me di cuenta de que seguía hablando sola. No quería involucrarme, así que retrocedí hasta mi sitio. Mi abrigo rozó una estantería de libros.

Ella se quedó muy quieta.

— ¿Eso ha sido una persona? — preguntó.

— Perdón — dije — . Estaba investigando el ruido.

La chica bajó las piernas de la mesa de golpe y se giró hacia mí. Para mí, su cara era como el sabor del sirope de arce. No por el color, sino por la dulzura del sirope. Tenía los ojos grandes, muy abiertos, y de un bonito tono verdoso. Ambos extremos de su boca larga y fina estaban

curvados hacia arriba. Parecía más curiosa que defensiva.

— ¿Estás bien? — pregunté.

Ella se rio, pero sin maldad.

— Bueno, estoy en la sala de una biblioteca hablando sola, así que supongo que no estoy para tirar cohetes.

La entonación de su voz me intrigaba. Parecía el tipo de chica con la que uno se toparía en la sala de una biblioteca desierta de Massachussets mientras lee poemas de Tennyson sobre la naturaleza finita del hombre. Si eso no era un tipo antes, ahora sí que lo era.

Cuando no dije nada, ella añadió:

— Pero ya estaré mejor, gracias.

— Bien — dije, completamente inmóvil.

— Por norma, los chicos así como alucinados me llaman la atención, pero es que ahora mismo no estoy ahí mentalmente — dijo, y su voz era tan honesta que todas las mariposas de mi estómago aletearon—. ¿Cómo te llamas?

— Ben. Ben Carver.

— Hannah — dijo—. Y las niñas buenas no dicen su apellido a chicos que podrían *stalkearlas* en Facebook. Los niños buenos también deberían evitarlo.

Sonrió un poco y, cuando lo hizo, fue increíble lo quieto que se mantuvo el resto de su rostro. Era como la sonrisa de la Mona Lisa.

— No tengo Facebook — dije.

— ¿Vas al insti?

Asentí.

— ¿A cuál?

— A Natick.

Hannah puso los ojos en blanco.

— Oh, maravilloso.

— Perdón.

— No pareces uno de ellos.

— No lo soy, básicamente — dije—. Estoy aquí, ¿no? ¿Sueles ver a muchos chicos de Natick merodeando por las estanterías y leyendo a Tennyson?

Ella se rio.

— Pues no. Conozco a chicos de Natick. A uno en particular, y fue una persona de lo más lamentable.

Fue mi turno de reírme.

— Muchos de mis compañeros de clase son bastante lamentables.

Ella se apartó un mechón de pelo castaño de la cara y dijo:

— Igual que mis compañeras.

— Ah. Lonna Grace, ¿verdad?

Lonna Grace era nuestra academia hermana en Wellesley, a unos ocho kilómetros de Natick. Los deportistas solían llamarla «Bollo Grace» (lo cual no era ni ingenioso) y básicamente la

consideraban un caldo de cultivo de feministas lesbianas, pero yo sabía la verdad: no era más que otra academia de ricos. Era probable que el porcentaje de lesbianas fuera el mismo que el de gays en Natick.

Ella asintió.

— Las chicas pueden llegar a ser muy horribles — dijo.

— Los chicos también.

— Sí, pero yo me refiero a un tipo específico de horribilidad reservado exclusivamente para pijas que van a academias privadas. No seré yo quien dé nombres, pero Rhonda Peterson escribió «Hannah come felpudos» en mi puerta con permanente rosa. Qué original, ¿eh?

— Caray — dije.

En mi mente, yo solo repetía: *Por favor, no seas lesbiana. Por favor, no seas lesbiana*. En los bailes a los que había asistido en los dos años y pico que llevaba en Natick (y el año pasado tuvimos dos), no había sentido nunca una conexión tan buena como esta.

— A ver, lo de los felpudos ni siquiera es lo que me joroba. Eso casi me da igual. Es el hecho de que Rhonda invirtió tiempo activamente en plantarse allí y escribir sus pensamientos malvados en mi puerta. ¿Qué clase de problemas puede tener una chica así? ¿Y por qué siempre soy yo la que acaba pillando por culpa de gente con problemas?

Ahí murió mi esperanza. Bueno. Mi postura se relajó.

— ¿Las chicas se meten mucho contigo por ser lesbiana?

Hannah se pasó la mano por su cabello ondulado.

— Oh, si no lo soy. ¡Ojalá! Los hombres son lo peor. Obviando al aquí presente. Creo.

Me quedé parado y empecé a sentirme incómodo.

— ¿Quieres sentarte?

— Em. Vale. — Ella señaló al suelo frente a sí. Era raro, pero ahí me senté igualmente, a sus pies—. Dime, Hannah, ¿vienes mucho por aquí?

— Ugh. Has elegido así como la frase más trillada del siglo pasado.

— Lo siento. No estoy acostumbrado a esto.

Hannah esbozó otra vez esa sonrisa de Mona Lisa y tuve que apartar la mirada porque era tan... ¿auténtica, quizás? Su rostro era como un libro abierto. No estaba acostumbrado.

— ¿A esto?

— Em. A conocer chicas. Em, chicas guapas... en la biblioteca Bacon Free.

Ella enfurruñó los labios.

— ¿Estás acostumbrado a conocer chicas feas aquí?

— No estoy acostumbrado a conocer chicas. Punto. Y bueno, me gustaría, pero... No chicas en plan muchas, pero estaría bien... Dios. Cállate, Ben — dije.

Ella se echó a reír. Su risa era melódica e infantil, lo cual tenía gracia porque en realidad no hablaba como si fuera joven. Parecía ser un alma vieja, y eso me gustaba. Pero también me gustaba la risa juvenil.

— Ay, qué bien, eres un excéntrico — dijo.

Yo miré al suelo.

— Creo que nadie me había llamado nunca «excéntrico».

— Bueno, hay una primera vez para todo. Me caes bien. Quizás podrías ser mi Chico Mono y Alocado de Ensueño.

Tragué.

— Em. No tengo ni idea de lo que es eso.

— Es el típico personaje este de las pelis que es un poco rarito y majo. Hace que la protagonista se sienta mejor y luego desaparece.

Me crucé de brazos, pero los descrucé rápidamente.

— ¿Quieres que desaparezca?

Hannah se mordió el labio de una forma ligeramente seductora.

— Aún no lo sé.

— Ah. Vale.

— Vale — contestó, y me sonrió, y yo la miré de nuevo porque era preciosa.

— No quiero desaparecer — susurré.

El rostro se le sonrojó un poco.

— Me lo apunto.

Sentí que me ponía colorado yo también. ¿En serio estaba pasando esto? ¿Una chica interesante, lista, preciosa, con la que era medio fácil hablar y que quizás estaba interesada en mí? Pues no me parecería mal. Pero entonces me acordé de mis notas y de cómo me había prometido a mí mismo no meterme en nada que pudiera distraerme de los estudios.

Pero ¿cómo va a vivir un ser humano solo a base de estudiar?

— Esta es mi época favorita del año — dije—. Cuando tienes que ponerte un montón de capas. Me encanta el frío.

— Estás hablando del tiempo — observó ella.

— Me crie en una granja. Solemos estar bastante obsesionados con el tiempo.

— ¿Te criaste en una granja y vas a Natick? Debes de sentirte como que allí no encajas ni a martillazos.

— Sí. Exacto. Em. Gracias por entenderlo.

— De nada.

— ¿Te apetecería salir a pasear algún día y no hablar de que hace frío? — pregunté.

— ¿Y de qué hablaríamos?

De tus ojos, pensé, y me alegro tantísimo de que no lo dijera.

— De ti.

Hannah sonrió.

— Buen plan.

— ¿Sí? Bien. Me alegro. ¿Te puedo llamar?

— Puedes — dijo—. Te enviaré un mensaje con mi número.

— No hablo por mensaje.

— ¿De qué época eres, Ben Carver?

Me encogí de hombros. No quería contarle que, en nuestra tarifa de móvil, los mensajes costaban dinero y que por eso no los enviábamos.

— Soy de los años cincuenta — dije.

Hannah sacó un boli, escribió su número en un trozo de papel y me lo dio. Yo dividí el papel en dos, escribí mi número en el trozo vacío y se lo di.

— Mola. Podría gustarme conocer a un chico de los cincuenta. Quizás podríamos pasarnos por un guateque.

— Un guateque. Decidido — dije.



Me habría gustado que las cenas en Natick fueran más formales.

Es cierto. Me parece placentera la idea de arreglarse para cenar y sentarse en sitios asignados del comedor, como se hacía antiguamente o como si estuviéramos en Hogwarts. Nos sentaríamos en hileras ordenadas de sillas de madera con respaldo alto, hablaríamos en voz baja y respetuosa sobre cómo había ido el día, con supervisores yendo y viniendo mientras apuntan quién falta, y todo el mundo se limpiaría la comisura de los labios con servilletas de tela. Eso sería perfecto. Y aún mejor si todo el mundo hablara con un refinado acento británico. Seríamos como la gente de la historia.

En vez de eso, me sentaba con el equipo de béisbol, lo más opuesto a *hogwartiense* que uno pueda imaginar. Si mi plan era básicamente sobrevivir al semestre y no involucrarme mucho con nadie, desde luego, sentarme con estos chicos tres veces al día era la mejor forma de lograrlo. Nadie tenía muchas expectativas de que yo entablara conversación.

El viernes por la tarde de la primera semana, estaba tan metido en un texto sobre la presidencia de James Polk y la doctrina del destino manifiesto que, para cuando levanté la mirada, había pasado la mitad de la cena. Me fui corriendo a la cafetería, pero el equipo justo estaba acabando de comer.

— ¡Carver! — gritó Mendenhall con una sonrisa enorme en la cara mientras me acercaba a la mesa del equipo con mi bandeja—. ¿Qué hay, tío?

— Ey.

— Estábamos hablando del Incidente Schroeder — dijo, y yo me reí.

Schroeder, un chico que el año pasado había ido al último curso, era de esas personas que no piensan antes de actuar. Llamaba «maricón» a todo el mundo y no dejaba de hacer coñas sobre la burundanga. Mendenhall, que por entonces estaba en el curso en el que estaba yo ahora, consiguió hacerse con chile habanero en polvo, y el plan había sido echarlo dentro del suspensorio de Schroeder mientras alguien lo distraía. Pero Schroeder siempre sospechaba de las intenciones de los demás y no picaba. Bryce y yo éramos los calladitos y, sin pensarlo siquiera, improvisamos. Bryce fingió caerse y torcerse el isquiotibial y, mientras la mayoría nos reunimos alrededor de su taquilla, otros cubrieron el suspensorio de Schroeder con el polvo. Bryce se recuperó rápidamente y, cuando Schroeder se cambió, los gritos que pegó seguro que se oyeron a kilómetros de distancia. A los chicos les impresionó mucho que Bryce y yo ayudáramos.

— ¿Sabes dónde anda Bryce? — preguntó Mendenhall.

— Su madre lo matriculó en uno de esos programas de educación al aire libre. Creo que está en Utah.

— Hostia, tío. Qué fuerte.

— Sí — dije.

— He oído que van a salir a vender galletas para ti — dijo Zack. Llevaba un jersey de los Celtics del revés.

— ¿Qué?

— Zack es imbécil — dijo Steve—. Donnelly comentó que la academia te pagará el viaje a Fort Lauderdale, y a Zack le hizo gracia la idea de vender galletas para recaudar fondos para Ben Carver.

No hice caso del privilegio profundo y sin límites que envolvía aquella última frase y me centré en la información importante.

— ¿En serio? ¿Al final sí que me lo van a pagar?

Steve se encogió de hombros.

— Eso fue lo que dijo el entrenador.

— Vaya. Qué bien.

Steve se levantó para llevarse su bandeja.

— ¿Sales esta noche, Carver? — preguntó—. Un pavo de Joey Warren va a organizar un fiestón. Será muy loco, tío.

Joseph Warren era el instituto público del pueblo. Lo teníamos justo al otro lado del estanque Dug. Por un instante, pensé en la sonrisa de Hannah y me pregunté si estaría en la fiesta. Pero no. Ella se sentiría tan fuera de lugar como siempre me sentía yo. Estaba harto de ser el chófer sobrio, el tonto que se sentaba en una habitación silenciosa fingiendo que se lo pasaba bien.

— Nah, tengo cosas que hacer — dije.

— No todo va a ser trabajar, hombre — dijo Mendenhall.

— Ya lo sé, ya.

— Como veas. A más bragas tocamos. — Este fue Mendenhall otra vez, y me sentí aliviado cuando se marcharon. Yo no era de los que coleccionan bragas.

Saqué el libro de texto de Historia y lo puse al lado de mi bandeja, feliz de tener un acompañante que no me hiciera preguntas. Ataqué la ensalada titánica que me había hecho con restos de lechuga mustia y las hortalizas que quedaban en el bufé. Me la acabé entera mientras leía sobre el caso «Dred Scott contra Sandford», y entonces noté un golpecito en el hombro izquierdo.

Me volví. Era Toby. Yo no es que sepa mucho de ropa, pero me pareció que llevaba una blusa verde ceñida a su cintura minúscula con un gran cinturón negro. Fruncí el ceño, recordando su visita a mi armario de hacía unas cuantas noches.

— Ups — dijo—. Tenía la esperanza de que reaccionaras de otra forma.

— ¿Tienes más mensajes subliminales para mí?

Él me enseñó todos los dientes con una gran sonrisa.

— Nah. Solo uno liminal. — Se volvió e hizo un gesto con la mano.

— No — dije cuando me di cuenta de a quién estaba llamando, y me puse de pie tan rápidamente que casi tiré mi bandeja de la mesa. La re Coloqué y, al volverme, Rafe estaba frente a mí con las manos a la espalda y la cabeza un poco inclinada hacia abajo.

— Ey — dijo.

— Ey. — El cráneo me apretaba, como si de repente el cerebro no me cupiera dentro.

Toby miró a Rafe y luego a mí, y después al uno y al otro.

— ¿Y bien? Venga, esto es ridículo. Suéltalo.

Rafe se volvió y agitó el dorso de la mano hacia Toby. Él se apartó. Nos quedamos allí, solos él y yo en la cafetería, y mi cerebro empezó a zumbear.

— Sé que más o menos ya he dicho esto, pero yo... — Parecía no encontrar las palabras—. Mierda. Disculpa. Disculpa sincera.

Yo me reí. Supongo que me pilló con la guardia baja.

— ¿Así que ahora solo tienes que decir lo que quieres hacer y es suficiente?

— Sí, bueno, más o menos.

— Joder. Estoy harto de estar enfadado contigo. — Hasta que lo dije, no me había dado cuenta de cuán cierto era. Mi ira hacia Rafe se había convertido en mi compañera de habitación, y quería que se fuera.

— Y yo estoy harto de que estés enfadado conmigo. En ningún momento he estado enfadado yo contigo, que conste.

— ¿Y por qué ibas a estarlo? — dije entornando los ojos.

Rafe se encogió de hombros.

— ¿Podemos firmar una tregua? — preguntó.

Respiré hondo. De repente, el cerebro no me apretaba tanto.

— Creo que ya la hemos firmado — dije—. He colocado mi línea Maginot y hay un acuerdo frágil en el frente occidental.

— Ay, Ben — dijo, y la dulzura de su voz hizo que yo apartara la mirada—. Un momento. ¿Soy Hitler en esa analogía?

No lo había pensado así.

— Supongo.

— Has convertido al judío en Hitler. Muy bien.

Me reí, y él también.

— Manda a paseo a esos dos — dije señalando a Toby y a Albie, que nos miraban desde una mesa cercana—. Acompáñame a la residencia. Veamos qué tal se les da a nuestros diplomáticos una reunión de posguerra.

— Los del equipo de béisbol seguro que te adoran — dijo Rafe, y yo me volví a reír porque, aparte de quizás un poco con Hannah, esta era la primera vez que usaba mi sentido del humor auténtico desde la última vez que él y yo habíamos quedado. Podíamos llegar a un acuerdo. Teníamos que llegar a un acuerdo. Quería recuperar a mi amigo.

Rafe hizo un gesto con la mano que connotaba «podéis iros de la cafetería, no estoy en peligro mortal», y Albie y Toby se marcharon. Les dimos como un minuto de ventaja, y entonces nos

abrigamos y salimos también.

Era esa hora de la noche en la que casi puedes sentir cómo desciende la temperatura y arrecia el viento, cuando cruzas los cuarenta y cinco metros del campus saboreando cómo se sentirán tus piernas bajo las sábanas mientras, por la ventana, ves cómo el viento agita las ramas de los árboles. Tener a Rafe caminando a mi lado me produjo una sensación de calma más intensa de lo que me habría imaginado.

— ¿Cómo te han ido las vacaciones? — pregunté—. ¿Cómo están tus padres?

— Están bien. Claire Olivia fundó una festividad nueva el 29 de diciembre: la Rafidad. Básicamente, la celebramos yendo a Pearl Street y cubriendo la estatua de una mula con pegatinas con mi cara.

— Siento habérmelo perdido — dije con tono inexpresivo, y Rafe se rio.

— ¿Y tus vacaciones qué tal?

— Te las puedes imaginar. De una *fiestuqui* a otra sin parar.

— Ya, claro.

— Ahora estás en la Alianza Gay-Hetero, ¿verdad? — Steve había comentado algo al respecto un día a la hora de comer.

— Sí.

Quería decir algo como «me alegro por ti», pero no había forma de decirlo sin sonar como un capullo. En vez de eso, dije:

— Bueno, me alegro de que estés conociendo gente nueva. — Hice una mueca, porque pensé que eso sonaba a que me alegraba de que no contara conmigo como amigo.

— Sí, eso está bien. De hecho, he estado quedando con un chico.

Algo se me detuvo en el pecho. Fue extraño, involuntario y sorprendente. Rafe no me pertenecía; él podía hacer lo que quisiera. Pero, por algún motivo, la idea de estuviera quedando con otro chico me hería en un lugar profundo y doloroso, justo por encima del estómago.

— Ah — dije—. Vale.

Si Rafe notó algo, no lo mostró.

— ¿Conoces a Jeff Frazier? — preguntó.

Noté que estaba apretando los dientes, como si se me hubiera formado un vacío en la garganta que estuviera tirando de mi mandíbula superior contra la inferior.

Rafe dejó de andar.

— ¿Estás bien?

Algo más fuerte que yo se estaba despertando. Quizás, si deseaba con fuerza que desapareciera, podría fingir que no estaba ocurriendo. Intenté centrarme en Rafe, pero lo veía borroso. En la oscuridad de la noche, no era más que una silueta difuminada sobre el césped sombrío.

— Ah. Sí. Preocupado. Deberes.

Sabía perfectamente que cuatro frases de una palabra seguidas era algo extraño, y no sabía qué hacer para que no lo fuera. Así que no dije nada. Empecé a caminar. No deprisa, porque no quería comportarme como un imbécil, pero pensé que quizás, si no miraba a Rafe y me movía, se formarían ideas o palabras que darían una explicación a lo raro que estaba.

— ¿Pero qué ha pasado? — preguntó Rafe mientras caminaba detrás de mí—. ¿Estás bien?

— Sí. — Aceleré el paso poco a poco y, sin volverme hacia él, dije— : Es solo que tengo cosas que hacer. Hablamos otro día, ¿vale?

— Em — dijo, y supe que había dejado de intentar seguirme el ritmo. Y me alegré, porque desde luego no quería montar una escena, y fue una estupidez por mi parte sentir lo que cojones fuera que estaba sintiendo, y ni de broma iba a contarle nada de esto. Jamás.



Cuando por fin llegué a mi habitación, exhalé, cerré los ojos y me apoyé contra la puerta.

¿Por qué tenía que ser yo un bicho raro?

¿Qué era esto? ¿Qué coño me importaba a mí lo que él hiciera con tal o cual fulano? Me daba igual. Él podía hacer lo que quisiera y no era asunto mío.

Me acerqué a mi armario, donde estaba la nevera que Bryce había dejado, y cogí un Gatorade de naranja. Me lo pasé de la mano derecha a la izquierda y lo agité. Después, lo tiré sobre mi cama y trastabillé hasta el último cajón del antiguo escritorio de Bryce. Debajo de un montón de carpetas finas estaba mi vieja botella de vodka medio vacía. El semestre pasado, me había prometido a mí mismo dejar de beber cuando me empezó a parecer que se estaba convirtiendo en un problema. *A la mierda*, pensé. *Tan solo necesito pillar el puntillo*.

Al Gatorade de naranja con vodka lo llamábamos «destornillador de plástico» y siempre había sido nuestra bebida predilecta, primero de Bryce y mía, y después de Rafe y mía. Me bebí un tercio del Gatorade y cerré los ojos en cuanto se me congeló el cerebro. Volví a llenar la botella con vodka, enrosqué el tapón y la agité. Escondí la botella de vodka debajo de mi cama, muy al fondo por si alguien entraba, y me senté a la espera de que se me descongelara el cerebro. Entonces, le di un trago al destornillador.

Exhalé mientras el alcohol me quemaba la garganta.

Rafe. Joder. Bajo la guardia durante un segundo, le dejo volver a entrar y... ¿qué ha tardado, dos minutos en volver a hacerme daño?

Qué rápido había superado él que se le rompiera el corazón. Dios. Hice una mueca. ¿Por qué cojones estaba yo pensando en eso? Rafe era un tío. Yo era un tío. Un tío hetero. Durante las últimas veinticuatro horas, prácticamente solo había pensado en la naricilla redonda de Hannah y en sus labios rojos y dulces. Yo no pensaba en chicos de esa manera. Jamás. Pero entonces, el año pasado, Rafe abrió una parte de mí tan extraña y demencial que nunca antes había estado ahí y... Joder. Maldito sea.

Di otro trago y cerré los ojos mientras sentía cómo el alcohol se adentraba en mi torrente sanguíneo. Al beber, siempre se da ese instante en el que notas que el alcohol empieza a hacer efecto.

¿Qué iba a hacer con Rafe? Él podía salir o lo que fuera con quien quisiera, y yo desde luego no iba a contarle que eso me hacía daño porque aquello era una puerta cerrada, sellada con

hormigón y que jamás se volvería a abrir. Y, mierda, ¿me había delatado ya? ¿Por qué no había pasado del tema y seguido andando? ¿Por qué no podía, por una vez, mantener el control?

Pegué un trago largo y, de repente, la botella estaba vacía.

Un trozo de papel apareció por debajo de mi puerta.

Sabía de quién era y, por mucho que quise no hacerle caso, no pude.

Ben:

Lo siento. Dios, lo digo mucho, ¿no? No sé por qué siempre hago las cosas mal contigo. No es mi intención.

El caso (quizás el caso más estúpido de todos) es que el único motivo por el que he comentado lo de Jeff era porque quería quitarte un peso de encima. Era mi forma de decir: «No te preocupes, ya no estoy enamorado de ti». Tendría que haber sabido que era mala idea. Lo siento, soy imbécil. Tan solo quiero ser amigo tuyo otra vez. Eso es todo. Lo prometo.

Tu aspirante a amigo idiota y penoso,

Rafe

Me llevé la nota al pecho y, en cuanto me di cuenta de que lo había hecho, la arrugué y la tiré sobre mi escritorio.

Sí, es verdad. Rafe era majo. Pero eso no cambiaba el hecho de que, en ese momento, quería estar solo. Ya tenía bastantes cosas de las que preocuparme, muchas gracias.

Volví al armario a por otro Gatorade y seguí los mismos pasos que antes pero, esta vez, sin congelación cerebral. Cuando tuve la botella llena y agitada, me hice un ovillo bajo la manta con ella, sosteniéndola cerca como si fuera un balón de fútbol americano o un bebé. Entonces, saqué la botella despacio, la abrí y di un sorbo de lado con el que casi me atraganto. Es difícil beber de lado, pero no me apetecía moverme. Le puse el tapón otra vez y volví a abrazar la botella.

Esto era mucho más divertido con Bryce. Antes de Rafe. Jugábamos a preguntarnos si preferiríamos tal cosa o tal otra, y nos partíamos hablando sobre lo idiotas que habían sido los compañeros en alguna fiesta, y Bryce hacía imitaciones perfectas de todos ellos que acababa convirtiendo en conversaciones, y yo casi me meaba de la risa.

El septiembre pasado, jugamos a «Dos verdades y una mentira» y saqué a relucir un dato curioso, pero poco conocido: que los nazis se apropiaron del himno de Harvard y usaron partes de él para su marcha Sieg Heil. Bryce se pensó que esa era la mentira, y la conversación que siguió fue de la invasión de Liechtenstein a Rommel, y de Rommel a la McDonald House, un lugar que, según él, animaba a los niños con cáncer a anexionarse el norte de África.

Pensé en desapariciones.

En mi vida, había sentido cercanas a tres personas: al tío Max, a Bryce y a Rafe. El tío Max había sido el único que me entendía en Nuevo Hampshire, y fue él quien me animó a enviar por mí mismo una solicitud a Natick. Él sabía que necesitaba salir de allí. Hablábamos de la vida, de ideas, de historia y literatura y, a veces, hasta de sentimientos. Él me mantenía a flote. Entonces, un día hacía un año, mientras conducía por una autopista interestatal de vuelta a casa desde vete a saber dónde a las dos de la mañana, se estrelló contra un guardarraíl. Luke dijo haber oído que había acabado decapitado. Ojalá no me lo hubiera contado porque, ahora, cuando pensaba en una

de las tres personas de mi vida que realmente me habían conocido, me la imaginaba sin cabeza.

Un par de años atrás, se me había asignado a Bryce como compañero de habitación al azar y enseguida nos convertimos en mejores amigos. Le interesaba reflexionar sobre las ideas y no le parecía raro que me gustara ir solo al Museo de la Segunda Guerra Mundial. Me contó lo de su depresión y, cuando corté con Cindy, la primera novia que había tenido, él estuvo ahí para hablar. Cuando murió el tío Max, Bryce fue al funeral conmigo. Creo que fue por aquella época cuando le empezó a afectar de verdad ser el único chico negro de Natick. Antes, solíamos hablar sobre la raza y el privilegio, pero un buen día dejó de hablar del tema. Solía quedarse mirando a un punto fijo de la pared durante horas. Y yo lo veía. Y debería haberle buscado ayuda, pero no supe qué hacer. Al final, se tomó una excedencia y se fue a su casa en Rhode Island, y no iba a volver.

Rafe había estado allí para recoger los pedazos. Le dio la suficiente importancia como para venir a mi habitación cuando Bryce desapareció, y era divertido y bobo y comprensivo y tenía algo que hacía que me iluminara por dentro. Puede que fueran las tonterías. Nunca había conocido a nadie que lograra que yo hiciera cosas espontáneamente, cosas que me hacían sentir ligero, y nunca había tenido un amigo que se riera tanto con lo que yo decía. Rafe se convirtió en el amigo que me hizo olvidar el dolor, y me sumí en la amistad más profunda de mi vida, y me abrí a él. Y él alargó la mano, me agarró el corazón y lo pisoteó con su deshonestidad, y yo no tenía a nadie (absolutamente a nadie) con quien hablar de ello.

Di otro sorbo del destornillador. El alcohol hizo que se me calentara la nariz. Di otro trago, cerré los ojos y me eché la manta sobre la cabeza. Noté cómo el alcohol me fluía por los oídos, por la barbilla, por la nuca.

Alcohol bueno, alcohol malo , pensé. El alcohol, si se usa de forma recreativa, alivia el dolor. Lo puedes usar y parar antes de que se convierta en un problema. Sin embargo, Rafe... Alcohol malo.

Me incliné hacia la mesa y agarré la nota de Rafe. Alisé el papel, cogí un boli y escribí abajo del todo.

Rafe = Alcohol

El alcohol es malo para mí.

Miré fijamente las palabras que acababa de escribir, pero entonces puse los ojos en blanco y convertí la nota en una bola de papel. Vaya intento penoso de poner las palabras negro sobre blanco. Volví a tumbarme en la cama. Esa noche no iba a estudiar. Iba a dormir borracho, o lo que fuera que estuviera. Con el puntillo. Cuando despertara, todo tendría más sentido.



Me despertó mi móvil. Desorientado, miré a mi alrededor. La luz estaba encendida, mi ropa estaba apilada en el suelo y yo estaba abrazado a una botella de Gatorade casi vacía. Tenía la cabeza embotada. Embotada de alcohol. Nunca antes me había despertado borracho. Era extraño. Oteé hasta dar con el reloj que tenía sobre el escritorio. Solo eran las ocho y treinta y siete de la tarde. Dios.

Busqué el móvil a tientas. Era Hannah, que me llamaba por primera vez. Y en qué momento.

Caray. Obviamente, no contestar era la opción inteligente, pero estaba hartísimo de hacer lo correcto. Ella lo entendería.

— Alcohólicos anónimos — dije con voz quebrada.

Ella se rio.

— Oh-oh. ¿Estás bebiendo?

— Sí. — Estaba gozando de la sensación que me producía tener vodka en la sangre.

— Qué macarra. ¿Quién hay ahí contigo?

— Nadie — dije sin pensar.

— ¿Estás bebiendo solo? Eso es desolador, Ben Carver.

— Tengo problemas — dije, sintiéndome muy no-Ben.

Hannah soltó una risa incómoda.

— ¿Estás bien? Te noto distinto.

— Sí. No. La verdad es que no lo sé.

— ¿Te apetece hablar de ello? ¿Quieres que quedemos?

Crucé las piernas y me la imaginé a mi lado en ese instante.

— Em. Conducir. No puedo.

— Es verdad — dijo—. Bien pensado. ¿Y si hablamos así y ya? ¿Qué te pasa?

— En realidad no es nada — dije.

— Venga. Cuéntamelo, cuéntamelo. ¿Qué problema tienes? — preguntó, y ambos nos echamos a reír porque sabíamos que eso sonaba muy distinto de lo que quería decir.

— En realidad, no tengo problemas.

— Vamos a jugar a un juego. Va de que tú finges que yo nunca en la vida te juzgaría ni a ti ni a lo que fuera que me dijeras. Porque la verdad es que no lo haré. Te lo prometo.

Toda la vida, había hecho lo que me habían enseñado de niño. No se habla de los problemas. No molestas a la gente con tus historias. Te las apañas solo.

— Ya te lo he dicho, no tengo problemas de verdad. Están exterminando a gente en Oriente Medio. Millones de niños en el África subsahariana pasan hambre. Mientras, aquí estoy yo, con las Mates atragantadas y, no sé. Un amigo que ya no lo es. De verdad que no es nada.

Hannah exhaló.

— Eso es una forma de escurrir el bulto.

— ¿El qué?

— Pensar que, como pasan cosas peores en otros sitios, no tienes derecho a tener problemas en tu vida. Es lo típico que dice la gente que no quiere sentir cosas como un ser humano. Buuu. Creo que estás por encima de eso.

— ¿Has dicho «uuu»? ¿Me acabas de abuchear?

— Hombre, pues sí. Es que, a ver, el chico que conocí en la Bacon Free era más inteligente que esta gilipollez de *señoro* que acabas de soltar. «Soy un hombre y no tengo sentimientos». Lo dicho, una gilipollez.

Sentí que se me cerraba la garganta, como si me hubieran aspirado el aire de la tráquea. Tragué.

— Guau. Tú dices bien claro lo que piensas, ¿eh?

— A veces.

— Ah.

— ¿Te molesta?

— No me... molesta exactamente. No estoy acostumbrado, supongo. No somos mucho de hablar en mi familia. No nos abucheamos ni nos echamos en cara las gilipolleces que decimos.

— Bueno, supongo que lo positivo de ser una mujer que sabe lo que quiere es que no tengo que aguantar gilipolleces si no quiero. Así que yo las cosas las digo muy claras, y si me quieres mandar a tomar por culo, pues vale.

Me reí y dije:

— Nunca he conocido a nadie como tú.

— ¿Eso es bueno o malo?

— Me gustas — dije, sintiéndome algo más abierto por la bebida.

— Bien — dijo ella— . Creo que tú a mí también me gustas, pero tendré que quedar contigo un par o tres de veces más para asegurarme.

— Em. Vale. ¿Me acabas de pedir una cita?

— Llámalo como quieras. ¿Quieres que nos veamos esta semana? ¿El miércoles?

Cerré los ojos y sentí el alcohol recorriéndome las venas y lo único que quería era estar sobrio para poder disfrutar plenamente de ese momento como Ben y no como un borracho.

— Sí — dije— . Todo muy sí.

Ella se rio.

— Qué gracia me hace cómo hablas. Pareces el tipo de chico que no está acostumbrado a decir cosas.

— Es que lo soy.

— Pues quizás podríamos ser la clase de amigos que se dicen cosas.

— Vale.

— Aunque, la verdad, no me molesta que estés buenísimo en plan empollón.

Sentí calor por todo el cuerpo.

— Tú estás buena en plan preciosa.

— Gracias.

— Gracias a ti — respondí.

Cuando colgamos, mi estado de ánimo había mejorado al mil por cien. Me dejé el móvil sobre el pecho, puse las manos detrás de la cabeza y me permití sonreír y estremecerme durante un momento. *Sí, no soy tan gay*, pensé.

Esto no pasaría si fuera gay...

Me levanté de un salto y agarré el portátil. Un experimento.

Tenía un par de páginas de Tumblr guardadas para momentos así. Fotos y fotos de tías buenas. No fui a ellas. En vez de eso, abrí Google y escribí «chicos gays desnudos».

Salieron imágenes.

Las miré fijamente. Las estudié. Los hombres tenían buen cuerpo. No me recordaban a Rafe,

aunque él también estaba en buena forma. Pero no en plan modelo porno, supongo.

Lo de abajo no tenía ningún interés. Desinflamamiento total. No es que me dieran asco, nada más lejos. Es solo que me sentía como si estuviera mirando un libro de texto de Ciencias.

Sonreí. *Sí, al final no soy tan gay. Fue cosa de una vez. De una persona.*

Y entonces pensé en Hannah, en su rostro de sirope de arce, y en el lunar que tenía bajo el labio, y en su cabello ondulado, y en su cuerpo dulce y compacto, y en la bufanda que la cubría, y en cómo sería tenerla tumbada junto a mí. Y dejé que mi mano descendiera, y sonreí otra vez porque la sensación era tan, tan buena. Quizás existía la pequeña posibilidad de que, en ese preciso instante, Hannah también estuviera pensando en mí.



Me desperté sobre las tres de la mañana como si tuviera un hurón destrozándome las entrañas. Tensé el estómago y, de golpe, también tuve náuseas. Algo ácido me subió por el esófago. Oh, no.

Corrí hacia el lavabo con la cabeza aún dándome vueltas por la bebida. Eso. Eso era por lo que no quería beber más. Uno de los motivos, al menos.

Cuando llegué al cubículo, me di cuenta, para mi horror, de que esto no era una reacción normal al vodka. Quizá fuera culpa de la ensalada pocha que me había comido. El estómago me gruñía y supe que no me iba a mover de ahí en un buen rato.

En aquel cubículo frío y demasiado público, cerré los ojos y recé para que llegara el fin. Cuando me encuentro mal del estómago no es que quiera morirme exactamente, pero estaría bien poder no estar vivo de forma temporal; tomarme algo que me desactivara el cerebro mientras lo que sea que tengo en el cuerpo hace de las suyas. Es como si toda tu fuerza vital te abandonara, y pienso: *¿Mi fuerza vital es mierda? ¿A eso se reduce todo? ¿Es esa la verdad humana fundamental? ¿Que todos somos mierda?*

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado ni de qué hora era cuando empecé a oír a otros alumnos entrar y salir del lavabo. Este no era un lugar donde quería tener compañía, y mucho menos encontrándome mal. ¿Ya era de día? Intenté recordar cuánta luz había cuando había salido corriendo hacia el baño. Ni idea.

— Joder — dijo alguien. De golpe, había ojos oteando por la apertura que quedaba entre la puerta y la pared—. Carver, tío, enciende una puta cerilla o algo.

Intenté esconder la cara.

— Vete — gemí—. Estoy malo.

— Hostia, *bro*, aquí se ha muerto algo — dijo otra voz.

— Es Carver.

Oí la voz de Mendenhall, que gritaba:

— Zack, trae el móvil.

— Tíos, no, por favor — rogué.

Pero, por encima del cubículo, no tardó en aparecer una cámara apuntando hacia abajo. Quise ponerme en pie, pero no era el momento adecuado. Tenía el pijama por los tobillos, intenté

ocultarme la cara y la entrepierna a la vez, y odié el mundo y a toda la gente que había en él. Todos se estaban riendo y empezaron a corear mi nombre, y me pregunté qué gen debías de tener para corear el nombre de un enfermo que está sufriendo. Era incapaz de entenderlo. Yo nunca le haría algo así a nadie.

— Vaya, una fiesta en el baño de los chicos. — Oí que decía una voz familiar— . ¿Qué pasa?

— Carver está malo — dijo otra voz justo cuando me di cuenta de que la voz nueva era la de Rafe. Y entonces el estómago se me retorció más, y me entraron arcadas.

— ¿Qué? Basta ya, ¿sois gilipollas o qué? — dijo Rafe— . ¿Estáis mal de la cabeza? Dejadlo tranquilo.

Alguien lo abucheó, pero Rafe se mantuvo firme, diciéndoles a los chicos que borrarán el vídeo y que se compraran una vida o algo y, poco a poco, las voces se dispersaron. Pronto, sentí que allí solo estábamos él y yo. Me sonrojé.

— Gracias — dije como si solo me quedara un hilo de vida.

— Imbéciles.

— Lo siento — dije, pero él no respondió y, al final, me di cuenta de que había salido del baño también.

Cerré los ojos y exhalé, agradecido por estar solo. Le debía una. Eso no arreglaba lo que había pasado antes, pero sin duda le debía una. Se había comportado de forma absolutamente decente.

Unos quince minutos más tarde, me arrastré hasta mi habitación. Me sentía débil, mareado y aún un poco indispuerto. Abrí la puerta y allí, en la butaca bermellón, estaba Rafe sentado.

No supe qué decir. Al mirarlo, recordé lo que había pasado por la tarde y abrí la boca para disculparme, pero entonces vi la nota arrugada. Con lo que yo había escrito en ella. Mierda. Estaba claro que la había alisado y leído, y Rafe me estaba mirando con fijeza, y en cuanto pensé otra vez en disculparme, él negó con la cabeza y señaló mi cama. Sobre ella había una bandeja con una lata de gaseosa de la máquina expendedora y una almohadilla térmica azul claro.

— Te ayudará a que se te asiente el estómago — dijo como si fuera mi madre. Era curiosamente reconfortante. Me acerqué a la cama, y él se levantó y cogió la bandeja para que me fuera más fácil meterme en ella. Me dio la lata y dijo— : Bebe.

Di un sorbo. Es posible que la gaseosa sea la bebida más relajante que hay. No sé por qué, pero es así.

Rafe enchufó la almohadilla y me la dio, y yo la metí bajo las sábanas. Me calentó toda la zona del estómago, y yo cerré los ojos y murmuré:

— Gracias.

— No, yo tampoco sé por qué Albie tiene una almohadilla de calor — dijo.

Dejé que el calor irradiara hacia mi interior.

— Perdona lo de... — dije.

De nuevo, no contestó. Recogió sus cosas, se aseguró de que estuviera cómodo y dijo:

— Llámame si necesitas algo.

Nunca me había alegrado tanto de estar en mi cama. La cabeza aún me martilleaba por culpa del alcohol, tenía la garganta dolorida de vomitar y mi cuerpo entero parecía estar para el arrastre. Caí en un sueño profundo y una parte de mí deseó estar de nuevo en el fondo de aquella

piscina.



Oí que llamaban a la puerta un par de veces, pero estaba demasiado cómodo como para contestar y, cuando el ruido cesó, me volví a quedar frito. El sueño que tenía era increíble, parecía no tener fin. De vez en cuando, me pareció que alguien me limpiaba la frente con una toalla húmeda, o que rellenaba un vaso de agua y lo dejaba cerca de mi cama, pero no sabía seguro si estaba soñando o si estaba despierto.



Cuando volví a abrir los ojos, supe que era casi mediodía por la posición del sol. En mi escritorio había un vaso lleno de agua. Miré a mi alrededor y allí estaba Rafe, mirándome desde la otra cama. Respiré hondo y me estremecí. La habitación olía un poco a hospital.

— Doy asco — gemí, y él se rio.

— Para eso están las duchas — dijo—. Aparte de eso, ¿cómo te encuentras?

El estómago ya no me dolía, pero estaba exhausto, envuelto en esa sensación de que lo único que quieres es quedarte tumbado sin hacer nada. Me quedé en silencio hasta que pensé que estaba siendo borde, y dije:

— Un poco mejor. Solo quiero descansar. ¿Cuántos días han pasado?

— Es domingo.

Llevaba veinticuatro horas durmiendo.

— Guau. Sublime.

— Nada de «sub». Es «lime» del todo — dijo—. Estaba bastante preocupado. Vaya con la que has pillado. ¿Seguro que te encuentras algo mejor?

— Sí, supongo.

— Bien. ¿Quieres algo de la cafetería?

— Nah.

— Vale, tostadas con miel, pues.

Se puso las botas y el abrigo, y yo lo observé desde mi cama y sentí una especie de comodidad soñolienta, la sensación esa de aceptar que vas a estar en la cama y que no pasa nada, que el mundo seguirá girando sin ti por un día.

Rafe me medio saludó con la mano y dijo:

— No tardo.

Yo cerré los ojos e intenté encajar las piezas en mi cabeza. Lo que significaba aquello. ¿La incomodidad que había entre nosotros había quedado atrás? ¿Estaba en pausa? ¿Teníamos que hablar de lo que había escrito en aquella nota? ¿Podíamos hacer como que no existía y seguir adelante?

Cuando sentí que el sueño me vencía, me di cuenta de que aquello daba igual en ese momento. Rafe era un amigo. El único amigo a quien le importaba lo suficiente como para estar allí cuando lo necesitaba. Y me sentía agradecido.



El lunes, después de nuestro tercer entrenamiento de béisbol, entré en el vestuario y vi a Mendenhall cernido sobre un chico que estaba gateando por el suelo manchado de restos de nieve.

— Los perros lo olfatean todo — dijo Mendenhall—. Guíate por la nariz.

El chico, un compañero dócil y algo más joven que nosotros llamado Peterson, alargó el cuello y olfateó debajo y alrededor del banco que había delante de su taquilla. Me estremecí recordando que aquello mismo me había pasado a mí. En mi primer año en Natick, caminaba a cuatro patas cuando me lo ordenaban, a pesar de que yo era más grande y más fuerte que algunos de los chicos que me decían que lo hiciera. Pensé que era ridículo, pero quería formar parte del equipo.

Miré alrededor y mis ojos se cruzaron con los de Steve. Estaba con el ceño fruncido, y yo imité el gesto y me acerqué a él.

— ¿En serio tenemos que seguir haciendo estas cosas? — pregunté.

— Yo estoy muy a favor de las tradiciones del equipo, pero podría vivir sin esta, la verdad — contestó.

— Carver, ¿quieres que el perro este te traiga algo? — me dijo Mendenhall señalando a Peterson.

— Em, no — contesté desde mi taquilla—. Tengo todo lo que necesito.

— Algo te hará falta, ¿no?

— Nah. Si fuera el caso, iría yo mismo a buscarlo.

— No insistas, Tommy — dijo Zack—. A Ben no le va la diversión.

Mendenhall sacudió la cabeza con indignación.

— Cámbiate, enano — le dijo a Peterson.

Me quedé mirando mi taquilla. *Pues vaya diversión*, pensé, *obligar a un chaval a olfatear como si fuera un perro*. Pero. ¿Y si Zack tenía razón? Mierda. ¿Acaso era yo un aguafiestas?

¿Por qué era incapaz de tomarme las cosas de otra manera?

Tengo cinco años. Mamá me ha comprado un libro de colorear y ceras de colores. Nunca había tenido ceras ni nada para pintar. Tengo delante el dibujo de un dinosaurio y estoy fascinado, usando todos los colores, colores en los que no había pensado antes. Estoy pintando un cielo de color Azul Huevo de Zorzal Robín con un sol Naranja Indignante, y el dinosaurio

tiene las manos Zanahoria Neón y el cuerpo Lima Eléctrico, y estoy cantando. Mi madre está cocinando, cantando la canción que suena en la radio diminuta que tiene al lado del fregadero, sobre la encimera blanca de formica. La canción es I Like It, I Love It, y estoy contento, y mi padre entra en la cocina y me ve pintando y me quita el libro de colorear y dice: «Si tanto tiempo tienes, ¿por qué no limpias el redil de las llamas?». Y entonces sale de golpe por la puerta de atrás. Miro a mi madre y parece triste, y lo primero que pienso es: «Papá ha puesto triste a mamá». Papá vuelve con un cubo de metal y una pala y salgo fuera y, mientras recojo las cacas de las llamas, pienso: «No debería haber estado pasándomelo tan bien. No está bien. Hay trabajo que hacer. Somos varones Carver. Trabajamos. Trabajamos duro».

Tengo nueve años. Hemos ido a un restaurante para nuestra cena fuera anual y estamos esperando a que nos den una mesa. Está sonando una especie de polca y me empiezo a mover un poco. Luke se ríe. Me muevo un poco más. Luke se ríe más. Papá me agarra del brazo y me saca del restaurante. Me empuja contra el revestimiento de madera de la pared y me mira directamente a los ojos: «Deja de hacer el memo. No me vas a avergonzar, ¿está claro?». Yo asiento y asiento hasta que me suelta.

Ahora tengo diecisiete años. Y no recuerdo muchas ocasiones en las que me haya unido a lo que otra gente considera diversión. Normalmente me quedo a un lado, como en las fiestas cuando todo el mundo está bebiendo y pasándoselo en grande. La vez que mejor me lo pasé en mi vida fue el semestre pasado, en el vergel de manzanas, cuando Rafe y Albie y Toby y yo decidimos que éramos una pandilla y nos acabaron echando después de una batalla lanzándonos manzanas. Quería volver a ese momento. Pero ¿cómo podría, si mi configuración por defecto era la de «aguafiestas»? ¿Me había convertido en mi padre?

Aún me estaba recuperando del fin de semana que pasé con la intoxicación alimentaria, pero el entrenamiento en sí fue bien. Me gustaba entrenar en interior. La bola botaba más rápido en el suelo laminado del gimnasio, y estoy bastante seguro de que no hay nada en el mundo que me guste más que atrapar limpiamente una bola que ha tocado el suelo. Con un ojo puesto en el corredor mientras me centro en la bola, manteniendo el guante bajo y el cuerpo enderezado, el movimiento fluido de la bola cuando choca contra el guante, mi mano derecha que la recibe, los dos pasos y el lanzamiento, como si todo fuera una pequeña danza perfecta e irreprochable. No sé de quién había sacado esto; papá no era ningún atleta y creía que los deportes eran una pérdida de tiempo. Luke nunca se había unido a ningún equipo porque tenía que ayudar en la granja después de clase, y esa había sido también mi situación antes de Natick. Solo llevaba jugando un par de años.

El entrenador Donnelly bateó una bola en corto entre Mendenhall y yo. Me desplacé a la izquierda, anticipé el bote rápido y alto (a la altura de mi oreja), alcé el brazo, atrapé la bola con el guante, detuve el impulso en mitad del movimiento, pivoté hacia el *home* y disparé la bola hacia nuestro receptor.

— Bien hecho, Carver. Está usted en buena forma — gritó Donnelly, y yo mantuve la cabeza baja mientras rodeaba a Walton, el tercera base de reserva, al que le tocaba atrapar la siguiente bola.

Después, llegó el momento de batear. La mayoría de mis compañeros intentaban estampar la bola contra las graderías que había al final del gimnasio, en la cancha de baloncesto, a pesar de que estaban como quince metros más cerca de lo que estaría la reja normal. *Enhorabuena, eres capaz de enviar una bola al campo izquierdo*, pensaba mientras Steve hacía exactamente eso

cinco veces seguidas. Cuando llegó mi turno, me concentré para hacer lo contrario. Si bateaba hacia el campo derecho, podría empezar a calcular el momento perfecto para darle de lleno a la bola, lo cual conseguí hacer la mitad de las veces.

— ¿Ven cómo nuestro bateador más potente no apunta a las graderías? Sigamos su ejemplo, muchachos — dijo el entrenador Donnelly desde el montículo después de mi último bateo—. Eso es modestia, y justo a lo que hay que aspirar: a la *humildad*.

— Sí, humilde es — dijo Mendenhall.

— Sí — coincidieron un puñado de compañeros.

Mientras esperaba a que me llegara el turno de batear otra vez, vi a Mendenhall a un lado con Clement y Zander, dos chavales de quince años. Oí que decía:

— Queréis dejar de ser sustitutos algún día, ¿no?

Sobre sus cabezas sostenía dos suspensorios. Hice una mueca. Un tal Morris nos había hecho lo mismo a Bryce y a mí. Nos dijo que, si queríamos demostrar que nos importaba el trabajo en equipo, teníamos que ponernos los suspensorios sobre los pantalones. Recuerdo cómo Bryce me miró con cara de impotencia. Los dos sabíamos que no era más que una novatada estúpida para hacernos pasar vergüenza y humillarnos, pero ¿qué le íbamos a hacer? Los suspensorios, puestos así sin nada que los rellenara, quedaban ridículos, y los alumnos más mayores se pasaron el entrenamiento señalándonos y riéndose.

Quería decir algo, decirle a Mendenhall que parara, pero quería todavía más no tener problemas. Así que no dije nada. Tan solo miré mientras los dos chavales pasaban las piernas por los huecos de los suspensorios. Donnelly parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando, y me pregunté por qué ignoraría un comportamiento así.

Eché un vistazo hacia Steve, que iba detrás de mí. Él también estaba observando aquella estupidez, y debió de sentir mi mirada, porque se volvió y me miró. Puse los ojos en blanco y él también. Entonces, se encogió de hombros y sonrió como suelen sonreír los chicos que han crecido con padres poderosos y sin dificultades, con dientes perfectos y privilegiados. Yo hice igual, sabiendo que tenía la paleta izquierda algo torcida y que nunca, jamás, me parecería a Steve.

Después del entrenamiento, Donnelly convocó una reunión con todos nosotros y, mientras nos sentábamos en el centro del gimnasio, empezó a hablar de la importancia del trabajo en equipo.

— ¿Saben lo que es el trabajo en equipo? Pregúntenles a los pobres rusos que trabajaron en algún gulag. Los líderes de Rusia usaban el trabajo en equipo para crear situaciones en las que los pobres eran la clase baja y tenían que dejarse la piel en el trabajo mientras ellos no hacían nada. Eso, muchachos, es el resultado del trabajo en equipo.

Estaba bastante seguro de que el mismo Stalin se estaría revolviendo en su tumba con tal afirmación.

Entonces me di cuenta de que no había dicho ni una palabra en todo el entrenamiento. Ni una. Miré a mi alrededor. ¿Lo habría notado alguien? Seguramente no.

— Bueno, es hora de elegir al capitán — dijo Donnelly—. ¿Nominaciones?

Un tipo llamado Reagan levantó la mano de golpe.

— Nomino a Mendenhall.

— Acepto — dijo él, y alguien empezó a aplaudir como si ya lo hubieran elegido.

Otro chaval, Rodríguez, gritó:

— Yo nomino a Marcus.

Marcus, que estaba en el último curso, era el primer bateador y uno de los defensores del campo exterior. También aceptó.

Entonces, Steve dijo:

— Carver.

Y giré la cabeza de golpe en su dirección. ¿Qué? Yo ni siquiera estaba en el último curso. Hasta donde yo sabía, solo los alumnos más mayores habían sido capitanes.

Steve levantó una ceja, y yo miré hacia Mendenhall. Estaba fulminando a Steve con la mirada, y luego me fulminó a mí. Me quedé callado y, tras unos diez segundos de silencio, me di cuenta de que me tocaba hablar.

— Em, acepto — dije, y no miré a Mendenhall muy deliberadamente. Sabía que no le gustaría que tratara de subvertir el orden natural de las cosas. Los más mayores lideran. Los demás, seguimos. Estudié el suelo del gimnasio.

— ¿Alguien más? — dijo Donnelly y, como no se nominó a nadie más, nos pidió a los tres que dijéramos unas palabras.

Mendenhall se levantó y dijo:

— Ya empiezo yo.

Caí en la cuenta de que ni se me había ocurrido tomar las riendas así. Yo iba a esperar a que Donnelly nos llamara a alguno de nosotros. Al final, puede que yo no fuera la mejor opción como capitán.

El discurso de Mendenhall fue algo así:

— El respeto lo es todo. Nadie llega a nada en la vida saltándose la cola, sin esperar su turno. Este será mi cuarto año en el equipo. Cada año, uno de los alumnos del último curso se convierte en capitán y, cada año, lo apoyamos, jugamos como un equipo y nos compenetramos tanto dentro como fuera del campo. Tener un capitán que casi ni habla... Bueno, da igual. La cuestión es que sabéis quién ha nacido para liderar y quién no. Votad por un líder que pueda guiar al equipo.

Unos cuantos aplaudieron, y yo me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Mendenhall no había usado su discurso para ensalzarse, sino para difamarme. Y lo único que yo había hecho había sido decir «acepto». Presioné los labios y tragué.

Marcus fue el siguiente. No paró de hablar de lo que era un líder de verdad, pero yo no le presté mucha atención. Estaba pensando en lo que iba a decir en unos minutos.

Entonces, todos los compañeros me miraron, así que me levanté despacio, los miré y respiré hondo.

— Jugar en este equipo ha sido un honor. Aprendí muchísimo el año pasado y supongo... Creo que un liderazgo silencioso tiene sus ventajas. Como decía Roosevelt: «Con voz baja y una buena vara, llegarás lejos».

— Carver tiene una buena vara, chavales — dijo un compañero más joven, Rollison. Aunque sentí que apretaba los dientes del cabreo, respiré hondo y me reí un poco con los demás.

— Venga, chicos — dijo Donnelly.

— No me refiero a esa clase de vara — dije—. Lo que quiero es liderarnos con honor. Quiero que progresemos en el campo y también fuera de él, y creo que podemos... ser mejores. Cuando tenía quince años... Bueno, no, cuando *todos* teníamos quince años, nos hicieron pasar por un proceso de iniciación que, se supone, es una noble tradición de Natick. A mí me encantan las tradiciones y creo en ellas, pero no creo en la humillación como estrategia. Y sí, todos hemos pasado por ello, así que se supone que ahora nos toca a nosotros hacérselo pasar a los más jóvenes. Pero ¿dónde acaba esto? ¿Qué ganamos como equipo humillando a nuestros compañeros? Pongamos fin a este rollo de las novatadas. Seamos el grupo que restaure el honor del equipo de béisbol. Y tengamos también un gran año. Ganemos partidos. Eso es en lo que nos tenemos que centrar. Gracias.

Cuando me senté, me zumbaba la cabeza. Hubo un silencio y, entonces, lentamente, un aplauso. Mayor, quizás, que el de los otros nominados. No lo sabía seguro. Tragué y estudié el suelo que tenía delante.

Los candidatos tuvimos que salir del gimnasio mientras se hacían las votaciones. Seguí a Mendenhall y a Marcus al exterior y, cuando estuvimos en el pasillo, Mendenhall se volvió hacia mí.

— Menudo montón de gilipollecés — dijo—. Más vale que no ganes.

No respondí. No había nada que decir.

— No puedes cargarte una tradición de Natick solo porque hace años te hirieron esos sentimientos de mariconazo que tienes. Te aguantas como un hombre. Es así como nos convertimos en hombres, Carver.

Lo miré directamente a los ojos, pero no dije nada. Él se rio y dijo:

— Los hombres dicen lo que piensan. Tú nunca llegarás a serlo porque no lo haces.

La puerta se abrió y nos invitaron a entrar otra vez. Miré a mi alrededor y lo primero que vi fue la gran sonrisa que Steve tenía en la cara.

Los votos habían quedado así: diez, nueve y tres.

— ¡Enhorabuena, Ben! — dijo el entrenador Donnelly—. Es usted nuestro nuevo capitán.

Mientras la cara me ardía cada vez más, lo primero que pensé fue: *Me muero de ganas de contárselo a papá*. Lo segundo que pensé fue: *Esto quedará de maravilla en mi currículum*.

— Paleto — murmuró Mendenhall, chocándose contra mí de camino al vestuario, y cualquier sentimiento de culpa se desvaneció de mi interior—. Hoy te has ganado un enemigo muy poderoso.

Y pensé: *¿Qué eres, un supervillano? ¿Quién coño dice algo así?* Pues Tommy Mendenhall, por ventura. Pero no dije eso, sino:

— Ha estado muy reñido.

Él me hizo una peineta.



Entusiasmado con mi nuevo puesto, llamé a casa.

— Qué bien, Benny — dijo mi madre.

Ella le pasó el teléfono a mi hermano.

— ¿Qué pasa, tío?

— Ey, adivina a quién han nombrado capitán del equipo de béisbol.

— ¿Te han hecho capitán? Mola.

Oí la voz de mi padre al fondo:

— Dile que no se le suba a la cabeza.



La primera reunión de Modelo de Congreso fue un martes por la tarde. Me había unido al club el primer año que estuve en Natick con el objetivo de ampliar mi currículum académico para cuando tuviera que enviar solicitudes a las universidades. Fue mi tío el que me dio la idea. Además, también disfrutaba mucho jugando a ser un congresista y planteando cuestiones políticas. Era el tipo de actividad que me imaginaba haciendo cuando solicité el ingreso en Natick y, aunque el lado social no había sido muy emocionante (no quedaba con los compañeros del club), siempre me lo había pasado bien en los eventos. Tenía permiso para saltarme el entrenamiento de béisbol los martes al menos hasta que empezara el campeonato en abril. Cualquier partido que cayera en martes tendría prioridad frente al club.

El señor Sacks era un carcamal con más pelo en las manos que en la cabeza. Siempre llevaba un traje beis y le encantaba hablar de cómo «esos izquierdosos» estaban destrozando el país. Todo el mundo le tenía cierto cariño al señor Sacks y a sus cosas de vejete; incluso a los compañeros más de izquierdas parecía gustarles darle cuerda, y el mismo señor Sacks lo disfrutaba más que nadie.

— Bueno, parece que tenemos a los sospechosos habituales — dijo mientras los doce nos sentábamos—. Creo que los resultados son mejores cuando no elegimos nuestros temas, así que eso es lo que vamos a hacer. ¿Alguna pregunta?

Mitchell Pomerantz levantó la mano:

— ¿Y si tenemos muchas, muchas ganas de argumentar sobre algo?

El señor Sacks se ajustó sus gruesas gafas.

— ¿Sobre qué tiene tantas, tantas ganas de argumentar, señor Pomerantz?

— Sobre el *fracking*.

— ¿A favor o en contra?

— ¿Está de broma? En contra.

— Cómo no — dijo el señor Sacks—. Como usted es aún un niño que no tiene que ganarse la vida, ¿por qué le iban a preocupar los precios de la energía o la independencia energética? No es algo que le ataña.

— Me ataña la continua violación del medio ambiente.

— Y de nuevo vuelve a usar la palabra «violación» incorrectamente. Es algo muy propio de la izquierda, soltar esa palabra sin son ni ton para despojarla de significado.

— Es «sin ton ni son», señor Sacks.

— Señalando mis errores de enunciación no conseguirá que se apruebe su propuesta de ley. ¿Cómo piensa argumentar en contra de la reducción de los precios de la energía? ¿Alguien?

Sonreí. Esto. Esto era por lo que había venido a Natick. ¿Un club donde los chavales podíamos hablar sobre temas actuales y escribir propuestas de ley? Eso era algo que no tendría nunca en Alton, pero aquí podía meterme de lleno.

El señor Sacks me había sonreído al verme entrar. Creo que le caía bien, seguramente porque me guardaba mis opiniones políticas. Yo no era un ideólogo, como diría él. Antes de las vacaciones, en una convención en Boston, argumenté con éxito a favor de los cheques escolares. Después, intentó tirarme de la lengua y que hablara de política, pero no piqué. Es mejor que la gente no tenga claras mis creencias.

Cuando nadie respondió a lo que había pedido el señor Sacks, un argumento en contra de la reducción de los precios de la energía, nos dijo que escribiéramos doce temas en trozos de papel y los metiéramos en un sombrero. Podríamos elegir si estar a favor o en contra una vez que hubiéramos sacado un tema del sombrero. Él lo fue pasando, y yo pensé sobre qué tema me gustaría argumentar. La legalización de la marihuana podía ser divertido, pero también lo sería un tema como la mejor forma de hacer frente al terrorismo.

— Mierda, la ley de ayuda a los menores extranjeros.

Eso lo dijo Tucker Collins, a lo que Mitchel contestó:

— Te lo cambio. A mí me ha tocado Irán.

— Nada de cambios — dijo el señor Sacks—. Voy a sacarles de su zona de confort. Les toca lo que les toca, ¿entendido?

Me llegó el sombrero y metí la mano. Removí un poco y saqué un pequeño trozo de papel.

Ponía: «Las libertades religiosas están amenazadas por los defensores del matrimonio gay».

Me puse un poco colorado, pero me obligué a no sentir vergüenza. Era un tema interesante, un tema que podía investigar y sobre el que podía argumentar en contra de forma convincente.

Todos compartimos lo que nos había tocado, y entonces el señor Sacks nos pidió que eligiéramos un bando. No me preocupé de la reacción de nadie cuando dije «en contra». Él escribió nuestros nombres, los temas y nuestra posición al respecto en la pizarra. Entonces, se quedó de pie allí durante unos segundos inquietantes, con una sonrisa pícaro casi oculta por su bigote, y me di cuenta de lo que iba a hacer. *Leches*, pensé.

Borró el «a favor» que había al lado del tema de Tucker Collins y escribió «en contra».

El coro de gruñidos hizo que el señor Sacks mostrara algunos dientes, algo inusual en él.

— Cuando les he dicho que les iba a sacar de su zona de confort, lo decía muy en serio. Todos van a argumentar el lado opuesto de su tema.

— Pero usted también dijo que podíamos elegir el bando — dijo Tucker.

— Mentí — contestó el señor Sacks—. Esto es Modelo de Congreso. No puede creer todo lo que dice un congresista.

Dios, pensé, ¿cómo voy a argumentar que las libertades religiosas de la gente están en peligro por culpa de los gays? No podía ni imaginar cómo el hecho de que dos tíos se casaran podía interpretarse como un ataque a las libertades civiles de otra persona. Es que no tenía sentido.

Después de Modelo de Congreso, fui a la biblioteca de la academia para investigar a Peter Pappas. Lo había tenido en mi lista de tareas pendientes desde que me enteré de lo del premio, pues tendría que dar un discurso sobre él. En el catálogo en línea, había dos resultados del *Natick Newsman*, el periódico de la academia. El primero era un artículo sobre él como capitán del equipo de baloncesto. Era un chico alto con una gran sonrisa, y en el texto ponía que era de Dorchester, un barrio de Boston. Durante su estancia en Natick, Pappas destacó en cuatro deportes distintos y ganó el primer premio en la competición de Modelo de Congreso del estado de Massachusetts, en la que participaron chicos de otros veinte institutos. Después de impresionar a los jueces, trabajó para un congresista durante el verano antes de cumplir siquiera los dieciséis.

Saqué una fotocopia de ese artículo antes de pasar al otro. Lo habían escrito dos años más tarde, después de que Pappas muriera estando de servicio en Vietnam. Se me encogió el corazón al ver la misma foto otra vez. Que te interese la historia implica encontrarte con muchos datos sobre bajas de guerra, pero eso no es lo mismo que ver la foto de un chico de tu edad, un chico que estuvo donde estabas tú, y pensar que, seguramente, lo último que vio fue una explosión.

Fotocopié también ese artículo, y me pregunté qué podía decir para hacerle justicia. Un chico que creía tan firmemente en una causa que fue a la guerra voluntariamente y murió por sus principios.

Era un nivel de compromiso que yo nunca había sido capaz de entender, y deseé tener algo que me importara así. Algo por lo que estaría dispuesto a morir.



— Si pudieras cenar con cualquier persona de la historia, ¿con quién sería? — preguntó Hannah mientras nos sentábamos en un banco de madera helado del parque Warren.

Era miércoles, después del entrenamiento, y el sol empezaba a ponerse. El parque que eligió era más bien una zona de juego infantil rodeada de bancos, con un arenero y columpios y barras para escalar. ¿Qué más daba que no fuera el sitio más romántico para una primera cita? Mientras pudiera estar con Hannah, el lugar me daba igual.

— Seguramente con Winston Churchill. O quizás con Abraham Lincoln — dije—. Churchill, creo.

— ¿Y de qué hablaríais?

Tenía las piernas frías, así que me levanté y empecé a andar.

— Supongo que le preguntaría qué sintió al ser la persona que tuvo más peso en evitar que los alemanes anexionaran Europa entera.

— Caray, eres un fanático de la historia, ¿eh?

Me subí en un carrusel de madera. Crujió bajo mi peso y se inclinó hasta casi tocar el suelo.

— Me declaro culpable.

Hannah se levantó y se subió en el lado opuesto. No equilibraba el peso, pero, teniéndola allí, el carrusel podría girar si queríamos.

— ¿A quién elegirías tú? — pregunté.

— A Dian Fossey, probablemente.

Me acerqué a trompicones al centro, donde había una barra de metal circular. La agarré, tiré, y el carrusel chirrió cuando empezó a moverse.

— ¿A quién?

Hannah se acercó rápidamente al centro y me ayudó a girar el mecanismo. Vi cómo el mundo empezaba a rodar lentamente, y sentí que la tarde noche podría transcurrir tranquilamente de esta forma tan agradable.

— Espabila. ¿No sabes quién es Dian Fossey? ¿La que vivió con los gorilas en África? ¿*Gorilas en la niebla*?

Sacudí la cabeza un momento, antes de darme cuenta de lo mucho que me mareaba ese gesto mientras estábamos dando vueltas. Cerré los ojos.

— No sabía que te gustaban los gorilas.

— Me fascinan los animales. ¿Sabías que, cada vez que algún zoo repugnante caza ilegalmente a un gorila en su hábitat, mueren otros diez?

— ¿En serio? ¿Cómo es posible?

— Muchos mueren durante la caza por llevarse a uno vivo. Los gorilas luchan a muerte por sus crías. No son muy distintos de los humanos, la verdad. Los padres humanos harían lo mismo. Bueno, menos el mío.

Se me estaban cansando las muñecas de hacernos girar, así que paré y el mundo poco a poco se detuvo.

— ¿Por qué dices eso?

Ella frunció el ceño.

— Durante las vacaciones de Navidad, tuve que usar el ordenador de mi padre porque mi portátil estaba sin batería y no encontraba el cable. Me topé con una ristra de mensajes entre mi padre y una tal Marnie en el chat de Google. Asquerosísimo. ¿Te lo puedes creer? ¿*Marnie* ?

— ¿El nombre es lo que te molesta?

— Es que, no sé, si vas a enviar a tomar por culo tu vida y la de los miembros de tu familia, no lo hagas por una *Marnie* , por Dios.

Hice un gesto de caminar y ella asintió. No había mucho sitio para pasear, así que nos acercamos al arenero.

— Cuestión: que le conté a mi madre lo de Marnie. — Hannah dio un pisotón en la arena dura y fría. La huella de sus deportivas se quedó marcada— . Se puso como loca, en serio. Mi padre vino a mi habitación y ni te imaginas lo que se esmeró en hacerme sentir culpable, así como en plan: «Cometí un error, pero tú lo has empeorado». Después de eso, me pasé treinta y seis horas seguidas en mi cuarto. Como te imaginas, no fueron unas Navidades espectaculares.

— Qué mal. ¿Cómo estás ahora?

Hannah saltó sobre la arena unas cuantas veces, y después se inclinó hacia delante, cogió un puñado de arena y lo comprimió en una bola.

— Bueno, fue hace tres semanas, así que más o menos igual.

— Quería decir...

— No, si ya te entiendo. Estoy mejor que el primer día. Pero es una traición. No creo que llegue a superarlo nunca.

— Ya.

— Así que, bueno, si acabamos siendo algo tú y yo, no vayas a buscarte una Marnie. Dímelo y punto.

— Guau.

— Yo aviso. No me mientas nunca. No sería divertido para nadie. — Lanzó su bola de arena, alzó las manos hacia el cielo y habló con un extraño tono autoritario— . Hannah establece límites sanos con sus nuevos amigos.

Yo me reí.

— ¿Ha sido un problema en el pasado?

— Sí. Un problema que ha costado así como decenas de miles de dólares en terapia.

— No te guardas nada dentro, ¿eh?

— Crecí en una familia donde nadie me escuchaba. Aprendí a decirlo todo. Mi idea era que, si decía todo lo que pensaba, algo dejaría huella. Yo era lo que los psicólogos llaman una niña precoz.

— ¿Cómo lo sabes?

Hannah escaló por las barras de metal y se sentó en la tarima, bajo un pequeño techo y con las piernas estiradas en el tobogán. Yo me quedé de pie a su lado, con la barbilla más o menos a la altura de su muslo. Entonces, se intentó deslizar, pero se quedó clavada en el metal helado. Nos echamos a reír los dos.

— ¿Wiii? — dijo.

— Wiii.

— Me llevaron a terapia cuando tenía seis años, así que...

— ¿Qué carajo hace una niña tan pequeña en terapia?

— Jugar con muñecas casi todo el rato. El psicólogo miraba. Y, aunque solo tenía seis años, juro que parte de mí pensaba: «Sí, mira cómo juego con las muñecas, pervertido asqueroso».

Me reí.

— Bueno, ¿y qué hay de ti? — preguntó—. Solo he hablado yo todo este rato.

Y a mí me parece bien, pensé. Era una chica fascinante. No me imaginaba diciendo ni la mitad de cosas que ella me acababa de contar, y esperaba no tener que hacerlo.

— Poca cosa. Me nombraron capitán del equipo de béisbol el lunes, ¿te lo conté?

— Pues no — dijo, arqueando una ceja—. Eso es... información.

— ¿Es malo?

— ¡No! Es... bastante sexy, la verdad. Eres un deportista sensible.

Hice una mueca.

— ¿Qué? — preguntó.

— Ah, nada. Las etiquetas. No soy muy fan. No es que importe, pero... A ver. Los martes me reúno con el club de Modelo de Congreso. ¿Me convierte eso en un raro?

— No, lo entiendo perfectamente — dijo, y restregó la pernera de su pantalón contra mi mejilla, lo cual fue una sensación totalmente nueva y no exactamente desagradable—. No te volveré a etiquetar, te lo prometo.

— Yo tampoco te etiquetaré a ti.

Se mordió el labio, agarró los laterales del tobogán y se empujó hacia abajo.

— La verdad es que me arrepiento de haberlo dicho. Ahora, como he dicho que eres un deportista sensible, querrás demostrarme que no eres demasiado sensible.

— ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

— Ya sabes. A los roles de género. La misoginia está tan extendida que los tíos se ponen a la defensiva ante la idea de que se les asocie con un comportamiento femenino. Incluso los tíos majos como tú. Y creo que esto expone algo interesante sobre los hombres: quieren muchísimo a las mujeres, pero a la vez las tienen así como en muy baja estima.

— Mmm. — Hannah era muy avispada.

— ¿No vas a decir nada?

— A veces tengo que pensar antes de contestar — dije—. Has dicho muchas cosas interesantes que merecen que las piense.

Sentí su sonrisa mientras se ponía en pie abajo del tobogán. Caminamos en silencio alrededor del perímetro de la zona de juego. Yo no creía que fuera misógino. A ver, los compañeros del equipo de béisbol decían barbaridades y, aunque no siempre les decía que pararan, ni por un momento pensaba que fuera aceptable hablar así de las chicas. ¿Qué pensaría Hannah si supiera que a veces, durante los entrenamientos, no me alzo en defensa de las mujeres?

— ¿Qué hay de tu familia? — preguntó.

— Meh.

— ¿Meh?

— No es interesante — dije.

— ¿Puedo opinar yo?

Me encogí de hombros.

— Vivimos en una zona muy rural de Nuevo Hampshire. Mi padre es granjero. Mi madre se encarga de la tienda que hay pegada a nuestra casa, donde vende los productos de la granja.

— Oh, ¡qué monada!

Le lancé una mirada con los ojos entornados.

— Vaya, gracias.

Ella puso cara de buena.

— Perdón.

Me acerqué de nuevo a las barras de metal y recordé qué se sentía al trepar por ellas. Había unas parecidas en el patio de mi colegio, en Alton. Una vez, toqué una de las barras sin guantes en mitad del invierno y me dejó una marca roja que duró una semana.

— A veces no contestas — dijo Hannah cuando habíamos escalado unos treinta centímetros.

Exhalé. Eso era algo típico de mi padre. Yo no quería ser así, tan cerrado y frío que hasta me costara respirar. Pero ¿cómo luchas contra tu propia biología? ¿Acaso yo era así y punto? ¿Podía cambiar, si quería?

— No siempre sé qué decir.

— ¿Por qué tienes que saberlo? ¿No puedes decir las cosas sin saber si es lo correcto o no?

Apreté los labios. Este era uno de los motivos por los que no siempre me gustaba hablar con la gente. Porque te dicen que lo estás haciendo mal, y yo odio hacer las cosas mal. Pero a veces no sé cómo hacerlas bien.

— Lo siento.

— Para ser el capitán del equipo de béisbol, te disculpas muy a menudo.

— Lo siento — repetí. Me agarré con las manos enguantadas a las barras más altas y me eché hacia atrás con todo mi peso. Fue un buen estiramiento.

— Bueno, al menos hemos encontrado los límites de tu habilidad comunicativa. — Lo dijo con un tono que daba a entender que ya había terminado conmigo, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Tiré más de la barra para inclinarme aún más.

— Hablar no siempre se me da bien. Primero tengo que confiar mucho en la otra persona.

Ella me puso una mano sobre el hombro.

— Lo entiendo. De verdad. Eres introvertido.

Me encogí de hombros.

— Sí, supongo.

— Yo soy así como ambas cosas. Extrovertida e introvertida.

— ¿Sí?

— Sí.

Cerré los ojos e inhalé el aire gélido.

— Es solo... Eso de «qué monada». Mi vida no es una monada. Crecí en un sitio que se llama Alton y que en verano se llena de ricos. Y tenemos la tienda de la granja, y la gente viene y siempre nos dice lo adorables que somos como si fuéramos... perritos. Pero somos seres humanos, ¿sabes?

— Lo siento — dijo, y noté un poco de dolor en su voz.

— No pasa nada.

— No, lo entiendo. — Levantó los brazos hacia la barra más alta, saltó un poco y se colgó de ella.

— No sé por qué me irrita tanto eso, pero es así.

— Bueno, imagino que debe de ser difícil ir a una academia de ricos sin serlo.

Me metí las manos en los bolsillos.

— No parece que nadie entienda lo que es el privilegio.

Hannah se dejó caer de la barra, me cogió del codo, me colocó la mano en la cadera y me envolvió el brazo con el suyo. Empezó a caminar, así que yo lo hice también.

— Sé que no te lo puedo demostrar y que no hay nada que pueda decir que no vaya a sonar ridículo, pero no soy ninguna esnob. Necesito que me creas.

— Gracias. — Contemplé su precioso perfil—. Te creo.

Ella tiró de mí y estuvimos aún más cerca.

— Creo que eres increíble, Ben.

Tragué con fuerza. Que te digan que eres increíble no debería ser un desafío, pero para mí lo era. Porque ahora tenía que decir algo y, en realidad, lo único que tenía en la mente era una voz que decía: «Que no se te suba a la cabeza».

Me restregué la oreja contra el hombro e intenté deshacer el nudo que tenía en el pecho. Era como si alguien me estuviera retorciendo la vida misma.

— Yo... creo que tú también eres increíble. — Acerqué la cara a la suya. Su aliento era dulce.

— Es verdad, lo soy — dijo, y entonces hizo una mueca—. Vaya forma tengo de aceptar un cumplido, convirtiéndolo en una broma, como diría mi psicólogo.

Me reí.

— Yo también lo hago. — Me incliné y la besé suavemente en los labios. Ella me devolvió el beso, pero cuando sentí que sus labios intentaban abrir los míos, me aparté—. Reservémoslo

para la próxima vez.

— Tú — dijo con los ojos como platos— . Tú eres un chico diferente. ¿Seguro que no eres gay?

Cierta parte de mí estaba como una piedra en aquel momento.

— Estoy más seguro que de costumbre.

Ella sonrió.



Había una refrescante ausencia de chicos caminando como perros antes del entrenamiento del jueves. Al parecer, mi promesa de cambiar la cultura del equipo había hecho mella en los compañeros, porque no había visto nada similar desde que me había convertido en capitán, hacía tres días.

Fui a mi taquilla y me cambié, saludando con la cabeza a unos cuantos compañeros. Dejé que la vista y los sonidos del vestuario se desvanecieran mientras me preparaba mentalmente para el entrenamiento.

Tenía varias cosas en la cabeza que no me dejaban tranquilo. Una era Hannah. No se parecía a ninguna chica que hubiera conocido antes. Decía cosas que yo jamás me atrevería a decir, y hacía que quisiera ser mejor de lo que era solo para ser digno de ella. Aquello que dijo sobre la misoginia era profundo de una forma que me recordaba a Bryce. Y esa naricilla. Tan, tan bonita. Puede que Hannah aún no me entendiera del todo, pero si era lo suficientemente paciente como para atravesar mis estúpidas defensas, sin duda era el tipo de persona que podría entenderme. Era algo que quería. Que necesitaba. Y el beso. Fue tan cálido y dulce. Anoche estuve pensando tanto en ella que casi ni acabé los deberes de Matemáticas, lo cual no hubiera sido muy recomendable. Tuve que acabar el último problema en clase mientras la señora Dyson empezaba a recoger los deberes desde la otra punta del aula.

La segunda era Rafe. Me había cuidado todo el fin de semana incluso después de leer lo que había escrito sobre él, unas palabras injustas y terribles, y aún no habíamos hablado como tal. El día anterior, lo vi a él y a Toby cruzando el césped delante de mí, caminando hacia Albie, que estaba a unos veinte pasos delante de ellos. Rafe le susurró algo a Toby y Toby se rio. Entonces, Rafe esprintó hacia Albie, que se dio la vuelta y puso las manos arriba como si supiera lo que le esperaba.

— No me hagas un placaje, por favor — dijo Albie, y noté que en mi cara se dibujaba una sonrisa porque aquello era tan... ellos. Tonto. Irreverente.

— Me llamo Rafe y soy un *placador* compulsivo — gritó Rafe.

Y Toby gritó en respuesta:

— ¡Hola, Rafe!

— Por favor, no — dijo Albie otra vez, preparándose para lo que le esperaba.

— Llevo dos años haciendo placajes de forma compulsiva — dijo Rafe medio apoyándose

sobre Albie, que trastabilló hacia una pila de nieve.

— Esta es una de tus idiosincrasias más molestas — dijo Albie mientras se dejaba caer sobre la nieve como un árbol enorme recién cortado.

— ¡Viva! — gritó Toby, dando saltitos hacia ellos— . ¡Placaje! ¡Placaje! ¡Viva!

Se me escapó la risa recordando el incidente mientras me ataba los cordones. Nunca, ni en un millón, trillón de años, le haría yo algo así a nadie. Entonces, ¿por qué pensar en ello me hacía reír tanto? ¿Y cómo podía volver a ser amigo de Rafe, si quisiera? ¿Acaso quería?

Y aun así. Cada vez que pensaba en Jeff Frazier, la cabeza me martilleaba como si quisiera arrancarle las extremidades o algo. Lo cual era una absoluta locura, dado que yo era claramente hetero y acababa de echarme una novia fantástica.

Raro. Yo era raro y punto, y era bueno que nadie tuviera acceso a mis pensamientos más profundos.

Durante el entrenamiento, un compañero un par de años más joven se llevó un bolazo en la mejilla. Le rebotó en el hombro y le dio en la cara; si le hubiera ido directa, le habría roto el pómulo. De todas formas, sabía que aquello dolía horrores. El chico mantuvo la cabeza baja, pero vi que hacía muecas de dolor, así que le grité:

— ¿Estás bien?

El chico apartó la mirada y asintió.

— ¡No seas nenaza! — gritó Mendenhall.

Me di cuenta de que se estaba haciendo el duro. Era parte del juego.

A medida que avanzaba el entrenamiento, pensé en la misoginia, en lo que había dicho Hannah. En cómo hay chicos que obligan a otros chicos a andar a cuatro patas y a olfatear como perros, y en cómo nos presionábamos unos a otros constantemente para que fuéramos hombres. ¿Qué creía yo que era un hombre? Para mí, mi padre era un hombre. Él nunca sentía emociones, o al menos nunca las compartía. Esa no era la persona que yo quería ser, pero aun así lo admiraba. Lo cual era muy extraño.

Pensé en cómo, ahora, los chavales saben que no deben usar la palabra «maricón». Pensé en cómo Rafe era abiertamente gay, y la gente no tenía ningún problema y evitaba ciertas palabras. Pero seguíamos llamando «mariconadas» a las cosas débiles. ¿Cómo era posible?

Mantuve la concentración, atrapando una bola tras otra, y este pensamiento me cruzó la mente: *Todo tiene que ver con el género* . Estábamos en una academia solo de chicos. En realidad, en cierto modo, era un mundo solo de chicos. Decirle a alguien que dejara de ser una nenaza era decirle que no fuera una chica, como si ser una chica fuera algo malo. Y decir que algo débil era una mariconada era decir que lo hetero era mejor, y que lo gay era débil, y débil era igual a afeminado, y afeminado era igual a mujer.

Tenía que haber una forma de solucionar eso. De ser mejor que eso. De ser más de lo que mi padre había resultado ser en ese aspecto, con su dominio sobre mi madre, por ejemplo.

— Ajústate las bragas y vuelve a tu sitio — le gritaba Mendenhall a otro compañero al que se le habían escapado tres bolas seguidas. El chaval estaba refunfuñando para sí, claramente molesto por no poder hacerlo mejor, y me di cuenta de que podía decir algo.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ninguna palabra. Cerré los labios y tragué.

¿De qué serviría? ¿De verdad voy a solucionar el problema inmenso que es la misoginia en

Estados Unidos siendo el aguafiestas de mi equipo de béisbol?

Una bola vino hacia mi izquierda. Oí el silbido que produjo al salir despedida del bate. Iba rápido y había botado dos veces. Me coloqué frente a ella, pero, no sé cómo, calculé mal el rebote en el suelo del gimnasio. Me dio justo en la espinilla, y gruñí entre dientes mientras daba saltitos.

— Se te ha caído el tampón — me gritó Mendenhall, y un puñado de compañeros se rieron. Y ni de broma iba a decir nada después de fallar con una bola así.

Mierda.

Estaba claro que era un capitán marioneta. Yo era Ngô Đình Diệm, el equipo era Vietnam, y Mendenhall era el presidente Eisenhower.



El sábado del fin de semana del Día de Martin Luther King, la cena con el equipo empezó con una conversación especialmente anodina sobre coches que explotan. Mendenhall era claramente un entusiasta del motor. Conocía la diferencia entre un Hemi y un V8 y, aunque por lo general a mí no me interesaban las historias de cosas que me gustan explotando, a él sí.

— Te buscaremos y te llevaremos al fiestón — dijo Zack.

Me quedé descolocado. No sabía qué tenía eso que ver con coches destrozados, pero entonces me di cuenta de que me había empanado y que estaban hablando de una fiesta de verdad. Sonreí y me encogí de hombros.

— Tienes que salir — dijo Zack.

— Puede — dije.

Me salté el postre y me vi sonriendo mientras cruzaba el césped a solas de camino a la residencia. Ganador del premio Pappas, capitán del equipo y, aun así, esencialmente aceptado como ermitaño. No sabía por qué, si era sincero. ¿Cómo podía ser alguien un líder y un seguidor? Un líder lidera, como Mendenhall. Dice lo que piensa. Yo apenas abro la boca, pero parece que les caigo bien de igual forma.

Era un afortunado.

Pero también era verdad que, en las últimas dos semanas, nadie del equipo de béisbol había dicho nada que me hubiera hecho reír. Yo tampoco había dicho ni hecho nada que les hubiera hecho reír a ellos. Además de Hannah, ellos eran prácticamente toda mi vida social, y era... dolorosamente aburrida.

¿Quizás debería ir a la fiesta?

La verdad es que no quería. La misoginia que había detectado en el entrenamiento dos días antes aún me molestaba, y no es que la conversación durante la cena hubiera estado exenta de ella. Pero quería hacer algo aquella noche. Hannah ya me había dicho que no podía quedar porque tenía una actuación con su coro.

Se me ocurrió una idea. *¿Por qué no?*, pensé. Podía pedirle disculpas a Rafe por lo que escribí en su nota y resolver ese asunto, lo cual sería lo correcto. Podía echarle la culpa al alcohol porque, total, no pensaba volver a beber, eso seguro. Probablemente fuera un buen plan mantener un perfil bajo, pero era sábado noche y necesitaba por lo menos echarme unas risas. Subí rápido las escaleras hasta el segundo piso y llamé a la puerta de Rafe y Albie.

La expresión de Rafe era una mezcla extraña de confusión y esperanza cuando me vio.

— Ey, hola — dijo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación, y yo lo seguí hacia el interior. Albie estaba sentado en su cama leyendo el libro de texto de Ciencias.

— ¿Qué hay? — pregunté.

Rafe arqueó una ceja.

— No mucho — dijo sin entusiasmo.

La cosa no estaba yendo como había esperado. Miré de Rafe a Albie y de nuevo a Rafe, tratando de comunicar que quizás deberíamos hablar en privado.

Él negó con la cabeza.

— Nah, de eso nada. Lo que me tengas que decir, lo puedes decir delante de Albie.

— La verdad es que no creo que pueda — dije.

— Sorpréndete, Ben. Para alguien que tiene tantas ganas de ser fiel a sí mismo, te editas mucho.

Se me cerró la garganta y dije:

— Guau.

— Sí, guau — dijo Albie sin alzar la mirada— . Ahí te has pasado un pelín, colega.

Rafe cruzó los brazos sobre su torso delgado.

— Arrugaste la nota que te escribí. Te has pasado una semana sin dirigirme la palabra. Di lo que tengas que decir.

Miré a Albie. Confiaba en él, pero ¿y si Albie no sabía lo de...? Entonces, puse freno a ese pensamiento, porque por supuesto que lo sabía.

— Dios — dije mirando a Albie— . Lo sabes.

— Bueno, soy amigo de Toby, así que... Y comparto cuarto con Rafe, que es la otra mitad de este drama. Así que sí, sé cosas.

— Mierda — dije.

— Tengo dos amigos en toda la academia, ¿a quién carajo le voy a contar nada? — dijo Albie— . Me da igual. Soy Albie Gaga, atraigo a todos los gays...

— No soy gay — dije con tono afilado y grave.

— A todos los gays y personas adyacentes a los gays.

Respiré hondo y miré a Rafe. Con la mandíbula apretada, me obligué a decir las palabras a pesar de que Albie seguía allí.

— No debí haber escrito aquello sobre ti. Estaba borracho. Lo siento. No eres... alcohol. ¿Vale?

— Que alguien ponga una canción *country* — dijo Albie.

— ¡Cállate! — gritamos Rafe y yo a la vez.

Albie hizo como si se abrochara los labios con una cremallera, y después recogió un par de libros y se fue de la habitación.

— Odio haber actuado así — dije una vez que Albie se hubo marchado— . No sé por qué, pero que mencionaras a Jeff me dio ganas de darle una paliza.

— Supongo que debería de sentirme halagado, pero no lo estoy — dijo Rafe, y pude ver que se había ablandado un poco porque su expresión parecía menos tensa.

— ¿Aceptas mi disculpa?

— Venga. Sí. Claro. — Alargó la mano y se la estreché, pero me pareció como si nos estuviéramos divorciando, lo que era muy extraño.

— Si vamos a ser amigos — dije— , creo que deberíamos llegar a una especie de acuerdo sobre no hablar de otra gente.

— Eso sería rarísimo.

— Entonces, si yo estuviera saliendo con una chica, ¿querrías enterarte?

Él se encogió de hombros.

— Podría soportarlo.

— Estoy saliendo con una chica — dije.

Me miró a los ojos, pero apartó la mirada de inmediato.

— Vale. Muy bien.

Yo seguí con la vista clavada en él, esperando a que volviera a mirarme a los ojos. No lo hizo.

— ¿No se te ha hecho raro?

Suspiró.

— Un poco raro, sí. Pero ¿qué le vamos a hacer? Llamaré a Claire Olivia y le pediré un veredicto. Por ahora, seamos ex bien avenidos, en plan amigo gay y amigo hetero.

— Vale — dije— . Creo que eso funciona.

— Bueno, vamos a ir a Boston dentro de un rato. ¿Quieres venir? — preguntó Rafe.

No estaba seguro de que hubiéramos acabado, porque parecía un poco fácil. Pero asentí porque, bueno, estaba harto de estar solo sin hacer nada.

Mientras Albie conducía en dirección este hacia Boston en su Toyota Celica azul claro del año noventa y tres, yo estaba en el asiento de atrás. Toby, al que aún no había perdonado del todo por haberse escondido en mi armario, estaba en el asiento delantero, y Rafe estaba sentado a mi derecha. Cuando Toby se dio la vuelta para hablar, me di cuenta de que llevaba lápiz de ojos negro.

— ¿Por qué, en todos los libros, el chico nuevo siempre se queda con la chica? — preguntó—. Siempre hay un chico nuevo en la ciudad, y lo presentan pasándose la mano a cámara lenta por su cabello voluminoso. Y la protagonista se queda prendada de él y acaban juntos. ¿Por qué el chico nuevo siempre es un golfo?

— En la peli *Fuera de onda* , el chico nuevo era gay — dijo Albie.

— Un golfo gay.

— ¿Entiendo que el comentario iba un poco dirigido a mí y que estás intentando incomodarnos? — preguntó Rafe.

— Pues claro. No hace falta ser cirujano aeroespacial para darse cuenta.

— ¿Cirujano aeroespacial? — pregunté, y Rafe sacudió la cabeza.

— Bueno, yo he dejado el sexo — dijo Toby— . Tengo otras cosas en la cabeza.

Me acordé de cuando se coló en mi habitación para susurrarme mensajes subliminales. Dijo

que necesitaba hablar. Me pregunté qué pasaba.

— ¿No es más bien que el sexo te ha dejado a ti? — preguntó Albie—. No tienes novio, Toby. No has abandonado el sexo; el sexo te ha abandonado a ti.

— Está claro que es un tema que dominas. — Toby se puso de morros y cruzó los brazos sobre su torso escuálido.

— Oooh, buena respuesta — dijo Albie.

— Bueno, el caso es que, si tuviera opción, dejaría el sexo igualmente. Porque no es normal, ¿sabes? Es que, a ver, ¿qué lógica tiene querer meterla en... bueno, el agujero de los bebés, el de la evacuación o el de la comida? Es todo muy raro.

— Creo que Robinson te ha hecho daño — dijo Albie—. Y creo que el sexo es perfectamente normal, si no te pones a pensarlo muy a fondo.

Toby miró por la ventana y se puso aún más de morros.

— Yo creo que el sexo es algo que ocurre entre dos payasos en la privacidad de su coche abarrotado.

Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a Faneuil Hall, un mercado antiguo situado en el centro de Boston y casi enfrente del ayuntamiento. Era una noche cálida atípica de enero y había gente de toda clase pululando por la zona. Un vendedor vestido con ropa africana vendía bolsos coloridos, una japonesa le estaba haciendo una sesión de fotos muy de cerca a una estatua y una sintecho blanca estaba echando migas de pan a una gran bandada de patos, lo cual era raro dado que era invierno, pero bueno, no había hecho mucho frío desde la semana anterior. Los árboles que había por la plaza aún brillaban con luces navideñas, y unas farolas antiguas rodeaban el edificio de Faneuil Hall. Toby correteó por la zona haciendo gala de lo que él llamaba su Tourette bueno («Me encanta tu pelo», le decía a algún desconocido. «Eres una bella flor»). Yo, como no había estado allí antes, estudié la estatua de Samuel Adams que se elevaba imponente sobre un pedestal de granito. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y estaba en una postura que le hacía parecer satisfecho de sí mismo. En la inscripción ponía: «Samuel Adams. 1722-1803. Patriota. Organizó la Revolución y firmó la Declaración de Independencia».

Mientras observaba la estatua, Rafe se acercó y se quedó de pie a mi lado. Estaba pensando en lo aterrador que debía de ser poner en marcha una revolución sin saber cómo acabaría. ¿Cuánto tenías que creer en algo para sentir esa llamada a la acción? Era difícil de imaginar.

Eché un vistazo en dirección a Rafe. Tenía la mirada fija en la inscripción. Y así se quedó bastante rato.

— Da que pensar, ¿eh? — dije.

Él me miró.

— ¿Qué? Ah, sí. Bueno, no, la verdad es que estaba pensando en otra cosa.

— Ah — dije cruzándome de brazos como Sam.

— Tú estabas pensando en la revolución y la guerra, ¿a que sí?

Evité fruncir el ceño.

— Pues sí.

— Y por eso tú eres Ben, un pavo deportista intelectual fascinante, y yo soy Rafe, un pavo que no es nada de eso.

— Ya. Fascinante — dije mientras me acercaba a la entrada de Faneuil Hall. Rafe me siguió.

— Sí que lo eres — dijo—. ¿Quién es la chica?

Sacudí la cabeza.

— ¿No hemos dicho que no hablaríamos de eso?

— Creo que te la has inventado para ponerme celoso.

— No me la he inventado, Rafe. Ni lo haría. Estoy con una chica.

— Vale. Mola. Puedo soportarlo.

— Lo siento — dije.

Él puso los ojos en blanco, como queriendo decir: «¿Qué le vamos a hacer?», y yo me reí un poco.

— Enhorabuena por el premio, por cierto. Y por lo de ser capitán.

— Gracias. No me lo puedo creer.

— Yo sí.

— Por cierto — dije—, ¿Toby ahora se maquilla?

Rafe asintió.

— Yo también me he dado cuenta.

— Ah. Es... distinto.

— Toby es distinto.

— Sí que lo es.

Toby se nos acercó corriendo y nos salvó de la incomodidad de nuestra conversación.

— Bueno, vamos a jugar — dijo—. La mejor *photobomb* de la noche se lleva un chocolate caliente en Sparky's que apoquinarán los perdedores.

Negué con la cabeza firmemente.

— No.

— Anda, venga — dijo—. No seas tan cortarrollos.

Respiré hondo y me mordí el lado del labio. *Aguafiestas*.

Rafe me miró de reojo, como si estuviera analizando mi reacción, y dijo:

— Me apunto.

Miré la plaza a mi alrededor. Efectivamente, había gente haciéndose fotos por todas partes. Y ocurrió una locura. Pensé: *¿Quizás esto sea otro vergel de manzanas? ¿Un lugar en el que pueda soltarme la melena por una vez?* Durante un momento, olvidé el mantra que me había acompañado toda la vida: *Somos varones Carver. Trabajamos. Trabajamos duro.*

No sabía muy bien cómo Faneuil Hall podría ser como un vergel de manzanas, porque formar una pandilla manzanil seguramente no iba a ocurrir aquí, pero nunca me divertiría si no lo intentaba.

— Vale. Venga.

Albie me sorprendió gritando: «¡Yo primero, yo primero!». Merodeó por la plaza unos momentos y, al final, se acercó con sigilo a una pareja que estaba posando a metro y medio de la estatua de un hombre rechoncho en traje. A sus espaldas, Albie miró con odio a la cámara como si fuera un asesino en serie. Me tuve que reír. Iba a ser difícil superar esa.

Rafe fue el siguiente. Él fue menos grácil y pasó corriendo con los brazos en alto delante de una foto en cuanto se activó el *flash*.

Toby gritó «¡ahora yo!» y corrió en busca de una foto que jorobar. Caminaba pavoneándose por el perímetro de la plaza, y parecía tan sospechoso que la gente se apartaba de él. Entonces, esprintó de vuelta a nosotros. Justo a nuestra izquierda, cerca de unos bancos, un grupo de turistas estaba posando para una foto. Toby corrió hasta ponerse detrás de ellos e intentó hacer la pose de *Karate Kid*, con los brazos levantados listos para atacar y con un pie en alto.

Fue entonces cuando oí el crujido. Sonó como una combinación de aleteo-chasquido-cuac, todo junto y muy rápido. Los turistas pegaron un bote y la mujer que sostenía la cámara hizo la foto. Nunca veré esa fotografía, pero imagino que es la imagen perfecta de Toby a la pata coja, con los brazos hacia arriba y mirando al pato cuya pata acababa de pisar.

— ¿Será posible? — gritó la mujer.

Toby apartó el pie, y el pato aleteó y se apartó unos metros.

— L-lo siento — tartamudeó Toby.

— ¿Qué tipo de persona hace algo así? — siguió diciendo ella con las manos en las caderas.

— Qué poca vergüenza — dijo uno de los hombres que había estado posando.

— Estoy... en un concurso — logró decir Toby.

Mientras, varios miembros de la bandada de patos se habían reunido al lado de su compañero herido. Llegaron más patos volando.

— Imbécil — dijo la fotógrafa, y los turistas se apresuraron en marcharse.

— ¡Cuidado! — gritó Albie.

La bandada de patos había formado algo parecido a un círculo alrededor de Toby y estaba picoteando el suelo.

— Ostras — dijo Toby justo cuando el primer pato soltó un graznido de guerra y atacó. Le picó en la pierna, y Toby se encogió, trastabilló hacia atrás... y oímos otro graznido. Había pisado a otro.

Y todos los patos se lanzaron a la carga desde todas direcciones, parpando como locos mientras atacaban las piernas de Toby con los picos. Él se quedó allí parado, sin saber cómo reaccionar a un picoteo de patos público. Cuando un pato se alzó a la altura de su entrepierna, Toby se apartó, pero tropezó y perdió el equilibrio.

La caída fue dolorosamente lenta: una mano para reducir el impacto, después el culo y luego el brazo. Cuando Toby estuvo en el suelo, los patos lo rodearon y le asaltaron la cara, la nuez, los brazos, la entrepierna. Le faltaban brazos para cubrirse todas las zonas que le podían picotear y, cuando conseguía protegerse algo, le atacaban las manos.

— Au, au, au — gritaba.

Di un pisotón en el suelo con la esperanza de dispersar a los patos. Un par alzaron el vuelo, pero la mayoría se quedaron. Yo no pensaba permitir que un puñado de patos le dieran una tunda a un amigo mío. Me metí en el círculo y alargué la mano en busca de la de Toby, pero en cuanto la agarré, un pato me golpeó en la muñeca con el pico.

— Leches — dije, y entonces hice algo que jamás pensé que haría.

Le di un puñetazo a un pato.

No había sido mi intención. Estaba frustrado, el pato estaba ahí, y le metí.

Sentí que era... pequeño. Algo que no debería recibir el puñetazo de un ser humano. Me miró como si estuviera pensando: «No acabas de hacer lo que creo que has hecho, ¿verdad?». Imaginé que, en algún lugar lejano, las asociaciones animalistas estarían movilizándose en mi contra. El puñetazo hizo que varios patos se apartaran, pero otros (¿quizás las madres protectoras?) graznaron y me atacaron. Me llevé picotazos en las espinillas, en las manos, en los bíceps. Pero conseguí levantar a Toby y los cuatro salimos de allí a toda prisa. No queríamos quedarnos en Faneuil Hall para convertirnos en los tíos a los que una bandada de aves acuáticas les había dado una paliza.

Solo dejamos de correr cuando llegamos a Tremont Street. Miré hacia atrás, preguntándome si los patos nos habrían seguido. No, no habían corrido cuatrocientos metros detrás de nosotros. Mientras miraba a Albie, que estaba inclinado hacia delante y resollando después de haber corrido como dos minutos, me empecé a reír. Mucho. Como si dentro de mí hubiera habido años (o quizás semanas) de energía acumulada. Menos mal que la risa es contagiosa, porque los demás no tardaron en echarse a reír conmigo. Incluso Toby, que tenía en la cara pruebas visuales de las heridas que le habían provocado los patos: unas ronchas que causaban aún más impresión por el lápiz de ojos que llevaba.

— Venga, Ben, te toca — dijo Toby, y yo me acerqué y le di un abrazo.

— Creo que has ganado tú — dije.

El viaje de vuelta fue mucho menos raro que el de ida, con muchas risas por tonterías. Bajé la mirada a los pocos sitios irritados que tenía en las muñecas, y me di cuenta de que, en este caso, habían merecido mucho la pena.



El martes por la noche, estaba estudiando la transferencia y la negación para la asignatura de Psicología cuando oí que llamaban a mi puerta. De algún modo, supe quién era.

— ¡Cuac! — gritó Rafe en cuanto abrí.

— Ja, ja. — Me aparté y le dejé entrar.

Casi había superado la vergüenza de que, la semana anterior, una docena de patos enfurecidos me humillaran delante de un montón de desconocidos. Aún se me veían un par de cardenales en las muñecas; tenían forma de punto y coma de color morado. Pero por lo demás estaba bien, siempre y cuando los compañeros de béisbol jamás se enteraran de lo que había ocurrido.

— Qué mala pata lo que pasó, ¿eh?

— Repito: ja, ja.

Rafe tenía cara de estar dándole vueltas a algo muy intensamente. Dije:

— Sé que te divierte muchísimo atentar contra mi honor, pero ¿podemos dejar esto atrás, por favor?

Vi el instante en el que se le ocurrió y se volvió hacia mí con esa cara de ilusión tan inimitable y tan Rafe, la que pone cuando se sorprende a sí mismo con una idea que le parece divertida.

— Entiendo que quieras olvidarlo. Fue una situación bastante... *patótica*.

Ese chistecito me hizo reír de lo tonto que era.

— Vale, te doy un punto por ese. Pero ya vale, por favor.

Él se sentó en la cama donde había dormido el semestre pasado después de que Bryce se marchara, y yo me senté en la mía frente a él. Sentí una punzada de algo dentro de mí. ¿Recuerdos? Ninguno concreto exactamente. Era más bien la sensación de tener a Bryce o a Rafe cerca a todas horas.

Nos quedamos en silencio bastante rato. Me quedé mirándolo mientras él observaba la habitación y, entonces, cuando me miró y sonrió, cogí el libro de texto de Psicología y me lo puse en el regazo a modo de escudo.

— ¿Qué estás estudiando?

— Psicología Avanzada.

— Ah. ¿Y te gusta?

— Meh.

— ¿Por qué elegiste esa asignatura, entonces?

— Por tener un crédito avanzado — dije — . Pero también... No sé.

— ¿Qué?

Me rasqué la ceja izquierda.

— Creo que es un poco como Filosofía. Es un estudio del cerebro. O eso pensaba yo. En vez de eso, son un montón de estupideces que no me interesan.

— Bienvenido al instituto.

— Supongo. Ah, espera, me he partido con esto. — Hojeé el libro hasta que di con lo que justo había estado estudiando — . Han puesto aquí un gráfico que explica las formas dañinas con las que la gente lidia con la ira. Escucha: «Te enfadas con tu madre. Reacciones posibles: Desplazamiento. “No estoy enfadado con mi madre, estoy enfadado con el perro. Perro malo”».

Rafe se rio, y yo seguí leyendo.

— «Proyección: “No estoy enfadado con mi madre, ella está enfadada conmigo”. Sublimación: “No estoy enfadado con mi madre, es solo que tengo que organizar estas monedas en pilas perfectas de veinte”». — Alcé la mirada — . Lo veo todo como muy ordenado, ¿sabes?

Rafe inclinó la cabeza a un lado.

— ¿Qué quieres decir?

— Que todo está como muy compartimentalizado. Si me cabreo y no hago nada al respecto, no es que esté lidiando con ello de una manera u otra. Seguramente sería un poco una mezcla de varias maneras.

— Tiene sentido — dijo — . ¿Qué hiciste cuando te enfadaste conmigo?

Agarré con fuerza el libro.

— Meh — dije.

— No pasa nada. — Rafe se levantó y colocó la butaca bermellón en medio de la habitación. Entonces, se sentó con las piernas cruzadas y apoyó la barbilla en las manos como lo haría el típico psiquiatra.

Puse los ojos en blanco.

— No me vas a psicoanalizar, te lo aseguro.

Rafe puso un acento alemán raro:

— Me pareceich que lo que estás diciendung, herr Ben, es que tieneich miedo de que te psicoanalizung, ¿ja?

Me reí, muy a mi pesar.

— Se podría decir que sí.

— Cuéntale a herr doctor Freudberg. ¿En qué pensabisch cuando vous estibé enfadadé con ese tal Rafé? — El final de la frase lo había transformado en una especie de francés.

Me volví a reír, crucé las piernas y las descrucé. Lo miré y dije:

— ¿De verdad quieres saberlo?

Asintió como si fuera el personaje del doctor Freudberg, al menos al principio, porque vi que también lo decía en serio, que quería saberlo, y no pasaba nada. Se lo podía contar.

Y podía. Eso era lo sorprendente. Tantos meses manteniéndome alejado de las cosas más

profundas y aquí estaba, a punto de meterme de cabeza. Había estado convencidísimo de que nunca iba a tener esa conversación con Rafe. Pero iba a tenerla, y no pasaba nada. Nada.

— Estaba... cabreado — dije.

— Vale. Eso ya lo sabía.

Suspiré.

— Estaba cabreado por las mentiras, sí, o como quieras llamarlas. Omisiones. Pero no era solo por eso. Para mí fue como que, de repente, tenía un novio, y ese novio era gay, y yo no estaba preparado *ni de lejos* para algo así.

Rafe asintió y no dijo nada.

— Supongo que lo centré todo mucho en las mentiras. No es que no me dolieran, porque claro que me dolieron. Pero gran parte de todo aquello fue que me asusté. ¿Sabes lo que es no haber tenido nunca, *jamás*, ni un pensamiento serio sobre otro tío? Y entonces tú. Tú llegas a mi vida y no sé qué pasó. Algo. Pero fue auténtico, ¿sabes?

Una lágrima se derramó de su ojo derecho y dejó un rastro por su mejilla. Bajé la mirada al colchón y continué:

— Fue auténtico. Y pensé que los dos estábamos en un lugar juntos. Un lugar nuevo. Y era algo bello. Pero tú no estabas allí realmente...

— Sí que lo estaba — dijo interrumpiéndome.

Lo miré y él se secó otra lágrima. Levanté una ceja y esperé. Él volvió a secarse los ojos.

— Estaba allí. Tú no entiendes que para mí también fue algo nuevo. Sí, siempre he sabido que me gustan los chicos y esa parte es distinta. Pero no entiendes que también fuiste el primero para mí.

— ¿Y qué hay del otro?

— ¿Clay? ¿Lo dices en serio? Si casi ni le conocía. Apenas podía mantener una conversación con él. Tontee un poco porque él quería y yo estaba allí. Me hice creer a mí mismo que era algo más, pero básicamente fue... que él estaba allí.

— Ah — dije —. Eso te convierte un poco en una ramera, ¿no?

Rafe alargó el cuello como si no pudiera creer lo que yo acababa de decir, y exhaló cuando le dediqué una sonrisa pícara.

— Hasta que estuve contigo, Ben, no había sentido nunca nada que pareciera... ya sabes.

No me llegaba aire a los pulmones, y cerré los ojos.

— ¿Estás bien?

Respiré hondo y me obligué a abrir los ojos y mirar a Rafe.

— «Lo siento», dijo el chico. «No es esto lo que me asusta. Lo que me asusta es el perro. Perro malo».

Rafe se rio y movió los pies como si estuviera a punto de levantarse, y me di cuenta de que iba a acercarse a mí. Me crucé de brazos. *No. Tienes a Jeff. Y, aunque no lo tuvieras, no estoy listo para eso*. Pareció captar el mensaje. Dejó los pies quietos.

— ¿Te puedo preguntar una cosa?

— Claro — dije.

— ¿De verdad eres hetero? ¿O bi o lo que sea? ¿De verdad estás con una chica?

— Hetero. Y sí.

— ¿Y eso no es... negación? En la Alianza hay quienes hacen la coña de que los bis son gays que aún no están listos para admitirlo.

Apreté los brazos sobre el torso.

— ¿En serio piensas eso?

— No sé. Supongo que no.

— La chica se llama Hannah. Existe. Y me gusta, ¿vale?

Rafe se rodeó las piernas con los brazos.

— Vale.

— ¿Podemos hablar de esto? Quiero decir, ¿de Jeff y tal?

— Sí, no pasa nada — dijo medio susurrando.

— La cuestión es... que me alegro de que nos hablemos otra vez. Pero, en serio, no puedes volver a mentirme. Jamás. Ni omitir información. Nunca más. En serio.

— Te lo prometo. No volverá a pasar.

Su expresión era sincera, y me di cuenta de que había descruzado los brazos y que sentía algo en el pecho, como si estuviera respirando por primera vez desde hacía mucho tiempo. Parte de mí se preguntaba si esto era un tipo de embriaguez, si Rafe realmente era mi alcohol, porque me inundó un sentimiento de paz que me recordó al primer sorbo de un destornillador de plástico, a la forma en la que se adentra en el torrente sanguíneo y te hace suspirar un «ah...».

Tendría que estar atento a cualquier señal de adicción.

Rafe me sonrió y, por primera vez desde quizás Acción de Gracias, le devolví la sonrisa.

— Vamos a jugar a un juego — dijo.

— ¿Al Scrabble?

— ¿Qué? No. El juego llama Confesiones. Si vamos a ser sinceros el uno con el otro a partir de ahora, saquemos a la luz cualquier cosilla que quede del semestre pasado.

— Yo no tengo ninguna cosilla que sacar a la luz — dije, pero noté que se me tensaba la mandíbula porque no era verdad.

— Claro que tú no tienes — dijo—. Empezaré yo. Usted, caballero, baila fatal.

Se me escapó una risita y me cubrí la boca con la mano, un poco avergonzado de que de mí hubiera salido un ruido tan poco característico. Sabía que se refería a aquella vez que me habló de «desfasar», algo que él solía hacer con Claire Olivia. Cindy y yo nunca «desfasamos», que al parecer consiste en poner música hortera y bailar como un loco. «Soltarlo todo», según había dicho él. Lo hicimos en mi cuarto de la residencia una noche, y fue divertido soltarse un poco. Rafe tenía razón: bailo fatal. Los Carver no somos gente con ritmo.

— Y tú en tu vida habías jugado un partido de fútbol americano, estaba clarísimo — dije—. Intentas atrapar el balón como si llevaras adhesivo en las manos y se te fuera a quedar pegado.

— A ti te olía el aliento a mono aquella noche que... ya sabes — dijo.

La cara se me puso roja como un tomate.

— ¿En serio?

— Perdón.

— ¿Por qué no me lo dijiste? — Me estrujé la memoria para ver si detectaba algún indicio de que hubiera tenido mal aliento con Hannah. Qué vergüenza.

— ¿Estás de coña? ¿Te crees que me importaba?

— A mí me habría importado — dije, y me quedé mirando la sábana blanca de mi cama. Estaba arrugada, y la alisé con la palma de la mano.

— Da igual, Ben — dijo—. En serio. Me interesabas tú, no tu aliento. E, igualmente, no estuvo tan mal. Solo un pelín simiesco.

— Quizás estaría bien no decir algunas cosas — dije mientras alisaba la sábana con las dos manos.

— A mí me parece bien decirlo absolutamente todo — dijo—. Eres Ben. La mejor persona del universo.

— Em. Hola, ¿y Jeff?

Él negó con la cabeza.

— Esto es distinto. Esto es... Somos nosotros, Ben. Somos amigos. Y Jeff y yo también somos solo amigos, de verdad.

— Vale — dije.

— Y lo admito. Eres la mejor persona del universo.

— Sí, claro.

Rafe no contestó enseguida, así que, cuando estuve preparado, levanté la mirada. Me estaba observando de una forma tan cercana que resultaba hasta perturbadora y, de nuevo, un extraño vacío en mi interior pareció cerrarme la garganta.

— No ves lo genial que eres, ¿verdad?

— Bueno — dije, bajando la mirada otra vez—. ¿Y si...?

— Hagamos una cosa — dijo—. Yo seguiré sabiendo que eres la persona más fantástica del mundo, pero no lo diré. O podría, no sé, decir otra palabra, así no *omitiré* nada contigo.

Yo puse los ojos en blanco.

— Porcelana — dijo.

— ¿Eh?

— Diré «porcelana».

— ¿Por qué «porcelana»?

— Porque es lo primero que me ha venido a la cabeza.

— ¿Es por aquella vez que estuve malo? No, gracias. Siguiendo palabra.

Él se rio, y yo dije:

— Creo que debería ser un adjetivo, al menos.

— Entonces, ¿te parece bien oír lo fantástico que eres siempre y cuando use un adjetivo?

— Un adjetivo no relacionado. Y sí.

Rafe sonrió.

— Magenta.

— ¿Magenta? Pero ¿eso no es un sustantivo? ¿Y no podías elegir algo menos gay?

Él negó con la cabeza con aquella sonrisa aún en el rostro.

— Puede ser las dos cosas. Y no.

— Como quieras — dije, sintiéndome más en paz de lo que me había sentido en más de un mes—. Magenta es aceptable.



La noche siguiente, Hannah me preguntó si quería ir a ver una película el fin de semana, y al principio dije que sí, pero después la volví a llamar y le dije que quizás estaría mejor darnos otro paseo.

— Ben, ¿es por el dinero?

No contesté de inmediato. Mi padre me había dado cien dólares para mis gastos durante el semestre, lo cual estaba bien porque rara vez necesitaba comprarme algo. Pero una sola película significaría gastarme un quince por ciento del dinero que me tenía que durar hasta junio.

— No pasa nada, Ben, puedo pagar yo. Estamos en el siglo XXI, mis padres están forrados y preferiría que no nos pegáramos dos horas pasando frío, ¿vale?

Exhalé despacio.

— Odio esta situación.

— Tienes que dejar de preocuparte por eso. No me importa, ¿vale? No eres un capullo que se está aprovechando de mí, eres un chico majo al que estoy empezando a conocer, y eso es lo que quiero.

— Me llevará un tiempo acostumbrarme — dije — . Gracias.

El sábado por la tarde, vimos una película francesa en el cine West Newton. Iba de un hombre que vivía solo a orillas del mar y que trababa amistad con un joven que no tenía padre. Me pareció interesante, pero Hannah lloró a lágrima viva con la última escena, cuando la madre del chico se lo llevó y el hombre se quedó de pie, mirando el océano bajo un cielo nublado. Tomé una de sus pequeñas manos y ella le dio un apretoncito a la mía. Como siguió llorando, me volví y le di un beso ligero en el lado del cuello. Ella no volvió la cabeza ni reaccionó de ninguna manera, y me pasé cinco minutos reprochándome lo estúpido que había sido por creer que, en un momento tan emotivo, ella querría que le besara el cuello. Debería de haberle dado tiempo. No debería haber puesto el foco en que aquí estaba ella, llorando, y que aquí estaba yo, no llorando.

Cuando la película terminó y salieron los créditos y la gente se fue levantando a nuestro alrededor para ir hacia la salida, nosotros nos quedamos allí sentados, cogidos de la mano. Al principio no me atreví ni a mirarla de reojo. Tenía miedo. Después, cuando lo de no mirar empezó a parecerme demasiado, volví la cabeza.

Su perfil era tan bonito. Quise protegerla de lo que fuera que la estaba haciendo llorar, de lo que fuera que esa película había despertado en ella sobre la soledad y el abandono. No sabía qué

era, pero sabía que quería arreglarlo.

Hannah se volvió hacia mí. Aún tenía los ojos vidriosos y rojos, y se mordió el labio superior. Yo me mordí el mío y aguanté la respiración mientras trataba de averiguar qué se suponía que tenía que hacer ahora.

Pero resulta que no hizo falta. Se inclinó hacia mí y me besó. Separó los labios, así que yo abrí los míos, y la punta de su lengua encontró la mía. Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo desde la planta de los pies hasta la coronilla, y no pude contener los sentimientos dentro de mi cuerpo. La rodeé con los brazos y le sostuve la nuca con la mano mientras apretaba su rostro aún más contra el mío. Ella dio una bocanada cuando lo hice, y abrió todavía más la boca, y yo me sentí cómo si pudiera devorarla, y lo hice, allí mismo en la sala de cine. La besé y la besé hasta que se me cansó la boca y un chaval entró en nuestra fila con una escoba y un recogedor.

Me separé de ella y nos miramos a los ojos.

— ¿Adónde podemos ir? — pregunté.

— No sé.

— ¿Quieres?

Ella asintió firmemente, y yo controlé el impulso de besarla aún más.

— ¿Mi coche es demasiado cliché? — pregunté.

— Es un cliché porque funciona.

— Me gustaría poder llevarte a mi cuarto, pero...

— No, lo entiendo perfectamente. No merece la pena arriesgarte a que te expulsen.

— Casi sí lo merece.

Caminamos, cogidos del brazo, por la calle vacía en aquella noche invernal. Quería hacerla entrar en calor con mi cuerpo. Quería que todo fuera perfecto para ella.

Cuando llegamos a Gretchen, nos detuvimos y tuvimos un momento incómodo en el que nos quedamos entre la puerta delantera y la trasera. Me miró y me reí un poco, y ella se echó a reír también.

— Venga, vamos a quitarte el frío — dije, y abrí la puerta delantera del pasajero.

Puse la calefacción al máximo, y nos quedamos allí sentados con nuestros abrigos esperando a que saliera el aire caliente.

— Cuando has dicho «vamos a quitarte el frío», pensaba que ibas a abrir la puerta de atrás — dijo.

— Me pareció que sería... demasiado.

— Lo entiendo.

— Sí. Además, aquí nos podemos calentar también. — Tomé su mano enguantada en la mía y le di un apretón. Ella me lo devolvió—. ¿Qué te ha hecho llorar tanto en la película?

Hannah se quedó unos instantes en silencio.

— Eres un tipo de chico distinto — dijo finalmente.

La palabra «magenta» se me apareció en la mente. Desde que Rafe me había dado aquella palabra hacía cinco noches, había sido un poco difícil no pensar ella.

— ¿Tú crees?

— Sí, lo eres. Para empezar, quieres saber quién soy.

— ¿Y tan raro es eso?

— ¿En el mundo de pijos de Natick y en mi limitada experiencia? Sí.

Me reí.

— Lamento oír eso.

— Bueno, no es que tenga nada en contra de lo puramente físico, pero me gusta que hagas preguntas.

— Bien.

— Así que, en respuesta a lo de antes... ¿Seguro que quieres que te cuente esto?

— Sí, de verdad — dije.

— Pues verás. Cuando tenía unos nueve años, nos pasamos un verano entero en Truro, un pueblo que está en el cabo Cod. Fue un verano increíble. Íbamos a la playa durante el día y mi padre y yo hacíamos una cosa que llamábamos «paseo y charla», lo cual supongo que no es así como inusual, pero para mí sí que lo era. Nunca había pasado tiempo a solas con mi padre y hablábamos de todo. Esto fue antes de todo el marrón con Marnie, claro. Paseábamos de la mano y él me hablaba de las distintas especies de pájaros que veíamos, y buscábamos piedras perfectamente lisas, y yo le contaba todo lo que había pasado durante el curso con mi mejor amiga de entonces, Lacey Walker. Ella fue la primera en tener tetas y la primera a la que le bajó la regla, pero bueno, eso no es relevante para lo que te estoy contando. Cada día, papá se ponía de pie al lado de la toalla de playa donde los tres habíamos estado tumbados, mi madre, él y yo, y decía: «¿Paseo y charla?». Y yo me levantaba de un salto, lo cogía de la mano y nos íbamos.

»Creo que ese es el recuerdo más feliz que tengo, el de esos días largos y perezosos en la playa con mi padre. Pero entonces llegó el final del verano y tuvo que volver al trabajo... ¿Imagino que se cogió agosto de vacaciones? Yo le rogué que no se fuera porque quería más, ¿sabes? Más tiempo con él, porque lo único que hacía-barra-hace es trabajar así como ochenta horas a la semana, a veces más, y me acuerdo de que yo lloraba y gritaba: «Papá, no te vayas. Papá, no te vayas».

»Y él negó con la cabeza, se subió al coche y se fue, y yo recuerdo que me dejé la garganta gritando, y creo que aquello le hizo daño a mi madre porque se fue a la cocina sin decir ni una palabra. Me acuerdo de que me senté en una mesa de pícnic de la playa, a unos quince metros de la casa, y me pasé horas y horas allí, mirando el océano y preguntándome cómo sería tener un padre que pasara más tiempo conmigo. Problemas del primer mundo, ¿eh?

Me volví hacia ella.

— ¿No fuiste tú la que me abucheó cuando dije que mis problemas no importaban porque no eran nada comparados con otros?

Ella intentó no sonreír.

— *Touché* — dijo — . Buena respuesta. Es solo que... me sabe mal quejarme contigo sobre el verano que pasé en la playa.

— Nosotros fuimos una vez al cabo Cod.

— Ah, ¿sí?

— Sí. Nos quedamos en un motel. Yo tenía ocho años, y mi hermano, cinco. Se suponía que íbamos a estar tres días, pero al segundo, mi padre ya estaba intranquilo y dijo que teníamos que

volver a la granja. Fue la primera vez que metimos los pies en una piscina y, en el camino de vuelta, cantamos canciones de Peter, Paul and Mary en el coche. Mi madre cantó. A mi padre no le va cantar.

Hannah se rio.

— No tengo ni idea de quiénes son Peter, Paul and Mary.

— Me encanta ese recuerdo.

— Eso es justo lo que te hace tan genial. ¿Sabes lo que es la vulnerabilidad?

Me crucé de brazos automáticamente.

— Em, ¿qué?

— Es un tema sobre el que he estado leyendo. La autora habla de la vulnerabilidad, y dice que es básicamente la clave de todo. La vulnerabilidad es permitir que la gente te vea tal y como eres, lo cual es así como muy difícil porque, cuando eres vulnerable, te pueden hacer daño. La mayoría de la gente se protege haciéndose la dura o algo así, pero así se pierden algo importante porque, si no te permites ser vulnerable, es difícil tener experiencias emocionales. Dejar entrar a los demás es ponerte en una posición vulnerable, y a mucha gente eso le cuesta, sobre todo a los introvertidos. Pero tú me has dejado entrar.

No supe qué decir. Lo que decía me sonaba bastante raro y así muy *New Age* , pero no quería herir sus sentimientos.

— A los chicos les cuesta especialmente. A todos os enseñan que los hombres no muestran debilidad. Pero la cuestión es que, según esta autora, la vulnerabilidad no es una opción. O te permites ser vulnerable, o la misma vulnerabilidad te obliga.

— ¿Te obliga?

— Sí. En plan que te guardas todos tus sentimientos, y entonces bebes o te drogas o lo que sea con tal de no sentir nada.

Pensé en ello. Era tal y como me había pasado, cuando me fui directo a mi destornillador de plástico cuando me enfadé con Rafe. ¿Era eso a lo que se refería? No era algo que pudiera preguntar.

— Interesante — dije.

Ella se rio.

— Lo dices por decir.

La verdad es que no estaba seguro. Era interesante y, a la vez, me daba ganas de huir y de beber Gatorade de naranja con vodka. En vez de eso, me incliné y la besé con suavidad en los labios, y ella me rodeó con los brazos y tiró de mí, y el estómago se me clavó en la consola central del coche, pero no me importó porque la atracción que sentía por Hannah era una sensación de la que quería, de la que necesitaba, tener más inmediatamente.



Leí la frase cuatro veces seguidas: «En vez de movernos horizontal y verticalmente desde el punto de origen para llegar al punto de destino en un espacio bidimensional, podríamos ir en línea recta desde el punto de origen hasta que diéramos con el punto de destino, y después determinar el ángulo que hace esta línea con el eje X positivo».

La recorrí con los ojos una y otra vez. Mierda. ¿Por qué me aburría esto tanto y por qué no acababa de entenderlo? Había tomado apuntes diligentemente. Me los había estudiado. Había intentado, con distintos niveles de éxito, memorizar las fórmulas sin entender lo que significaban. Teníamos el primer examen de Matemáticas al día siguiente por la mañana y no me sentía preparado en absoluto.

Unas horas antes, había ido al despacho de la señora Dyson después de clase. Nos había entregado una prueba que habíamos hecho la semana pasada. Había sacado un ocho coma tres, y le pregunté si los demás compañeros tenían los mismos problemas con la asignatura o si era solo yo.

— Todo está en su cabeza — dijo mientras apilaba los deberes y los metía en su maletín—. Ha sacado buena nota, ¿no?

— Sí, pero me quedé estudiando hasta las tres de la mañana la noche de antes.

Ella cerró el maletín con un clic.

— El instituto es así. Hay que estudiar mucho. Tiene que acostumbrarse de cara a la universidad. Allí estudiará aún más.

— Estudiar mucho no es lo que me preocupa, sino mi falta de comprensión. Para mí, la asignatura de Matemáticas tenía cierta lógica al principio, pero desde que empezamos con tres variables y algunas otras cosas, se me está resistiendo como nada se me había resistido antes. Quizás debería transferirme a una clase de Matemáticas más sencilla.

Ella me miró como si estuviera enfadada.

— Ben, ¿no es usted el ganador del premio Pappas?

— Sí, pero...

— Creo que debería esforzarse más. Alumnos con bastante menos talento que usted superan esta clase. No le interesa tener una asignatura de Matemáticas inferior en su currículum académico; no quedaría bien en su solicitud para ingresar en las mejores universidades. Quizás no esté dando lo mejor de sí.

— Quizás — dije. No quería quejarme, pero no estaba seguro de que tuviera que ser tan difícil.

Cuando no me marché, la señora Dyson cerró el libro que tenía delante.

— Mire, ¿por qué no prueba a asistir a las clases de repaso? ¿O a buscar un tutor? Muchos alumnos tienen tutores. Yo misma ofrezco tutorías, así que podríamos buscar un hueco.

Bajé la mirada hacia su escritorio y apreté los labios. Los Carver no necesitábamos ayuda. No ocurría. Y no podíamos pagarnos tutorías. Sabía que, si se lo comentaba a mi padre, me diría que espabilara y que trabajara más.

— Esta tarde, Ben, déjelo todo a un lado, saque su libro y empiece por el principio. Tiene sentido, créame. Tan solo debe encontrar el punto en el que se perdió y avanzar a partir de ahí. No es algo que esté por encima de su capacidad, se lo aseguro.

No se me había ocurrido probarlo así. Y no iba a dejar que la pereza me venciera. Si mi premio y mi beca dependían de ello, saldría adelante.

— Gracias, así lo haré — dije.

La señora Dyson me sonrió y, mientras me marchaba, me imaginé que sonaba la canción *Let's Get Ready To Rumble* y fantaseé con un montaje de mí triunfando sobre Matemáticas como todo un campeón. Me reí. Un montaje de mí estudiando no sería demasiado emocionante de ver.

Ahora era de noche, y me había sentado y leído y releído el texto hasta que lo vi borroso. Al final, cerré el libro de golpe y salí al pasillo en busca de un descanso.

Llamé a la puerta de Rafe. Albie abrió. Llevaba un pantalón de pijama con diversas frutas tropicales. Yo no estaba seguro de si era algo irónicamente hípster o no.

— Benjamin — dijo mirando al suelo. Rafe no estaba.

— Ey — dije, también con la mirada baja. Nunca habíamos pasado tiempo solos él y yo. Estaba bastante seguro de que, aunque le cayera bien, me seguía considerando un deportista, y Albie no se fiaba de los deportistas—. ¿Dónde está Rafe?

— Con el grupo de estudio. Filosofía.

— Ah. ¿Y tú, em, qué haces?

— Oh, em... Pues. Estudiando a tope.

Eché un vistazo a su escritorio. Sobre él, al lado de su radio policial, había lo que parecía un puñado de coches de juguete Matchbox.

— Ya — dije.

Centré la mirada de nuevo en él y supe que me había visto mirando los coches, pero algo me dijo que no indagara. Nos quedamos allí de pie y, mientras yo planeaba una estrategia de retirada que no fuera incómoda, Albie dijo:

— Vale. Puede que no esté estudiando. Estoy... Te vas a reír de mí.

— No me reiré, Albie. Te lo prometo.

Él se hizo a un lado. El suelo a su espalda estaba lleno de trozos de papel de libreta con dibujos.

— Estoy haciendo una ciudad — dijo.

— Oh — dije restregándome el labio inferior.

— Es algo que llevo haciendo toda la vida. Hago una ciudad y luego los coches... — Albie

señaló a su escritorio—. Los coches son como personas, supongo.

— Ah.

Entré en la habitación. En uno de los trozos de papel, había un dibujo tosco de una mesa llena de frutas y ponía «Frutería Rosita».

— Crees que soy especialito.

— Todos tenemos nuestras rarezas. — Me estrujé el cerebro buscando algo similar en mí, pero, más allá de que me gustara ir a museos sobre la Segunda Guerra Mundial por mi cuenta, no encontré nada que se pudiera comparar con esto.

— Supongo — dijo—. Creo que me gusta crear el mundo y luego... ¿Por qué te estoy contando esto?

Le sonreí.

— Porque somos amigos, espero.

Albie apartó los ojos de los míos, pero noté que se alegraba de que hubiera dicho eso.

— Supongo que me gustan las historias de la gente-coche que me invento.

— Los coches son gente. Entendido.

— Sí. Es raro. Pero me gusta inventarme historias en mi cabeza, supongo.

— Yo creo que mola.

Él se rio.

— Sí. Ben Carver, rey del equipo de béisbol, cree que mi ciudad de coches mola.

— Capitán — le corregí—. Bueno, ¿y qué clase de historias te inventas?

Albie se acercó a su escritorio y cogió un coche morado que parecía un Chevrolet viejo con alerones exagerados.

— Este es Martin. Él es, em, yo, supongo. Es detective. Y a veces lo único que hace es observar. Puede que vea a dos personas-coche en el banco, y entonces esos dos coches aceleran y resulta que es un atraco. Y él tiene que, em, averiguar quién ha sido.

— ¿Has escrito estas historias alguna vez? — Cuando Albie sacudió la cabeza, dije— : Deberías.

Él pareció considerarlo.

— Puede que lo haga.

— Mola. Yo había venido porque necesitaba un descanso. Mañana tengo un examen de Matemáticas horrible y no estoy preparado.

— ¿No? — dijo—. Si tú siempre estás preparado para todo.

Puse los ojos en blanco.

— No exactamente.

— ¿Sabes lo de las hojas?

— ¿Qué hojas?

— Mierda. Bueno, no eres un chivato, ¿no?

— No, no lo soy.

— Tommy Mendenhall tiene las hojas de respuestas de los exámenes de casi todas las asignaturas. No para el señor Bisbee, el de Ciencias Ambientales; él va cambiando los exámenes.

Y tampoco para el señor Patrick, el de Historia, según dicen.

— Oh — dije cruzándome de brazos.

Había oído hablar de ello. Era una tradición de Natick. Cada año, un alumno de último curso heredaba las hojas de respuestas que los estudiantes habían reunido con el paso de los años. Nunca tuvo mucha importancia para mí. Si el resto de la gente quería hacer trampas, era su problema.

Albie me analizó.

— No te molesta, ¿verdad?

— No — dije — . No es lo mío, pero me da igual.

Aunque quisiera hacer trampas, no estaba seguro de cómo se podrían hacer con Matemáticas. La señora Dyson seguramente nos pediría que escribiéramos los pasos, así que saber la respuesta a una pregunta de elección múltiple no serviría de nada.

— Tú no necesitas la ayuda, desde luego — dijo Albie.

— La verdad es que Matemáticas Avanzadas me está matando. En serio, me tiene agarrado por la espalda y me está estrangulando.

— ¿La señora Dyson? — Asentí, y dijo — : Estoy bastante seguro de que ella hace las mismas pruebas y controles cada año. Pregúntale a Tommy.

Negué con la cabeza y dije:

— Nah. No es para mí.

— Como veas — dijo él — . Bueno. Mi ciudad me reclama.

Le dediqué un saludo militar y me volví a mi habitación con el corazón laténdome con fuerza en el pecho. Hacer trampas no me parecía bien, pero, como de costumbre, fui demasiado cobarde como para expresar mi opinión.



En el pasillo, me crucé con Mendenhall.

— Ey — dijo — . Esperaba encontrarme contigo.

— Oh. — Me apoyé contra la pared, y él se inclinó hacia mí de una forma que me hizo desear que nos separara una barrera de treinta centímetros. O de quizás sesenta.

— Mira, he estado pensando en lo de que te nombraran capitán y tal. Creo que es algo que te supera. Si te fijas en los capitanes de los últimos años, siempre ha sido alguien extrovertido, alguien que estaba en el centro de todo. Y tú no eres así.

Me crucé de brazos.

— Podrías intentar ser más sociable — dijo — . Eres demasiado callado y, mira, el caso es que este es mi último año. Quiero ganar. Y para que podamos ganar, necesitamos un capitán que sea capaz de hacer su trabajo, que nos una y nos motive. ¿Entiendes?

Asentí. Él se rio.

— Eres muy reservado, ¿eh?

— Sí — dije — . No digo todo lo que se me pasa por la cabeza.

Y deberías alegrarte de que no lo haga.

— Y eso está bien. Quiero decir, ser así firme y silencioso seguro que tiene sus ventajas. No eres un incordio, lo cual es bueno. Y juegas bien. Seguramente podrías enseñarles un par de cosas a los demás.

— Gracias.

Mendenhall levantó la barbilla como un rey que se había dignado a hacer un cumplido a un campesino.

— En mi opinión, lo de cargarte la iniciación es una estupidez. Pero si eso es lo que quieres, vale. Aun así, seguro que me necesitarás para motivar a los chavales. Todavía no tienes influencia. ¿Y si te ayudo con eso?

— Me parece bien — dije.

Él sonrió.

— Eres un buen tío, Carver. Intentemos que esto funcione, ¿vale?

— Vale.

De vuelta en mi habitación, intenté quitarme de encima la sensación de que Mendenhall iba a arrasar conmigo. Me miré en el espejo, fijándome en mis brazos. Eran grandes y gruesos. Yo no era ninguna florecilla. Y, aun así, había dejado que me hablara de esa forma tan condescendiente sin ofrecer la más mínima resistencia. Si de verdad intentara arrebatarme mi papel, ¿le haría frente?

Una vez sí que me planté con otros deportistas. Fue en otoño, cuando estaba en el equipo de fútbol. Unos cuantos estaban hostigando a Rafe con comentarios homófobos antes de que se declarara abiertamente gay, y yo puse fin a aquello enseguida. Me hizo sentir bien. ¿Dónde estaba la línea? ¿Cuánto me dejaría pisotear antes de defenderme?

Me senté en mi escritorio, abrí el libro de Matemáticas y me quedé mirando los símbolos. Cada vez que notaba que se me iban los ojos, me volvía a centrar con determinación, recordándome a mí mismo que era el ganador del premio Pappas y un Carver y que sacar mala nota en Matemáticas Avanzadas no era una opción para ninguna de esas facetas. Empecé a beber Gatorade alrededor de las dos y media de la mañana para que no se me cerraran los ojos y, a eso de las cinco, cuando por fin había entendido cómo usar el teorema fundamental para evaluar integrales definidas, me desplomé sobre la cama y puse la alarma a las siete para no quedarme dormido y perderme tanto el desayuno como el examen.

Allí tumbado, medio en coma, me pregunté cuánto tiempo podría seguir así. ¿Cuántas noches sin dormir me esperaban por culpa de Matemáticas? Estaba bastante seguro de que el examen me iría bien, pero tenía los nervios destrozados.



Fui en coche hasta Alton el último fin de semana de enero porque era el cumpleaños de mi madre. Cuando llegué allí el viernes por la noche, mi madre y mi padre me recibieron de esa forma tan típica suya, cálida y sutil a la vez. Las primeras palabras que me dijo mi madre fueron «he preparado galletas» y, en cuanto me hube quitado el abrigo, soltado mi bolsa de lona y cogido una galleta, se acercó a mí y me dio un beso enorme. Papá dijo: «Pareces más alto».

Luke estaba en nuestro dormitorio, tirado sobre la colcha en pantalones cortos de deporte a pesar de que fuera estábamos a bajo cero y mi padre no cree en la calefacción. Estaba jugando a su Game Boy, como siempre.

— Buenas — dijo. Juraría que se le había hecho más grave la voz en las pocas semanas que yo llevaba fuera.

— Ey — contesté.

— Te perdiste a mamá metiéndose en un marrón — dijo.

Me senté en mi cama y me quité las botas.

— ¿Qué?

Él alzó la vista y apagó la consola.

— Una tipa así hippy la convenció de que vendiera un montón de tonterías en la tienda. Papá dijo que ni hablar y que la tía esa tenía prohibido volver por aquí. Mamá se puso a llorar.

— ¿Qué? — En mi vida había visto llorar a mi madre. Ni tampoco había oído que hubiera pasado. En la familia Carver, las lágrimas están relegadas a la categoría de «se me ha metido algo en el ojo».

— Fue de locos, en serio — dijo.

— ¿Hablaste con ella?

Él se encogió de hombros.

— ¿Y qué iba a decirle?

Quizás no fue mala idea que Luke no le dijera nada. Mi hermano no era la persona más reconfortante del país.

Mientras yo deshacía la bolsa, Luke me puso al día de algunas cosas.

— He conseguido que dejen de llamarla «Buldócer».

Recordé la chica de la que me había hablado durante las vacaciones de invierno, el día que

fuimos a la clase de natación.

— Muy bien. ¿Habláis?

Él se encogió de hombros y tomó la consola otra vez.

— ¿Cómo se llamaba? — pregunté.

— Julie.

— Ah.

Supe que, seguramente, ese era el fin de nuestra conversación. Y lo fue. Saqué un libro y él siguió jugando a su videojuego. Ninguno de los dos volvimos a hablar hasta que Luke dijo «buenas noches, hermano» cuando apagué la luz, y yo contesté «buenas noches».

Soñé que Mendenhall me había arrinconado en el establo de mi padre y me estaba explicando cómo trabajar en la granja. Incluso en el mismo sueño, sabía que mi padre y Mendenhall se habían fusionado y convertido en una persona extremadamente sentenciosa, y me pregunté si alguna vez lograría tenerlos contentos.

A la mañana siguiente, me desperté con un frío tremendo en los antebrazos, y los metí rápidamente bajo la sábana de franela para calentarlos. Oía el aullido y el azote del viento contra los árboles desnudos. Debíamos de estar a menos diez grados, por lo menos. La sensación térmica debía de ser de unos menos veinte. Luke estaba durmiendo con las dos piernas al aire sobre su edredón, y yo sacudí la cabeza y sonreí para mí. Daba igual lo gélida que fuera la temperatura, Luke nunca tenía frío.

Me quedé allí tumbado, en la comodidad de mi propia calidez, pensando en la hipotermia. Recordaba haber leído testimonios de gente que había intentado escalar el Kilimanjaro, en cuya cima hace tantísimo frío que la temperatura corporal cae varios grados y, cuando eso ocurre, a los escaladores les invade una calma extraña, como si la ausencia de calor fuera en sí cálida. En realidad, son los órganos dejando de funcionar, pero no lo parece.

Bryce me contó una vez que los monjes tibetanos practican un tipo de meditación que les permite aumentar su temperatura interna. Lo hacen imaginando llamas en la base de la columna vertebral. Me pregunté si yo también podría hacerlo, y lo intenté. Era difícil imaginar las llamas sin dejar que otros pensamientos se interpusieran. *Quizás, pensé, los monjes tibetanos practican esta técnica, y no simplemente lo intentan cinco segundos durante un día gélido de Nuevo Hampshire, fracasan y lo dejan correr.*

Miré por la ventana mientras mi padre, con solo un jersey, un gorro y su cuerpo desgarrado, caminaba hacia el establo con nuestra cabra, Becky, siguiéndole de cerca. *A las vacas les da igual que sea invierno, y a mí también*, solía decir. Juro que hay algo de verdad en eso que dicen de que la genética hace inmunes al frío a ciertas personas, porque parece que a mi padre nada le causa escalofríos. Él desciende de generaciones de granjeros checoslovacos que no se quejaban del tiempo; puede que hablaban de él sin parar, pero jamás se quejaban.

Mientras Luke seguía en la cama, yo me abrigué para salir al establo. El trabajo de la granja no se me daba especialmente bien, pero podía ayudar a limpiar y pasar tiempo con mi padre.

El aire matutino me heló los dientes. Metí las manos enguantadas lo más al fondo que pude en los bolsillos de mi viejo abrigo de plumas marrón.

— Ey — dije al entrar en el establo. Mi aliento era una niebla blanca que apenas flotaba quince centímetros antes de congelarse. Me dolían los pulmones.

— Benny — dijo mi padre. Estaba de rodillas en uno de los compartimentos de las vacas, ordeñando. Apretar la base, tirar hacia abajo, alternar las manos.

Agarré la horqueta y la pala, y me fui a otro compartimento donde Becky estaba tumbada en una cama de heno. El suelo estaba lleno de cacas de gallina, heno y lo que parecía un melón cantalupo a medio comer. El techo estaba solo a metro ochenta de altura, así tenía que recoger la porquería inclinado hacia delante. El olor intenso a estiércol congelado me asaltó las fosas nasales.

Había una ausencia total de sonido en nuestra granja en invierno. Como mi padre no creía en usar nada más que lana para calentarse, no había ningún zumbido de electricidad, ni ningún siseo de combustible o carbón. Dejé que el silencio nos envolviera durante un rato, y seguí manejando la pala y entrando poco a poco en calor.

Pero, a veces, el silencio es demasiado.

— Hace frío hoy — dije cuando la quietud llegó a ese punto para mí. Le llevó unos seis minutos, quizás siete.

— Sí — dijo papá. La vaca que estaba ordeñando gimió un poco.

Silencio otra vez, a excepción del sonido que hacía la leche al caer en el cubo rojo.

— ¿Tienes bastante ropa de abrigo en la academia?

— Sí. Gracias. — Barrí la suciedad hasta tener una pila, y seguimos trabajando en silencio.

— No hacía mucho frío en Natick cuando me fui — dije.

— ¿A cuánto estabais?

— A unos cinco grados. Quizás siete.

— No me digas.

— Sí. Poco frío.

No hubo más palabras. Me metí en el compartimento donde estaba mi padre, avanzando con cuidado por el barro congelado, para recoger estiércol allí.

— Los estudios me van mejor — dije, y fue como si no me hubiera oído. Añadí— : He conocido a una chica.

Tampoco dijo nada sobre eso, así que me concentré en recoger y trabajamos hasta que las vacas estuvieron ordeñadas y el establo estuvo todo lo limpio que podía estar.

Quería a mi padre, pero ¿por qué me molestaba en intentar tener una conversación con él? Era como apretar un cubito de hielo para entrar en calor. Había venido a un establo helado a calentarme. Nunca funciona. Incluso si estás tan cerca de congelarte que crees sentir calidez, no es más que un espejismo. Es hipotermia. Y entonces te mueres.

Mientras mi padre evaluaba el trabajo que había hecho yo y barría un poco más el compartimento de Becky, me fui hacia la tienda de nuestra granja con los ojos tan secos que pensé que no podría volver a parpadear. En el interior, me golpeó un olor cálido a chocolate y a menta.

— Mmm — dije.

Mi madre estaba en la pequeña cocina que había en la tienda, vertiendo agua hirviendo en una taza con chocolate. Me sonrió.

— ¿Quieres uno?

— ¡Feliz cumpleaños! Y sí, me vendría muy bien — dije.

La tienda estaba conectada a la parte delantera de nuestra casa, pero tenía una entrada distinta para los clientes. Mamá se pasaba gran parte del tiempo encargándose de la tienda, vendiendo mermeladas y verduras. Durante los veranos, yo le echaba una mano cuando no estaba ayudando a mi padre en los campos. Papá solía contar conmigo para tareas que requerían músculo, y con Luke para cosas que requerían cierta habilidad agrícola. A mi padre le gustaba chincharme diciendo que, siuviéramos que depender de mi pericia con la agricultura, nos moriríamos de hambre.

Me senté en un taburete al lado del de mamá. Ella alargó el brazo, apoyó una mano delicada sobre mi bíceps y me dio un apretón.

— ¿Estás bien? — pregunté.

Ella asintió.

— Claro.

— Luke me comentó una cosa.

Mi madre se encogió un poco.

— No debió decir nada. Da igual.

— Mamá — dije — . Cuéntamelo. ¿Qué pasó?

— Tu padre ya dijo lo que pensaba. No merece la pena hablar de ello.

— ¿Quién era esa persona? Vamos. Cuéntamelo.

Insistir no era propio de mí. Quizás fuera por lo que estaba viviendo en la academia, la forma en la que me había empezado a dar cuenta de que, a diferencia de mi familia, a mí me gustaba conversar. A veces, cuando me pesaba la monotonía de la rutina, hablaba con Hannah por teléfono y, al terminar, me sentía como una persona distinta. O con Rafe; me sentía como si vibrara horas después de hablar con él, recordando distintas partes de la conversación. No necesitaba hablar constantemente como otra gente, pero un poco sí que me gustaba mucho.

Mamá respiró hondo.

— Se llama Hazel.

— Ajá. ¿Y quién es Hazel?

A mi madre se le iluminaron los ojos, algo que jamás ocurría.

— Lleva unas pintas algo raras. Tiene el pelo largo, por la cintura. — Se rio un poco y sacudió la cabeza — . Al principio, pensé que era una de esas personas que vienen durante el verano. Vino a la tienda un día y... fue tan simpática. Ya sabes que a mí no me gusta mezclarme con esa gente, con los que pasan el verano en el lago y tienen carteras elegantes de cuero. Lo cambian todo.

— Hablas como papá.

Ella me miró como diciendo: «Es tu padre, no hables así de él». Desde que tengo memoria, he recibido miradas así siempre que he mencionado algo negativo sobre papá, como si fuera un acto reflejo. Sabía que mi madre opinaba casi lo mismo que yo sobre él, porque de vez en cuando hacía comentarios de «tu padre opina» sobre cosas que a ella le molestaban pero que acataba igualmente.

«Tu padre opina que deberíamos dejar de procesar pollos para los turistas hasta que paguen.

Yo le he dicho que no podemos tratarlos de forma distinta a los demás, pero ya lo conoces».

«Tu padre opina que deberíamos tener la tienda abierta hasta que terminen los fuegos artificiales por si alguien quiere una limonada. Eso sería desde las cinco de la mañana hasta medianoche, pero ya lo conoces».

— Hazel se pasaba a diario por aquí. Un día, estaba yo con un resfriado. Debía de ser... ¿a mediados de septiembre? Yo no dejaba de sonarme la nariz, y ella me dijo que tenía una cosa que me iría bien. Salió corriendo hacia su camioneta y volvió con lo que parecía un bote de jarabe para la tos. Entonces, se metió sin más en la cocina y volvió con una cuchara. Me dijo: «Dos cucharadas de esto y estarás como nueva». Era dulce, de color morado. «¿Qué es?», pregunté.

»Ella dijo que era sirope de bayas de saúco. Me contó que era herbolaria y que, si se pusiera, sería capaz de curar el ébola. Me contó que el cuerpo sabe sanarse y que solo necesitamos las curas que ya hay en la naturaleza. Ya me conoces, Benny. Yo pensaba que todo eso era un engañoso, pero ni te imaginas lo bien que me encontraba al día siguiente! Y, cuando vino otra vez, Hazel ni me preguntó; ¡sabía que estaba mejor! Nos hicimos buenas amigas. ¿Cuándo fue la última vez que tuve una amiga?

Esa última frase la dijo para sí, y la miré fijamente pensando lo mismo. Era casi como si yo nunca hubiera percibido a mi madre como una persona de verdad. Nunca me pareció que necesitara una amiga. Tenía a papá y, aunque no hablaban mucho, tampoco parecía que necesitaran mucho. Él se encargaba de los campos y del negocio, y ella de la tienda. Si a ella le hacían falta un par de pollos, le pedía a él que los procesara. Si llegaba un pedido de ternera, lo avisaba. Las palabras no talaban ni recogían ni alimentaban ni ordeñaban.

— Hazel se pasaba por aquí y charlábamos. Un día, tu padre entró y los presenté. No sé en qué estaba pensando. Pues claro que creyó que era rara. *Es rara*, Benny, lo reconozco. Pero me caía bien. ¡Y me enseñó mucho sobre hierbas! Me llevó a su casa un par de veces y me enseñó los remedios que estaba preparando para tal o cual amiga. No era un negocio, pero dijo que pensaba que podría serlo. Y yo pensé: «¿Y si los vendiéramos en la tienda?».

Mi madre hablaba casi como si yo no estuviera allí, con una pasión que nunca había oído salir de ella.

— Sabía la respuesta. Pero, además, tampoco es que haya tanto ajetreo en la tienda como para que yo no pudiera secar una raíz de bardana y zarzaparrilla silvestre. Así que puse un poco de raíz de acedera en una botella con vinagre y la dejé ahí durante seis semanas. Cada día, Hazel me contaba cómo ayudaría eso a la gente cuando estuviera listo y, Benny, ¡me empezaba a entusiasmar un montón! Tenía muchas ganas de probarlo.

»Sabía lo que tu padre me iba a decir. Me preguntó si estaba loca. Me dijo que las hierbas son cosa de hippies y que si quería que perdiéramos a todos nuestros clientes. «A la gente no le gustan esas cosas modernas», dijo. Y, Benny, yo pensé: «Habrà gente a la que sí que le gusten, y habrá gente a la que no». Pero no dije nada, claro.

»Así que probé la raíz de acedera. — Sonrió al recordarlo—. La coseché a principios de diciembre. La cociné y sabía ácida como una tónica mezclada con pieles de cítricos. ¡Pero de verdad te digo que me arregló el estómago como si nada! Tengo un poco que me sobró en la parte de atrás. No se lo digas a tu padre. Es solo para mí. No para vender ni nada.

— Guau — dije—. Entonces, ayer, ¿papá se negó a vender remedios naturales?

Mi madre unió las manos delante de sí, y yo pregunté:

— ¿Dijo que... no podías volver a verla?

Un atisbo de algo cruzó la cara de mi madre. ¿Arrepentimiento? Sus cejas se movieron como con un pequeño espasmo.

— No merecía la pena — dijo.

Allí sentados, mientras bebíamos chocolate sin decir nada, me pregunté: si yo tenía hipotermia, ¿qué tenía mi madre, tras todos estos años? ¿Alguna vez le decía a mi padre lo que pensaba en realidad, o siempre estaba interpretando el papel de la esposa perfecta? Aquello me pareció demasiado cercano a la verdad, así dejé de pensar en ello.

Antes de volver a la academia el domingo, fui al establo y hablé con mi padre otra vez. Estaba limpiando y rellenando los cubos de agua.

— ¿Tienes bastante dinero para tus cosas? ¿Para los libros? — preguntó sin mirarme.

— Sí — dije—. Oye, quería decirte una cosa. Es sobre el equipo de béisbol. Van a ir a Fort Lauderdale, en Florida. Vamos a ir. Durante las vacaciones de primavera. La academia me pagará el viaje.

Mi padre frunció el ceño.

— No necesitamos su ayuda.

Me encogí de hombros, pero no dije nada porque sí que la necesitábamos. No teníamos los mil dólares o lo que fuera que costara el viaje. Y esa conversación no acabaría bien si el tema viraba hacia mi padre y su capacidad para proveerme de lo que me hiciera falta.

— Ya lo sé — dije—. Pero. ¿Puedo ir? — Sabía que necesitaba que me diera permiso.

El agua llegó casi al borde del cubo, y mi padre cerró el grifo.

— ¿Han mejorado tus notas?

Asentí, y él dijo:

— Pues entonces ya veremos. Sigue así y ya veremos.

Me quedé allí de pie con un nudo en la garganta y un zumbido en la cabeza. Había tantísimas cosas más de las que hablar. De mi madre. De nosotros. Todo. Y sabía que nunca diría nada.



El miércoles después de mi visita a casa, el entrenador Donnelly me dejó a cargo del entrenamiento del campo interior mientras él se centraba en los jugadores del campo exterior, al otro lado del gimnasio. Era la primera vez que tenía que dirigir un entrenamiento yo solo y estaba como un flan. Los otros siete chicos se paseaban esperando a que yo los pusiera en marcha, y me metí de lleno en ello antes de que el cerebro me susurrara que yo no era nadie para hacer de entrenador.

— Venga, guantes abajo — dije. La voz me sonó más grave de lo normal, y eché un vistazo a Mendenhall, medio esperando que pusiera los ojos en blanco. No lo hizo. Bajó el guante, como todos los demás—. Poneos por parejas y coged una bola.

Todos encontraron un compañero y a mí me tocó con Clement, uno de los más jóvenes. Puse a todos a practicar tal y como nos había enseñado el entrenador con un ejercicio que consistía en hacer rodar la bola hacia el compañero, que, con el guante tocando el suelo, tenía que atraparla antes de pasarla de vuelta. Era necesario mantener el cuerpo bajo y moverse con el rebote por si la bola decidía no ir hacia ti, así que ese ejercicio nos ayudaba a acostumbrarnos a esa postura.

— ¡Venga, con ganas! — grité al aire, intentando sonar como un capitán. Hice rodar la bola hacia Clement, pero mi grito debió de ponerlo nervioso, porque el rebote se le escapó.

Troté hacia él. Tenía la espalda arqueada, pero las piernas rectas.

— Las piernas. Mírame. — Le mostré la postura de atrape correcta y él la imitó—. Muy bien. Verás que ahora te será más fácil.

Clement murmuró un «gracias» y yo volví a mi sitio. Lo hizo mejor en los siguientes pases, y fui aumentando la dificultad con pases a su izquierda y derecha. Él los fue atrapando, y parecía animarse cada vez que le decía «bien hecho».

Después de veinte minutos y varios ejercicios, di unas palmas para llamarlos a todos. Había visto a los capitanes que me habían precedido dar discursos motivadores, y parecían significar mucho para los compañeros. A mí siempre me habían dejado frío.

Cuando estuvieron todos a mi alrededor, pregunté:

— ¿Cuál es el objetivo este año? — Nadie dijo nada, así que repetí más fuerte— : ¿Cuál es el objetivo?

— Ganar — dijo Mendenhall, asintiendo.

— ¡Exacto! Venga, chicos, ¡que os oiga!

— ¡Ganar! — dijeron mirándose unos a otros, como si les sorprendiera que algo así saliera de mí.

— ¡Otra vez!

— ¡Ganar!

— ¡Otra vez!

— ¡Ganar!

Eché otro vistazo, y Mendenhall estaba gritando tan fuerte como los demás.

— ¡Así me gusta! — dije, sonando como una persona totalmente distinta—. Hemos venido a arrasar y quiero que pongáis esa energía en todo lo que hagáis porque importa. La preparación lo es todo. La actitud lo es todo. ¿Somos ganadores o somos perdedores?

— ¡Ganadores! — gritaron.

No pude evitar sonreír. *Éramos* ganadores.

— Pues ahora, pongámonos con los ejercicios otra vez, todo igual, por orden, pero mucho más en serio, ¿entendido?

— ¡Sí!

Y en mi cabeza sentí una sensación salvaje, como un zumbido que nacía de estar a la altura. De ser la persona que el equipo necesitaba que fuera.



Rafe y yo estábamos estudiando en mi habitación el jueves por la noche. Tenía un examen de Psicología al día siguiente y suficiente preocupación con Matemáticas como para tener la cabeza metida en libros durante una década. Bueno, yo estaba estudiando; Rafe estaba de rodillas al pie de la segunda cama de mi cuarto, ojeando mi pila de libros. Era muy molesto que se tomara descansos cada dos por tres cuando yo no podía permitírmelo, pero también era algo muy Rafe. Muy Rafe en un sentido positivo. Él no se ponía tan intenso como yo con estas cosas.

Supongo que era porque no le hacía falta. Su familia tenía dinero, así que podrían pagarle cualquier universidad a la que entrara. Privilegio.

— ¿Qué leches es el Museo de la Segunda Guerra Mundial? — preguntó cuando cogió un panfleto que había quedado atrapado entre mis libros.

— ¿En serio necesitas pistas? — pregunté.

Él se rio.

— No, lo que quiero decir es que dónde está y tal.

— Está en Natick. Antes de tener el carné de conducir, iba por ahí en autobús. Solía ir a la Sociedad Histórica de Natick o al Museo de la Segunda Guerra Mundial. Me hicieron miembro, de hecho. Honorario. Fui un par de veces, y me dieron una tarjeta de miembro gratis.

Rafe se sentó en la cama que había sido suya. Aún se me hacía un poco raro verlo allí.

— ¿Y con ella te daban una Luftwaffe gratis por cada diez que comprabas?

Me reí.

— Natick es un lugar con mucha historia, ¿sabes? Harriet Beecher Stowe vivió aquí durante un tiempo. Henry Wilson era de aquí. Él fue el vicepresidente bajo Ulysses S. Grant.

Rafe tiró el panfleto al suelo.

— ¡Cuántos datos sabes! Creo que una de las diferencias entre tú y yo es que a ti te interesan las cosas, y a mí me interesan las personas.

— La mayoría de los historiadores concuerdan en que Ulysses S. Grant fue, de hecho, una persona.

— No, a ver, me refiero a personas de ahora. A gente que podrías conocer.

— Sí, supongo que es verdad. En general, no soy muy fan de la gente.

— Obviando la presente, quieres decir, seguro.

Me encogí de hombros exageradamente, y él me hizo una pedorreta.

— Volviendo a Wilson — dije— , fue un abolicionista acérrimo y un republicano radical.

— Supongo que «republicano» no significaba lo mismo que hoy.

— Em. Exacto.

— Creo que ya lo sabía. Me pregunto cómo un partido político ha podido cambiar tanto. Es como si los demócratas y los republicanos hubieran cambiado de equipo.

— Yo no lo veo tan claro.

— ¿Tus padres son republicanos? — preguntó.

Negué con la cabeza.

— Somos firmes demócratas.

— No lo sabía. Pensaba que eran superconservadores.

— Lo son, Rafe. Son demócratas de los antiguos, como los demócratas del sur que hicieron presidente a Jimmy Carter. Socialmente conservadores. Al menos, mi padre lo es.

— Ah — dijo Rafe, y yo sabía que no entendía a qué me estaba refiriendo.

— Sí. Por ejemplo, cuando mi tío se declaró bi, mi padre básicamente lo expulsó de la familia. No lo aceptaba. Mi tío se fue a China, donde trabajó de profesor de inglés, porque necesitaba alejarse. Volvió e intentó tener de nuevo una relación con nosotros, pero mi padre nunca lo aceptó. Y ahora mi padre se cree que mi madre es una hippy porque quiere vender remedios naturales en la tienda.

Rafe silbó.

— Qué... Guau.

— Sí. Y quiero a mi padre. Pero de ahí es de donde vengo.

— ¿Cómo es posible? Si tú eres superinteligente e inquisitivo y tienes la mente muy abierta.

Me encogí de hombros.

— Supongo que no soy mi padre.

— No es eso lo que quería decir, sino...

— No, si lo entiendo. A veces yo también me lo pregunto.

Rafe se tumbó sobre su estómago y abrió su libro de Historia. Estaba estudiando la Revolución rusa, un tema del que me habría gustado hablar con él si él hubiera querido, pero no parecía tener interés alguno en nada que no fuera memorizar fechas. De golpe, volvió la cabeza hacia mí:

— Ay, ¿te lo he contado? Anoche, cuando fui a apagar la luz, abrí el armario y Toby estaba de pie allí metido. Me quedé loquísimo.

— ¡Me lo hizo a mí también! — dije dejando a un lado el libro de Matemáticas—. La primera noche que volví. Se ve que quería mandarme mensajes subliminales.

— Eso es lo que me dijo a mí. Que iba a ayudarme con Historia con mensajes subliminales.

— Este muchacho no está bien de lo suyo — dije, y Rafe se rio.

Seguimos estudiando y no dijimos nada en quizás media hora, pero tras ese rato, Rafe cerró su libro dramáticamente y se sentó derecho.

— Tenemos que ir a por Toby — dijo.

— ¿Es necesario?

— Digo que tenemos que ir a por él en plan venganza, no rollo ir a buscarlo.

— Repito: ¿es necesario?

— Hay que pagarle con la misma moneda. Enviarle mensajes subliminales.

— Jum. — Cerré el libro de Matemáticas y miré a Rafe.

— No te apasiona la idea.

— Bueno, es que no sé qué lograremos con eso. Si conseguimos que no se despierte, entonces ¿qué? ¿Nos pasamos toda la noche en su armario hablando flojito?

Él se rio un poco.

— Puede que yo no sea el mejor bromista de la historia.

— Pensémoslo un poco más — dije—. Puede que se nos ocurra algo mejor.

Rafe asintió y, unos minutos después, se levantó y fue al baño.

Mientras él no estaba, me acerqué a mi armario, donde tenía la mininevera, y cogí dos Gatorades de naranja. Esta vez, sin vodka. Como me había puesto tan malo la última vez que bebí, desde entonces no había probado el alcohol.

Él volvió y se sentó en la otra cama. Le lancé un Gatorade.

— ¡Por todas las luces sagradas, Batman! — dijo al atraparlo.

— ¿Eh? — Él señaló a mi armario, donde me había dejado la luz encendida—. Ah, esto. No atinaba a ver la ropa, así que me compré una bombilla LED de setenta y cinco vatios.

Admito que me llevó un tiempo acostumbrarme al resplandor, pero tenía un algo positivo, sobre todo en invierno, cuando la luz natural no abundaba.

— ¡La luz es superblanca y fuerte! ¿Es ahí donde vamos al morir? Me ha parecido ver a mis familiares fallecidos.

— Ja, ja.

— Acaban de llamar de la NASA, Ben. Dicen que lo único que ven desde el espacio es Las Vegas y tu armario.

— Te permito uno más y ya.

— Creo que un capullo ha abierto un Hard Rock Café al lado de tus camisas.

— Qué malo.

Él seguía riéndose para sí mientras abría su libro de nuevo. Reconozco que los chistes me molestaron un poco (me había gastado mi dinero de cumpleaños en la bombilla), pero también ayudaban a que Rafe volviera a encajar más en mi espacio. Y me alegré.

Estudiamos y hablamos y charlamos y trabajamos hasta la una y media de la mañana, cuando Rafe dijo:

— Bueno, ¿estás listo?

— Eh... ¿Qué?

— Que si estás listo. ¿Para ir a por Toby? Para ir a vengarnos, digo. Por los mensajes subliminales.

— ¿Acaso tengo elección?

Rafe negó con la cabeza y yo me encogí de hombros. Me explicó que íbamos a esperar a que Toby se quedara dormido, nos colaríamos en su habitación, haríamos un poco de ruido para

despertarlo y entonces saldríamos de un salto de su armario para pegarle un susto de muerte.

Normalmente, yo no haría algo así, más que nada porque no quería meterme en líos. Como ganador del premio Pappas, tenía que ir con cuidado. Pero parecía una idea bastante inofensiva y, si al final sí que me metía en un problema, sería con el entrenador Donnelly, una persona que creía que yo caminaba sobre el agua. En cualquier caso, estaba muy harto de ser el chico bueno. El *aguafiestas*. Así que simplemente dije que sí.

Rafe sugirió que los dos nos lleváramos los móviles para que pudiéramos enviarnos mensajes mientras esperábamos, pero tuve que recordarle que en mi tarifa no estaban incluidos los mensajes.

— El mil novecientos noventa y siete quiere que le devuelvas su móvil — dijo, y yo pensé en contarle que, mientras su regalo de cumpleaños había sido un iPhone, el mío había sido una bombilla que me había comprado yo mismo.

En vez de eso, nos llevamos una libreta y un boli para poder escribirnos como hacían los seres humanos de antaño, y Rafe se llevó su móvil para usarlo de linterna.

Entreabrimos la puerta de mi cuarto y miramos a un lado y a otro. Ni luces ni ruido. Cruzamos el pasillo hasta el final, yo delante y Rafe detrás, hasta la habitación individual de Toby.

Estaba durmiendo como un tronco y roncando cuando entramos sigilosamente. Su ventana daba al lado opuesto de la residencia que la mía (a la calle en vez de al césped), y las farolas le iluminaban la cara flaca y el pelo, que ahora era rosa. Nos acercamos de puntillas a su armario, lo abrimos a cámara lenta para no hacer ruido, nos metimos dentro y cerramos la puerta con la misma lentitud. La respiración de Toby no cambió; seguía dormido y sin saber que estaba a punto de descubrir qué pasaba cuando intentas comerle la cabeza con mensajes subliminales a la gente equivocada.

No nos habíamos preparado, obviamente, para lo raro que sería estar en el armario de Toby. Este es un inventario parcial de lo que encontramos tirado por el suelo cuando Rafe encendió su aplicación de linterna:

- ✓ Alas de ángel
- ✓ Una tableta de chocolate blanco Hershey a medio comer
- ✓ Un par de patines, pero el derecho parecía al menos dos tallas más grande que el izquierdo
- ✓ Un kimono turquesa con un estampado floral
- ✓ Condones organizados en cuatro pulcras pilas de exactamente la misma altura
- ✓ Un arco y flechas en un carcaj pintado de lavanda
- ✓ Unos pantis
- ✓ Un folleto del centro comunitario de Natick con una oferta dos por uno para una clase de yoga para embarazadas

Nos miramos el uno al otro. Rafe abrió la boca para decir algo, pero me llevé el dedo a los labios y le entregué la libreta. Él la cogió y escribió a la carrera.

¿Crees que ha matado alguna vez?

No me cabe duda.

¿Crees que volverá a matar?

Cogí las alas de ángel e hice un gesto de cuernos de demonio, y por algún motivo eso casi hizo que Rafe se echara a reír en voz alta.

Nos acomodamos, yo sentado con las rodillas pegadas al pecho y él apoyado en la pared opuesta. Sus pies estaban a escasos centímetros de mi culo, y sentía el calor que le irradiaba de los dedos.

Se oyó el estruendo de un pedo enorme al otro lado de la puerta, seguido de unos ronquidos fuertes. Me llevé el puño a la boca para evitar reírme, pero Rafe no tuvo tanta suerte. Se le escaparon unas risitas, y yo tuve que avisarlo con la mirada. Se recompuso, cerró los ojos y se aseguró de retomar el control. Esperamos. No se oía nada aparte de los ronquidos constantes. Rafe escribió:

Bueno, está dormido.

Eso parece.

¿Cuánto esperamos?

Me encogí de hombros. No tenía ni idea. Me removí en mi sitio y me rocé con un abrigo negro. Esperaba que el ruido no se oyera fuera del armario.

— Eres demasiado literal, Albie. — Toby hablaba con un tono conversacional que parecía ser parte de su sueño, y luego pronunció unas palabras que no logré entender.

Escribí:

Está frito. Vamos.

Vale.

Nos levantamos con cuidado de no hacer ni un ruido.

— ¡SOY EL HOMBRE MUFFIN! — La voz de Toby ahora sonaba como la de un monstruo.

Asustados, Rafe y yo nos aferramos el uno al otro. El corazón me iba a mil y deseé haberme traído un bate de béisbol o algo. Había oído hablar de sonámbulos que se despertaban y hacían locuras. ¿Y si Toby...? Entonces me di cuenta: estaba mirando a Rafe a los ojos, con las manos alrededor de sus hombros.

— ¡SOY EL HOMBRE MUFFIN! ¡SOY EL HOMBRE MUFFIN! ¡AAAAAH!

Sí que parecía un monstruo y, dejando a un lado la mirada intensa de Rafe que hacía que me temblara el cuerpo entero y que se me calentara la piel desde dentro, me pregunté si iba a morir en el armario de Toby.

Rafe se apartó de mí y escribió en la libreta:

En una escala de uno a «puede que no vuelva a pegar ojo en la vida», ¿cuánto miedo tienes?

Hice un gesto con la mano para indicarle que estaba cerca del extremo más alto de esa escala.

— YO NO MATÉ A ESE HOMBRE. MERECE MORIR. ¡MUERE, ESCORIA, MUERE!

Oímos un golpe en la parte exterior de la puerta. Tiré de Rafe hacia mí para protegerlo.

La puerta del armario se abrió.

— ¿En serio? — dijo Toby con las manos en las caderas—. ¿En serio, de verdad?

— Joder. — Exhalé, y entonces me di cuenta de que aún estaba agarrando a Rafe.

— Bueno, esto hace que haya merecido la pena — dijo Toby—. . Ya era hora, hostia.

Solté a Rafe, pero entonces me di cuenta de cómo podía tomárselo, así que le di unos golpecitos en la espalda. A él se le veía completamente neutral y yo no sabía cómo interpretarlo.

— Si os metéis con el rey, más vale que lo matéis — dijo Toby sacudiendo la cabeza.

— ¿No querrás decir «con la reina»? — dije, y tanto Rafe como Toby se quedaron pasmados.

— Oh, no me acaba de soltar eso — le dijo Toby a Rafe.

— Vaya que si te lo ha soltado — contestó Rafe.

— Entonces, ¿todo eso? ¿Lo de hablar en sueños, lo de Albie?

— Todo era una treta. Os oí bastante antes.

— ¿Lo del pedo también? — pregunté.

La cara de Toby se volvió de un tono más oscuro que su pelo.

— Eh, sí — dijo mirando hacia otro lado—. . Sí, una treta.



Estábamos acurrucados en mi cama. Yo estaba pegado a ella, abrazado a su espalda suave de sirope de arce, mientras el calor de nuestros cuerpos se combinaba para crear algo similar al paraíso.

Deslicé los dedos por su cuello, largo, femenino, como el de un cisne. Bajé la mirada hacia su espalda, blanca como la leche.

Rafe volvió la cabeza y pude ver su perfil. No Hannah. Rafe.

No, dije, pero las palabras no sonaron como si las hubiera dicho. *Por favor, no.*

— Sí — respondió él con una sonrisa — . Sí.

— Sí — repetí, y la calidez me envolvió el cuerpo entero. Le susurré al oído — : Estás en casa.

Él soltó una risita y dijo:

— Y sin pagar alquiler.

Yo me reí también y lo abracé con más fuerza, mi pecho contra su espalda, y sonreí. Rafe olía un poco a vainilla.

Entonces abrí los ojos a la realidad y miré al techo mientras una multitud de sensaciones físicas me asediaban el pecho, las piernas y las caderas. Mi cuerpo era un laberinto de impulsos eléctricos y todos estaban activados.

Rafe. Dios mío. Rafe.

Un sentimiento de culpa se retorció dentro de mí cuando pensé en Hannah, una persona que realmente, de verdad, me gustaba. Me sentía como si, en cierto modo, le hubiera sido infiel, a pesar de que solo había sido un sueño. Pero no podía dejar de pensar en Rafe.

Rememoré la primera vez que nos besamos, allá en Boulder durante las vacaciones de Acción de Gracias, y cómo Rafe había explotado en cuanto nuestros labios se encontraron. En ese momento, pensé: *Puedo hacerlo. Esto puede ocurrir.* Después dormimos separados y, mientras esperaba a que se me llevara el sueño, otros pensamientos más mundanos se adentraron en mi cerebro. Pensamientos sobre mi padre. Sobre lo que él le había dicho a mi tío, que había venido por primera vez en cinco años, y que yo había oído desde el pasillo cuando tenía diez años.

— ¿Rechazado? Tú nos rechazaste a nosotros. Nosotros no nos fuimos a China. Tú sí.

— Me fui porque papá y tú dijisteis que ya no formaba parte de la familia.

— No sé qué quieres de mí. En esta familia no hay desviados. Eres tú el que elige estar con

hombres en vez de con mujeres.

— Tanto hombres como mujeres. Y yo no elijo nada. Soy así.

— Habla normal. ¿Quieres ser parte de esta familia? Pues sé normal.

Oí aquello y sabía de qué estaban hablando y a la vez no. Lo único que caló realmente en mí fue la parte del «sé normal» y, allí y en aquel momento, me juré a mí mismo que siempre sería normal, pasara lo que pasara.

Si no, perdería a mi familia.

Así que, aquella noche en Boulder, dejé de pensar lo de: *Puedo hacerlo. Esto puede ocurrir.* Porque no podía. E igualmente, yo seguía pensando en chicas cuando me la pelaba, así que...

Me di la vuelta.

¿Cómo he podido tener un sueño así? ¿Acaso Rafe es un brujo?

Lo del armario había sido íntimo, supuse. Había hecho resurgir recuerdos de aquella noche en Natick, a la vuelta de las vacaciones de Acción de Gracias. Cosas que seguía sin saber gestionar.

Aquella noche, había estado dando vueltas en la cama, retorciéndome. No hablábamos y me estaba muriendo por dentro y lo necesitaba, pero no podía tenerlo porque el orgullo y el miedo habían creado una sustancia tóxica que flotaba por mi torrente sanguíneo y me paralizaba la mandíbula, me hacía imposible decirle nada, pronunciar ni una palabra. Aun así, era como si todavía notara su sabor, y lo único que había hecho era besarlo, pero ahora necesitaba saber cómo era el resto.

Y entonces, aquellos pasos. Fue la cadencia, un poco más rápida que caminar y un pelín más lenta que correr, como si ansiara estar en algún otro lugar, más rápido, cuanto antes. Si tuviera que adivinar, diría que su cadencia sería el doble de la mía.

Oí aquellos pasos y me levanté de un salto. Abrí la puerta.

El beso fue inmediato, húmedo y jugoso e increíble. La sensación de nuestros cuerpos pegados fue distinta de la que sentí con mi primera novia, Cindy. Como dureza contra dureza, sin alivio blando, y fue extraño. Exploré más porque podía, supongo. Apreté los labios contra su cuello y allí estaba, la piel de Rafe. La rocé con la lengua. Tenía un regusto como a madera quemada y chocolate, como el aire alrededor de una hoguera a la mañana siguiente, donde sabes que ha habido un fuego que está apagado.

Cuando lo tomé en la boca, pensé que me sentiría como una chica. No fue así. La verdad, aquella parte fue menos emocionante para mí que descubrir el sabor de la piel de su cuello. Necesitaba (quería, quizás) estar cerca de su rostro.

¿Y cuando me tomó él a mí? Bueno. Describir qué se siente durante el sexo es como describir a qué sabe un bistec. Está bueno. La sensación fue buena. Fantástica. Pero de todas formas no llegó a superar aquel primer momento, el beso, cuando nuestras cabezas conectaron y ninguno de los dos nos apartamos.

Abrí los ojos y volví a mirar al techo. Aquello fue entonces, y esto era ahora, y él ya no tenía sitio en mis sueños. Hannah estaba en mis sueños, ella pertenecía en ellos, y estábamos avanzando hacia algo magnífico. Con Rafe, yo estaba más que satisfecho con una amistad cercana, pero algo más allá... sería complicado. Y mi vida era mejor simple.



A la mañana siguiente, durante el desayuno, Rafe me saludó con júbilo desde la entrada mientras yo estaba en la cola de las tortillas. Quise salir corriendo, pero nuestra amistad acababa de volver, aún era frágil, y no quería echarla a perder.

— ¿Has dormido bien? — preguntó.

Me encogí de hombros.

— Sí, supongo. No lo suficiente.

Avanzamos por la fila. Pedí una tortilla con pimienta. Rafe pidió una con jamón, lo cual fue raro porque es judío. Después, fuimos a la zona de los condimentos; yo cogí un montón de kétchup, pero Rafe se alejó.

No me di cuenta del ambiente hasta que llegué a su mesa. No me miró.

— Lo estás haciendo otra vez — dijo.

— Qué va.

Él apretó los labios.

— Un poco sí. Lo del armario de anoche te ha asustado. Lo siento. ¿Cómo se me ocurre? — Sacudió la cabeza.

— No, no, para nada. Es solo. Estoy cansado, colega.

Intenté darle un golpe en el hombro, así muy informal, para demostrar lo tranquilo que estaba yo con un poco de contacto. Rafe me miró y vi el dolor en sus ojos, y me di cuenta de que yo no era el único que estaba emocionalmente agotado.

— En serio — dije con algo más de suavidad—. Estoy bien, de verdad. Te lo prometo.

Aquello finalmente lo hizo sonreír.

— Deberíamos tener una carabina.

Me reí.

— Sin duda. Eso sería muy normal. «Disculpe, vamos a meternos en el armario de un gay para asustarlo, ¿nos acompaña?».

La cosa mejoró y bromeamos sobre Donnelly, que al parecer se presentó aquella mañana en la habitación de Albie y Rafe y les contó una parábola sobre un barco que llegaba tarde a puerto. Estaba bastante claro que era una referencia a un trabajo de Ciencias que Albie aún no había entregado, pero en algún punto de la historia, Donnelly se perdió con las metáforas. «La cuestión es... La cuestión es, Albie, que tiene que navegar en muchos barcos», dijo Donnelly, a lo cual Albie contesto que sí, que se aseguraría de embarcar tantas veces como tuviera oportunidad.

— ¿Qué planes tienes para esta noche? — preguntó Rafe—. Estábamos pensando en jugar a radio pong.

Radio pong era un juego absurdo que Albie y Toby se habían inventado y que consistía en escuchar la radio policial que Albie tenía en su cuarto y beber cuando pronunciaban ciertas palabras.

— No puedo — dije. Iba a ver a Hannah—. Otro día.

— ¡Oh-oh! ¿Cita importante?

Lo dijo como si no tuviera el más mínimo problema con ello, pero tener esa conversación con él se me hacía tan complicado que no podía ni mirarlo. Pillé un trozo suelto de pimienta con el tenedor. Cuando no contesté al instante, lo oí exhalar.

— Lo siento — dijo—. No sé qué es lo correcto. No quiero mentir.

Pinchó con violencia un trozo de tortilla de su plato y se lo metió en la boca. Masticó lentamente, sin mirarme. Cuando terminó, bajó la mirada a su plato y dijo:

— No podemos seguir haciéndonos esto.

Me alegré tanto de que estuviéramos solos en la mesa, de que no hubiera nadie cerca. Bajé la voz.

— Has sacado el tema tú.

— Bueno, pues no debería haberlo hecho.

— Ya, seguramente no.

Él sacudió la cabeza y dijo:

— Creo que no puedo seguir así.

No fui capaz de mirarlo.

— Espera. ¿Estás rompiendo conmigo como amigo? De verdad que no creo...

— ¿Por qué no puedes quererme? — soltó de golpe.

Las palabras se asentaron entre nosotros, motas diminutas de algo tóxico, podrido. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que pensé que se me partirían los dientes.

— Ya hemos hablado de esto — dije.

— Lo sé. Es solo que... Sé que he empezado yo, pero por favor, no me hables de Hannah. Sé que no está bien, pero tienes que entender que eres magenta y que a mí me gusta mucho, muchísimo el magenta.

Me sonrojé y sentí que mi cuerpo entraba en calor recordando el sueño que había tenido. Pero era algo vedado. Lo cual era un asco.

— Di algo — dijo Rafe—. En serio. No te puedes quedar callado ahora.

— Em. — Me costaba pronunciar las palabras. Respiré hondo—. No sé qué decir.

— Di lo que sea. Por favor.

Cerré los ojos. El corazón me latía con fuerza. Consciente de que no podía pasarme la vida allí sentado sin decir nada, al final me obligué a hablar.

— Escucha. Soy magenta y tú eres... Tú eres lavanda, supongo. — Hablé en voz más baja—. Y a mí *me gusta* el color lavanda.

Rafe abrió un poco más los ojos. El pulso se me aceleró.

— El lavanda se está volviendo a convertir en mi mejor amigo, más o menos, así mezclando metáforas. Así que no sé. Lo siento. No volveré a hablar de Hannah. Entiendo que es difícil, así que no volverás a oír su nombre.

Rafe bajó la cabeza y cogió su tenedor. Parecía estar esforzándose en no reaccionar mientras se comía su tortilla, pero pude ver en su rostro un resplandor que me confirmó que había dicho lo correcto.



Las clases, el béisbol, el club de Modelo de Congreso y estudiar. Todo ello había sido suficiente para mantenerme ocupado prácticamente todas las horas del día, y ahora también tenía a Hannah, mi amistad renovada con Rafe, las llamadas a casa para ver cómo estaban mi madre, que aún parecía triste, y Luke, que casi nunca tenía nada relevante que contar, pero que se enfadaba si no llamaba mínimo tres veces por semana. Todo el mundo quería algo de mí, y algunos días me parecía que estaban tirando de mí desde treinta direcciones distintas, y me preguntaba cómo podía alguien apañarse para ser todo lo que todo el mundo quería sin volverse majara.

El viernes por la noche siguiente, Hannah y yo fuimos a la cafetería favorita de Bryce en Natick, y nos sentamos en una de las mesas de atrás. Hannah se había pedido un *pumpkin spice latte* descafeinado, y yo me fui bebiendo poco a poco un té verde pensando en cómo, seguramente, la mayoría de mis compañeros de equipo estarían hasta arriba de cerveza en alguna fiesta u otra. Hannah llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y su piel parecía especialmente suave y lustrosa. No podía apartar la mirada, y no quise decir nada, pero la verdad es que estaba pensando en pasar un ratito con ella en Gretchen.

— Hay una chica... una persona en Lonna que está pensando en transicionar — comentó Hannah mientras sorbía su bebida—. En convertirse en chico.

— Guau — dije.

Ella inclinó la cabeza.

— Aún no te tengo ubicado en, digamos, el espectro político.

— ¿Eh? ¿Qué importa eso?

Hannah me miró entornando los ojos.

— Em, importa. Sé que eres así como majo y cortés, pero ¿estás cómodo con gente de diversos géneros y tal?

Me encogí de hombros.

— Pues la verdad es que, en Modelo de Congreso, estoy argumentando por qué los activistas por los derechos de los gays son una amenaza para las libertades religiosas.

Su boca formó una O perfecta.

Esperé un par de segundos, lo máximo que pude, antes de que se me escapara la risa.

— Es broma — dije sonriendo—. Bueno, no exactamente, pero es lo que me asignaron. Yo no creo eso, para nada.

Con un gesto exagerado, se pasó el dorso de la mano por la frente brillante.

— Fiu — dijo—. Me he asustado por un momento.

— Entonces, si yo fuera... tráfobo, ¿sería para ti un motivo para romper?

— No sería algo positivo.

— Bueno, creo firmemente que bajo el sol hay más cosas de las que podemos entender, y que la gente es gente sin más. Vive y deja vivir y todo eso.

— Fiu — dijo otra vez con una sonrisa.

Di un sorbo a mi té, que se estaba quedando un poco frío, y se me ocurrió algo. Era algo que ella me había dicho y el tipo de cosa a la que, si me la hubiera dicho otra persona, no haría caso. Pero esta era Hannah. Y estaba aprendiendo a confiar en ella cada vez más. Y lo que era aún más importante: me estaba derritiendo un poco por dentro. Siempre me notaba la garganta temblorosa cuando estaba con ella, porque parte de mí no podía creer que una chica tan bonita quisiera tener nada que ver con un bobalicón como yo.

Así que di un salto de fe.

— ¿Te acuerdas de que me dijiste que debíamos ser la clase de amigos que se dicen cosas? — pregunté.

Aquello le llamó la atención y dejó su *latte* sobre la mesa.

— Sí, claro.

— Mira, no sé si lo que voy a contarte será un motivo para romper. Pero te diré que espero que no lo sea, porque... me gustas mucho, Hannah.

Ella me regaló su sonrisa más dulce y jugosa. Incluso sin pintalabios, sus labios eran suaves y rojos.

— Tú también me gustas mucho, Ben. Cuéntame cosas. ¿Qué pasa?

— A ver, esto no se lo he contado a nadie. Es algo que pasó el año pasado, y es una historia un poco larga y no te aburriré con los detalles, pero... Eso.

— Cuéntame — dijo.

Tragué.

— El semestre pasado, tuve un algo con el que era mi mejor amigo en ese momento. Él es gay y yo, bueno, yo soy hetero. Pero como que, no sé, me sentía muy... cercano a él. Conectamos a un nivel tan profundo, y yo solo quería estar con él, lo cual era raro porque... No me puedo creer que te esté contando esto.

No había nada en su expresión que me hiciera sentir como que estaba a punto de juzgarme. Ella asintió como diciendo: «Continúa».

— Fue raro porque seguro, segurísimo del todo que *no* me van los chicos, y no soy uno de esos que se miente a sí mismo y luego sueña con Justin Bieber. Él es una persona, ¿entiendes?

Ella se rio.

— Creo que sí.

— Quiero decir que no soy gay, pero de verdad que no. Aparte de este chico, nunca había pensado en tíos de esa forma. Y en chicas sí... — Me detuve, avergonzado por lo directo que

podía llegar a ser cuando me lo permitía. Era como si ella lo sacara de mí.

— Eres muy gracioso — dijo—. Me encanta esto de que me cuentes cosas.

Aparté la mirada, muy consciente de que había pasado el punto de no retorno hacía mucho.

— Y bueno, estuvimos juntos una vez. Dos, supongo, si soy totalmente sincero. Y lo soy.

— Guau. ¿Y te gustó?

Me encogí de hombros. No creía que fuera el momento de mentir, pero seguramente tampoco era el momento de centrar el tema en «me lie con un tío y me gustó mucho».

Hannah dio un sorbo a su bebida y echó los hombros hacia atrás, como si le preocupara su postura.

— La verdad es que creo que es genial que seas lo bastante abierto como para explorar algo así con un chico. Muchísimos tíos lo piensan, seguro que lo sabes, pero hacen como si en la vida se les hubiera pasado por la cabeza.

— ¿Podrías tú? ¿Con una chica?

Ella pareció darle vueltas e hizo una mueca.

— No con mi mejor amiga, pero solo porque se operó las tetas. Prefiero a mis mujeres al natural.

Me reí.

— Y yo.

¿Cómo podía tener tanta suerte? Tenía a esta chica guapísima y considerada a la que yo le interesaba. Una chica que estaba empezando a conocerme de verdad y a la que le gustaba igualmente.

— Solo quería dejarlo dicho y que no quedara el tema colgando...

— Ya. He notado que dejas muchas cosas sin decir.

Ella extendió las manos hacia mí, y yo se las tomé.

— Solo para dejarlo dicho, para mí que hicieras eso es así como lo opuesto a un problema. Creo que es genial que exista esa parte de ti. Yo a veces creo que podría ser pansexual, pero seguramente lo sea más en mi cabeza que en la realidad, ¿sabes?

Asentí.

— ¿Y cómo está la cosa ahora con tu amigo? — preguntó.

— Pasamos por una época muy rara. Es una historia muy larga, pero hemos vuelto a ser amigos. Amigos con límites.

— Bien — dijo—. Porque soy una tía abierta, pero no voy a compartirte con un chico.

Al final sí que fuimos a mi coche. Encendí el motor, pero no nos marchamos. Tomé su rostro entre mis manos y lo acerqué al mío. El beso fue intenso y profundo, y noté que necesitaba sentir su piel contra la mía, y debí de hacer un ruido sin querer que lo expresó en parte, porque entonces ella también hizo un ruido. Veía a gente caminando por las calles del centro de Natick, pero estaba borracho de esta chica y me daba igual.

— Estoy lista para más — dijo.

Asentí y asentí.

— Sí — dije.



Hannah me dijo que la puerta trasera del teatro de Lonna Grace tenía el cerrojo roto. Me daba miedo que nos pillaran y meterme en un lío por estar aquí, pero ella aseguró que la única que realmente corría un riesgo era ella. Eso no hizo que me sintiera menos nervioso, pero algo se me había encendido en el pecho con solo verla sin abrigo en la cafetería, y había conducido todo el camino hasta Lonna Grace en una especie de fascinación épica.

Nos acercamos a la parte de atrás del teatro en silencio y llenos de anticipación. Hannah empujó la puerta para abrirla y allí estábamos, entre bastidores, rodeados de cortinas negras y varios decorados de madera que me bloqueaban el paso en todas direcciones. El corazón me iba a mil. Ella encendió las luces, pero el zumbido de la electricidad era tan estruendoso que las apagó inmediatamente.

— Si nos tenemos que esconder, será más fácil en la oscuridad — susurró.

Me cogió de la mano y me condujo hasta el escenario, donde había un coche de verdad de los años cincuenta, rojo sangre y con rayos pintados a los lados.

— *Grease*. — Hizo un bailecito muy mono con el brazo y los dos índices apuntando hacia delante—. *Go, greased lightning*.

Me reí un poco.

— ¿Las chicas tenéis que hacer papeles de chicos?

— Creo que antes, hace como veinte años, nuestras academias hacían obras juntas, pero ya no, así que sí — dijo.

— ¿Has participado tú en alguna obra?

— Sí, cuando tenía quince años. Hice del doctor Gibbs en *Our Town*.

— Ah. — Me sonaba la obra, pero no la había visto.

— Es el padre del protagonista. Así que, sí, estuve muy creíble en ese papel. La verdad, me encasillaron porque tengo un padre que es todo un ejemplo a seguir, claro.

— Ya veo.

— De hecho, George Gibbs, el protagonista, es así como tú. Una estrella del béisbol que lo que quiere es ir a la universidad. Bueno, a una escuela de agricultura.

Yo hice una mueca.

— Entonces, en realidad es lo opuesto a mí, porque yo vengo de una granja y no tengo intención de volver a una en la vida.

— Supongo que es verdad — dijo, pero noté que estaba distraída.

— ¿Qué pasa?

Hannah se sentó en el escenario y yo me senté a su lado. Su olor era como a aire frío y a Tic Tacs de menta.

— Nada. Estoy un poco nerviosa.

— Lo entiendo. Yo también.

Se pasó una mano por el pelo.

— Es solo que... Ya sabes. Siempre ha habido así como una barrera entre nosotros, y ahora no la hay.

— No tenemos por qué hacer nada — dije.

Ella sonrió.

— Eres perfecto, literalmente.

— Sí, perfecto — dije, pensando en mis sesiones de estudio para no quedarme atrás en Matemáticas—. Así soy yo.

— ¿Por qué haces eso?

— ¿El qué?

— Lo de tratarte como una mierda.

— No importa.

— Sí que importa. Ben, tú eres uno de los buenos. ¿Eres consciente de lo distinto que eres de Cliff? — Cliff era la «persona de lo más lamentable» de Natick con la que ella había salido.

Me encogí de hombros.

— ¿Cómo de rápido puedes correr? — preguntó.

— Menudo *non sequitur*. Bastante rápido.

— Bien. Porque, si entra alguien, necesito que salgas volando. Yo puedo estar aquí, no pasa nada, pero que tú estés aquí conmigo sería el fin de mi carrera académica, creo yo. Y, por mucho que rebelarme contra papá me parezca un planazo, sería una mierda importante si me expulsaran.

— No tenemos por qué hacerlo — dije.

— Quiero hacerlo.

— Vale. Te lo prometo. En cuanto oigamos algo, desapareceré. ¿Crees que pasará?

— No lo sé. Un brindis porque no me expulsen por traer a mi novio al teatro — dijo.

Sentí una calidez por todo el cuerpo. Hannah nunca había usado esa palabra antes.

— Chinchín — contesté.

— Y por nosotros — dijo—. Me gusta mucho «nosotros». ¿Es raro decirlo? Es que siento como que encajamos.

— Yo también lo creo — dije, y la sangre se me concentró en la cara. Esto. Esto estaba pasando. Tomé su mano y le rocé la palma con el dedo índice—. ¿Querías ser mi pareja en el baile de San Valentín?

Ese baile era uno de los dos que se organizaban durante el año. El de otoño se celebró en Lonna Grace, y el otro se iba a celebrar en una semana, el sábado por la noche, en Natick. A mí los bailes me causaban sentimientos encontrados, porque me encantaba vestirme con ropa formal y ver a todos con sus trajes y a las chicas con vestidos bonitos, pero yo solo tenía un único traje ajado que había heredado de mi padre hacía un par de años. Me iba un poco pequeño, pero no podía hacer mucho al respecto.

— Mmm — dijo—. ¿De verdad?

— ¿Qué? ¿No quieres ir?

Hannah puso sobre su regazo la mano que había sostenido hasta entonces.

— No quiero que todo el mundo se entere de lo nuestro — dijo—. En cuanto lo sepan, ¿sabes qué pasará? Que Rhonda y sus compinches averiguarán tu número de móvil y empezarán a enviarte mensajes. — Rhonda era la chica que había escrito «Hannah come felpudos» en la

puerta de su habitación.

— Yo no envió mensajes — le recordé, y se rio un poco.

— Ah, bueno. Pues solucionado, entonces.

— Venga — dije — . Nos lo pasaremos bien. Quiero bailar lento contigo.

Suspiró y echó la cabeza para atrás.

— Debes de gustarme mucho, porque me juré que jamás les daría más munición. Vale.

— Bien — dije — . Excelente.

Ella se puso de pie de un salto y dijo:

— Ven conmigo.

Yo me levanté también.

— ¿Adónde vamos?

— Atrás. Creo que aquí estamos muy a la vista.

Eso me pareció la mar de bien.

Cuando estuvimos entre bambalinas, nos quitamos los abrigos y los extendimos en el suelo negro y frío. Hannah se sentó, se reclinó sobre su abrigo, y entonces le dio unos golpecitos al mío. Tentativamente, me tumbé a su lado. Sentir el calor de su cuerpo junto al mío era una sensación maravillosa. Suspiré.

— Esto está bien — dije.

— ¿Sí?

— Sí.

Ella se volvió hacia mí, y apoyó la mejilla sobre una mano.

— Cliff rompió conmigo por mensaje.

— Ostras — dije.

— Sí. Lo hizo después de que nos acostáramos por primera vez.

— Menudo asco.

— No fue genial, no. Creía que él estaba por encima de eso. Así que, ya sabes. Estoy intentando averiguar si tú lo estás.

Tomé su mano diminuta en la mía.

— ¿Tú qué crees?

— Que sí.

— Ese es el misterio de la vida. No darte cuenta de que alguien no es tan genial como creías, sino... conocer a alguien y, con el tiempo, descubrir que esa persona no es exactamente como la fantasía que habías creado en tu mente.

— Qué profundo — dijo.

— Me gusta esta parte. Me gustan ambas partes, supongo. Me gusta la fantasía, pero también tengo muchísimas ganas de descubrir exactamente quién eres.

Su mirada se iluminó y, esta vez, la besé yo. Ella puso las manos sobre mi pecho, y yo la rodeé con el brazo y la apreté contra a mí.

— Estoy lista para dar el paso — dijo, y gemí en cuanto mi cuerpo reaccionó a esas palabras.

— No tengo protección.

Su expresión dulce, la forma en la que la piel del borde externo de sus ojos se le arrugó al sonreír, fue inolvidable para mí.

— Yo sí — dijo.



Me pasé gran parte del camino de vuelta a la academia riendo. El júbilo es una sensación increíble, como si no te llegara suficiente oxígeno al cerebro o como si solo quisieras más y más y más del momento. No me habría importado que el viaje a Natick hubiera durado para siempre dada la felicidad que sentía al conducir con el cuerpo saciado.

Hannah. Mi novia Hannah. La primera novia que había tenido que sentía que era... acertada. Sentía que podía hablar con ella, quizás no exactamente como con Rafe o Bryce, pero casi. Me moría de ganas de hablar con ella por teléfono al día siguiente y de compartir esta risa con ella porque, de algún modo, sabía que Hannah también estaba riendo en ese mismo instante.



Después del entrenamiento del miércoles, Mendenhall me alcanzó en el césped mientras volvía a la residencia.

— Lo estás haciendo bien — dijo — . De verdad.

No contesté.

— Lo único que te diré es esto: habla más, Carver. Comes con nosotros, pero apenas dices nada. Eso no es propio de un capitán. No es que tengas que ser el centro de todo, pero debes... contribuir, ¿sabes? A ver, nunca vas a ser el gracioso ni el que mola, pero podrías formar parte de las cosas. A la gente le gustan.

— Gracias — dije cuando llegamos a la residencia — . Lo intentaré.

Mendenhall se me adelantó y subió las escaleras a zancadas y, mientras yo subía también, pensé en lo que me había dicho. ¿Nunca iba a ser el gracioso? No, puede que yo nunca fuera el mejor contando chistes, pero me encantaba reír. Mendenhall y yo simplemente teníamos ideas distintas sobre lo que era divertido. Bryce, por ejemplo. Albie y Toby. Ellos me hacían reír. Las cosas que solían hacer que Mendenhall soltara risotadas tendían a ser muy vulgares. Y perversas. Pero a veces Bryce también podía ser perverso, solo que de una forma distinta. Albie y Toby también. Algún día tenía que resolver ese rompecabezas.

Yo simplemente era... callado. No tenía la necesidad de contarle a todo el mundo cada detalle sobre mí. Vamos, estoy seguro de que si Mendenhall hubiera estado en mi lugar el viernes pasado, habría estado presumiendo de lo que ocurrió entre bambalinas en el teatro de Lonna Grace. Yo no se lo había contado a nadie. Así era yo, y ya me parecía bien.

Después de cambiarme, me fui a la biblioteca e hice a toda prisa el trabajo de todas las asignaturas con la intención de reservar la tarde noche para Matemáticas. Escribí una redacción para Historia sobre la doctrina del destino manifiesto. Escribí una página sosa sobre la teoría del desplazamiento de Freud para Psicología, ignorando el irritante hecho de que a mí eso del desplazamiento me parecía una gilipollez monumental. Hice los deberes de Química, me leí la lectura para Inglés, y acabé con tiempo de sobra para dedicar la noche a Matemáticas. Qué alegría.

Entonces, me acordé de Modelo de Congreso, de que teníamos que elegir una argumentación de la carpeta histórica y refutarla. La academia guardaba copias de todas las argumentaciones que se habían hecho en Modelo de Congreso desde que se inició el programa allá por 1965. Aún

faltaba una semana para la entrega, pero decidí elegir ya la argumentación que refutaría. El bibliotecario me entregó la carpeta y empecé a hojearla, año tras año.

Cuando llegué a 1967, unos escalofríos me recorrieron los brazos al ver el nombre de Peter Pappas entre los alumnos.

Se me ocurrió buscar la argumentación de Pappas y refutarla.

La primera que encontré, escrita a máquina en un papel fino y amarillento, era a favor de aprobar la Enmienda de Igualdad de Derechos para las mujeres. La leí de principio a fin; Pappas había hecho un buen uso de las condiciones de refutación y una declaración apasionada a favor de la igualdad de género. No podía imaginarme argumentando en su contra en ese asunto, pues obviamente estaba de acuerdo.

La segunda argumentación me llamó la atención.

Era una diatriba ferviente en contra del recrudecimiento de la guerra de Vietnam.

En contra.

Me estremecí.

En su argumentación, Pappas expuso datos sobre cómo el número de tropas estadounidenses en Vietnam había aumentado de ciento ochenta y nueve mil en 1965 a trescientos ochenta y cinco mil en 1966, y cómo aproximadamente diecisiete estadounidenses morían allí cada día. Después pasó a las causas principales del conflicto, para las que retrocedió hasta 1945, cuando los Estados Unidos se negaron a hacer lo que solían hacer, que era simpatizar con los revolucionarios en contra de los poderes coloniales (Francia, en este caso). Pappas razonó que, al apoyar a Francia y al hacer caso de la teoría del dominó según la cual se podía perder el control del sureste asiático a manos del comunismo, se dieron los primeros pasos en el camino incorrecto.

Concluyó su argumentación con un alegato humanitario, exponiendo que el coste humano de esa guerra era mucho mayor que la necesidad ideológica de luchar contra el comunismo. Usó como ejemplo una familia de Boston que ya había perdido a dos hijos, y terminó diciendo: «¿Cuántas familias más tienen que perder a sus hijos en una lucha que no tiene nada que ver con ellas? Defender la democracia en nuestra patria sería distinto. Defenderla por todo el mundo con la sangre de nuestros soldados es reprensible y algo a lo que debemos poner fin».

Dejé las páginas amarillentas sobre el escritorio con cuidado. La ironía. Un hombre que había muerto en una guerra, argumentando en contra de esa misma guerra. El profesor de Modelo de Congreso de entonces debió de hacer un señor Sacks y obligar a los estudiantes a argumentar en contra de sus creencias. Pero Pappas lo había hecho mucho mejor de lo que yo podría haberlo hecho, y de nuevo me vi preguntándome si de verdad merecía este premio. Era imposible que yo pudiera argumentar con tanta pasión en contra de mis creencias sobre un tema como la guerra.

Elegí un argumento al azar sobre las políticas económicas de Reagan en los años ochenta. No iba a hacer frente a Peter Pappas. No tenía ni una oportunidad.

Fui a cenar y me aseguré de participar en la conversación. Era sobre los Red Sox, un tema del que algo sí que sabía, así que hice algún comentario sobre cómo creía que le iría al equipo la siguiente temporada. Mendenhall me sonrió como si fuera un padre orgulloso, lo cual fue extraño.

De vuelta en mi habitación, no podía dejar de pensar en Pappas. Estaba claro que él lo tenía

todo bajo control. No solo había sido capaz de escribir una argumentación increíble y apasionada en contra de sus propias creencias, sino que seguramente encajó mejor con sus compañeros de equipo de lo que yo jamás podría. Me lo imaginé riendo con sus colegas hace cincuenta años, en la misma mesa en la acababa de estar yo, y un escalofrío me recorrió la espalda.

Para cuando cogí el libro de Matemáticas y me puse a estudiar, a eso de las siete y media, me sentía muy inferior. Ese premio lo entregaban a deportistas que sacaban todo matrículas y que eran populares. Yo no era nada de eso. ¿Cómo sería contarle a mi padre que me habían quitado el premio porque se habían dado cuenta de que no era lo bastante bueno?

Mi cerebro no hacía más que darle vueltas a ese tema y, mientras me quedaba mirando página tras página de ecuaciones, se me revolvió el estómago. Los números borrosos se mezclaban unos con otros. Empecé a preguntarme por qué eligieron dy y dx , y por qué no podía simplemente eliminar las d , ya que deberían cancelarse mutuamente, y entonces eso me pareció una idea estúpida.

Eres tonto. En la vida entenderás esto. Has llegado a tu límite en Matemáticas. Se reirán de ti cuando te quiten el premio y se lo den a alguien que se lo merezca más.

Cerré el libro de golpe y lo tiré contra la pared sobre la otra cama. Golpeó con fuerza el tabique y cayó sobre el colchón con la cubierta demasiado abierta. Escondí la cabeza entre las manos. *Joder, joder, joder*. Después, miré por la ventana e intenté pensar en una solución.

No la había.

Me tomé un descanso y caminé por el pasillo hasta que oí ruido. Venía de la habitación de Steve y Zack, y parecían risas. Me detuve antes de llamar. Quería diversión, pero ¿era esta la diversión que quería? Más risas escaparon de la habitación. Venga, ¿por qué no? Llamé.

— ¡Carver! — susurró Steve cuando abrió la puerta—. Entra, tío, le estamos tomando el pelo a Mendenhall.

La habitación de Mendenhall era justo la de al lado, así que miré automáticamente a la pared contigua. Steve y Zack estaban encorvados sobre un portátil.

— Oh-oh — dije—. ¿Qué le estáis haciendo?

— Le hemos hecho una novia imaginaria — dijo Steve—. Se llama Brandi Lovelace. Va a Bollo Grace.

Me aseguré de que la mueca que hice al oír esa palabra no se notara.

— Brandi Lovelace suena inventado. ¿Cuánto rato lleváis con esto?

— Como tres horas — dijo Steve.

Me acerqué para ver qué habían hecho. Tenían abierta una especie de red social, y la foto de perfil era la de una chica rubia y guapa en bikini. Parecía un poco la versión femenina de Standish, con una tabla de surf al lado y todo.

— Vais a ir al infierno, tíos — dije riendo—. ¿Se han conocido ya?

— Mendenhall está conectado y le acabamos de abrir conversación. Primero teníamos que rellenar el perfil del todo y añadirle más amigos para que no pareciera inventada.

— Admiro vuestra exhaustividad.

— ¡Ha contestado! — dijo Steve, deslizándose en el asiento delante del portátil—. Dice que qué tal.

Miré la pantalla. Steve escribió: Bien. voy a lonna grace. tu a Natick?
Mendenhall contestó: si .

Brandi: eres mono

Tommy: tu tb

Brandi: q haces?

Tommy: estudio

Brandi: no

Brandi: me lo

Brandi: CREO

Tommy: lolz

Brandi: quieres quedar algun dia?

Tommy: me renta

— ¿«Me renta»? — pregunté— . ¿Eso es lo que dicen los chavales de hoy en día?

— Qué puto lache da este pavo — dijo Zack— . Pregúntale si tiene condones.

Brandi: tienes proteccion?

Tommy: si, no worries. sabes llegar aqui? te puedo colar

— ¡Jo-der! — dijo Zack— . Va a machete, ¿eh?

— Brandi también — dijo Steve mientras escribía.

Brandi: OK guapo. puedo ir ahora? te tengo ganas ;)

— Hala — dijo Zack. Yo me reí.

Tommy: si, ven

— ¿Lo vais a dejar plantado y ya? — pregunté.

Steve se encogió de hombros y dijo:

— Lo tendré pendiente de Brandi toda la noche si hace falta. Mañana estará bien cansado y cabreado.

Brandi: dime donde ir. 20 minutos

Tommy: te ire guiando por mensaje

— Mierda, tiene todos nuestros números — dijo Steve, y entonces me miró— . ¿Mendenhall tiene el tuyo?

Negué con la cabeza.

— No uso los mensajes de texto.

Steve me miró con el ceño fruncido.

— ¿No envías mensajes? ¿Qué cojones?

Me encogí de hombros.

Zack se irguió de golpe y dijo:

— Yo tengo un teléfono de emergencia. A mi padre le gusta que tenga uno de reserva.

Resistí poner los ojos en blanco mientras Zack rebuscaba entre sus cajones.

— Tengo una idea — dije—. Pero necesitaré unas cuantas cosas.

Esto llamó la atención de Steve, que preguntó:

— ¿Cuál es el plan?

Sacudí la cabeza.

— ¿Confías en mí?

— Más vale que sea bueno — dijo Steve.

— Mejor que tenerlo despierto toda la noche, te lo prometo — dije mientras recordaba lo que Mendenhall me había dicho antes. «Nunca vas a ser el gracioso». Mmm.

Cuando Zack hubo encontrado el teléfono y Mendenhall y Brandi se estaban dando los números, me puse manos a la obra. Cogí tres almohadas (una mía, una de Steve y otra de Zack), cinta adhesiva y rotuladores mágicos. Mientras Mendenhall y Brandi iban hablando sobre su plan, que consistía en aprovechar la ventana rota del baño, yo me puse con mi proyecto de plástica. Até las almohadas con la cinta, convencí a Steve de que se despidiera de una funda de almohada azul que convertí en una falda, dibujé una cara y pelo rubio en la almohada de arriba, y después le añadí tetas, por si no quedaba claro.

Steve se echó a reír cuando vio lo que estaba creando y dijo:

— Vale. No está mal.

Ni siquiera tuve que explicarle lo que estaba haciendo. Cuando terminé, unos minutos más tarde, Brandi era una chica en *topless* bastante primitiva con una falda azul y una sonrisa idiota en la cara. Nos pusimos de pie y admiramos mi inquietante obra de arte.

— Qué retorcido eres — me dijo Steve, y yo sonreí, orgulloso de mi manualidad.

Cuando oímos que Mendenhall se escabullía pasillo abajo al cabo de unos minutos, entramos en acción. Yo llevé a nuestra chica de almohadas a la habitación de Mendenhall mientras Zack vigilaba. Por suerte, se había dejado la puerta sin cerrar. Una vez dentro, metí a Brandi en su cama y salí de allí echando leches.

Cuando estuvimos todos a salvo de vuelta en la habitación de Steve, Zack le envió un mensaje a Mendenhall.

Brandi: he ido y no estabas. me vuelvo. sorry

Tommy: si que estaba! wtf

Brandi no contestó. Nos sentamos en silencio y esperamos. Finalmente, oímos sus pasos en el pasillo cuando volvía a su cuarto. Abrió la puerta.

— ¡¿Pero qué cojones?!

Oímos el berrido a través de la pared y nos tiramos al suelo, retorciéndonos de risa en silencio.

Brandi: ESTABA EN TU CUARTO

— ¿Quién coño ha sido? — gritó, y Zack se levantó de un salto para apagar la luz y cerrar el

portátil. Steve se metió en su cama a toda prisa y se escondió debajo de las sábanas. Zack se enterró bajo el edredón de la suya, y yo me escondí debajo de la cama de Steve. Nos preparamos para la llegada de Mendenhall.

La puerta se entreabrió. Un rayo de luz entró en la habitación. Steve fingió unos ronquidos y yo contuve el aliento. La luz se quedó unos momentos y, después, la puerta se volvió a cerrar silenciosamente. Nos quedamos todos muy quietos mientras oíamos a Mendenhall alejarse por el pasillo en busca de los culpables.

— Epiquísimo — susurró Steve—. Bien hecho, Carver.

— Vivo para complacer — bisbiseé con una sonrisa enorme en la cara.



— Hazme un *tour* de tu habitación — me dijo Hannah por Skype el jueves por la noche, dos días antes del baile. Parte de mí ya estaba planeando la forma de traerla aquí, a pesar de que el director Taylor había dejado muy claro que expulsaría sin contemplaciones a cualquiera que llevara a chicas a la residencia.

— Si hemos hablado por Skype como cinco veces ya — dije.

— Sí, pero nunca me has hecho un *tour* completo.

Giré lentamente el portátil.

— Hay una puerta, un armario, una cama, un escritorio y otra cama.

— Serías el peor agente inmobiliario del mundo. Dame más detalles. Quiero vivir el lugar.

Suspiré dramáticamente y volví el portátil hacia mi cara para que pudiera ver mi expresión irritada de broma.

— Vale. Esa es mi cama. Tiene un colchón estándar de residencia, seguramente hecho de lo que fuera que usaran para hacer colchones en 1965. La ropa de cama incluye una manta de lana roja que mi madre me tejió. Es muy calentita y pica un poco.

— ¿Peluches? — preguntó.

— ¿En serio crees que tengo peluches aquí? No has pasado mucho tiempo en una academia masculina, ¿verdad?

— Pensaba que no te importaba mucho lo que los otros chicos opinen de ti.

— Hay una diferencia entre que te importe la opinión de los demás y tener una manada de ositos de peluche — dije.

— A mí nada me gustaría más.

Hannah apuntó su portátil hacia su cama. No me la imaginaba como el tipo de chica que tendría una colcha de flores con tres animales de peluche sentados encima, pero allí estaban: un oso rosa, un elefante azul claro y una especie de pájaro amarillo.

— Este es Osito — dijo con un tono muy mono que no le había oído usar antes.

— No. No has llamado Osito a tu oso de peluche.

Volvió a centrar la cámara en su rostro, poniendo cara de pena.

— Sé que no te estás burlando de Osito.

— No. Ni se me ocurriría hacer algo así — dije—. Me encanta Osito.

— Bien. A él también le encantas, aunque Ele aún está indecisa. No tiene claro qué opina de ti.

— Y Ele es la elefanta, imagino, ¿no?

— Me la regalaron cuando tenía seis años. Un día me puse a llorar porque quería un animal de peluche, y mi padre me prometió que me compraría uno. Pero en vez de ir a unos grandes almacenes tipo Walmart o Target o a algún sitio normal, el tío fue a una tienda de muebles a comprármelo. En serio. Y me pilló una jirafa marrón superáspera que ni era blandita ni abrazable ni nada. Y se ve que me puse a gritar y mi madre se fue a Walmart así como a las diez de la noche y me compró a Ele. Hemos sido inseparables desde entonces.

— Qué historia tan bonita — dije—. ¿Y qué puedo hacer para caerle bien a Ele?

— Tendrás que conocerla en persona — dijo.

Sentí que me sonrojaba.

— Dile a Ele que tengo muchas ganas de que nos presentes.

Nos quedamos en silencio un rato, mirándonos a los ojos a través de las pantallas. Finalmente, sacudí la cabeza.

— ¿Qué? — preguntó.

— Estoy deseando bailar contigo — dije—. Me muero de ganas.

— Eres el único chico del mundo capaz de convencerme de que vaya a un baile de Natick. ¡Espero que lo sepas!

Le lancé un beso y dije:

— Haré que merezca la pena.



Una hora más tarde, Rafe y yo estábamos estudiando en mi habitación. Yo estaba metido en Matemáticas con una ración de vocabulario para las pruebas de acceso a la universidad, porque también se estaban acercando. Había tenido un control de Matemáticas ese mismo día y no tenía ni idea de cómo me había ido a pesar de que me había vuelto a estudiar el libro entero dos noches antes. La semana siguiente tenía otro control y supuse que, con hincar los codos la noche de antes, debería irme medianamente bien. Era capaz de hacerlo. También estaba pensando en «conocer a Ele», por así decirlo.

— Estás de buen humor, ¿eh? — dijo Rafe, mirándome.

Yo sonreí y aparté el libro.

— Lo estoy, lo estoy. Tú también, ¿no?

Me dedicó una especie de sonrisa de suficiencia, yo le sonreí igual y me reí.

— Bueno, ¿vamos a hablar del tremendo elefante en la habitación?

Pensé en Ele inmediatamente, y entonces recordé que Rafe no tenía ni idea de quién era Ele. Cerré el libro de texto y lo dejé en la cama a mi lado.

— ¿A qué elefante te refieres?

— ¿Te acuerdas que te pedí que no me hablaras de Hannah, que no podría soportarlo? Creo que estoy empezando a cambiar de opinión porque ¡mírate! Se te ve superfeliz.

No pude evitar sonreír.

— Culpable.

— Es por Hannah, ¿no?

— No sé.

Rafe me miró fijamente y, bajo el peso de su escrutinio, puse los ojos en blanco. Me sonrió de una forma que no dejaba claro si se alegraba o no.

— Lo suponía — dijo.

— Entonces, ¿puedo hablar de ella?

Él se dejó caer sobre la cama.

— ¿Sabes qué? Que sí. Si tú y yo no podemos, ya sabes, ser algo, pues sí. Mira, Jeff no es como tú ni lo será nunca. Es superficial y le da miedo hasta su propia sombra gay y tal, pero nos lo pasamos bien. Y supongo que tú... ¿también te lo estás pasando bien?

Asentí, asentí, asentí y asentí, y Rafe no pudo contener la risa.

— Tiene gracia porque es incómodo — dijo.

— Ya. Lo siento. ¿Podemos dejar atrás la incomodidad?

Rafe se acercó y se sentó a mi lado, y yo me tensé un poco. Él puso una mano sobre mi hombro y apoyó la barbilla sobre la otra.

— Siempre te querré, Ben. Magenta. Pero sí, lo puedo soportar. Seré el padrino de tu boda y todo.

Con su rostro tan cerca del mío, apenas podía mirarle.

— Y yo oficiaré tu boda. Con Jeff. Viva.

— Uf, olvídalo. No hay boda a la vista. Él y yo *no* nos comunicamos bien.

Yo seguí con la mirada fija al frente y el corazón latiendo con fuerza. Rafe pareció captar el mensaje, se levantó y se estiró. Después, se tiró en la otra cama y cogió su antología de literatura inglesa.

— ¡Hurra, *Beowulf*! Qué bien que los profesores encuentren textos que llegan a la juventud de hoy en día.

— Cierto — dije—. Cierto.



— Estoy orgullosa de usted — dijo la señora Dyson al día siguiente, mientras yo recogía el libro de Matemáticas—. Está claro que se ha tomado en serio lo que le dije. ¡Fíjese en lo que es capaz de hacer cuando se esfuerza al máximo!

— Solo he sacado un ocho coma seis — dije.

Ella se llevó las manos a las caderas.

— ¿Estudió mucho?

— La noche entera.

— Bueno, pues parece que usted es un alumno de notables en Matemáticas. Cosas peores hay. Su esfuerzo está dando frutos.

¿Soy un alumno de notables?

No estaba acostumbrado a esforzarme y sacar un notable. ¿Era aceptable? Me pregunté qué diría mi padre si se lo dijera. ¿Me diría que estudiara más? ¿Era acaso posible? Estaba haciendo malabares con tantas cosas que no estaba seguro de qué más podía hacer. Al menos un notable me bastaba para mantener el premio y la beca. Menos era nada, supuse.

— Estoy muy orgullosa de usted — repitió.

— Gracias, señora — dije.

Ella se rio.

— Ben Carver, usted es el único alumno de todo Natick que me llama señora. Es en parte insultante, y en parte maravilloso.

Me encogí de hombros y me reí un poco.

— Supongo que me educaron para tratar a la gente de señor y señora.

— No quedan muchos como usted. Trabajador, educado, atleta y erudito. No me extraña que le concedieran el premio. Realmente se lo merece, Ben.

— Gracias, señora — dije, pero yo estaba pensando en los límites. En Matemáticas básicas, habíamos aprendido a encontrar el límite de una función. Nunca pensé que eso significara algo en el mundo real. ¿Había llegado yo a mi límite? ¿Y qué pasa si tu límite te resulta inaceptable?



Durante el entrenamiento de béisbol del viernes, me llevé aparte a los jugadores más jóvenes mientras el entrenador Donnelly hacía que los demás practicaran carreras de base a base. Quería probar algo que no había visto hacer a ningún capitán y que siempre pensé que me habría ido bien.

— Quería daros la oportunidad de hacer preguntas — dije al grupo—. En mi primer año en el equipo, nadie nos contaba nada. Se suponía que teníamos que estar callados y no preocuparnos de las cosas que no entendíamos. A mí eso no me gustaba nada. Quiero hacer todo lo que pueda para que os sintáis seguros de vosotros mismos. ¿Alguna pregunta?

Los chicos se miraron unos a otros, casi como si creyeran que era una trampa. No me extrañaba. Hacía solo un mes, los estaban obligando a caminar a cuatro patas en el suelo frío y húmedo del vestuario. Esto era... distinto.

— Em — dijo Peterson—. ¿Cuándo sabremos en qué equipo estamos?

Me reí.

— Perdona. Me río porque recuerdo que yo me preguntaba lo mismo y no entendía por qué nadie nos lo aclaraba. El entrenador Donnelly suele hacer las alineaciones de los equipos de juniors y veteranos justo después de las vacaciones de primavera.

Peterson asintió, supuse que aliviado de que no le hubiera ladrado por hacer una pregunta.

— ¿Y si queremos hacer pruebas para una posición distinta de la que nos haya asignado? — preguntó Clement.

— Comentádmelo — dije—. El entrenador es bastante rígido cuando te coloca en un sitio, pero si de verdad queréis un cambio, puedo hablarlo con él.

Otro chaval, Martin, levantó la mano como si estuviera asustado.

— ¿Tenemos posibilidades nosotros de estar en el equipo de veteranos?

— Algún jugador de quince años ha estado con los veteranos, pero es algo muy, muy raro. Yo estaba un curso por encima de vosotros cuando me incluyeron. — Cuando vi que todos estaban ahí de pie, en silencio, añadí— : ¿Algo más?

Negaron con la cabeza, así que, con un gesto, les indiqué que empezaran a correr por las bases.

— Gracias — murmuró Clement cuando empezamos a separarnos— . Eso ayuda.

— De nada — dije sintiendo una calidez por dentro— . No me cuesta nada.



Aparecí en el baile con cinco minutos de antelación, por si acaso Hannah también llegaba antes. El gimnasio aún estaba casi vacío, así que me quedé en la entrada tanto tiempo como pude antes de que se me hiciera más raro estar fuera que dentro. Me acerqué al bol de ponche y cogí un vaso. Era agua con azúcar y colorante; ni siquiera sabía a fruta.

— ¡Carver! ¿Qué hay, tío? — gritó Steve en mi dirección cuando el equipo de béisbol llegó en manada. Merodearon hasta colocarse al fondo de todo, como solían hacer en las fiestas. Los chicos siempre se daban aires cuando hablaban de chicas, pero en las fiestas y los bailes siempre empezaban siendo tímidos y distantes hasta que, en algún momento, alguien rompía el hielo y fingían que no se habían sentido incómodos hacía diez minutos.

— Ey — dije deshaciéndome del ponche. Me acerqué a ellos y choqué los cinco con unos cuantos. Todos llevaban chaqueta y corbata, y las chicas empezaban a llegar con vestidos. Me sentí un poco avergonzado de mi traje, aunque Rafe me había ayudado prestándome una elegante corbata blanca y negra.

— No pensaba que vendrías — dijo Mendenhall, observando mi traje como quien mira una pila de heces de caballo. Todavía me costaba mirarle a los ojos después de la broma con la almohada.

— Yo nunca me pierdo una fiest... — Me detuve porque había estado a punto de decir «fiest^uqui », algo que solo entendería Rafe, pues era una tontería que teníamos él y yo—. Fiesta.

Los chicos del equipo se pasearon por el gimnasio, estableciendo su superioridad agarrándose los unos a los otros por el cuello con el brazo. Era obvio que estaban fanfarroneando, y que las chicas fingían no darse cuenta.

Noté unos golpecitos en la espalda. Me giré y era Rafe.

— ¿Qué hay, *bro* ? — dijo, y yo me aguanté la risa. Estaba parodiando la forma en la que hablaban mis compañeros de equipo.

— Buenas.

Bajo su elegante chaqueta negra, en vez de una camisa y corbata, llevaba una camiseta turquesa ajustada que no le había visto nunca. Sabía que Rafe no era exactamente un gurú de la moda, así que imaginé que aquello debía de ser obra de su amiga Claire Olivia por FaceTime.

— Qué emocionante, ¿eh? — dije, refiriéndome al baile.

— Sí.

Detrás de él, se nos acercó Jeff. Su cabello rubio y ondulado era perfecto, como el de un Ken.

— Ey — dije, asegurándome de sonar amistoso. Le tendí la mano. Solo nos conocíamos tangencialmente.

— Ey — contestó, y juraría que bajó la voz. Miré a Rafe, preguntándome qué le habría contado a Jeff sobre mí, si acaso le había contado algo.

Rafe dio una palmada como para romper la incomodidad del momento y dijo:

— Bueno, en cuanto las chicas se enteren de quiénes son los gays, voy a tener el carné de baile completo durante un millón de años.

Yo no tenía ni idea de qué era un carné de baile, pero me reí de todas formas.

— A las chicas les encanta bailar con gays — me tradujo Rafe.

— Ah.

Jeff sacudió la cabeza como si sintiera vergüenza y se marchó. Rafe me miró y se encogió de hombros. Yo hice igual.

— ¿Ha llegado ya la famosa Hannah? — preguntó.

— No, la famosa Hannah aún no ha llegado. — Me preocupaba que hubiera cambiado de idea.

Toby y Albie aparecieron. Toby llevaba una chaqueta azul pálido con un broche en forma de rosa con lentejuelas. Su pelopincho rosa se veía más engominado y puntiagudo que de costumbre, y volvía a llevar lápiz de ojos. Albie llevaba una camiseta negra bajo un *blazer* negro. Parecía el portero de una convención de cómics.

— Y también hay gays con los que a las chicas no les hace especial ilusión bailar — dijo Rafe dándole un abrazo a Toby.

Toby miró a Rafe de arriba abajo exageradamente.

— ¿Llevas un paquete de monedas en el bolsillo o es que te alegras de verme?

Miré a nuestro alrededor con la esperanza de que nadie hubiera oído eso.

— Ni una cosa ni la otra — dijo Rafe, inexpresivo.

Toby soltó un «¡ja!» muy fuerte, y después hizo aspavientos como si hubiera visto a alguien al otro lado del gimnasio. Saludó con alegría y se marchó. Albie lo siguió sin mucho entusiasmo.

— Bueno, voy a ver qué pasa con Jeff — dijo Rafe, y yo le dije que ya hablaríamos luego y lo vi alejarse.

Mientras oteaba la multitud en busca de Hannah, Mendenhall se me acercó.

— ¿Qué pasa contigo y los gays? — preguntó.

— Dos gays y un hetero — lo corregí—. Rafe es mi mejor amigo.

— ¿Y no intenta ligar contigo?

— Nah. No soy su tipo.

— ¿Y cuál es?

Miré a Mendenhall y decidí arriesgarme.

— Un poco tu antítesis — dije—. Atractivo. Inteligente.

— Mola. Te doy mucho por saco, pero está guapo que tengas la mente tan abierta. El año pasado, vino a dar una charla un exjugador de fútbol americano y...

— Sí — le interrumpí—, yo estaba aquí.

— Ah. Bueno, el caso es que fue... diferente. Quiero decir, que no era el típico maricón. Se me pusieron los ojos como platos, pero Mendenhall no se dio cuenta.

— Supongo que, hoy en día, hay tíos de toda clase que son así. A ver, que yo no lo haría. Pero vamos, cada uno...

— Ya.

— Vamos, que no me parece mal, pero yo seguramente no sería amigo de tíos así.

— Claro, tienes una reputación que mantener con las chicas.

— Exacto — dijo — . Tú te criaste en una granja, ¿verdad?

Asentí.

— Sí.

Él sacudió la cabeza.

— Qué suerte.

— ¿Por qué?

Mendenhall sacudió la cabeza aún más y se rio. Tenía la mirada distante.

— No tienes ni idea. La presión. Mi padre espera que siga sus pasos, pero a mí me importan una mierda las finanzas. Si pudiera, trabajaría solo con coches. Pero eso no es lo bastante bueno para él.

— Suena muy duro — dije, y lo dije de verdad. Puede que nuestras familias fueran de mundos distintos, pero estaba claro que nuestros padres tenían cosas en común. El mío también pensaba que me interesaban muchas tonterías.

Mendenhall asintió y asintió, y yo eché otro vistazo en busca de Hannah y, por suerte, allí estaba.

— Perdona — dije, y me apresuré a unirme a ella.

Llevaba un vestido verde pálido, escotado y que dejaba al aire sus piernas preciosas. Se había recogido el pelo en un moño y yo no podía dejar de sonreír.

— Eres una alegría para la vista — dije.

— Perdona. Me llevó un segundo reunir el coraje para entrar.

— ¿De verdad?

Notaba a Hannah rara, como muy quieta.

— ¿Nos están mirando? — preguntó.

Miré a nuestro alrededor. Un par de chicas altas y flacas estaban, efectivamente, analizándome.

— No lo sé. ¿Importa?

Ella suspiró.

— No debería, ya lo sé. Es solo que estoy así como nerviosa.

— Estás preciosa. — La tomé de la mano y me incliné para besarla.

Eso pareció dar resultado. Hannah sonrió y miró al suelo, un poco azorada. Se había puesto colorada.

— Venga — dije — . No has vivido hasta que has probado el agua azucarada con colorante rojo, y no has vivido de verdad hasta que me has visto bailar. — Hice un bailecito con los brazos

siguiendo el ritmo de la música.

— ¡Mira quién está saliendo del caparazón! — dijo.

— ¿Qué quieres que te diga? Estoy contento.

— Yo también.

Bailamos un montón de canciones que no me sabía y, al parecer, Hannah bailaba igual de mal que yo. No movía los pies de sitio y lo que hacía era dar como botecitos y balancearse. Era adorable y me importaba una mierda si el resto pensaba que éramos la peor pareja de baile de la historia.

Hannah se excusó para ir al baño y, por supuesto, Steve y Zack se me acercaron en cuanto se hubo ido.

— ¡Carver! — dijeron— . ¡Menudo tanto te has marcado!

— Es maja — dije.

— ¿Sí? ¿Habéis estado saliendo? ¿Cómo es que no nos habías dicho nada?

Me encogí de hombros.

— Soy reservado.

— Ya veo, ya — dijo Steve— . Bien por ti. Está bastante buena.

Cuando ambos se hubieron marchado, vino hacia mí una chica rubia. Era una de las que me habían estado observando.

— ¿Estás saliendo con Hannah Stroud?

— Sí. — Ni la miré.

— Puedes aspirar a más.

— Lo dudo — dije.

La chica sacudió su insulsa cabeza y se alejó.

Hannah volvió del baño y me aguanté las ganas de contarle lo de su amiga rubia, que podía o no haber sido Rhonda Peterson. La acerqué a mi cuerpo en cuanto empezó una canción lenta.

— Vamos — dije.

Aunque vacilante, Hannah me acompañó a la pista de baile. La rodeé con los brazos y la mantuve cerca. Nos balanceamos de un lado a otro al son de la música.

— No me sé los pasos — dije— , así que esto tendrá que ser suficiente.

Ella apoyó la mejilla contra mi pecho y dijo:

— Es mucho más que suficiente.

Mientras bailábamos, sabía que todo el mundo nos estaba mirando, y tuve una sensación extraña de... ¿orgullo? Me había pasado la vida con miedo de cometer errores, pero estos últimos días, esa parte de mí se había ido desvaneciendo y me sentía más seguro de mí mismo.

Por el rabillo del ojo, vi a Rafe sentado en las gradas, solo. Tenía mala postura y supe que algo había pasado. Se me encogió un poco el corazón.

— Mierda — dije.

— ¿Qué?

— Mi amigo Rafe. Creo que su novio acaba de dejarlo.

Resistí el ansia de girar para que ella pudiera verlo. Que Rafe y Hannah se conocieran era algo

en lo que había pensado a medida que se acercaba el baile, pero no estaba seguro de cómo iría la cosa y, además, tampoco sabía si quería que se conocieran ya.

— Qué mal — dijo.

La canción lenta terminó y a continuación sonó otra más animada. Me separé de Hannah.

— ¿Te importaría que...?

— Oh. — Miró al suelo un momento, y después volvió a alzar la mirada hacia mí. Sonrió y cruzó los brazos—. Para nada. ¿Quieres que vaya yo también? Se me da bien animar a la gente.

— No sé yo si...

— Ya — dijo—. Es tu mejor amigo. No me importa volver a mi academia temprano.

— No hace falta que...

— No. He hecho acto de presencia. Es suficiente.

— ¿Seguro? Si quieres, podríamos buscar un sitio y...

Me sonrió una vez más.

— No pasa nada, Ben. Haz lo que tengas que hacer. Estoy bien, de verdad. Con un poco de baile formal ya tengo bastante.

— Y yo. — La acerqué a mí y la besé suavemente en los labios—. Buenas noches. ¿Tienes forma de volver a la academia?

Ella asintió y dijo:

— Buenas noches.

Cuando se hubo marchado, me acerqué a Rafe. Nunca lo había visto tan desanimado.

— Ey — dije sentándome a su lado.

— Ey. — Su voz no tenía el mismo color de siempre.

— ¿Qué ha pasado?

— Lo he mandado a la mierda. No quería bailar conmigo y, joder, no pienso salir con un tío al que le da vergüenza que lo vean conmigo. A la mierda.

Lo rodeé con un brazo y dije:

— Lo siento.

— Ya. Bueno.

— No, en serio.

— Gracias. Es muy guapa, por cierto.

— Gracias. Se ha ido de vuelta a Lonna. ¿Quieres salir de aquí? ¿Dar una vuelta en coche?

— ¿Harías eso por mí?

Me reí.

— No. Quiero quedarme aquí con mi colega Tommy Mendenhall. Vamos.



No nos paramos a ponernos ropa más informal, sino que nos metimos en Gretchen directamente y nos fuimos. El cielo estaba brillante y vívido para ser una noche de invierno, y las estrellas se veían tan nítidas que casi podía saborearlas.

— No tenías por qué hacer esto — dijo Rafe—. Podrías haber estado con tu novia.

— No pasa nada — dije—. Lo entiende.

— ¿Entiende que elijas a un amigo antes que a ella? ¿En un baile?

— Entiende que elija consolar a mi mejor amigo, sí.

Giré a la derecha, a la calle que llevaba a la I-90 desde la academia.

— ¿Adónde vamos?

— Ni idea — dije.

Nos quedamos en silencio un rato y puse un poco de música. Jazz. De algún modo, encajaba con aquella noche. Suave y fácil.

— Es solo que me siento... ¿Por qué salgo con el chico equivocado una y otra vez?

Me encogí de hombros y reduje la velocidad para dejar que un Chevrolet se incorporara a mi carril.

— A ver, que no me refiero a ti. Bueno, un poco sí, supongo. Quiero decir, conocí a Jeff y sabía el tipo de persona que era, y eso seguramente significa que, a cierto nivel, yo ya sabía que él no era *el* chico. Así que ¿por qué perdí el tiempo?

— ¿Quizás estabas experimentando?

— No sé. ¿Estás experimentando tú?

Me puse tenso.

— No sé. Puede. — Si Hannah era algo más que un experimento, Rafe no tenía por qué saberlo en aquel momento.

— Ah — dijo, y nos quedamos callados un rato más hasta que preguntó— : ¿Qué te gusta de ella?

— Pues que es preciosa, es agradable hablar con ella y es... Es difícil de explicar. Es un poco complicada, pero en el buen sentido, como que hasta se conoce demasiado, ¿sabes?

— Interesante. ¿Y en qué se diferencia? ¿Estar con una chica en vez de con un chico?

Respiré hondo y mantuve la vista fija en la carretera.

— Las chicas son más blanditas.

— ¿Y eso te gusta?

— Sí.

Y ahí acabó la conversación. Vi el cartel que indicaba la incorporación a la autopista y lo seguí. Mientras escuchábamos música, Rafe seguía el ritmo dándose golpecitos en las piernas. Cuando pasamos el cartel que indicaba West Newton, bajó su ventana. El viento azotó el interior del coche, enfriando el aire y ahogando la música.

Intenté mirarlo y decir algo, pero el viento me golpeó en los ojos y tuve que mirar al frente de nuevo.

— ¿Quieres que la cierre? — gritó.

Yo sonreí.

— Nah. Me gusta.

Dejamos que el viento nos vapuleara el pelo y nos congelara la frente y las orejas. No pude evitar reírme, porque era una sensación fantástica. Liberadora. Abrí mi ventana también, y ambos miramos hacia delante mientras el viento nos daba una paliza.

Dejamos que nos helara durante unos buenos quince minutos, y no tardé en notarlo en las muelas. Eché un vistazo hacia Rafe y vi que le castañeteaban los dientes, así que cerré mi ventana. Él cerró la suya. Nos miramos el uno al otro mientras encendía la calefacción y el jazz nos volvía a llegar a los oídos.

— ¿Alguna vez te entran ganas de decir «a la mierda»?

Me reí.

— Cada día de mi vida, básicamente.

— ¿En serio? Te tengo por una persona muy cómoda y reservada.

Pensé en ello durante un minuto largo.

— ¿Eso crees de verdad?

Entonces fue su turno de permanecer en silencio. Era como si pudiera oír cómo le trabajaba el cerebro.

— Sí. No. No sé. Supongo que creo que eres una de esas personas que quiere que todo el mundo piense que siempre que está bien y, la verdad, la mitad de las veces no sé si estás perdiendo los papeles o totalmente tranquilo.

Adelanté a un coche que iba demasiado lento. Nunca nadie me había dicho algo así. Que quizás yo no estuviera perfectamente. Me horrorizó, me sentí expuesto, como si él hubiera visto algo que llevo toda la vida tratando de ocultar. Pensé en la expresión severa de mi padre, y me acordé de aquel día, el de la piña.

Yo tenía cinco años. Fue durante una de las reuniones familiares de verano, antes de que el tío Max volviera de China. Estábamos en el patio trasero de casa del abuelo Mirek. Todos los parientes que veía una vez al año me habían dicho cuánto había crecido, y yo estaba de pie, en silencio, al lado de la mesa con el bufé. Papá me había dicho que me comportara, que no hiciera nada para avergonzarlo. Luke aún era pequeño, así que mamá lo tenía en brazos casi todo el rato.

Había una bandeja de piña con una sin cortar de adorno. Era la primera vez que veía una piña.

Me pareció exótica, con ese exterior como escamoso y unas hojas verdes y puntiagudas que parecían estar apuntando hacia mí. Cogí un trozo y lo probé. Me sorprendió lo jugoso que era. Recuerdo que sonreí mucho, como si se estuviera celebrando un festival de sabor en mi boca. Recuerdo que la tía abuela Sylvia me sonrió desde el otro lado de la mesa. Cogí otro trozo. Y luego otro. Estaba tan rica. Era lo más bueno y más especial que había probado nunca.

Puede que me comiera casi toda la piña. No me acuerdo. Supongo que es probable.

Mi padre me vio acabándome la bandeja. Me agarró del brazo izquierdo y tiró de mí por el jardín hasta que entramos en la casa. «Te he dicho que no me avergüences. ¿Por qué siempre tienes que avergonzarme?», dijo.

Me dio un golpe en la cabeza con la palma de la mano.

Después, me senté en la hierba del patio trasero y arranqué girasoles.

Sentí la mirada de Rafe. Había pasado quizás un minuto y yo no había dicho nada.

— Bip. Bup. Bip — dijo haciendo como si pulsara botones delante de sí.

— ¿Qué leches haces?

— Estoy volviendo atrás en el tiempo a antes de que estuviéramos incómodos porque he hablado demasiado.

No pude contener una sonrisa.

— Bip. Bup. Bup — dije también, fingiendo que pulsaba los mismos botones.

Disfrutamos del silencio un poco más mientras sonaba una canción de Ella Fitzgerald que me gustaba especialmente. Rafe sacó su móvil.

— ¿Sabes? — dije—. Tengo diecisiete años y nunca había sentido el viento en el pelo como antes. Y no es que nadie me lo hubiera impedido. Simplemente, no lo había hecho nunca.

— Me encanta esa sensación — dijo Rafe.

Miré hacia él y le sonreí.

— Coge la salida dieciocho en dirección a Cambridge — dijo mientras toqueteaba el teléfono.

— ¿Adónde vamos?

No contestó a esa pregunta, sino que dijo:

— Vamos a decir «a la mierda» los dos juntos. Yo a Jeff y tú al mundo.

Sonreí otra vez.

— Vale.

Con el teléfono, me dio indicaciones hacia el norte y luego al este. Aun con las ventanas cerradas y la calefacción puesta, no tardé en tener la sensación de que podía oler el aire de la playa.

Dejamos el coche en un aparcamiento desierto. En el cartel ponía: Playa Revere.

— Que vienen los británicos — dije.

Noté que Rafe sonreía satisfecho cuando apagué el coche.

— He pensado que esto le gustaría a tu lado más entusiasta de la historia.

El frágil aire nocturno nos recibió en cuanto salimos del coche. Estaríamos como a dos grados, así que tampoco hacía muchísimo frío para ser una noche de febrero. Me veía el aliento, pero se disipaba rápidamente. Como iba en traje y corbata, el aire permeó en mis huesos de inmediato.

Rafe, con su chaqueta de vestir y camiseta, parecía completamente helado.

Salió corriendo hacia la arena, y yo corrí tras él. La arena estaba dura, casi congelada. No había farolas que iluminaran la playa, pero la luna brillaba sobre el agua y su claridad era suficiente como para ver las pequeñas olas que rompían entre las algas y la arena fina.

Rafe se detuvo a unos tres metros del agua.

— Marea baja — dije, entrechocando los dientes del frío.

Rafe curvó las manos alrededor de la boca, miró al cielo nocturno y aulló. Y ese aullido se convirtió en un grito. Fue un sonido que me revolvió algo por dentro y se me asentó en el pecho.

— ¿Por qué has hecho eso? — pregunté cuando terminó.

— Mi madre cree que gritar las emociones es bueno.

— Claro que lo cree — dije sonriendo. La madre de Rafe tenía una impresionante melena roja que solía llevar en una cola de caballo y vestía petos.

— Deberías probarlo.

— No, gracias.

— ¡Venga! Sabes que quieres.

— ¿Sabes qué? La verdad es que un poco sí.

— A la mierda. A la mierda. A la mierda — coreó flojito.

— ¡Aaaah! — dije, solo un poco más fuerte que como hablo normalmente.

— Dios mío, eso ha sido penoso — dijo, y me volvió a enseñar cómo se aulla/grita—. Suéltalo, Ben Carver. Suéltalo todo.

Bajé la mirada a la arena. No estaba acostumbrado a esto. A exteriorizar. Y, aun así, su grito seguía alojado en mi pecho, y era muy similar a algo como combustible o energía, a algo que se suponía que debía utilizar de algún modo. Así que me llevé las manos alrededor de la boca, arqueé la espalda hacia el cielo y lo solté.

Parecía que el aullido podía seguir sonando para siempre. Estaba lleno de hielo y fuego mezclados, de frustración, de nervios, de desesperanza y de toda clase de cosas de las que no se hablan en mi familia. Aullé y aullé y aullé y, cuando acabé, me volví hacia un Rafe radiante, que me miraba como un padre orgulloso, más o menos, y yo no podía soportar esa reacción, así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

— Placaje.

Rafe abrió mucho los ojos.

— ¿Has oído hablar de *Placadores* Anónimos?

Asentí y dije, impávido:

— Se pondrá muy de moda, ¿no lo sabes?

Retrocedió unos pasos y, entonces, se dio la vuelta y echó a correr a toda prisa con la chaqueta de vestir ondeando al viento. La parte de atrás de su camiseta turquesa me ayudaba a no perderlo de vista mientras se alejaba. Cargué tras él y sentí todo mi cuerpo vivo, activado. Rafe era rápido, no cabía duda, pero yo también lo era y no tardé en ganarle terreno. Entonces (a la mierda, a la mierda, a la mierda) salté hacia él desde atrás.

Mi peso lo empujó hacia delante, y los dos nos dimos un batacazo contra la arena firme. El corazón me iba a mil. Rafe volvió la cabeza, aturdido por la dureza del placaje y sorprendido,

igual que yo, de que lo hubiera hecho. Él empujó hacia atrás, intentando liberarse, pero le resultó imposible con mi peso, así que le dejé ponerse en pie.

Los ojos le brillaban como locos. Se agachó y me empujó contra la arena.

— Idiota — gritó.

Lo agarré del brazo, lo tiré al suelo otra vez y rodé hasta que estuve encima de él.

— Tú eres idiota.

Rafe forcejeó hasta que se libró de mí y rodó hasta ponerse encima. Se empezó a reír, y yo también. Y rodamos así durante un rato breve, respirando con fuerza y gruñendo como animales de un documental. Al final, yo estaba encima de él y nuestros ojos se encontraron.

— ¡Victoria! — grité mientras me ponía en pie de un salto. Me sentía como una persona distinta.

Rafe se levantó también. Se sacudió la arena, y yo hice igual.

Había tanto que decir. Había tan poco que decir. Recobramos el aliento juntos.

— ¿Cómo de fría crees que está el agua? — preguntó al fin.

— ¿Quizás un poco por encima de la temperatura de congelación?

— ¿Nos moriríamos si nos quitáramos la ropa y nos metiéramos?

Lo miré. Me quité la chaqueta. El viento penetraba mi camisa como si no existiera y me congelaba los brazos, el torso y sobre todo los pezones.

Rafe hizo lo mismo, y entonces cruzó los brazos sobre su pecho delgado.

Nos echamos a reír.

— ¿Mala idea? — pregunté.

— Malísima. — Se agachó para recoger la chaqueta, la sacudió y dijo— : Brrr.

Asentí. Rafe salió disparado en dirección al coche y, de un solo movimiento, recogí mi chaqueta vieja y me la eché al hombro mientras corría tras él.

Estuvimos en silencio durante el camino de vuelta. Yo no paraba de darle vueltas al placaje y al «combate» en la arena. Aquello tenía algo de sexual, era obvio. Pero yo tenía una novia y, no sé, quizás los amigos hacían cosas así. Lo que sí sabía era que me alegraba de tener un amigo al que pudiera hacer placajes y con el que pudiera jugar un poco a lo bestia porque era lo adecuado en ese instante.

— Lo de idiota no iba en serio — dijo Rafe— . Siento haberte dicho eso. Fue el fragor del momento.

— Sí que iba en serio — me sorprendí diciendo.

— Puede. Quizás un poco. No estoy acostumbrado a jugar así.

— Ni yo. No te he hecho daño, ¿verdad?

— No. Es solo que me has sorprendido.

— Bien. Yo me he sorprendido a mí mismo también.

Él se rio, y yo también. Subí el volumen de la música y nos empanamos un poco escuchando jazz.

— ¿Sabías que los carpines dorados tienen una memoria de cinco segundos? — preguntó Rafe cuando me metí en la autopista de camino al campus.

— Qué cambio de tema tan fluido — dije—. No, no lo sabía. ¿Cómo se puede comprobar algo así?

— No sé. ¿Investigando?

— Sí, pero ¿investigando cómo? Debe de ser complicado preguntarle a un carpín dorado de qué se acuerda, ¿no?

La autopista estaba sorprendentemente vacía para ser un sábado por la noche. Entonces me di cuenta. Era posible que ya no fuera sábado por la noche. Había perdido del todo la noción del tiempo.

Rafe dijo:

— A lo mejor los meten en un laberinto para peces y, al cabo de cinco segundos, ¿se empiezan a chocar contra las paredes?

— Puede — dije—. Me pregunto cómo sería tener solo cinco segundos de memoria.

Rafe se rio.

— ¡Anda, mira! ¡Comida! Ñam, ñam, ñam, ñam. ¡Anda, mira! ¡Comida!

Yo dije:

— Me llamo Carpín, ¿cómo te llamas? Hola, Thomas, me alegro de... Me llamo Carpín, ¿cómo te llamas?

— Hay que ver, estos carpines, que no se acuerdan de nada.

Le conté que, para Modelo de Congreso, tenía que desarrollar una argumentación en contra del matrimonio gay. Él me contó que su madre, durante el Fin de Semana de los Padres del otoño pasado, había definido al señor Sacks como «fanático de derechas». Eso me hizo reír. Me la podía imaginar diciendo algo así.

Tomé la salida de Natick y le pregunté a Rafe la hora. Me dijo que eran las doce y cuarto. Más tarde del toque de queda.

— Ups — dije.

— Ups. ¿Crees que nos meteremos en un lío?

— Donnelly me adora, así que no lo creo.

— Todo el mundo te adora.

— Ya. — Puse los ojos en blanco.

Aparcamos y dejé que el silencio nos envolviera en el coche.

Sonreí. Habíamos superado todo lo malo que había pasado entre nosotros. En aquel momento, lo tuve clarísimo. Quizás quería a Hannah, pero, en cierto modo, quería a Rafe incluso más. Era *agápē*. Un amor más elevado. Él tenía algo que me liberaba. Me hacía ligero. Me hacía flotar.

Incluso si, de vez en cuando, tenía algún sueño que seguramente debería guardarme para mí mismo.

Mientras abría la puerta del coche y volvía a salir a la noche fría, pensé que quizás la clave de la vida era tener memoria de pez. Para no recordar aquella vez que tu amigo te hirió. Para poder darle una segunda y tercera e incluso cuarta oportunidad. Y a ti también. Porque, a veces, hacen falta varias oportunidades para que las cosas salgan bien del todo, para poner tu universo en orden.



La noche siguiente, llamé a Hannah.

— ¿Qué hay? — pregunté cuando contestó.

— Poca cosa.

— ¿Te han incordiado las chicas por mi culpa?

— No sé. Un poco.

— ¿Estás bien?

— No lo sé.

— ¿Qué pasa?

Hannah suspiró, pero no dijo nada.

— Un momento. ¿Estás enfadada conmigo?

El cerebro me daba vueltas con las posibilidades. ¿Acaso Hannah había decidido, de un día para otro, que yo ya no le gustaba?

¿Había hecho yo algo malo?

— No lo sé, Ben. No lo sé.

— ¿No sabes si estás enfadada conmigo? ¿Qué he hecho para que...? Oh. — Mierda—. ¿Es porque fui a consolar a Rafe?

Ella no dijo nada.

— Pero si me dijiste que no te importaba.

Ella suspiró otra vez, más profundamente.

— Sé lo que dije. Pero es que no tendría que explicarte qué es un comportamiento normal y qué no lo es. No es normal invitar a tu novia a un baile, convencerla de que vaya y, entonces, en mitad del baile, enviarla a casa para estar con el amigo con el que te acostaste una vez.

— Guau — dije.

— Sí. No fue mi noche favorita del mundo.

— ¡Me lo tendrías que haber dicho! Me habría quedado contigo.

— A ver, querías estar con Rafe, obviamente. Si no, te habrías quedado conmigo. Y no quiero tener que convencerte de que te quedes. Ya te conté lo de mi padre. No necesito más tíos en mi vida que desaparezcan, ¿vale?

— Mierda — dije — . Ni siquiera se me... Dios, lo siento.

No dijo nada.

— Lo siento muchísimo, Hannah, de verdad. Entiendo lo que me estás diciendo.

— Vale. Gracias, supongo. Si decides que de verdad quieres pasar tiempo conmigo, más que con tu mejor amigo, ya me avisas, ¿vale?

Y entonces me colgó.

Me hice un ovillo en la cama, bajo las sábanas. Tenía horas de estudio por delante, incluido un trabajo de laboratorio para el día siguiente que estaba sin terminar en mi portátil. Pero lo único que podía hacer era darle vueltas y más vueltas a la conversación que acabábamos de tener.

Había elegido a Rafe antes que a mi novia. Pero a ver. Él me necesitaba. ¿Qué clase de mejor amigo habría sido si hubiera pasado de él cuando estaba tan mal?

Aunque Rafe lo habría entendido, claro. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

Me senté. No tenía tiempo para esto. Me restregué los ojos y sacudí la cabeza, como intentando expulsar los pensamientos negativos de mi mente. Cerré los ojos con fuerza.

Esto es una tontería. No tengo por qué pensar así. No elegí a Rafe antes que a Hannah. Elegí a un amigo que me necesitaba antes que a una amiga que yo creía que sabía lo que sentía por ella, ya que acabábamos de bailar agarrados delante de todo el mundo.

Y, por supuesto, no había elegido a un chico antes que a una chica que realmente me gustaba, porque elegir a un chico antes que a una chica, incluso si ese chico era un amigo, acarreaba toda clase de sentimientos incómodos que ya conocía del semestre pasado. Si ese fuera el caso, se me consideraría... no sé el qué. ¿Gay? ¿Bi? Y yo no lo era. Y si lo fuera, significaría que yo era algo que mi padre consideraba malo. Imposible de amar.

¿De verdad había elegido a Rafe antes que a Hannah? Si tuviera que irme a una isla desierta y solo pudiera ir conmigo otra persona, elegiría a Hannah, ¿verdad?

Aunque, en aquel momento, era difícil de decir porque acababa de colgarme el teléfono. Pero, en general, uno elige a la chica con la que se podría dar un revolcón salvaje al aire libre en vez de al chico con el que hablaría sobre la memoria que tienen los carpines dorados, sobre todo si ella es una persona con la que disfrutas hablando y pasando tiempo, lo cual era cierto. Hannah y yo queríamos las mismas cosas. Éramos verdaderamente compatibles.

Y Rafe solo era un amigo. Pero también era mi mejor amigo. El mejor que había tenido en la vida, quizás. Anoche, en el coche, me sentí tan relajado... ¿Cuántas veces en mi vida me había sentido así? Pero ambos me hacían sentir así. ¿Acaso ahora tenía que elegir a uno u a otra?

No, no tenía que elegir. Quiero decir, la gente puede tener novia y mejores amigos. Quizás solo necesitaba priorizar mejor.

Volví al escritorio y abrí mi libreta de Ciencias. Me centraría en mi trabajo, daría espacio a Hannah para que se le pasara el enfado y, la próxima vez que hablásemos, me aseguraría de dejar bien claro que ella era la chica perfecta para mí.



El señor Sacks se unió a los aplausos que se llevó Jimmy Ross por hacer una argumentación convincente a favor de la energía eólica.

— Escuchemos ahora al señor Carver, que..., a ver..., argumentará que la gente religiosa está perseguida por los avances de los derechos de los gays. ¡Adelante!

Era martes por la tarde y, por primera vez, deseé estar en un entrenamiento de béisbol y no en Modelo de Congreso. Me puse en pie y me acerqué lentamente al frente del aula con mis tarjetas en mano. A pesar de lo mucho que me gustaba la parte de investigación de Modelo de Congreso, siempre me sentía bastante ridículo cuando tenía que ponerme delante de los compañeros y fingir que era un congresista. Me parecía tan... artificial.

Por no hablar de que iba a argumentar algo en lo que no creía. Pero mientras practicaba la noche anterior, me recordé a mí mismo que Peter Pappas había hecho lo mismo, y lo había hecho muy bien. Había argumentado apasionadamente en contra de la guerra de Vietnam y, menos de un año después, se había alistado por voluntad propia para ir allí. Me aclaré la garganta y apoyé las manos en el podio que tenía delante.

— Rosalie Sánchez no tiene trabajo. Antes era florista en Nashville, Tennessee, pero entonces el matrimonio gay entró a formar parte del ordenamiento jurídico del país. A pesar de las profundas creencias religiosas que había profesado toda su vida, le dijeron que no podía negarse a prestar sus servicios a nadie, incluida a una pareja gay que quería casarse.

»Imagínenselo. Imaginen ser una persona que cree firmemente que algo está mal. El libro según el cual vive su vida le dice que está mal. Y entonces, una pareja gay entra en su tienda cogida de la mano y les pide que provean las flores para su día especial.

»Para ustedes, ese día especial escupe sobre algo que consideran sagrado. Escupe sobre la ley de Dios. Es algo que va en contra de todo lo que creen.

»Su conciencia y su instinto les dicen que deben negarse. Al fin y al cabo, no tiene sentido que se vean obligados a tomar parte en un acontecimiento que va en contra de sus creencias y de su estilo de vida, de igual modo que una persona que no cree en la brujería no debería estar obligada a participar en una ceremonia *wicca*.

»Pero, cuando se niegan, les ponen una demanda. Y las leyes escritas por el hombre entran en juego y les dicen que, o bien proveen las flores, o bien pierden el negocio.

»Esto podría pasar. Y está mal.

»Hay personas que quizás argüirían que esas creencias religiosas son ruines y discriminatorias. Puede que sea cierto, pero en este país gozamos de la libertad religiosa que nos garantiza la Primera Enmienda. La libertad religiosa significa que las personas retienen, tal y como escribió James Madison, “igual derecho al libre ejercicio de la religión según los dictados de su conciencia”. No significa que la gente tenga derechos especiales, sino que una persona religiosa tiene derecho a seguir sus creencias y a no estar obligada a comportarse de formas que van contra su fe.

»Así pues, tenemos dos grupos, y ambos afirman tener ciertos derechos por ley. Cuando dos leyes se contradicen, ¿cuál deberíamos seguir? ¿La que garantiza la Constitución, o la que se aprobó hace apenas unos años en una Corte Suprema extremadamente dividida?

»Creo que es una tremenda injusticia que Rosalie Sánchez se haya quedado sin trabajo. Debería concedérsele una exención religiosa que le permitiera honrar sus firmes creencias, sin importar si esas creencias se consideran “políticamente correctas” o no. Rosalie debería poder rechazar educadamente el proveer flores para una boda gay.

»Gracias.

La clase aplaudió. El señor Sacks también.

— Buen trabajo, Ben Carver. Excelente. Fíjense en el uso que Ben ha hecho de la refutación. ¿Alguien quiere hacer alguna aportación?

Un compañero levantó la mano.

— Ha anticipado una argumentación en contra y la ha neutralizado.

— Exacto — dijo el señor Sacks—. Podría habernos dado más de una, pero una es aceptable.

Me sonrojé. No se me había ocurrido añadir más refutaciones. Tendría que hacerlo la próxima vez.

El señor Sacks dijo:

— Resulta que yo estoy de acuerdo con su argumentación, Ben. ¿Hay alguien aquí que no lo esté?

Al principio, nadie levantó la mano y sentí cómo se me tensaba la garganta. Yo no estaba de acuerdo. ¿Debía decir algo? Mi trabajo era presentar una argumentación, no ser fiel a mi forma de pensar. Finalmente, Mitchell Pomerantz alzó la mano.

— Yo nunca he estado de acuerdo con todo este tema de las libertades religiosas, pero debo admitir que la argumentación ha sido muy sólida. No sabría cómo debatir en contra.

El señor Sacks asintió.

— Para mí, una argumentación en contra de las libertades religiosas es el ejemplo perfecto de corrección política. ¿Por qué no dejar que el libre mercado decida? Si alguien no quiere proveer flores para una ceremonia gay, debería tener derecho a negarse, y quienes crean que eso es censurable deberían tener la opción de gastar su dinero en otro sitio.

De ahí nació una conversación sobre los pros y los contras de dejar que el libre mercado lo decida todo. Y yo quería preguntar: ¿y qué pasa cuando esta misma argumentación sobre las libertades religiosas se usa en contra de los matrimonios de distintas razas? He investigado a fondo, y ha habido argumentaciones así. ¿A todo el mundo le parecía bien eso? ¿Sería correcto negarse a atender a una persona negra que quisiera flores para su boda con una persona blanca?

Pero me quedé en silencio. Mi opinión no importaba. Mi objetivo allí era demostrar mi

habilidad para defender cualquier lado de un tema, y no tener razón simplemente por tenerla.

Quizás sí que era un beneficiario adecuado del premio Pappas. Quizás tenía algunos defectos, algunas limitaciones, pero igual que él, era capaz de argumentar de forma convincente en contra de mi propia ideología. Eso debía de valer para algo.

Durante mi llamada a casa, mi padre sacó el tema de las notas por primera vez desde las vacaciones de invierno.

— ¿Cómo te van los estudios? — preguntó.

— Bien — dije.

— ¿Cómo de bien?

— Bastante bien — dije, y era verdad. Un notable en un examen de Matemáticas era algo bueno, pero no estaba seguro de que él lo entendiera.

— Buen trabajo — dijo.

Como un acto reflejo, sentí una llama de calidez al oír aquellas palabras, a pesar de que sabía que él no sabía del todo a qué le estaba diciendo «buen trabajo». Cuando colgué el teléfono, una pesadez descendió sobre mis hombros.

Pensé en llamar a Hannah. Se lo debía, pues habían pasado dos días desde nuestra pelea y aún no la había llamado. Pero ¿qué le diría? Era posible que me diera un ultimátum sobre quedar con Rafe, y eso era algo a lo que no pensaba renunciar. Busqué su nombre entre mis contactos y me quedé mirándolo. Entonces solté el teléfono.



El miércoles fue un día relativamente cálido y, después de la quinta clase, decidí darme un paseo por la arboleda para despejar la mente. Mientras caminaba por el césped, me crucé con Steve.

— Ex-ce-len-tee — canturreaba con un papel en la mano que parecía ser un examen.

— Bien hecho — dije.

Me costaba descifrar si Steve y yo éramos realmente amigos. Desde luego, me caía mejor de lo que me caían otros.

— Lo he sacado gracias a Mendenhall. Química me importa una mierda y eso no va a cambiar nunca. Está bien poder sacar notazas sin tener que tocar un libro.

Al parecer, nuestra floreciente amistad tenía sus límites. Aquí estaba yo, dejándome las pestañas, mientras este niño rico hacía trampas y jamás lo iban a pillar. Pero yo no iba a decir nada al respecto, sino:

— Mola.

La zona arbolada que había justo al norte del césped era el sitio donde los alumnos solían ir a fumar, a colocarse o lo que fuera. Yo creía que ya no era el caso, pero no lo sabía seguro.

Tomé la senda que seguía el estanque Dug, justo por dentro del límite de los árboles. Caminar bajo el follaje tiene algo que cambia un paseo para mí, lo hace más solitario, me permite ensimismarme un poco más. Me llevé las manos enguantadas a los bolsillos.

— Ey, colega, ¿quieres un canuto?

Me volví hacia la voz y allí, sentado en una roca plana, estaba Toby.

— Ey — dije.

— Ey.

No parecía el Toby despreocupado al que estaba acostumbrado. Me acerqué a él. Las hojas heladas crujían bajo mis pies.

— ¿Qué hay? — pregunté.

— Meh. Estoy un poco de bajón hoy.

— ¿Quieres hablar de ello?

Él suspiró.

— Sí, pero sé que en cuanto te diga lo que me pasa querrás salir corriendo.

— No saldré corriendo.

— Tiene gracia porque, por lo que tengo entendido, esa suele ser tu reacción.

— Au — dije—. Supongo que me lo merezco.

— La verdad es que no. Es que tengo un día tonto.

Le hice un gesto para que me hiciera sitio, y él se apartó para que me pudiera sentar en la roca. Estaba helada.

— Si te cuento una cosa, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie? Si te vas de la lengua, podrían expulsarme de la academia, así que...

— Te lo prometo — dije—. Te considero un amigo, Toby.

Él medio sonrió.

— Gracias. Estoy como... aclarándome ahora mismo, ¿sabes?

— Vale.

Respiró hondo.

— Soy... Creo que soy... que soy de género fluido.

Toby apartó la mirada, y yo miré al suelo.

— Vale — dije.

Nos quedamos un momento en silencio, allí sentados.

— No sabes lo que es, ¿verdad? — dijo.

Negué con la cabeza.

— A ver, creo que algo me suena. ¿Significa que te gusta vestirse de chica?

— Em. No, no es eso. A ver, sí, hay veces que eso me apetece, pero es más bien como que... que algunos días me siento más como un chico, y otros días me siento más como una chica. Por dentro, quiero decir.

— Vale — dije—. ¿A qué te refieres con eso de que te sientes como una chica? ¿Femenino?

— No, no exactamente. Es como que me siento mujer. Imagínate, si un profe me llamara «señor Rylander», me pensaría que le está hablando a otra persona porque yo no soy ningún señor. Pero luego hay días en los que sí que contestaría, porque me siento hombre.

Le puse una mano sobre el hombro.

— Debe de ser muy duro.

Él se rio y sacudió la cabeza.

— No tienes ni idea. Y mi padrastro sí que no lo va a entender. Es que, vamos, le confunde que una persona a la que le gusta pegar cuatro tiros de vez en cuando sea gay, y ahora será aún peor porque...

— ¿Se lo tienes que decir?

Toby me miró.

— Hombre, sí. Él es importante para mí.

— ¿Y a tu madre?

— A ella le parecerá todo fantástico, como siempre.

— ¿Por qué tienes la necesidad de contárselo a tu padrastro si sabes que no le sentará bien?

Toby bajó de la roca de un salto y empezó a caminar de aquí para allá delante de ella, pateando las hojas.

— ¿Has oído hablar de los caminos de zurdos? — preguntó.

Negué con la cabeza. Esta era la primera conversación seria que estaba teniendo con Toby.

— Te cuento. La mayoría de la gente sigue los caminos esperados, ¿sabes? Van al colegio, consiguen un trabajo, se casan, tienen hijos. Y luego estamos el resto. Somos los que estamos en los caminos de zurdos. No es lo que se espera. El mundo preferiría que no siguiéramos esos caminos, porque el mundo no sabe qué hacer con la gente que va en contra del sistema o que explora cosas nuevas. Yo estoy en un camino de zurdo. Rafe también. Incluso Albie, porque estoy bastante seguro de que es asexual y eso es muy zurdo. Tú... No lo tengo claro. Tuviste aquello con Rafe, pero lo de tener novia y ser el supercapitán del equipo de béisbol es bastante diestro.

— Ah — dije.

— Sea como sea, mi rollo es... Yo estoy en el camino en el que estoy. Y no pienso evitarlo porque al mundo le resulte difícil que lo siga. No lo evitaré siquiera porque a mí me resulte difícil. Yo tengo que... ser, ¿sabes?

Me quedé sin habla. Al mirar a Toby, me di cuenta de que él era todo lo que yo no era. Si le preguntaras a cien alumnos de Natick quién era más valiente, si Toby o yo, seguramente todos me elegirían a mí. Pero todos estarían equivocados. Toby. Él era el valiente.

— Lo... entiendo — dije.

— Y, la verdad, tengo miedo. A ver, que no sé si voy a dar el paso ya, pero... ¿y si un día me vistiera más de chica? ¿Me dejarían seguir aquí? De verdad que no lo sé. Y me gusta estar aquí, ¿sabes?

— Guau.

— ¿Crees que...? Nada, da igual.

— ¿Qué?

— ¿Crees que a Albie le parecerá raro?

Me volví hacia él, sorprendido. Él conocía a Albie muchísimo mejor que yo. Pero aquí estaba Toby, con una cara de vulnerabilidad que dejaba claro que necesitaba que contestara.

— No. De verdad, creo que Albie no tendrá ningún problema. Es tu mejor amigo. Él te quiere por ser quien eres.

Toby sonrió.

— Gracias. Necesitaba oír eso.

— De nada — dije.

Caminando de vuelta a la residencia, sentí que tenía demasiadas cosas en la cabeza. Al catalogarlas, me confundí.

- ✓ Hannah
- ✓ Rafe
- ✓ Discurso del premio Pappas
- ✓ Toby
- ✓ Béisbol
- ✓ Matemáticas
- ✓ Papá/Mamá/Luke
- ✓ Rafe

Un momento. ¿No estaba él en la lista ya? Tenía el cerebro agotado.

Me senté en mi escritorio para una noche de estudio. Empecé por intentar escribir la introducción de mi discurso del premio Pappas. Llevaba ya dos intentos, pero no me había salido nada bueno.

Estudiantes, docentes y amigos de la Academia Natick.

¿Amigos de una academia? ¿Qué leches significaba eso? ¿Cómo podía darle un tono formal al discurso sin que sonara rarísimo?

Gracias. Es un honor estar aquí.

Obvio. Ugh, esto era un desastre.

Fue entonces cuando miré mi portátil y pensé: *Debería llamar a Hannah por Skype* . Pero luego me dije: *Ah, es verdad. Está enfadada. Si la llamo, será una conversación de verdad.*

La situación con Hannah era como una losa sobre mi mente. Sabía que tenía que llamarla y decirle que me seguía interesando. Porque era verdad, sin duda. Quizás amaba a Rafe más, en cierto modo, pero como novia, Hannah era perfecta.

Pero una idea de lo más loca me vino a la cabeza mientras estaba allí sentado, con la mirada fija en el portátil. Mi mente, hecha un lío, estaba recordando la conversación con Toby y pensé: *¿Y si mi camino de zurdo no es simplemente elegir a mi mejor amigo antes que a mi novia? ¿Y si el verdadero camino para mí es elegir a mi mejor amigo como novio?*

Me reí. Me reí porque ya había recorrido ese camino y no había acabado bien. Y, si lo pensaba tan solo un poco, estar con Rafe no me aportaba todo lo que quería exactamente. ¿Cómo iba a encajar algo así con ser capitán del equipo de béisbol? ¿Y si se enteraban los otros chicos? ¿Mi padre perdería la cabeza y me sacaría de la academia? Lo más probable era que no, pero era una posibilidad, desde luego.

Me di cuenta de que estaba demasiado cansado como para estudiar y me fui a la cama. Me hacía falta una noche libre. Una noche libre no me iba a ayudar a mantener el notable en Matemáticas, pero eso de «somos varones Carver. Trabajamos. Trabajamos duro» a veces cansa.

Me quedé dormido pensando en Hannah y Rafe y Rafe y Hannah, imaginándome a ambos en

islas privadas distintas, llamándome. Hannah, desnuda, con su piel de sirope de arce llamando a la mía. Rafe, mi hogar, en cierto modo. Sonreí. Estar con Rafe era fácil. Y no de la forma en la que beber alcohol era fácil. Pensé en el símil del alcohol otra vez, y me vino un pensamiento nuevo: el alcohol perjudicaba mi juicio; me convertía en otra persona cuando bebía. Con Rafe, mi juicio era más mío aún; me convertía en un yo más auténtico.



Me pasé el viernes por la tarde en la Bacon Free, acabando los deberes a toda prisa. Rafe había dicho de ir al lago Walden el domingo con Toby y Albie si hacía buen tiempo, y quería tener un día sin la presión de la excelencia retorciéndome las entrañas.

Aún no había llamado a Hannah. No sabía qué decirle. Era como si yo fuera dos personas distintas. Una quería estar con Hannah todo el rato. A la otra le aterraba que ella mencionara a Rafe y le preguntara qué sentía por él. No iba a mentirle. A mí ya me habían mentido en una especie de relación, y dolió. Era mejor dejar pasar un tiempo para ver cómo iba la cosa y así saber cómo me sentía exactamente antes de llamarla.

Cuando terminé mi trabajo de laboratorio de Química, se me ocurrió una idea. Salí de la acogedora sala y me senté frente a un ordenador para buscar «Pappas, Peter» en la web de la biblioteca.

Me salieron dos artículos del *Boston Globe*. El primero era una esquila. La leí; era un refrito de lo que ya había publicado antes el *Natick Newsman*. El segundo artículo fue toda una sorpresa. El titular decía: «Estudiantes acuden a una manifestación masiva en contra de la guerra». Me imaginé que a Peter Pappas lo citarían como argumento en contra, algo en plan: «Estos jóvenes están en contra de la guerra, pero aquí tenemos a un estudiante local que no lo está».

Pero no fue eso lo que leí.

Peter Pappas, un joven fornido de dieciséis años y natural de Dorchester que estudia en la prestigiosa Academia Natick, se encadenó a una valla frente a la Casa del Estado de Massachusetts.

«El gobierno actual tiene las manos manchadas de sangre», dijo Pappas. «Estamos unidos frente a un régimen corrupto que se enfrenta a ciegas a un enemigo basándose únicamente en la ideología. Quienes están al mando son demasiado viejos para luchar, así que es mi generación la que morirá y ¿para qué?».

Un hormigueo me recorrió la columna. Esas palabras me recordaron al Peter Pappas de Modelo de Congreso. ¿Cómo podía ser este el mismo Peter Pappas que había ido a luchar en la guerra contra la que arremetía?

Seguí leyendo el artículo, y vi que el nombre de su hermana era Lolita.

¿Cuál era la verdadera historia del chico que ahora daba nombre a un premio? ¿Cómo un antibelicista acérrimo había acabado luchando en aquella guerra? ¿Cuántas Lolitas Pappas podía haber en la zona metropolitana de Boston?

Escribí su nombre en Google. Llegué al perfil de Facebook de una mujer con pelo cano, pómulos altos y un pañuelo en la cabeza. Mencionaba Dorchester como lugar de nacimiento. La busqué en la guía telefónica y encontré su número. Lo apunté y salí de la biblioteca a toda prisa.

De vuelta en la residencia, llamé a ese número.

— ¿Diga? — dijo una voz de mujer.

— ¿Es usted Lolita Pappas?

— ¿Quién pregunta?

— Me llamo Ben Carver. Me han concedido el premio Peter Pappas de este año en la Academia Natick.

— Ah — dijo—. ¿Y qué quieres?

— Perdona, no quería molestarla. Es solo que estoy confundido por algo que he leído, y me preguntaba si podría usted ayudarme.

— Hace mucho de todo aquello. No sé qué podría contarte. ¿Aún dan ese premio?

La forma en la que pronunciaba las palabras, con su acento de Boston tan marcado, me relajó un poco. Estaba acostumbrado al habla de la gente de Alton, a pesar de que mi padre se esforzaba por no hablar en la lengua vernácula de Nuevo Hampshire porque pensaba que sonaba demasiado común y no quería que la gente creyera que era pobre. Cuando llegué a Natick, esperaba que todo el mundo hablara con acento de Boston, perdiendo consonantes y añadiendo vocales, pero resulta que es un tema de clase. Los chavales ricos no hablan así.

— ¿El premio no es algo de su familia? — pregunté.

— El premio es de una gran fundación. Nuestro padre estaba metido en todo eso antes de pasar a mejor vida. Son un montón de empresarios papanatas de Boston. Nada que ver con nosotros.

— Oh.

— Bueno, ¿y qué quieres que te cuente?

— Estaba buscando información sobre su hermano para mi discurso, y encontré un artículo antiguo del *Boston Globe*. Hablaba de una manifestación en contra de la guerra y, según ponía, tanto usted como su hermano asistieron. Y pensé: «Un momento. Peter se alistó. ¿Cómo es posible que, tan solo un año antes, fuera antibelicista?».

Solo hubo silencio al otro lado de la línea.

— ¿Señora Pappas?

— Sigo aquí — dijo—. Estoy pensando.

— Vale.

Le di un momento. Mientras esperaba allí sentado, pensé en qué podría estar a punto de contarme. No me lo podía ni imaginar. ¿Acaso ocurrió algo que hizo que Peter cambiara de opinión? Si ese fue el caso, debió de ser algo crucial para que él pasara de protestar contra una guerra a sacrificar su vida por ella.

— ¿Qué opinas de la guerra? ¿Y cómo has dicho que te llamas?

— Ben. Y, en general, estoy en contra de la guerra. ¿Por qué?

Lolita exhaló.

— Porque no quiero perder tiempo con papanatas. Con gente a favor de la guerra. Me arrebataron muchísimo, y hoy en día estoy demasiado cansada como para discutir con alguien que cree que meternos en Vietnam fue una buena idea.

La verdad es que no tenía una opinión firme sobre Vietnam. Sabía más sobre las dos Guerras Mundiales, y para mí ambas eran casos muy claros. Pero estaba de acuerdo con la argumentación que hizo Peter en Modelo de Congreso, y no creía que los Estados Unidos tuvieran que intervenir siempre que un país decidía ir en otra dirección.

— No, le aseguro que no soy belicista. Cuando leí el artículo en el *Natick Newman* sobre su hermano, em... Supongo que no fui capaz de comprender por qué alguien daría la vida por un concepto.

Ella se rio un poco.

— Eres un buen chico. No cambies. ¿Quieres saber la verdad?

— Sí, por supuesto.

— ¿Estás seguro? Porque este premio... no está bien, en mi opinión. Creo que mi hermano se pondría hecho una furia si supiera cómo lo han recordado estos últimos cuarenta años.

— Estoy seguro, sí. Quiero entender quién fue.

— ¿Tienes coche?

— Sí.

— ¿Puedes venir a Dorchester? — Lo pronunció «Dóuchestah».

— Claro.

— ¿Me llevas a tomar un café? Hay una Flat Black en la calle Washington. El tráfico es una locura allí los viernes por la tarde. ¿Podrías venir mañana?

— Sí que puedo, pero... — No sabía cómo contarle que tenía una tarjeta de débito para la gasolina con setenta y dos dólares que me tenían que durar hasta junio. Pero qué carajo, merecería la pena—. Nada, ningún problema. ¿A qué hora?

Quedamos para vernos a primera hora de la tarde, y colgué el teléfono con la mente a mil. Lo último que me hacía falta era tener más cosas en la cabeza, pero a veces era difícil resistir la tentación.

Dorchester estaba a unos cuarenta y cinco minutos en coche de Natick, justo al sur de Boston. Nunca había ido, pero me apunté las indicaciones para llegar y las dejé en el asiento de al lado. Estuve a punto de preguntarle a Rafe si quería venir y pasar el día fuera, pero al final decidí ir solo.

Mi móvil sonó mientras iba por la autopista 93 en dirección este. Eché una ojeada. Era Hannah. El pulso se me aceleró.

Cogí el teléfono y lo puse en modo manos libres.

— Ey — dije, casi como una disculpa.

— ¿Te has muerto? ¿Qué cojones, Ben?

Me reí, nervioso.

— No, no me he muerto, pero he estado ocupadísimo. Ahora mismo estoy de camino a

Dorchester para...

— Me importa una mierda — dijo—. Estoy cabreadísima contigo. Todo iba genial y entonces, cuando te comportaste como un capullo en el baile, te di una tarea la mar de fácil: decirme que te importo más que tu novio o lo que quiera que sea. ¿Y qué haces? ¡Absolutamente nada!

— Lo siento. De verdad.

— Bueno, eso tiene así como sentido, al menos para empezar. ¿Por qué estás tardando tanto? Me quedé callado unos segundos.

— Es complicado.

— Eres gay. O bi. ¿Es eso lo que estoy oyendo?

— No. Soy... Mira, es que no quiero mentirte. Me hiciste una pregunta muy importante la última vez que hablamos. Me preguntaste si quería pasar más tiempo contigo que con Rafe. Y quiero estar seguro. Sé lo que siento por ti. Lo que no sé es qué siento... por él. ¿Vale?

Hannah respiró hondo.

— No. No vale. Quiero decir, que entiendo lo que me estás diciendo, pero no. No vale. No vale cómo me estoy sintiendo ahora mismo.

— Lo siento muchísimo — dije—. Te prometo que te llamaré en unos días. Te lo juro. Soy un hombre de palabra.

— Haz lo que quieras. Aquí estaré, esperando ansiosa tu llamada, obviamente — dijo con tono gélido, y entonces colgó.

Mierda. Qué idiota que soy. Claro que tendría que haberla llamado. Decirle algo. Aunque no hubiera sido la más pura verdad, tendría que haberle dicho algo para tranquilizarla, porque es fantástica y me gusta de verdad y podría ser una novia increíble. Idiota, idiota, idiota.

Aparqué delante de la cafetería y evité con cuidado el hielo negro de la acera. En el interior, el olor a café quemado me invadió la nariz.

Reconocí a Lolita al instante. Estaba igual que en su foto de Facebook. No me sonrió exactamente, pero me hizo un gesto para que me acercara a su mesa en la parte de atrás del local. Tenía una carpeta morada delante de ella.

— Ey — dije.

— El precio de admisión es un café grande normal — dijo.

Asentí y fui a la barra a pedírselo. Unos minutos más tarde, volví con su bebida y un vaso de agua para mí. Cuando me senté frente a ella, se rio y preguntó:

— ¿No te gusta el café?

— Está bien — dije, aunque en realidad me encantaba el café. De hecho, tenía la esperanza de poder gastarme el dinero de mi próximo cumpleaños en una máquina de café para mi cuarto en la residencia, pero, en aquel momento, solo tenía dinero para una taza.

Me miró con los ojos muy abiertos.

— Ay, mierda — dijo—. Pensaba que...

— ¿Qué?

— Tú vas a Natick con beca, ¿verdad?

Bajé la mirada a mi atuendo. ¿Tan obvio era? Llevaba el abrigo que había sido de mi padre.

Entonces, me di cuenta de que, en el mundo de Natick, por supuesto que la forma en la que vestía era una señal inequívoca del poco dinero que tenía mi familia. Me quedé en silencio.

— ¿De dónde eres, Ben? ¿Eres también del sur? No tienes acento sureño.

Negué con la cabeza.

— Soy de Nuevo Hampshire.

Lolita sonrió.

— ¡Del norte! Joder, mírame, aquí estereotipando a los críos del internado. Yo crecí aquí, en Dorchester. Nuestro padre trabajaba en un molino de harina. Estoy un poco enfadada desde que Petey se fue a esa academia. Y claro, no ayuda que muriera y que un puñado de peces gordos le pusieran su nombre a un premio y lo pintaran como un fanático de la guerra. Me cabrea tanto aún.

Extendió las manos hacia mí, con los dedos separados. Yo le sonreí.

— Lo entiendo, se lo aseguro.

Entonces, se puso en pie.

— ¿Qué café quieres?

— No se moles...

— Que cuál quieres.

— Uno normal.

— ¿Con leche? ¿Azúcar?

— Con leche — dije — . Gracias.

Volvió a la mesa con mi café, y nos llevamos mucho mejor después de eso. Igual que Hannah, Lolita era una persona efervescente, de esas que hablan sin tapujos. E, igual que Hannah, pareció aceptar de inmediato que yo no hablaba tan abiertamente como ella. Hizo algunos chistecitos sobre «la clase dominante» y yo me reí, aunque tampoco es que me hicieran especial gracia. Después, me contó la historia de su hermano.

— Petey y yo crecimos aquí. Nuestro padre trabajaba en el molino y nuestra madre estaba en casa. Este sitio no... A ver cómo lo digo... No es muy intelectual. Pero Petey... — Sacudió la cabeza — . Madre mía, qué cabeza tenía ese niño. A mí me gusta pensar que soy bastante lista, pero caray, él leía a Tolstoi con doce años. Recuerdo cuando asesinaron a JFK. Yo tenía unos dieciséis años, así que él debía de tener catorce o así. Bueno, hizo un proyecto enorme sobre los logros desconocidos del presidente. Todos pensamos que era un proyecto para el instituto, pero no. Él simplemente lo hizo y luego se lo enseñó a su profesor.

»Supongo que fue entonces cuando nuestro padre se dio cuenta de que Petey era especial. Envío una solicitud a Natick, le dieron una buena beca, y allí fue donde siguió sus estudios. Petey estaba encantadísimo con todo lo que iba a aprender en una academia privada de ricos.

Sacudí la cabeza. Las similitudes eran increíbles. Yo nunca había hecho proyectos adicionales para la escuela en Alton, pero siempre era el único niño que había en la biblioteca. La única persona de menos de cincuenta años, normalmente.

— ¿Y ese gesto? — preguntó Lolita.

Sonreí.

— La historia de Peter se parece mucho a la mía. A ver, no es que crea que soy igual de

inteligente, pero tenemos... la misma trayectoria.

Entonces fue su turno de sonreír.

— «Trayectoria», ¿eh? Sí. Hablas casi como él.

»Fue interesante ver cómo mi hermano fue cambiando en Natick. Quizás fuera que, estando lejos de nuestro padre, no le daba tanto miedo su inteligencia. Pudo abrir las alas. Cuando yo era joven, tenía clarísimo que yo iba a ser la rebelde, porque Petey era más de no pasarse de la raya por nuestro padre. Pero, con quince años, Petey ya tenía una ideología política. Una ideología de izquierdas que no tenía nada que ver con la de papá, te lo aseguro. De golpe y porrazo, Petey era antibelicista y yo estaba contentísima de tener un aliado.

»Pero él no decía nada delante de nuestro padre. Nunca fue capaz. Y empezamos a ir a mítines. Nos encontrábamos en Boston, él yendo desde Natick y yo desde casa. Eso fue cuando yo ya me había graduado del instituto, así que él debía de tener dieciséis años. Bueno, cuando papá vio el artículo de la manifestación en el *Globe*, se le fue la cabeza. Amenazó a Petey con sacarlo de Natick. Dijo que le estaban lavando el cerebro.

— Guau — dije.

Ella asintió.

— Petey no sabía qué hacer. Papá era su ídolo y, de repente, estaba despotricando contra él, tratándolo como siempre me había tratado a mí, supongo. Todo lo que yo hacía estaba siempre mal. Y, chico, ni te imaginas lo bien que se le daba a mi padre dejarnos eso claro. Lo oía hablando por teléfono con Petey, y los veía a los dos en las cenas de los domingos, y papá venga a pinchar una y otra vez. Que si los valientes están luchando por la libertad de nuestro país mientras que un puñado de hippies antiamericanos como en lo que Petey se había convertido no hacían más que quejarse y quedarse de brazos cruzados. Que si la educación es de sarasas. Y Petey... Aquello acabó con él.

»Recuerdo que me llamó una vez desde Natick. Mi hermano, llorando, diciéndome que no podía soportarlo más. No sé si él mismo llegó a entender qué era lo que no podía soportar, pero yo sí. Sin la admiración de nuestro padre, él se sentía un cero a la izquierda. Siempre me pregunté por qué le importaba tanto la aprobación de papá. Tres meses más tarde, se marchó al frente. Se saltó el último año de instituto para hacerlo. Y yo estaba tan cabreada con él. Me sentí como si me hubiera abandonado. Y entonces, claro, pues pasó lo que pasó. — Lolita se frotó la frente con la mano, y yo hice lo mismo instintivamente—. Y Petey, el idealista, el que iba a manifestaciones en contra de la guerra, mi hermano, desapareció. Como si nunca hubiera sino nada más que un héroe de guerra.

»Me sorprende que tú seas el primero que ha leído ese artículo. ¿Los chavales de hoy en día no investigan o qué?

— Parece que no — dije.

— Bueno, pues bien por ti por hacerlo. Me revuelve el estómago que una fundación «honre» a mi hermano por algo que no fue ni de lejos. Antes de que dejara que el rechazo de nuestro padre lo cambiara, seguro que le habría cabreado pensar que un día se le recordaría como un símbolo de aquella guerra estúpida. Fue muchísimo más que eso, Ben. Muchísimo más. Le encantaba la literatura rusa. Los Red Sox. Carl Yastrzemski. Era capaz de lanzar la bola desde la esquina del campo derecho hasta el plato de *home*. Cantaba como un ángel y le encantaban los Beatles. Nada de eso importó una vez que ya no estuvo, solo que fue un héroe de guerra, sea lo que sea lo

que signifique.

— Guau — dije—. Gracias. Gracias por contármelo.

Lolita empujó la carpeta morada hacia mí.

— Esto es para ti.

La abrí. Dentro había varias fotocopias de cartas manuscritas. Les eché un vistazo rápido. Todas estaban datadas a finales de los años sesenta.

— Léelas — dijo—. Es más complicado de lo que los demás lo hacen parecer.

— ¿Complicado cómo? — pregunté, alzando la cabeza para mirarla.

— Léelas — dijo, sonriendo—. Tengo claro que eres un buen chico, Ben. Te confío la historia de mi hermano. Haz lo que creas que debes hacer, ¿de acuerdo?

— Gracias — dije—. De verdad, gracias.



De vuelta en mi habitación de la residencia, empecé a leer las cartas de Pappas al azar, cogiendo una de en medio de la pila.

25 de diciembre de 1967

Hola, Lo:

¡Felicísimas fiestas, hermana!

La Navidad en Vietnam es extrañamente festiva. Los demás chicos han puesto un árbol frente a los barracones. Es un *hopea* y no es perenne exactamente, pero tendrá que servir. Algunos han colgado latas de cerveza vacías de las ramas, y anoche hicimos un intercambio de regalos tontos. A mí me tocó una caja de pastelitos, lo cual es perfecto para mí, como sabes.

Tengo aquí un amigo, Clete, de Carolina del Sur. Es el único que me entiende cuando hablo de libros. Los demás siempre dicen: «Ya está Pappas poniéndose pesado», y se marchan.

Tú siempre me has entendido. Tú nunca te has marchado, ni siquiera cuando de golpe nos vimos en distintos bandos políticos. Te lo agradezco.

Pudimos ver el discurso del presidente Johnson y, ¿sabes qué? Cuando dijo que todo el mundo libre está en peligro en el sureste de Asia, me hizo sentir como que estoy haciendo algo, ¿sabes? Lo sé. Sigues totalmente en contra. Pronto cambiarás de opinión.

¿Viste el discurso con papá? ¿Dijo algo sobre mí?

Estoy aprendiendo un poco del idioma de los nativos. «*Chào*» significa «hola»; ahora lo digo cada vez que voy a la tienda. También he aprendido a decir «*tôi mong quý hòa bình*», que significa «te deseo paz», y «*tôi có thể giúp thực hiện bất cứ điều gì cho bạn?*», que quiere decir «¿te puedo ayudar a llevar algo?». La gallardía no ha muerto.

Te quiero.

Adiós,
Tu Petey

21 de enero de 1968

Hola, Lo:

Gracias por los libros. El simple hecho de recibir el paquete me ha recordado que existe un mundo ahí fuera, y necesito ese recordatorio ahora mismo. Buenas elecciones. He empezado por *Fiesta*. Me gusta la prosa nítida; siempre tuve intención de leerlo, pero ya me conoces, con mi pila de lecturas para el verano. El libro me transporta a París, y es casi estremecedor levantar la mirada y verme en los barracones. ¿Has olido alguna vez una ensalada de col abandonada durante una semana? No se me ocurre ninguna otra comparación para describirte este hedor peculiar.

Hay mucha espera en la guerra. Cuando hay un contacto con el enemigo, tiende a ser violento y repentino y, entonces, termina antes de que puedas registrar siquiera qué está pasando. Aún no he disparado mi arma. Espero no tener que hacerlo nunca.

Por favor, no se lo digas a papá, pero en los últimos meses, esta guerra me tiene de lo más desconcertado. Miras a esta gente a los ojos, a los campesinos vietnamitas, y lo que ves es miedo. Opino de verdad que el Vietcong es malvado, y que quizás tendremos éxito y lograremos vencerlos, pero ¿a qué coste? Hasta que ves a una madre corriendo frenética con un chiquillo ensangrentado en los brazos que tiene media pierna colgando, es difícil explicar realmente por qué puede que nunca llegue a disparar mi arma. Quizás fue el fuego de mortero del enemigo. Quizás lo hizo uno de nosotros. ¿Quién sabe? Estamos haciendo nuestro trabajo, pero, si nuestro trabajo puede resultar en tal atrocidad, no tiene sentido.

Papá se burlaría de mí si supiera que me paraliza la idea de apretar el gatillo. Me llamaría sarasa. Y puede que sea un sarasa, porque esto simplemente no me parece bien. Creo que quizás estoy roto. ¿Cómo si no un chico puede pasar de protestar contra la guerra a ser soldado a convertirse en lo que sea que me estoy convirtiendo ahora?

¿Aún sigues enfadada porque me alistara? Algunos días, yo lo estoy.

No me importa lo que opines de Dios. Me importa un pepino lo que yo opine de Él. Reza por mí, Lo. Reza por todos nosotros.

Con cariño,
Tu Petey

6 de marzo de 1968

Lo:

Clete ha muerto. Estaba durmiendo en el catre al lado del mío. Estábamos todos profundamente dormidos. Lo único que oí fue una explosión terrible, como si me hubiera detonado en el tímpano, y te juro que miré a mi derecha y la parte inferior de Clete era lo único que quedaba.

Ocurrió tan rápido que aún no me lo puedo creer.

Uno no llora aquí. Es como que se establecen unos vínculos incluso más cercanos que los íntimos, y entonces tu amigo ya no está y tú... te aguantas. Te comportas como un hombre.

No sirvo para esto. Sé que papá no me lo perdonaría nunca, pero si pudiera marcharme de aquí mañana mismo sin que me capturaran ni me torturaran, lo haría, sin duda. No es humano. No está bien.

Si algún día salgo de aquí, iré a North Charleston a visitar a la madre de Clete. Por lo que contaba, debe de ser muy buena persona.

Con amor eterno,

Tu Petey

Busqué la siguiente carta. No la había. Hojeé por las del principio que me había saltado. Todas eran de 1967.

Acababa de leer las últimas palabras de Peter Pappas a su hermana, y el alma se me cayó a los pies.

Peter. Un chico que habría sido un amigo y un aliado si hubiéramos vivido en la misma época. Un chico al que le gustaban Hemingway y las conversaciones profundas y los pastelitos.

Un chico que no fue un héroe de guerra. No porque fuera un «sarasa», sino porque se oponía a ella. Un chico que murió por el amor y la aprobación de su padre.

¿Cómo leches iba yo a aceptar un premio que era una mentira sobre la persona de la que recibía el nombre?



— A esto lo llaman «veranillo del membrillo» — dijo Toby cuando salimos del coche de Albie en el lago Walden. El aparcamiento estaba casi vacío a pesar de que, para ser el último domingo de febrero, no hacía demasiado frío.

— Tú sí que eres un membrillo — dijo Albie—. Ese veranillo pasa en otoño, no en invierno. Y ahora lo llaman «*veroño*».

— La cuestión es que hace más calor de lo normal, que no estamos ni en primavera, así que no me toques el *veroño*, Albie.

— Mira, quien te entienda, que te compre.

— Je, a veces no me entiendo ni yo — dijo Toby, mirando hacia mí.

El sol había salido y, aun así, el cielo todavía tenía un tono gris invernal, como si la misma atmósfera no se hubiera dado cuenta de lo cerca que estaba la primavera. Toby celebraba los diez grados prematuros luciendo un top amarillo. Giró sobre sí mismo con los brazos levantados mientras estábamos allí de pie en el aparcamiento desierto. Yo no había visitado el lago Walden desde que nos trajeron de excursión hacía un par de años. Lo único que recordaba era que los compañeros se escabulleron a fumar porros mientras Bryce y yo nos sentamos frente al agua e intentamos escribir un poema sobre la naturaleza, que era el ejercicio que nos había puesto la señora Crowley. Los poemas que el lago inspiró aquel día resultaron memorables por lo atroces que fueron, si no recuerdo mal.

— A este sitio le pusieron el nombre de un poeta, ¿verdad? — dijo Rafe.

— Creo que sí — dijo Toby.

— Se llama lago Walden — dije.

— Eso. Walden.

— El poeta en realidad se llamaba Henry David Thoreau — dije—. Aquí, en el lago Walden, escribió un libro en el que hablaba de vivir de forma sencilla en la naturaleza. Lo tituló *Walden*.

Nadie dijo nada durante unos momentos y noté que estaba apretando los dientes. Odio ser este tipo de persona, pero que la gente diga algo erróneo sobre literatura estadounidense para mí es como si arañaran una pizarra.

— ¿Estás seguro? — preguntó Rafe—. Juraría que hubo un poeta que se llamaba Walden.

— No que yo sepa — dije.

— Ah.

— Preguntémosles a los móviles — dijo Toby, sacándose el teléfono del bolsillo como quien desenfunda una pistola. Escribió rápidamente mientras caminábamos—. Walden... Sí. Henry David Thoreau. Ben tiene razón... Oh. Muy guapo no era este Henry David. Trascendentalista... Eso significa que trasciende — explicó mirándonos—. Naturalista... Eso significa que era nudista.

Me eché a reír.

— Sí. Thoreau, el famoso autor, fue un nudista trascendente. Buen trabajo, Toby.

— No me gustaría *para nada* estar en una playa nudista con él — dijo sacudiendo la cabeza y guardándose el móvil.

Nos detuvimos delante de un cartel de madera, clavado al lado de un camino algo empinado que conducía hacia el lago. Ponía:

ESTE APARCAMIENTO SE ASFALTÓ CON ASFALTO POROSO,
ASFALTO QUE DRENA
DESDE 1977, HA AUMENTADO
EL NIVEL FREÁTICO LOCAL Y REDUCIDO
LA EROSIÓN, LA POLUCIÓN Y LA NECESIDAD
DE DESAGÜES Y SAL PARA CARRETERA.
HAY DISPONIBLE UN FOLLETO.
UN PROYECTO PILOTO
DEL MASS. DEP Y DEL MASS. DEM.

— Guau, hasta los carteles son poemas aquí — dijo Albie.

Me eché a reír.

— Un poema malísimo. Sobre todo el final.

— «La erosión, la polución y la necesidad». Puede que escriba un poema con ese título — dijo Toby.

— Escríbelo. Ahora — le exigió Albie.

Mientras nos acercábamos a la arena, Toby extendió los brazos frente a sí como si fuera un gran orador.

— «La erosión, la polución y la necesidad», de Toby Rylander. Mmm... Un momento, tengo que contestar. — Cogió su móvil—. ¿Qué? Ah, claro. Por supuesto. Gracias. Dios te bendiga. — Volvió a guardar el teléfono—. Era mi agente. Dice que no cree que sea el mejor momento para emprender un proyecto como este.

Nos detuvimos frente al agua, que se acercaba vacilante a nuestros pies antes de retroceder, como si no estuviera segura de su propia fuerza. El borboteo de las olas diminutas me hizo sentir realmente en calma, e imaginé estar allí en el siglo XIX, solo, como Henry David Thoreau, famoso escritor y nudista. Miré a izquierda y derecha, a mis amigos. Rafe, que seguramente estaba pensando en otra cosa, como era habitual. Toby igual. Albie, a quien no le interesaba demasiado la literatura a menos que la hubiera escrito alguien con cierta debilidad por las distopías posapocalípticas. Pero estaban allí conmigo, y yo podía ser yo mismo con ellos. Y eso

era mucho.

— Qué tranquilidad — dije.

— Sí — dijo Rafe.

— Venga — dijo Albie tirando de Toby— . Demos a los chavales un momento sin Toby.

— No es justo — dijo Toby— . Yo también quiero un momento sin Toby.

— ¿Y quién no? — Albie empezó a caminar por la orilla.

— Espera — dijo Toby sin moverse.

Toby me miró y, en un milisegundo, me di cuenta de lo que estaba a punto de pasar.

— ¿Albie? ¿Rafe? — dijo, y ambos asintieron— . ¿Qué pasaría si os dijera que soy de género fluido?

Ni el uno ni el otro dijeron nada por un momento, pero entonces Albie dijo:

— Supongo que me preguntaría dónde está la noticia. Quiero decir, siempre has sido un poco así, ¿no?

Toby asintió, pero después negó con la cabeza.

— Sí. No. No sé. Es un poco nuevo. Es como que... que llevo un tiempo pensando más y más en ello. En el hecho de que hay días en los que creo que soy mujer, y otros días en los que creo que soy hombre. Y a veces ambos. O ninguno, supongo.

Rafe sonrió, se acercó a Toby y le dio un abrazo de oso.

— No es un tema que me venga de nuevas — dijo— . Mi madre se pasó todo el verano pasado haciéndome preguntas trampa sobre mi identidad de género, y yo estaba en plan: «Eeeh, vale, ya te diré algo».

Toby le dio un beso a Rafe en la mejilla.

— Gracias.

— ¿Qué pronombre prefieres? — preguntó Rafe.

Toby miró a Albie.

— «Él» o «ella» ya me van bien, según cómo me sienta. O «elle», supongo, pero no uséis los tres a la vez, me haríais sentir como si fuera más de una persona.

— Y con un Toby tenemos de sobra — dijo Albie.

A Toby se le escapó la risa.

— ¿A que sí? — Él y Albie se miraron, y Toby preguntó— : ¿Todo bien entre nosotros?

— Claro — dijo Albie— . Me da profundamente igual el género que seas. Eres Toby hasta que me digas lo contrario. ¿Tienes pensado... transicionar?

Toby negó con la cabeza firmemente.

— Creo que no tengo nada lo bastante claro como para dar un paso así. Yo soy yo, y ser yo es muy confuso.

Rafe me miró.

— ¿No te supone ningún problema, Ben?

Disfrutando por una vez de ser el centro de atención, me acerqué a Toby y lo cogí en brazos. Él soltó un grito y me rodeó la cintura con las piernas.

— Toby es mi colega — dije.

— Pensaba que esto sería confuso para ti — dijo Rafe, examinándose.

— La verdad es que yo ya lo sabía, así que chúpate esa.

Lo cierto es que Rafe parecía algo impresionado. Miró a Toby, que asintió para confirmar lo que yo había dicho.

— ¿«Chúpate esa»? — repitió Rafe—. Dios, Ben, ¿qué tienes? ¿Cuatro años?

— Doscientos. Soy del siglo XIX.

— Vamos — le dijo Albie a Toby—. Demos un paseo.

Y ambos se marcharon orilla abajo.

— Eso ha sido interesante — dijo Rafe.

— Me encanta que Toby sea tan... Toby — dije—. Admiro eso de él.

— Sí.

Nos quedamos allí de pie un rato, y mi mente vagó de vuelta a las cartas que había leído el día antes. Volví la cabeza hacia Rafe.

— ¿Y si te dijera que Peter Pappas no fue necesariamente un fan de la guerra de Vietnam? — pregunté.

Rafe cogió una piedrecita y la tiró al agua. Se formó un anillo de olas pequeñas.

— Te diría que Peter Pappas está muerto, que lleva muerto muchos, muchos años, y que sus opiniones no me importan demasiado.

Me agaché y cogí una piedra redonda y lisa.

— Bueno, a mí sí que me importan un poco. — Lancé la piedra bien alto, hasta la zona profunda del lago—. Tengo que escribir un discurso sobre él, y ayer estuve con su hermana. Me dio unas cartas que envió él desde Vietnam.

— Qué fuerte — dijo Rafe.

— Sí, bastante. Y Peter Pappas no fue para nada como lo pinta la academia. Fue básicamente un chico que quería que su padre estuviera orgulloso de él, y que fue a luchar en una guerra en la que no creía, y que murió.

— Bueno, si quieres saber mi opinión, que, por supuesto, ¿por qué no querías saberla?, te diría que le des a la gente lo que quiere. ¿Qué más da si así tienes a todo el mundo contento y te llevas la beca? ¿Acaso es responsabilidad tuya aclarar las cosas?

Me encogí de hombros y me arrodillé para buscar más piedras. *¿Habrás escuchado lo que he dicho?* Cuando no contesté, él se arrodilló también.

— Creo que eres genial, Ben. Porcelana. Ups. Magenta. Lo que sea. Solo tú te agobiarías porque tu discurso de aceptación de una beca increíblemente valiosa puede que no refleje la pura verdad del tipo del que hablas. Pero eso solo es parte de lo que te hace magenta, ¿vale?

Sonreí un poco. Rafe tenía razón, básicamente. ¿Por qué era responsabilidad mía corregir los errores del mundo?

— Vale.

Nos volvimos a poner en pie y nos quedamos mirando el agua durante un tiempo. Entonces, eché un vistazo a mi lado y allí estaba Rafe, y fue como si mi cuerpo suspirara complacido.

— ¿En qué piensas? — preguntó Rafe.

Me encogí de hombros.

— En Keats.

— ¿El británico aquel?

Me reí.

— Estás hecho un erudito. Sí, el británico aquel. Me estaba acordando de *Oda a una urna griega*. «Si oídas melodías son dulces, más lo son las no oídas».

— Em. ¿Sería mejor fingir que te estoy entendiendo, o quieres traducir para quienes nos pasamos casi todo el tiempo libre viendo programas de cotilleo?

Me fijé en cómo la luz del sol se reflejaba en la superficie plácida del lago.

— Keats estaba observando una urna preciosa en la que había imágenes de jóvenes celebrando, y se maravilló con cómo, en ese momento que captura la runa, todo es... eterno. Nada se marchita. La expectación y la... emoción no desaparecen nunca.

Noté que Rafe sonreía un poco. Se volvió hacia el agua y murmuró:

— Guau.

Seguimos allí de pie, el uno al lado del otro, mirando las aguas tranquilas. Entonces, lo tomé de la mano.

No es que lo hubiera planeado. Simplemente lo hice porque era lo adecuado.

Nos volvimos hasta que estuvimos frente a frente. Había una pregunta en sus ojos de color avellana, unos ojos que brincaban de un lado para otro, de izquierda a derecha, como si temieran que ese momento se evaporara. Quería asegurarle lo *inasegurable*.

— Quería cogerte de la mano. También quise en el coche, la noche del baile. Pero ahora sí que lo he hecho.

— Sí — dijo antes de tragar saliva — . Lo has hecho.

— Sí.

Miró hacia abajo, a la arena bajo nuestros pies.

— ¿Estás seguro?

Me reí.

— No lo habría hecho si no lo estuviera.

— Guau. ¿Deberíamos hablar de lo que significa esto?

Yo negué con la cabeza.

— Vale... — dijo.

Tenía fuegos artificiales rebotando dentro del pecho. Todo me parecía tan... perfecto. Me sentía vivo. Vibrante. Ligero.

— Bueno, ¿y Hannah?

Negué con la cabeza otra vez.

— El corazón quiere lo que quiere.

— Y tu corazón... ¿me quiere a mí?

Le estreché la mano, y él estrechó la mía con fuerza.

— Estar aquí, donde quizás el propio Thoreau estuvo, hace que me venga a la cabeza una frase famosa suya — dije — . Puede que no la diga bien, pero más o menos era: «En cualquier

circunstancia, siempre he querido mejorar el momento. Detenerme en la encrucijada de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el presente, y vivirlo al máximo».

— Mira que te gusta apoyarte en los clásicos, ¿eh?

— Es que todo ya se ha dicho tan bien... — dije con la mirada puesta en el horizonte—. «Detenerme en la encrucijada de dos eternidades, el pasado y el futuro, que es precisamente el presente, y vivirlo al máximo».

Ninguno de los dos dijimos nada durante un rato.

— Es como si estuviéramos ahí — dijo Rafe al fin—. Estamos en este sitio histórico, que es tu sitio, y estamos hablando del futuro, que es más bien mi sitio porque a ti te asusta.

— No me asusta...

Rafe me interrumpió.

— No pasa nada. La cuestión es que estamos aquí ahora. Mi padre siempre dice que, si tienes un pie en el ayer y otro en el mañana, te meas en el presente.

Me eché a reír, y luego me reí un poco más imaginándome al señor Goldberg diciendo eso.

— Supongo que tiene razón — dije.

— Sí — dijo Rafe—. Es como si estuviéramos más cómodos viviendo en el pasado o en el futuro porque el momento presente es demasiado incierto, da demasiado miedo. ¿Crees que era eso lo que quería decir Thoreau?

Pateé un poco la arena que tenía delante de mí.

— Creo que esa es la encrucijada. El fragmento de un instante en el que el pasado y el futuro se encuentran y que, en cuanto lo vives y lo reconoces, ya se ha ido. No puedes pensar en ello. Simplemente, tienes que vivirlo.

— Guau — dijo Rafe—. Guau.

El tiempo se detuvo como si el lago fuera una urna, y me sentí como si pudiera echar a volar. Quería mirar a Rafe, a mi mejor amigo, a mí... ¿Quién sabe? Mi persona. El chico que me hacía sentir realmente yo. Pero no me hacía falta mirarlo. Estaba allí, y eso era más que suficiente.

— Este instante presente es particularmente agradable — dije.

— Y ya se ha ido — dijo él y, por su tono, supe que estaba sonriendo.



No sé exactamente qué esperaba cuando llamé a Hannah. Supongo que poder pasar página. Saber que ella estaba allí fuera, esperando que la llamara, me resultaba doloroso. Lo había pospuesto tanto como había podido, y había encontrado otras cosas con las que mantenerme ocupado. El lunes por la noche, estudié Matemáticas y conjugué un montón de verbos en español. El martes por la noche, estudié los polinomios de Taylor y leí una y otra vez las cartas que Pappas envió a su hermana. Intenté un par de veces escribir la introducción de mi discurso para el premio. Entonces, cuando ya no encontré más excusas y mi mente volvía a cómo, dos días antes, había cogido a Rafe de la mano en el lago Walden, llamé a Hannah.

— Ey — dijo.

— Ey. ¿Cómo estás?

— Meh. ¿Qué quieres, Ben?

Me reí, pero porque era incómodo. Esa era la cuestión y ya sabía la respuesta, y sentí que estaba a punto de descubrir qué se siente al decirle a alguien que lo han rechazado de la universidad a la que había solicitado ingresar.

— Creo que eres perfecta — dije—. Nunca había conocido a una chica como tú, y eres ideal para mí. Pero mi corazón... En mi corazón hay dos personas y creo, supongo, que puede pasar. Pero Rafe está primero en mi corazón y, aunque soy hetero, creo que necesito saber hacia dónde me conduce eso, porque de lo contrario, nunca sabré lo que podría haber sido. Creo que tú eres la elección acertada, pero Rafe es la elección que voy a hacer, porque es lo que me dice el corazón. ¿Vale?

Hannah se rio. Fue una risa como incrédula. No dejaba de reírse.

— ¿Qué? — pregunté.

— Dios — dijo—. Esto lo remata todo. Cuando mi padre nos engañó con Marnie, pensaba que había tocado fondo, pero claro, un chico hetero aún no me había dejado por otro chico.

— Venga...

Me interrumpió.

— Ben. Has elegido a un chico antes que a mí. Eres un chico hetero que ha elegido a otro chico. Antes que a mí. ¿Cómo pensabas que me iba a sentir?

— Lo sé — dije—. Lo siento.

— ¿Te estás enrollando con él?

— No. No haría algo así sin haber hablado contigo antes. No soy así.

Ella se volvió a reír.

— Guau. Nunca había tenido más ganas de meterle un puñetazo a un chico como las que tengo de metértelo a ti.

— ¿Quieres darme un puñetazo?

— Eres tan virtuoso. Y es como que una no puede ni enfadarse contigo. Todo lo que dices es lo correcto. Pero. Has elegido a un chico antes que a mí. Eso es lo que ha pasado.

— He pensado que debía decírtelo.

— Sí, bueno. Pues ya me lo has dicho. Muchas gracias. Y, por cierto, que te follen. Cuando hayas acabado de descubrirte a ti mismo y decidas que te vuelven a gustar las tías, no me llames. Adiós.

Dejé el móvil y abrí el libro de texto de Historia. En la página había una ilustración de la batalla de El Álamo y la estudié, fijándome en un cañón de bronce que apuntaba a un ejército entero de tropas mexicanas. Respiré hondo y sentí que me apretaba la garganta. Leí un texto sobre cómo James Polk le ganó la presidencia a Henry Clay porque Clay fue demasiado vacilante con lo de Texas.

¿Había sido yo demasiado vacilante? ¿Y si simplemente le hubiera dicho: «Mira, me dijiste que te llamara cuando estuviera listo para elegirte a ti antes que a Rafe. Te llamo porque no estoy listo para hacer eso. He pensado que debías saberlo»?

¿Habría sido eso mejor? ¿Mejor que tanta ambigüedad y tanto intentar ser su amigo cuando obviamente no había forma de que fuera a estar contenta conmigo?

Cerré el libro de golpe. Mierda. Volvía a notar aquella sensación pesada, subacuática, y no había aire que respirar en mi habitación.



Llamé a la puerta de Rafe y, por una vez, él estaba allí y Albie no.

— Tienes cara de alguien que se acaba de enterar de que el entrenador Donnelly es el profe de Historia — dijo.

— Ja, ja.

— ¿Qué pasa?

Me senté en su cama y él se sentó a mi lado, lo cual hizo que me zumbara la cabeza.

— Hannah se ha cabreado muchísimo.

— Oh — dijo — . Lo siento. ¿Estás bien?

— No tengo ni idea. Acabo de hacer daño a una chica que me gusta de verdad porque...

Rafe bajó la mirada a su regazo.

— ¿Quieres volver a llamarla, decirle que la has pifiado muchísimo y que las cosas vuelvan a como eran, no sé, la semana pasada? Porque a mí me parecería bien.

Lo miré como si me hubiera estado a punto de sentar y me hubiera quitado la silla.

— ¿Lo dices en serio?

Rafe negó con la cabeza ligeramente.

— No, no podría decir algo así en serio.

— Bien. Porque no quiero hacer eso. ¿Vale?

— Ni yo que lo hagas — dijo—. Y si hubieras dicho que sí, que querías hacer eso, el rapapolvo que te hubieras llevado habría dejado en ridículo al de Hannah.

Me reí un poco y respiré hondo.

— Solo quiero ser feliz.

— Yo también. Quiero decir, yo también quiero que seas feliz. Pero tampoco me importaría ser feliz yo.

— ¿Lo eres? — pregunté.

Se pasó las manos por el pelo y dijo:

— Sí. A ver, magenta está sentado en mi cama conmigo, así que, em. Sí.

— Bueno, ahora la pregunta es: ¿nos puedes imaginar teniendo una cita de verdad?

Rafe se echó a reír.

— Qué del siglo XX eres.

No le hice caso.

— El jueves por la noche. ¿Quieres que tengamos una cita, chico con chico?

— Em — dijo Rafe—. Nada en el mundo me haría más feliz.



Al día siguiente, durante mi hora libre, fui al Edificio de Administración para hablar con el director Taylor. Tenía que esperar como un cuarto de hora, así que saqué mi libro de Matemáticas e intenté leerme el capítulo sobre la fórmula de Herón para calcular un área. No veía la hora de aprobar el último examen de Matemáticas de mi vida y poder centrar mis estudios en cosas que tuvieran sentido.

Tampoco veía la hora de que llegara el día siguiente. Mi primera cita oficial con Rafe. ¿De verdad estaba pasando esto? ¿Qué significaba?

El secretario del director Taylor interrumpió mis pensamientos diciéndome que ya podía pasar.

— ¿En qué puedo ayudarle? — preguntó el director en cuanto entré en su despacho. Se estaba comiendo un sándwich de atún.

— Quería hablar con usted sobre mi discurso del premio Pappas.

— Si lo que quiere son ejemplos, puede buscarlos en la biblioteca. Tengo entendido que hay una carpeta con todos los discursos ordenados por año.

Yo no sabía eso, y me hice una nota mental para acordarme de revisar a conciencia la gramática del discurso en cuanto lo tuviera terminado.

— Verá, he estado investigando a Peter Pappas.

— Bien — dijo — . Tenemos un archivo.

Asentí a pesar de que sabía que ese «archivo» eran básicamente dos artículos.

— Lo sé, señor. También busqué información en la biblioteca Bacon Free.

Él sonrió.

— ¿Por qué no me sorprende? Está usted hecho un campeón.

Asentí otra vez.

— Gracias, señor. Pero es que... me preguntaba si alguien sabe que Pappas tenía sentimientos encontrados sobre la guerra de Vietnam.

El director Taylor arqueó una ceja.

— Primera noticia.

— Pappas hizo una argumentación en Modelo de Congreso en contra de la guerra, y asistió a una manifestación en contra del conflicto un año antes de alistarse. — No mencioné que había hablado con su hermana. No estaba seguro de que el director Taylor quisiera saber que la había

molestado.

Él se encogió de hombros.

— Yo no me preocuparía mucho por eso. El hecho es que fue un héroe de guerra y se le recuerda como tal. La fundación que entrega la beca y el premio quiere que se le recuerde así. Yo que usted pasaría por alto las objeciones de Pappas. Limítese a escribir sobre el valor, Ben. Es indudable que un joven que se alistó voluntariamente para ir a la guerra y que murió por la causa fue valiente, ¿no cree?

— Sí, bueno, pero es que pensé...

— No piense demasiado. Como ganador del premio, su trabajo consiste en rendir homenaje. Nada más y nada menos. Sería inapropiado sacar a la luz en su discurso cualquier drama que rodeara a los hechos. Y no quiere dar a la fundación ningún motivo para repensarse el ganador.

— Sí, señor. — Agaché la cabeza.

— ¿Algo más? Quiero acabar de comer, que tengo una reunión en quince minutos.

Crucé los brazos sobre el pecho.

— Una última cosa: ¿cómo va mi media de notas?

Él golpeó el escritorio con los nudillos.

— Perfectamente, Ben. La señora Dyson me dijo que ha mejorado aquel bien alto en Matemáticas. Mientras logre mantener un notable como mínimo en esa asignatura, todo le irá de maravilla. Tan solo siga como hasta ahora. ¿Algo más?

El próximo examen de Matemáticas era un problema. Estaba programado para el martes, tres días antes de mi discurso. Para mantener mi media de notable, seguramente tendría que sacar como mínimo un notable bajo en ese examen, lo cual me iba a suponer unas cuantas noches en vela estudiando y, aun así, no tenía el notable garantizado. Pero eso no es algo que le cuentas al director de tu academia.

— Nada más. Gracias.

— Un placer — dijo — . Y eche un vistazo a la carpeta de los discursos. Siga el ejemplo de los demás ganadores y todo irá bien.



Mendenhall era el centro de atención en el vestuario cuando llegué para el entrenamiento de la tarde.

— ¿Cómo consigues que a una rubia le brillen los ojos? — preguntó.

— ¿Cómo? — gritó alguien.

— Le apuntas una linterna en la oreja. ¿Qué dicen las rubias después de follar?

— ¿Qué?

— ¿Y todos vosotros jugáis en los Patriots?

Me estremecí, y me acordé de Hannah y de lo que me había dicho. *¿Qué dice de los tíos el hecho de que hagan como que odian lo que más les atrae?* Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No quería empezar a pensar en todo el desastre con Hannah.

Afuera, en el gimnasio, los chistes continuaron mientras el entrenador Donnelly enviaba bolas bajas al campo interior. Mendenhall, que estaba de parador en corto, parecía saberse miles.

— ¿Qué dice una chica de Bollo Grace cuando quiere acostarse contigo?

— ¿Qué? — berreó uno de los chicos.

— No.

Algunos compañeros se empezaron a reír, pero yo sentí que la cara se me ponía roja. Y, por una vez, no pude ocultarlo.

— Tú eres consciente de que tu madre es una mujer, ¿verdad? — le dije a Mendenhall.

Hubo un coro de «uuuh» que me hizo sentir vergüenza. No había dicho eso para llamar la atención ni para poner a Mendenhall en evidencia, sino que lo había dicho porque era lo que pensaba: la misoginia es una mierda.

Mendenhall se cruzó de brazos, rígido.

— No vuelvas a decir ni una palabra sobre mi madre.

— He dicho que tu madre es una mujer — dije—. Lo es, ¿no?

Más «uuuh».

— Y yo te he dicho que no digas ni una palabra sobre mi madre.

Me volví para que estuviéramos cara a cara.

— Pues para ya con los chistes de violaciones. ¿Eres así de tonto o es que crees que las violaciones son cosa de risa?

Mendenhall dio un paso hacia mí, y yo di otro hacia él instintivamente. Estaba harto de ser su perrito faldero y de seguirle la corriente con su visión forzada del mundo. Incluso si muchos de los chicos pensaban como él, yo no tenía intención de seguir formando parte de eso.

— Chicos — dijo el entrenador Donnelly—. Basta ya. Concéntrense en los ejercicios.

Me volví a mi posición en el campo, y el entrenador bateó una bola hacia mí. Pude oír cómo crepitó al salir despedida. Era una bola baja difícil que rebotó dos veces y me llegaba por la izquierda. Me coloqué justo delante, pero, no sé cómo, calculé mal el rebote en el suelo del gimnasio. Me dio justo en la espinilla, y murmuré un «mierda» mientras daba saltitos.

— Más concentración, menos boca — me gritó Mendenhall.

— Tú también — le contesté.

Luego pasamos a practicar los bateos. Clement, que seguramente iba a acabar en el equipo de los juniors a pesar de que era bastante bueno, estaba teniendo dificultades. Era zurdo y siempre enviaba las bolas a la línea de la tercera base. Sabía que eso significaba que bateaba demasiado tarde. Donnelly estaba haciendo de lanzador, y levanté la mano para pedirle que se esperara un momento.

— Clement — dije acercándome a él—. Creo que haces el paso demasiado largo. Te cuesta seguirle el ritmo a la bola. Hazlo así. — Le cogí el bate y, aunque soy diestro, me coloqué en la posición izquierda con las piernas bien separadas—. Hasta que tu velocidad con el bate mejore, ¿por qué no pruebas a batear sin más? El paso no te está ayudando.

Le devolví el bate y Clement se colocó tal y como le había enseñado, echando el bate hacia atrás. Llegó la siguiente bola y, aunque le costó batear sin dar el paso, la golpeó en línea recta. Bateó también la siguiente bola, un poco más fuerte, y logró enviarla al campo derecho.

— Muy bien — dije—. Acostúmbrate a la velocidad y, poco a poco, puedes intentar separar menos las piernas para añadir el paso otra vez.

El entrenador me enseñó el pulgar hacia arriba y, cuando corrí de vuelta a la tercera base, Mendenhall me hizo el mismo gesto.

Yo asentí en su dirección, él asintió hacia mí, y me di cuenta de que quizás no entendía del todo las reglas de la camaradería. Hacía un momento, había pensado que nos íbamos a pelear, y ahora aquí estábamos, otra vez en el mismo bando.

El siguiente bateador envió una bola tremenda hacia mi posición. No tuve tiempo de pensar: me tiré de lado, con el guante extendido y el cuerpo entero en el aire por un instante. Fue todo instinto, algo que ocurre cuando juegas mucho. Haces lo que tienes que hacer para atrapar la bola. Sentí cómo esta me empujaba el guante hacia arriba justo cuando yo caía sobre el duro suelo del gimnasio. Uf. El aterrizaje me sacudió las costillas, pero, de algún modo, cerré el guante alrededor de la bola. Me levanté de un salto y la lancé al compañero en primera base como si fuera un proyectil. Cuando los demás empezaron a gritar y vitorear, bajé la cabeza. Temía haberme pasado de chulo.

— Ahí está — dijo Mendenhall—. El tío es un capullo, pero juega bien.

— Que te den — dije, estirando el torso dolorido pero incapaz de aguantar una pequeña risa. Él se rio también y pensé: *Efectivamente. Ni idea de cómo funciona esto.*



Aquella noche, la noche anterior a mi primera cita de verdad con Rafe, apenas dormí. Tenía muchísimos pensamientos rebotando por mi desconcertado cerebro.

Me imaginé a un hombre de Play-Doh al que le estiraban de los brazos hasta que se le desprendían del cuerpo.

Pensé en una frase de Ralph Waldo Emerson que me gustaba. «Ser uno mismo en un mundo que constantemente intenta convertirte en otra cosa es el mayor de los logros».

Era una frase que siempre había conectado mucho conmigo desde que la leí con quince años. Pero ahora era distinto, como si Emerson se hubiera metido en mi mente y supiera exactamente lo que se sentía al ser yo.

¿Me estaba convirtiendo más en yo mismo, o menos? ¿Era yo una persona que tenía citas con un chico y no pasaba nada? En lo relativo al béisbol, todo aquello de «encararse con Mendenhall pero al final todo bien» me hizo sentir bien, pero a la vez me resultaba ajeno. ¿Mi nuevo yo iba a pelearse con la gente todo el rato y luego aquí no ha pasado nada?

Y luego estaba todo el tema de mi familia. Un escalofrío me recorrió el cuerpo con solo imaginar la cara que pondría mi padre si supiera lo de la cita de mañana. A él no le parecería bien que saliera con Rafe, en absoluto. ¿Había algo dentro de mí que no funcionaba bien y que me llevaba a hacer algo así? ¿Había habido algo dentro del tío Max que no funcionaba bien y que lo había llevado a hacer cosas como esta? ¿Mi madre estaría bien? El escalofrío me llegó a los huesos al imaginar la cara de mi madre, y me pregunté si me daría la espalda si lo supiera. Porque yo no sería capaz de soportar algo así. ¿Y Luke? Él me tenía por un buen hermano mayor. ¿Me seguiría respetando si supiera que salgo con otro chico?

Un pensamiento me pasó por la mente. *¿Qué pienso yo sobre salir con Rafe? Estoy dándole vueltas a lo que el resto del mundo pensaría, pero no me he tomado ni un segundo para tener mi propia reacción. Qué raro.*

Si dejaba todo eso de lado, tenía ganas de que llegara la cita. Rafe y yo, por ahí juntos. Sonreí. Sí. Podía salir bien.



Rafe eligió el lugar de nuestra cita del jueves por la noche. Se había decidido por una cafetería de Lowell y, aunque no me entusiasmaban ni el tráfico ni tener que gastarme dinero en gasolina

para un viaje de ida y vuelta de casi cien kilómetros, no le dije nada.

— Me encantan los árboles de aquí — dijo Rafe mientras recorríamos la autopista 95 hacia el norte de Massachussets.

Asentí, consciente de que él estaba tan nervioso como yo. Y yo lo estaba mucho. Me estaba costando un montón mirar a mi derecha. ¿Cómo era posible que esto estuviera pasando? ¿Qué pasaría si salía bien? ¿Tendríamos más citas? ¿Era posible llamar a esto simplemente «quedar» y no «cita»? Porque lo que me incomodaba era la palabra en sí, y me resultaba difícilísimo entenderlo. De toda la vida, para mí las citas eran algo que hacían los chicos y las chicas juntos. Los chicos quedan en plan colegas con otros chicos, y así había sido siempre. Pero ahora me había abierto violentamente y se estaban filtrando dentro de mí conceptos nuevos y en mi cabeza solo había ruido.

¿Y si era gay? ¿Y si solo me había interesado por Hannah y otras chicas para defenderme de esa verdad? En clase de Psicología, hablamos del ego y de los mecanismos de defensa, como la negación. ¿Estaba yo en un estado de negación? ¿Cómo sabes si estás negando algo? Yo no era gay. Era imposible. Lo que sentí por Hannah no parecía para nada un mecanismo de defensa.

¿Era bi? *Hola, soy Ben Carver, soy bisexual.* Me sonaba tan... raro. Sí, mi tío era bi, y mucha otra gente lo era, obviamente. Pero para mí, ser bi significaba que los chicos y las chicas te atraían por igual. Y ese no era mi caso. A mí básicamente me atraían las chicas y un chico en concreto.

Tenía que haber un término para eso.

— Creo que deberías dar la vuelta y recogerla — dijo Rafe.

Sus palabras me arrancaron de golpe de mis pensamientos y miré hacia él:

— ¿Qué?

— Creo que acabo de ver un trozo de tu materia gris en el arcén. La explosión ha sido devastadora.

Intenté reír un poco.

— Tierra a Ben, Tierra a Ben — dijo y, como respuesta, sonreí.

Los árboles altos se veían casi como un borrrón mientras avanzábamos a gran velocidad por la autopista. El sol se estaba poniendo a mi izquierda y breves destellos de luz se colaban entre el follaje.

— ¿Sabías que el acrónimo original del Partido Nacionalsocialista era Nasos? — pregunté—. La palabra «nazi» la usó por primera vez un periodista y, a pesar de que su intención era denostarlos, el término se fue extendiendo y aceptando. «Nazi» viene de una palabra bávara que significa «estúpido».

— Ah. Buen dato que soltar en una cita — dijo Rafe.

— Quizás ese será el dato que te haga rico en *¿Quién quiere ser millonario?*

Nos quedamos en silencio un rato.

— ¿Por qué has sacado el tema de los nazis así de golpe? Ha sido muy raro — dijo.

Medité mi respuesta un momento.

— Estaba pensando en lo complicado que es esto. No creo que sea gay, pero estoy en una cita con mi mejor amigo, que es un chico. Pero, por otro lado, lo complicado suele ser bueno. La

sociedad decae cuando todo se simplifica, cuando todo se reduce al mínimo común denominador. Al odio. Al miedo. Los nazis eran lo contrario de complicados.

— Tengo clarísimo que irás a una universidad mejor que yo — dijo Rafe.

— ¿No crees que las etiquetas son demasiado restrictivas? ¿Que no son lo bastante complicadas?

Rafe miró por la ventana.

— Me rayé bastante con ese tema el semestre pasado. En plan, las etiquetas no pueden describir a una persona. Y, aunque sigo creyendo eso, es un tema complicado porque, por cutres que sean las etiquetas, creo que nos perdemos muy rápido si intentamos libranos completamente de ellas.

»Imagínate. ¿Cómo señalas a alguien en un restaurante sin etiquetarlo? Sin decir que es alto u hombre, o incluso negro o latinoamericano. Eso no son más que descripciones. Una persona no se reduce a eso, desde luego, pero eso no significa que las etiquetas no sean útiles.

Me di cuenta de que eso era algo que a lo que tendría que darle vueltas un buen rato.



El local resultó ser una cafetería que se llamaba Brew'd Awakening. Pensé que una cafetería era un sitio fantástico para una cita, y me apetecía tener una buena conversación. Pero, cuando llegamos, me di cuenta de que los únicos que hablarían serían los poetas que participaban en el *slam*, no yo.

— ¿Qué carajo es esto? — murmuré cuando llevamos nuestros cafés a una mesa libre. Universitarios barbudos y chicas con el pelo de colores iban de un lado para otro a nuestro alrededor.

— ¿Estás de coña? ¿Nunca has visto *slam poetry*? — Cuando negué con la cabeza, continuó— : Es una mezcla brutal. Algunos poemas son una pasada, pero otros son... un infierno hípster.

¿Podemos ir a otro sitio? ¿A cualquier otro? , estuve a punto de decir. A mí no me interesaba lo más mínimo la *slam poetry*, y esto ni siquiera era Boston, donde sentía que podríamos tener una cita sin ningún problema. No sabía mucho de Lowell, y la gente que había en el local parecía bastante maja, pero esto estaba de camino a la granja de mis padres. Era un poco incómodo. Pero sonreí y dije:

— Hurra, *slam poetry*.

Rafe sonrió un poco, puso los ojos en blanco y dijo:

— Ten la mente abierta.

Eso se me hizo difícil de inmediato. La primera actuación fue de un barbudo con gafas que parecía ser universitario o quizás un poco mayor. Había colocado un radiocasete, un micrófono y un par de altavoces pequeños en el escenario improvisado. Las quince personas o así que había allí parecían estar deseando que empezara, pero a mí me daba un poco de miedo, sobre todo cuando el tipo se volvió hacia el público y me di cuenta de que la barba solo le cubría un lado de la cara.

La música empezó a sonar y hasta yo reconocí esa vieja canción en la que un tipo cantaba sobre traer de vuelta lo sexy. Entonces, el medio barbudo se acercó al micrófono, abrió la boca y

nos enteramos de su plan.

— Voy a traer de vuelta a Chaucer. *Yeah!* Los demás poetas no saben escribir. *Yeah!* — cantó.

Rafe y yo nos miramos con los ojos como platos mientras el artista se volvía rápidamente para detener el radiocasete, y luego se apresuró de vuelta al micro.

— *Yo yo yo yo* , ¡Geoffrey Chaucer era la leche, yo ! — Le dio un puñetazo al aire frente a él—. Nadie se acuerda hoy de mi colega, yo , ¡pero Chaucer lo petaba!

Hablaba con la boca demasiado cerca del micrófono y el ruido del acople me retumbaba en los oídos. Nos observó de una forma que dejaba claro que había ensayado cómo tener un momento íntimo con su público.

— El rap tiene mala *rep* , ¿verdad? Pero ¿sabéis qué os digo? Algo que no se dice lo suficiente. ¡El rap es poesía! Lo digo en serio. El rap es poesía. Fluye. Son palabras que fluyen, un significado sobre otro. Son historias que cuenta un narrador. Eso es lo que es el rap.

»Así que quiero compartir con vosotros un poema que escribí. Está muy influenciado por *Los cuentos de Canterbury* , que para mí es el primer rap de la historia, es la historia de la gente, *yo* , y la gente es sobre lo que escribo, por lo que vivo.

Me incliné a un lado y, disimuladamente, le di un toquecito a Rafe en el costado sin apartar la mirada del artista, que ahora tenía los ojos cerrados y se balanceaba adelante y atrás, como preparándose mentalmente para recitar su poema.

— ¿Qué me has hecho? — susurré.

— Es un desastre y es precioso — dijo Rafe en voz baja—. Ben, creo que me he enamorado de otro hombre.

Esa frase le valió otro toque en las costillas, más fuerte, y me di cuenta de que sí me lo estaba pasando bien. Allí, fuera de mi zona de confort, el medio barbudo empezó a rapear su poema poniendo acento escocés:

Con los ojos abiertos anoche dormí.

Mi piba me dejó, se olvidó de mí.

Ya no puedo más, esto es demasiado,

hasta del Facebook me ha *unfriendeado* .

Aquel rap se podía oler. Hedía a cítrico podrido. Intenté aparentar que estaba escuchando con atención una emotiva historia sobre que te *unfriendeen* en Facebook, pero básicamente trataba de no reírme porque estábamos bastante cerca y no quería herir los sentimientos del hípster.

Cuando por fin terminó, Rafe y yo compartimos una mirada, echamos un vistazo a nuestro alrededor para asegurarnos de que el medio barbudo ya no estaba, y nos empezamos a reír.

Reír con Rafe me hizo sentir como en los viejos tiempos, y estaba agradecidísimo de haber podido volver a ellos.

El siguiente artista era un chico latinoamericano que llevaba gafas de montura fina y una gorra de los Red Sox. No tenía un radiocasete, ni nada, en realidad. Simplemente tomó el micrófono y empezó a hablar.

— He pensado mucho últimamente en cómo vivo mi vida. ¿La vivo FUERTE? ¿O la vivo *flojito* ? ¿Qué hago cuando veo a un amigo o a un desconocido por la calle? ¿Los ignoro porque

estoy demasiado ocupado, o me comunico porque ellos son yo y yo soy ellos? Porque somos personas. Somos uno. Somos personas.

»Y creo que todo se reduce a una simple pregunta: ¿te implicas o pasas? ¿Aceptas que todos estamos en esto juntos y saludas a los demás con la dignidad que se merecen? ¿O los rechazas?

»Y cuando ellos se exponen ahí fuera, ¿te expones tú con ellos? ¿O te quedas aislado y te ríes de ellos porque crees que son necios?

El chico se mezcló entre el público. Se fijó en la mesa que estaba justo al lado de la nuestra, donde había cuatro universitarios sentados. Los miré. Dos de ellos estaban escribiendo en sus móviles.

El artista se inclinó y apoyó las manos en su mesa.

— ¿Te implicas o pasas? — preguntó. Su voz retumbó, y su mirada se clavó en los ojos de una de las chicas.

Ella se lo quedó mirando sin decir nada.

El artista hizo la misma pregunta a uno de los chicos de aquella mesa.

— Paso — dijo.

El artista golpeó suavemente la mesa y se alejó.

— Pasas. Eso es lo que eliges. Seguir viviendo en dos sitios a la vez. Seguir ignorando a quienes tienes frente a ti mientras hablas con quienes están lejos. Eso es lo que eliges. Pasar.

Entonces se acercó a nuestra mesa y, como quizás notó que Rafe era el extrovertido y yo el introvertido, me eligió a mí. Sus ojos oscuros miraron fijamente los míos, y sonrió. Le sostuve la mirada, y la boca me tembló al esbozar algo parecido a una sonrisa. No estaba seguro.

— Tú, amigo mío. Estás sentado en una cafetería, escuchándome mientras me expongo ante el mundo. ¿Te implicas o pasas?

Me di cuenta de que estaba aguantando la respiración.

— M-me... — murmuré.

— ¿Qué? No te he oído. ¿Te implicas o pasas?

Miré a Rafe. Me sonreía con las mejillas sonrojadas.

— ¡Me implico! — grité.

Al artista se le iluminaron los ojos. Me tomó del brazo y lo alzó.

— ¡Sí! ¡Este hombre se implica! Este hombre forma parte de la raza humana, damas y caballeros, y se lo agradezco. ¡Un aplauso para él!

Y la gente aplaudió. En serio. Aplaudieron. Y entonces empezó a pasar algo de locos. Los ojos se me llenaron de lágrimas y no sabía exactamente por qué. Solo sabía que me encantaba.

Estaba implicado. Y, para cuando terminó la *slam poetry*, no sabía qué hora ni qué día era. Había pasado no sé cuánto rato escuchando a desconocidos y, aunque hubo partes que me interesaron más que otras, la experiencia me gustó muchísimo.

Rafe y yo tuvimos las manos entrelazadas durante todo el viaje de vuelta a la academia. Hablamos a ratos, y también compartimos algunos silencios placenteros. Era agradable que pudiéramos estar en silencio juntos y sentirnos cómodos. Para mí, eso era tan importante como una buena conversación.

— Gracias por lo de esta noche — dije—. No estaba convencido sobre lo de la *slam poetry*

cuando llegamos, pero al final ha sido una pasada.

El cielo me parecía de color morado, y las luces de la autopista lo iluminaban todo de una forma perfecta. Quería recordarlo para siempre.

— Todo aquello de implicarse o pasar me ha hecho pensar en la Alianza Gay-Hetero — dijo Rafe. Yo me puse un poco tenso, y él lo notó—. Al principio pasé, porque era en plan... ¿Por qué me tengo que juntar con gente basándome solo en la orientación sexual? Pero después me impliqué y, la verdad, ha sido genial para mí. Los chicos no es que sean mis mejores amigos ni nada (bueno, aparte de Toby, supongo), pero son gente que entiende por lo que he pasado, y como que nos ayudamos mutuamente.

Respiré hondo e intenté concentrarme en lo que me estaba diciendo, pero el ruido que tenía en la cabeza era ensordecedor. Estaba sentado en el asiento del conductor pensando que quizás yo no estaba en realidad en el asiento del conductor de mi vida. Quiero decir, si Rafe era abiertamente gay y yo estaba saliendo con él, ¿tenía yo que salir del armario? ¿Y como qué?

Inspiré profundamente otra vez y solté esos pensamientos. Esta era una primera cita. Así que le apreté la mano, y él me dio un apretoncito de vuelta.

Cuando llegamos a Natick, Rafe me acompañó hasta mi habitación y me preguntó si podía usar mi portátil. ¿Era eso una excusa? ¿Quería él que pasara algo más? La idea me entusiasmaba tanto que apenas si pude asentir. Buscó algo en internet y entonces me miró.

— ¿Me concedes este baile?

Me reí, pero entonces dejé de reírme porque lo decía en serio, y no solo eso. Me alegraba de que lo dijera en serio. Y sí, sin duda, quería bailar con Rafe.

La canción la cantaba una mujer con una voz preciosa. Nunca la había oído antes, pero claro, tampoco nunca antes había bailado lento con un chico. Rafe me dejó que lo guiara, lo cual estuvo bien porque al menos era algo que me salía naturalmente. Lo mejor fue la sensación de rodearlo con el brazo derecho, de posar la mano en la curva de su espalda, cerrar los ojos y sentir el calor de su rostro junto al mío. Y mientras la voz cantaba sobre estar atrapada en el éxtasis del amor, sentí que yo también me estaba quedando atrapado en él.



Me resultó casi imposible soportar las clases del viernes. Notaba cada momento que no estaba con Rafe como si tuviera un vacío en el pecho. Quería ver su boca mientras lo hacía reír. Quería ver cómo se le iluminaba la cara con la chispa de algún chiste tonto, y quería besarlo también, y lo cierto es que más que eso, lo cual no era muy hetero, lo sé, pero también era verdad. Quería abrazarlo en la cama y quería que nuestros cuerpos se tocaran de todas las formas posibles, y necesitaba que él me liberara. Solo él podía hacerlo.

Apenas presté atención en clase de Matemáticas, algo que quizás no fuera la mejor de las estrategias teniendo en cuenta que, en unos pocos días, tendría un examen que podía determinar mi futuro, pero no pude hacer nada al respecto. Quizás Rafe era un médico vudú. Me tenía completamente en sus manos, y yo solo quería que él tuviera aún más de mí, entregarle el control que siempre me tenía en tensión por dentro.

No veía la hora de que sonara el timbre. Después de las clases, comí con el equipo, lo cual fue duro porque no dejaba de mirar a Rafe, que estaba riendo con Toby y Albie. Ansiaba muchísimo ser parte de ello. Pero también quería seguir con esto de ser capitán y, la verdad, ser parte del equipo no estaba mal. Era algo que también me gustaba.

La conversación en mi mesa empezó con una competición sobre qué padres tenían el mejor coche. En serio. Mendenhall se puso en cabeza porque su padre tenía un Lamborghini, y Zack lo siguió de cerca porque su padre tenía dos (sí, dos) Porsche Spyders, que a saber qué eran. Uno a uno, todos fueron diciendo sus coches y, cuando me llegó el turno a mí, puse una cara cómica abriendo mucho los ojos y casi todos se echaron a reír.

— Tiene gracia porque es pobre — dijo Zack.

Me encogí de hombros y, riéndome un poco, dije:

— Culpable.

— Ben es tan pobre que cree que los McDonald's son restaurantes de cinco estrellas — dijo Standish.

— Ben es tan pobre que cree que las cartillas de racionamiento son verduras — dijo Zack.

— Ben es tan pobre que necesita una beca para venir a Natick, que alguien le pague el viaje a Florida y lleva un abrigo marrón de 1975 — dijo Mendenhall, y todos se rieron.

Para mi sorpresa, yo me reí también. No pude evitarlo.

— Sois lo peor.

— Venga, contraataca — me incitó Mendenhall.

Yo puse los ojos en blanco.

— Mendenhall es tan tonto que necesita un diccionario con índice.

Se rio un poco.

— Qué malo.

— Mendenhall es tan tonto que lo mandan a espiar y toca al timbre — dije.

— Anda, ¡mira quién se está despertando! — dijo Zack.

— Zack es tan tonto que cree que es normal broncearse hasta que se te pone la cara naranja.

— Hala, ¡lo que te ha dicho! — dijo Steve.

— Steve es tan tonto que es amigo de Zack.

La mesa estalló en carcajadas.

— ¡Muy bien, Ben! — dijo Mendenhall—. Esto es justo lo que siempre te digo. Te lo tomas todo demasiado en serio. Relájate y sácate el palo que llevas en el culo.

Alguien, no sabría decir quién, levantó la mano para que se la chocara, y lo hice con tanta fuerza que hasta me picó la palma, y fue una sensación genial. Hubo algunos chistes más mientras comíamos, pero entonces la conversación dio un giro sorprendente.

— ¿Cómo es crecer en una granja? — preguntó Standish.

Mastiqué el trozo de zanahoria que me acababa de meter en la boca.

— Pues... no sé. La verdad es que no sé cómo es *no* crecer en una granja.

— ¿Querrás currar de, por ejemplo, banquero de inversión o ser empresario o algo así? — preguntó Mendenhall—. En plan, ¿algo que no tienes y por eso lo quieres?

No estaba seguro de si me estaba provocando o no, así que simplemente dije:

— Nah. Eso a mí no me importa.

— ¿A qué te quieres dedicar, entonces? — preguntó.

— Quiero ser profesor de Historia.

Los chicos se miraron unos a otros, como si trataran de dilucidar si estaba de broma o no.

— Ah — dijo Zack—. Mola, supongo.

— Es lo que es — dije—. Y a vosotros, ¿de qué os gustaría trabajar?

Las respuestas llegaron desde todas direcciones, prácticamente a la vez, y noté una sensación que me henchía el pecho porque, de repente, yo era un líder, y me encantaba.

No destacué lo más mínimo durante las clases de la tarde, y aún seguía un poco atolondrado cuando llegó la hora del entrenamiento de béisbol. Tanto era así que hasta Mendenhall dijo:

— ¿Qué coño te pasa, Carver? ¿Le has estado dando a las drogas?

— Sí, con tu madre — dije.

Él me hizo una peineta y era como si, en cierto modo, estuviera borracho, pero esta vez de alcohol bueno. No del que anestesia el dolor, sino del que te hace sentir hasta lo más insignificante, ya sea bueno, malo o algo entre medias.



Caminando de vuelta a la residencia después de cenar, me di cuenta de que, sí, podía tenerlo todo. Uno podía ser serio y, a veces, bajar la guardia. Podía contar chistes, aunque fueran de mal gusto, y volver a su residencia y ser uno mismo. Nada de eso era ilegal, pero sí que era... sorprendente. Hasta entonces, no había sabido que podía sentir este cosquilleo de felicidad hasta la punta de los pies.

Sentí cierta agitación al pasar delante de la habitación de Rafe. Quería llamar, pero no podía soportar la idea de que él no estuviera allí. Que existiera la posibilidad de no verlo era como un puñetazo en el estómago. Así que me fui a mi habitación, me senté en la cama y escondí la cabeza entre las manos.

Necesitaba controlarme, pero es que me sentía tan increíblemente bien que no quería.

Fui al cuarto de baño a lavarme los dientes y allí estaba Rafe, que parecía que justo había acabado de hacer eso mismo. El corazón me dio un salto.

— ¿Qué hace un chico como tú en un lavabo como este? — dijo.

Era una frase tan Rafe, tan «chico rarito de Boulder en Natick». Suspiré y me reí, y aunque estábamos en el cuarto de baño, me apreté contra su espalda.

— Uo — dijo él, apartándose un poco.

— Sí. — Me acerqué más a él hasta que estuvo atrapado entre mi cuerpo y el lavabo.

— Estamos en el cuarto de baño — susurró.

— Soy consciente de ello. — Estaba muy excitado y el corazón me latía con fuerza. Todo me parecía tan mágico, tan perfecto que, aunque el director Taylor en persona hubiera entrado allí y me hubiera dicho: «Ben, si quiere su beca y su premio, apártese de él inmediatamente y compórtese», yo le habría contestado: «Que le den a todo y que le den a usted también».

— ¿Y esto? ¿De dónde sale esta actitud?

— Eres tú. Siempre has sido tú. Te quiero, Rafe.

Él inspiró, sorprendido.

— ¿De verdad?

— Sí.

— ¿Y has pensado que compartirías esta revelación en el cuarto de baño?

Me reí.

— Sí. Te quiero, tío.

— ¿En serio?

— En serio — dije.

Rafe se dio la vuelta y nuestras miradas se clavaron en las pupilas del otro. Él tragó y dijo.

— Lo mismo digo, grandullón. Nunca he querido a nadie ni un cuarto de lo que te quiero a ti.

Y allí, en el cuarto de baño, sin importarme quién pudiera entrar, me incliné hacia él y lo besé con fuerza en los labios, y nuestras bocas se abrieron y nuestras lenguas se tocaron.

— Guau — dijo Rafe cuando me aparté.

— Mi habitación. Ahora.

A Rafe se le iluminaron los ojos.

— Sí, por favor.



Mientras sucedía, me invadieron las mismas ansias protectoras que con Hannah y, por una vez en mi puñetera vida, me sentí ligero como una pluma. Entonces Rafe me protegió. Jamás en mi vida había sentido algo así y guau. Casi que tendría que estar prohibido. Oh, espera, creo que lo estubo en el pasado.

Y mientras sucedía, me di cuenta de que las etiquetas no importaban porque, cuando dos personas sienten una atracción así la una por la otra, simplemente *funciona*, y la única etiqueta que importaba era la de que estaba enamorado. Totalmente, completamente, extáticamente.

Después, me vi riendo. Y Rafe reía también, y sabía que él lo entendía. No era algo gracioso, pero era absolutamente necesario reír, como si nos hiciera falta expulsar la energía que aún teníamos acumulada. Y me pregunté cómo la gente era capaz de parar.

Así que empezamos otra vez.

Después de otra vez, la risa se había disipado y nos quedamos allí tumbados, exhaustos, con su cabeza sobre mi bíceps desnudo. Bajé la mirada hasta su torso liso, donde los pechos habrían estado si hubiera sido Hannah. Pero él no era Hannah, de eso no había duda alguna.

— Estás plano — dije, y él levantó una ceja. Quizás aquello sonó como si creyera que Rafe no tenía músculos, lo cual no era verdad—. Pezones. ¿Por qué los hombres tenemos pezones?

— Ya, ¿eh?

— Pezones. Qué palabra más estúpida.

Rafe se rio.

— Pezones, pezones.

Yo me reí también.

— Suena a nombre de payaso.

— Pezones, el payaso.

— Y llevaría un gorro con forma de pezón — dije.

— Mírame, soy Pezones, el payaso.

Crucé los brazos sobre el pecho. No habíamos usado nuestros pezones, y ni siquiera sabía seguro si los tíos lo hacían. ¿Cómo iba yo a saber qué hacían los tíos? Sabía que a Hannah le gustaba que la tocara ahí con suavidad.

— Que las chicas tengan tiene lógica — dije—. Sexualmente. Y, bueno, para amamantar. Pero ¿los tíos? ¿Para qué quieren pezones los tíos?

Rafe se incorporó y me miró el pecho. Ambos nos estábamos riendo un poco, pero después ya no. Poco a poco, descrucé los brazos.

Rafe puso las manos sobre mi estómago. Y luego más arriba. Colocó la parte más baja de las palmas de sus manos sobre las pequeñas curvas que tenía bajo el pecho. Entonces, fue subiendo delicadamente hasta que cada mano cubrió un pectoral. Sus dedos tamborilearon sobre mis clavículas, poco a poco, del pulgar al meñique, de uno en uno. Después, cuando movió las manos y sus palmas entraron en contacto con mis pequeñas areolas rosadas, me quedé sin aliento.

Y, a partir de entonces, jamás me volví a preguntar para qué servían los pezones.

Después de otra vez otra vez, hablamos. Hablamos durante mucho, mucho rato. Le conté cada

uno de los sentimientos que había tenido, y él compartió conmigo los suyos.

— No sé. Sigo sin sentir que sea gay — dije.

— ¡Vaya frase que soltar a un tío después de acostarte con él!

— No, lo digo en serio.

— ¿A lo mejor eres bi?

— Creo que más bien soy... algo como «gay por Rafe».

Él se llevó la mano al corazón.

— Me halaga muchísimo ser una orientación sexual. Gracias.

Me reí.

— Es lo que es, ¿sabes? Lo único que sé, desde la *humildad*, como diría Donnelly, es que te quiero y que eres un chico.

— Lo soy.

Nos quedamos en silencio un rato.

— No acabo de entender por qué no crees que eres bi — dijo.

— Pues porque, para mí, ser bi significa que te sientes atraído tanto por chicos como por chicas. Y a mí me atraen las chicas y Rafe. Es distinto.

Él se encogió de hombros.

— Supongo. Bueno, no. La verdad es que no lo entiendo, pero te quiero y no necesito entenderlo. Quizás lo entenderé algún día.

— Eso espero.

— En la Alianza, los chicos dicen de broma que la bisexualidad es el primer paso para admitir que eres gay. Como que es una parada en el camino para quienes no están listos. Yo no creo que sea verdad. Creo que hay gente bi y punto.

— Yo también.

— Creo que es un espectro.

— Y yo.

Rafe se volvió a tumbar y puso la cabeza bajo mi axila. Yo estaba convencido de que en el mundo había sitios mejores donde estar, pero no dije nada.

— ¿Puede que estés en el camino que lleva al camino?

— La verdad es que no lo creo, pero bueno, todo es posible.

Cerré los ojos, y no tuve que mirar para saber que él también los había cerrado. Y nos quedamos dormidos así, juntos, como dos chicos contra el mundo.



Las desapariciones nocturnas de Rafe no habían pasado desapercibidas en absoluto para Albie y Toby. Nos pasamos prácticamente el sábado entero en mi habitación y, cuando llegamos al cuarto de Albie el domingo por la mañana para ir a desayunar todos juntos, Albie y Toby habían preparado un círculo de sillas. Estaban sentados en dos de ellas y, sin abrir la boca, señalaron a las dos que tenían enfrente para que nos sentáramos.

Cuando estuvimos sentados, Toby se sacó un trozo de papel del bolsillo y dijo:

— Claramente, habéis estado teniendo relaciones sexuales, y eso me afecta de las formas siguientes.

Rafe se echó a reír.

— ¿Qué es esto? ¿Una intervención?

Toby asintió solemnemente y continuó leyendo:

— Uno: yo querría tener relaciones sexuales y no las tengo. Dos: cuando estabais ocupados teniendo relaciones sexuales, intenté entrar para interrumpiros y la puerta estaba cerrada con llave. Esto me llevó a pensar que no queríais que formara parte de vuestras relaciones sexuales y que, por lo tanto, me rechazabais. Tres: si está ocurriendo algo digno de cotilleo, me gustaría saberlo.

— Toby tiene buenos argumentos — dijo Albie para mi sorpresa—. No sobre lo de querer formar parte de vuestras relaciones sexuales porque, ugh, sino en lo de que es obvio que aquí hay una buena historia. Como todos sabemos perfectamente, el otoño pasado estabais liados y luego ya no lo estabais. Ni siquiera erais amigos. Entonces Ben llevó una pareja al baile y aquella pareja era una mujer, y ahora esto. Parece que aquí está pasando algo que no nos habéis contado.

Yo me acogí a mi derecho de no declarar, porque ni de coña iba yo a hablar de mi vida personal con dos psicópatas. Puede que hubiera cambiado un poco, pero aún tenía mis límites. Por su parte, Rafe, al notar mi vacilación, les susurró de forma exagerada un «luego os cuento» y ambos asintieron firmemente.

Mientras cruzábamos el césped, Toby echó un vistazo a Albie y luego a nosotros.

— ¿Os importa que hable en serio un momento?

— ¿Tú, hablar en serio? — dijo Albie—. Me sorprendería menos si hablaras en serbio.

Toby no le hizo caso.

— Me da bastante miedo declararme de género fluido. Y tengo bastante claro que lo voy a hacer.

— Es que es un paso importante — dijo Rafe—. Normal que tengas miedo.

Yo quise preguntarle de nuevo por qué quería declararse nada. Ya era bastante difícil ser un poco diferente en Natick. ¿Por qué iba alguien a ponerse en la línea de fuego contándoles a los chicos de una academia masculina, la mayoría niños, que a veces es una chica?

Pero, por otro lado, lo sabía. Ya me lo había explicado. Era simplemente que me resultaba muy difícil de entender.

— Es lo de «fluido» — dijo Toby—. Esa es la parte que más me asusta. Quiero decir, es que sería distinto decir: «Estoy transicionando y me llamo Tina». Pero es que lo que voy a decirle a la gente es que estoy en un estado de cambio constante. Es ponerlo en bandeja de plata y decir: «Aquí tenéis mi confusión. Despedazadla».

Mientras caminábamos en silencio, solo oíamos el ruido que hacía la hierba húmeda al pisarla. Para mí, lo de declararse algo, salir del armario, implicaba vulnerabilidad. Poner en bandeja, tal y como había dicho Toby, lo que fuera que la gente podía juzgar. Durante casi toda mi vida, había estado buscando formas de protegerme, de hacerme inmune a los ataques. Eso es lo que hacemos los seres humanos, pero sobre todo los Carver. No te expones. Te controlas y te proteges. No eres vulnerable. Y en mi mente apareció Hannah por un instante, lo cual no me hizo sentir demasiado bien, así que dejé de pensar en ello.

— Creo que eres increíble — le dije a Toby—. De verdad. Y si alguien se mete contigo, me lo dices.

Rafe me dio un golpecito en el costado con el codo, como dándome las gracias.

Albie rompió el silencio.

— Yo creo que está bien decir quién eres sin que eso tenga que ser definitivo ni nada. Quiero decir, ninguno de nosotros somos productos terminados. Cambiamos. Cambiamos constantemente. No seremos productos terminados hasta el día en que muramos.

Aquello me hizo pensar en mi padre. Estaba bastante seguro de que él se veía a sí mismo como un producto terminado.

¿Lo era yo?



Todo cogió hipervelocidad el lunes de la última semana antes de las vacaciones de primavera. Tenía mi examen importante de Matemáticas el martes, lo cual significaba pasarme la noche estudiando y rezar para que me fuera lo suficientemente bien. Tenía que preparar la bolsa para las vacaciones y el viaje a Fort Lauderdale, y aún tenía unos cuantos controles y trabajos de laboratorio. Mis padres iban a llegar el jueves, y el viernes tendría que dar el discurso, siempre y cuando el examen de Matemáticas no me saliera demasiado horrible.

Y, después del fin de semana que había tenido, lo más importante era que sabía quién era yo. Y tenía a Rafe. Puede que aún no estuviera listo para que el equipo de béisbol supiera según qué cosas de mí, ni para compartirlo con mi familia, pero al menos yo lo sabía, y eso contaba.

En la clase de Matemáticas del lunes, tuvimos una última sesión de estudio para el examen, y la verdad es que no entendía bien qué decía la señora Dyson sobre la manipulación formal de la serie de Taylor, y mucho menos los atajos para calcularla. Pero al menos tenía una noche para averiguarlo.

— A partir de este examen — dijo la señora Dyson —, vamos a hacer las cosas de una forma un poco distinta. Como estamos preparándonos para los exámenes avanzados finales, esta vez habrá más preguntas de elección múltiple de las que podrán contestar. Quiero que intenten contestar tantas como sean capaces lo más rápido que puedan, ¿entendido?

Un compañero, Carl, levantó la mano.

— ¿Tenemos que añadir las operaciones?

La señora Dyson negó con la cabeza.

— La respuesta correcta será suficiente.

Un murmullo recorrió el aula, y en lo único en que podía pensar era en qué se sentiría al no poder contestar todas las preguntas. Iba a estar de los nervios hasta que nos dijera la nota, justo lo contrario de lo que necesitaba con mis padres al caer y los últimos retoques del discurso del premio Pappas esperándome.

Mientras guardábamos las cosas para salir del aula, noté que esos pensamientos me constreñían el pecho, pero intenté tranquilizarme. Sí, si el examen fuera en ese instante, lo suspendería o como mucho sacaría un suficiente. Pero tenía una vaga idea de la mayoría de los conceptos de los que la profesora había hablado en clase, y con unas cinco o seis horas de estudio, debería poder aclararlo todo. Seguramente. La señora Dyson me sonrió cuando estaba a

punto de irme.

— Estudie duro, Ben — dijo.

— Eso haré.

De camino a la cafetería para cenar, alcancé a Rafe en el césped. Habíamos estado demasiado ocupados y no nos habíamos visto en todo el día.

— ¡Hola, guapo! — dijo.

— Hola. ¿Has acabado los deberes de Historia?

— Sí, madre.

— Bien, porque tenemos exactamente dos horas para estar juntos después de cenar. Después, me pasará la noche entera estudiando Mates.

— Menuda *fiestuqui* te espera, pues.

— Por ventura. — Vi de refilón que los del equipo salían de la residencia y se dirigían a la cafetería—. Mis compañeros de béisbol. Me piro.

Rafe puso los ojos en blanco.

— ¿Acabas de decir «me piro»?

— Eh, este es el nuevo y mejorado Ben, al que se la sopla todo. ¿Ves? No hace falta ser cirujano aeroespacial para entenderlo.

Él se rio.

— Jum. Es distinto. Me gusta. Yo voy a buscar a los otros. Te echaremos mucho de menos durante toda la cena. Pásatelo de lujo siendo coleguilla de Steve Nickelson.

— Si ignoras el hecho de que es un capullo, es majó. — Mis compañeros aún no estaban lo bastante cerca como para oírnos.

— Pues hala, disfruta. Te quiero.

Cuanto más tiempo estábamos allí de pie, más se acercaban los chicos. Sentí como si una burbuja me llenara la garganta.

— Ajá. Nos vemos — le dije a Rafe, y me apresuré para unirme a los otros—. Ey, ¿qué tal?

— ¿Qué hay, Carver? — dijo Mendenhall—. ¿Vas a sentarte con nosotros en vez de con tus amiguitos gays?

— Tienes envidia porque los gays, y también las chicas hetero, creen que das asco.

Me lo pasé bien durante la cena, la verdad. Hablamos sobre el torneo de Florida. Yo compartiría habitación con Standish, lo cual ya me parecía bien. Tenía muchas ganas de ir y jugar en un campo de béisbol al aire libre después de tanto tiempo entrenando en el gimnasio.

Cuando llegué a mi habitación, Rafe ya estaba en su cama, leyendo. Tenía las piernas apoyadas contra la pared y el cuerpo en un ángulo de noventa grados.

— ¿Me has echado de menos? — pregunté.

Rafe no contestó.

— Eo — dije.

Siguió sin contestarme.

— Tierra a Rafe.

Bajó los pies de la pared y se volvió hacia mí. Tenía los ojos un poco rojos.

— Ey — dije—. ¿Qué ha pasado?

— Tenemos que hablar — dijo.



Rafe se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Yo hice lo mismo en la mía. Ambos estiramos las piernas, pero seguía habiendo un abismo de treinta centímetros entre nosotros.

— Te quiero, Ben. Te quiero de verdad.

No me gustó la sensación de entumecimiento que empecé a notar en las mejillas.

— Lo sé. Yo también te quiero.

— Nunca he querido a nadie, ni de lejos, tanto como te quiero a ti. Pero no puedo... Es que...

— ¿Qué? — pregunté—. Me estás asustando.

Rafe se restregó los ojos.

— Antes de la cena, cuando nos hemos despedido. Te he dicho «te quiero». Tú me has contestado «ajá».

— Oh, venga ya — dije—. Es obvio que te quiero. ¿Lo tengo que decir cada cinco minutos?

— No. Pero no lo has dicho porque tus colegas del béisbol estaban cerca. ¿Cómo no me cuentas de que esto iba a pasar? Quizás es que no quise verlo, pero necesito que me quiera alguien que esté dispuesto a quererme... abiertamente.

Me quedé mirando la suela de sus zapatos. Simplemente, me quedé ahí sentado un tiempo.

— Di algo, por favor.

— Dios. Esto va demasiado rápido. ¿No puedo tener un poco de tiempo para adaptarme, para aclararme? Soy una persona reservada, Rafe. Yo no le cuento mi vida a todo el mundo, y desde luego no quiero que el equipo de béisbol se entere. Es que, a ver, son idiotas. ¿Por qué iba a querer darles munición?

Rafe cruzó los brazos sobre el pecho.

— Te avergüenzas de mí. Te da vergüenza estar saliendo conmigo.

— No me da vergüenza — dije, cruzándome de brazos también.

— Pues claro que sí. Si no te diera, me llevarías a un baile delante de todos tus colegas como hiciste con Hannah.

— ¿En serio tengo que bailar contigo en público para demostrarte que te quiero?

— He estado con tres chicos en mi vida, y ni uno de vosotros ha querido salir conmigo abiertamente. Estoy harto de ser el secreto de otra persona, Ben. Quiero que me quieran con

orgullo. Que tú me quieras con orgullo. ¿Vale?

Negué con la cabeza y dije:

— Guau.

— ¿Qué quiere decir «guau»?

Sacudí la cabeza aún más.

— ¿Eres consciente de todas las cuerdas flojas por las que camino? Voy a perder el premio si no estudio esta noche. Mis padres van a venir y es... es muy agobiante.

Rafe frunció el ceño.

— ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

— No me hagas esto ahora, antes del examen, por Dios.

— ¿Hacer el qué?

— No puedo... No puedes seguir haciendo esto, Rafe. Tirando de mí de un lado y luego de otro. Me estás pidiendo que sea alguien que no soy. No puedo hacer lo que me estás pidiendo. Sabes que no voy a lucirte por ahí. ¿Y si mis padres se enteraran? Mi padre me echaría de la familia. Tan solo necesito un poco de tiempo.

Él negó con la cabeza.

— ¿Sabes qué? No es que no lo entienda y que no me sepa mal por ti, pero... yo ya no me puedo esconder así.

— ¿Y eso qué significa?

— Significa lo que significa.

Noté cómo la ira me subía hasta los hombros.

— ¿Y no me lo podrías haber dicho antes de que me enamorara de ti?

— No lo sabía realmente — dijo — . No lo he sabido hasta que has contestado a un «te quiero» con un «ajá». Ha sido entonces cuando lo he visto bien claro.

— Guau.

— Ben. Te lo he dicho. Te quiero. Podría verme contigo para siempre. Pero nada dura para siempre en secreto. Necesito más.

— Ni siquiera estoy seguro de que sea gay. ¿Tengo que salir del armario solo porque estamos saliendo?

— Puedes salir como bi.

Yo no quería tener esa conversación otra vez. Tampoco estaba seguro de ser bi. ¿Qué tendría que anunciar entonces?

Rafe se llevó las manos a la cara. Y las dejó ahí, y pensé por un segundo que estaba llorando, pero después las apartó y me di cuenta de que solo había estado pensando.

— ¿Crees que yo podría no ser un secreto para ti? — preguntó — . ¿Pronto? No quiero perderte otra vez.

Cerré los ojos. Intenté imaginarme hablando de Rafe con el equipo de béisbol entero. ¿Por qué leches haría yo algo así? No tenía sentido para mí. Pero no podía decirle eso a Rafe. Y no podía contarle tampoco una mentira piadosa. Habíamos hablado mucho sobre las mentiras.

Abrí los ojos y, sinceramente, dije:

— La verdad es que no lo sé.

Él suspiró.

— No estás listo — dijo—. Ve a buscar a Hannah. Ve a... Yo qué sé. Seremos, no sé, mejores amigos otra vez. No puedo hacerlo. No puedo ser tu sucio secreto. Lo siento.

Se levantó y me dejó allí sentado, con la espalda contra la cama y las piernas estiradas frente a mí. De golpe, las extremidades me pesaban una tonelada.

Ni siquiera iba a intentar moverlas. ¿Para qué?

Cuanto más tiempo pasé sentado, más tenso me puse dándole vueltas a lo que me estaba enfrentando. El semestre pasado, Rafe había venido a hablar sobre nuestra relación la noche antes de un examen de Historia. Ahora, me había hecho lo mismo con Matemáticas. Se suponía que tenía que pasarme la noche estudiando, y aquello era lo último que me apetecía hacer en ese momento.

Me quedé allí petrificado, pensando en lo que quería.

Quería a Rafe.

También quería el premio y la beca.

Para tener a Rafe, tendría que ser otra persona. Porque, si me imaginaba siendo su pareja abiertamente, desde luego no me sentía yo.

Para tener el premio y la beca, tendría que dejarme las cejas estudiando cuando lo único que me apetecía era cerrar los ojos y desaparecer. También tendría que dar un discurso falso, porque sabía que Peter Pappas no fue como la academia lo pintaba.

Pappas. Él había sido muy parecido a mí, solo que con mucho más que perder. Igual que yo, intentó con todas sus fuerzas tener a todo el mundo contento y, al final, nadie estuvo contento. El que menos, él. Lo había llevado a la tumba.

Sacudí la cabeza con fuerza.

¿Cuándo iba a dejar de sacrificarme para tener contentos a los demás? ¿Cuándo iba a pasar eso?

¿Y cómo leches iba a olvidar todo lo que estaba pasando y estudiar para el puñetero examen?

La respuesta era que no iba a hacerlo.

Me tumbé en la cama y cerré los ojos, dejando que todas las sensaciones de mi cuerpo y todos los pensamientos de mi cerebro me inundaran. Estaba cansado. Muy cansado de que todo el mundo quisiera algo de mí. Yo incluido. Toda mi vida había querido muchísimo de mí y nunca, nunca había sido suficiente. Estaba cansado de esforzarme, y mi cerebro salió dando vueltas de su eje, y me lo imaginé alejándose, volando como un helicóptero por control remoto que en realidad no podía manejar.

Después de pasarme una hora así, consciente de que mi futuro dependía de aquella noche de estudio, al fin abrí el libro de Matemáticas. Las ecuaciones del capítulo once me parecían jeroglíficos. Las funciones polares y vectoriales me llevaron al límite, y era como si el conocimiento se me estuviera evaporando del cerebro. Los distintos símbolos se me mezclaban. Me di cuenta de que estaba respirando demasiado rápido y de que me empezaba a marear.

Tenía tantísimo que perder. Si sacaba un bien alto o una nota peor en aquel examen, ya me podía despedir de mi media de notable en esa asignatura y, con ella, del premio y de la beca, lo cual era prácticamente sinónimo de despedirme de mi vida entera. A mis padres les dirían que no

vinieran a la ceremonia, y mi padre estaría decepcionadísimo conmigo. Y a saber qué otra universidad me podría permitir, a qué becas podría aspirar. No. Que no me fuera bien el examen no era una opción. Nunca nada había sido tan importante.

Me obligué a abrir mucho los ojos y me quedé mirando el libro, como obligándolo a que tuviera sentido.

Pero no lo tenía. Nada tenía sentido.

— ¡Vamos! — me grité bien alto—. ¡Hazlo! Somos varones Carver. Trabajamos. ¡Trabajamos duro!

Las funciones y ecuaciones del libro que tenía en el regazo me devolvieron la mirada con altanería. Se estaban riendo de mí. Me estaban juzgando.

Me puse en pie, cautivado por una idea.

No. Imposible. Ni de broma. Es una mala idea. Una idea terrible . Estaba mal. Iba en contra de todo en lo que creía. Si lo hacía, me odiaría.

Pero me imaginé a mi padre, negando con la cabeza cuando le llegara la noticia sobre mis notas. Me imaginé a Mike Scalia, el finalista del premio Pappas, dando mi discurso. Sabiendo que recibiría mi beca. No.

Eso era aún peor.

Respiré hondo, me levanté y avancé lentamente por el pasillo mientras intentaba hacerme entrar en razón. Pero razones me sobraban, y era una situación en la que no podía ganar.

— Ey — dijo Mendenhall cuando abrió la puerta—. ¿Qué pasa, Carver?

— Joder — dije sacudiendo la cabeza—. He oído que tienes las respuestas de los exámenes.

Él me sonrió y me invitó a pasar a su habitación.



A la mañana siguiente, caminé como en un sueño hasta el aula, donde me senté, incapaz de mirar a nadie, y esperé el examen.

Tenía las respuestas cinceladas en letra minúscula en el lápiz. Haría trampa solo en ese examen y me pondría al día antes del siguiente. Incluso había decidido que contestaría mal algunas preguntas para que no pareciera demasiado perfecto. Nada que me hiciera bajar de un notable alto, pero nada demasiado correcto como para levantar sospechas, sobre todo cuando volviera a no hacer trampas.

Después del examen, me arrastré de vuelta a la residencia a pesar de que a la hora siguiente tenía Historia. Me hundí en la cama y dejé que una fina capa de desazón me cubriera como una ola. Me sentía totalmente incapaz de ocuparme de nada, ni de lo más mínimo, y lo único que quería era quedarme allí para siempre, hundido en aquella corriente que me pasaba por encima.

Me había convertido en un tramposo. Un tramposo. Yo.

Ya no tenía a Rafe. Habíamos terminado. ¿Y por qué? ¿Por no decirle «te quiero» delante del equipo de béisbol? ¿No podía concederme siquiera una o dos semanas para que me sintiera cómodo con nuestra nueva situación?

Me sentía como si él hubiera vuelto a colarse en mi corazón y lo hubiera destrozado de nuevo. Y yo se lo había permitido. Otra vez. Rafe había dicho que podíamos volver a ser mejores amigos, pero yo no funcionaba así. Me dolía el corazón. Me dolía de verdad.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Además del hecho de que ahora estaba oficialmente solo y de que encima era un tramposo, los trabajos de laboratorio eran interminables y tenía que entregar otro en dos días. Y una redacción de Historia para el día siguiente. Sin hacer. Entrenamiento de béisbol luego, donde tenía que ser un líder y ser duro. Mis padres, que llegarían el jueves por la mañana y se pasarían el día asistiendo a las clases conmigo, y yo no estaría preparado y todo saldría mal. El discurso. Estaba listo, pero a la vez no lo estaba porque me sentía como un fraude cada vez que lo practicaba. Era una mentira.

Demasiadas cosas.

Me quedé tumbado en la cama. Mi padre no había faltado ni un solo día al trabajo en su vida. Yo debía de ser la persona más holgazana de la historia. Todo el mundo pensaba que yo era sólido y fuerte, pero, si me vieran ahora, sabrían cómo soy en realidad. Y la idea me aterraba tanto que me escondí bajo las sábanas. Entonces ocurrió algo de lo más raro. Los párpados

empezaron a pesarme tanto como el resto del cuerpo, y dejé que se cerraran, dejé que el mundo desapareciera. Me dormí.

Entreabrí los ojos cuando el reloj marcaba las diez y diecisiete y me di cuenta de que era la hora de Química. Yo no era de los que se saltan clases, nunca. A partir del viernes, sería el ganador del premio Peter Pappas. Un estudiante todoterreno, excelente en lo académico y en lo deportivo. Los todoterrenos ganadores de premios no hacen trampa ni se pasan el día durmiendo.

Cerré los ojos otra vez y, aunque no es que tuviera demasiado sueño, me obligué a sumirme en la inconsciencia.

Alguien llamó a mi puerta. Abrí los ojos. Las once y veintinueve. En un rato, sería la hora de comer.

— Mierda — murmuré, y trastabillé hasta la puerta con los ojos empañados. Al abrirla, tuve frente a mí al entrenador Donnelly.

— ¿Está enfermo, Carver?

No me apetecía mentir. Negué con la cabeza.

— ¿Qué ocurre, pues?

— Me rindo — dije.

Donnelly me miró como si estuviera hablando en otro idioma.

— ¿Que se rinde? ¿De qué habla?

— De todo. No puedo más.

— No puede más.

Me volví a mi cama y me senté.

— Exacto.

— ¿Con qué no puede más?

— Con todo — dije—. Toda la vida me han dicho lo que tengo que ser, y no puedo serlo. Es demasiado.

Donnelly miró alrededor de mi habitación y dijo:

— Esto me recuerda al gran debate filosófico sobre el árbol que cae en el bosque.

Eso me llamó la atención.

— Ah, ¿sí?

Él sonrió como si se alegrara de tener a alguien que le escuchara.

— Verá, un árbol cayó en el bosque. Y entonces, bueno, resulta que no había nadie para oírlo. Así que la pregunta es: ¿cayó?

— Sí — dije. No tenía paciencia para seguirle el rollo.

— Ah, pero ¿cómo lo sabe?

— Porque me lo acaba de decir. Ha dicho que un árbol cayó en el bosque.

— Pero no había nadie para oírlo — dijo.

— Entonces, ¿cómo lo sabe usted? — pregunté.

Se le vio confuso durante un segundo, pero entonces se recuperó y dijo:

— Exacto. Puede que me lo haya inventado. Y, desde la *humildad*, opino que esa es la cuestión, Carver: no crea todo lo que oye. Puede que, en algún momento, empezara a creer algo

que no era verdad. Puede que se tragara algo que no era verdad y que ahora viva en su interior. Eso es lo que intento decirle.

Me quedé mirándolo. *Alguien tiene que hacerle frente*, pensé. *Alguien tiene que agarrar el entrenador Donnelly por los hombros, sacudirlo y decirle que pare. Que, por favor, pare.*

— Gracias — dije.

— De nada — dijo—. Y asista a las clases de la tarde, ¿de acuerdo? No necesito que mi tercera base estrella y capitán del equipo se meta en problemas antes del viaje a Florida.

Se marchó. Me volví a tumbar, y me pregunté dónde estaría Rafe. Él era la única persona capaz de entender cómo me sentía. Bueno, Bryce también. Pero Rafe era mi novio.

Un momento. No, no lo era. Mierda. No era mi novio porque yo era un cobarde. Porque me daba miedo lo que pensarán los demás.

Si dejara que la gente lo supiera. Si corriera por el césped buscando a Rafe y, cuando lo encontrara, lo tomara en mis brazos dando vueltas y lo besara en público, ¿qué pasaría?

Me reí. El mundo se acabaría.

Un momento. ¿Seguro?

Mientras seguía allí tumbado en la cama, la voz de mi padre sonaba con fuerza en mi cabeza. *No me avergüences, Ben. Deja de ser tan vago. Estás ahí tirado, perdiendo el tiempo pensando en memeces. Estás siendo un idiota y un gandul. Espabila y ponte a trabajar. Somos varones Carver. Trabajamos. Trabajamos duro.*

Toda mi vida. Toda mi vida había oído aquella voz y le había hecho caso. Me atacaba a mí mismo una y otra y otra vez. *Eres idiota. Eres un gandul.*

Y ahora, oía también la voz de Donnelly.

Puede que se tragara algo que no era verdad y que ahora viva en su interior.

Una sensación extraña y difusa me invadió la cabeza. Quizás, contra todo pronóstico, Donnelly tuviera razón y todo. ¿Y si lo que me había tragado venía de mi padre? ¿Y si me había tragado una banda sonora de pensamientos negativos sobre mí mismo que escuchaba sin parar? ¿Y si, en efecto, ahora vivía en mi interior?

Joder. ¿Cómo es posible que Donnelly haya dado en el clavo?



A la hora de comer, me senté en silencio con el equipo, concentrado en mi solomillo con boniato. Me resultaba imposible bromear aquel día, y me pregunté si Mendenhall lo notaba y creía que era por haber hecho trampas. En parte lo era. ¿Les pasaba eso a todos los que hacían trampa? Desde luego, a Steve lo vi la mar de contento cuando me enseñó el excelente que había sacado. Yo no pensaba celebrar lo que fuera que hubiera sacado en Matemáticas.

Fue entonces cuando Albie y Rafe entraron en la cafetería. Los vi por el rabillo del ojo y una sensación de tristeza me golpeó en el pecho.

Detrás de ellos iba Toby.

Vestía una blusa blanca y una falda beis y rosa con bolsillos. Unos pendientes colgaban de sus orejas, y llevaba los ojos maquillados y un sonrojo en las mejillas. Se había depilado las piernas.

Era difícil no quedarse mirándolo con la boca abierta. No solo porque tenía un aspecto distinto, sino porque afuera estábamos como a tres grados.

La gente de la cafetería no se quedó callada de golpe como en las películas. El silencio llegó por fases, como si el volumen se hubiera reducido a la mitad, y luego otro cuarto, y luego un poco más hasta que todo el mundo lo estaba mirando.

Toby fue de mesa en mesa con un taco de folletos. Rafe y Albie se dispersaron y fueron a otras partes de la cafetería. Toby se acercó a nuestra mesa y oí que Steve susurraba: «Pero ¿qué cojones?». Toby no le hizo caso y me entregó un folleto.

En él había una foto suya, bien arreglado, y ponía:

ANUNCIO:

TOBY RYLANDER, DE 16 AÑOS, SE DECLARA DE GÉNERO FLUIDO.

Debajo había una sección de preguntas y respuestas:

P: ¿Toby está llamando la atención?

R: No. A ver, a Toby le encanta que le presten atención, pero esto va de ser fiel a su identidad de género.

P: ¿Qué es la identidad de género?

R: El género es una cosa complicada. Hay personas que son hombres, personas que son mujeres y personas que están en un punto intermedio. Es algo que cambia. A veces, Toby se siente hombre. A veces, se siente mujer.

P: ¿A quién le importa?

R: He escrito esto para que lo entiendas. Te puede importar o no. A mí me da igual.

P: ¿Qué debería saber?

R: Debes saber que a Toby le parece bien cualquier pronombre: él, ella o elle. Hay gente que prefiere un pronombre u otro, pero ese no es el caso de Toby. Sin embargo, cuando vista con ropa que generalmente se asocia a las mujeres, preferirá «ella» o «elle».

También debes saber que Toby, que aquí se refiere a su persona como él/ella/elle, es un ser humano con sentimientos. Si hieres sus sentimientos, se sentirá triste. Además, si eres cruel con él/ella/elle, tendrás problemas con la academia, la cual está al corriente de la identidad de género de Toby y no tiene ningún problema. Si lo/la/le tocas de forma violenta o inadecuada, te expulsarán.

P: ¿Qué más debería saber?

R: Toby sabe que esto es confuso para la gente que no sabe lo que es la fluidez de género. Lo entiende y será paciente contigo siempre que pongas de tu parte.

A medida que leía, el corazón se me llenó de alegría y no pude evitar sonreír. Aquello era tan... Toby. De hecho, me conmoví y todo. No estaba listo para que mis compañeros de equipo me vieran llorar, pero sí para que me vieran mostrándole apoyo. Así que le dije a Toby:

— Mola. Sé tú misma. — Y le pasé el folleto a Zack, que estaba a mi lado.

El ruido empezó otra vez y, entonces, ocurrió algo increíble. Un par de chicos empezaron a golpear sus mesas con los puños. Empezó muy flojito, pero pronto cogió fuerza, y vi que Toby se llevaba las manos a la boca de la emoción que debía de sentir ante tanto apoyo. Empezó a llorar, y Albie le dio un abrazo, y Rafe también.

— Está puto loco, macho — dijo Zack por encima del estruendo. Ninguno de mis compañeros golpeaba la mesa.

Ignoré su comentario, crucé la cafetería hasta Toby y le di un abrazo enorme. Y vaya si otro montón de chicos no hicieron lo mismo.



En el entrenamiento del miércoles, tuve que aguantar muchas gilipolleces.

— Yo , Carver, ¿tu colega sabe que esto es una academia masculina? — dijo Mendenhall mientras calentábamos, lanzándose bolas suaves con Zack.

Me encogí de hombros. Estaba ocupado lanzando con Steve, y no me interesaba en absoluto hablar de lo poco que sabía sobre la fluidez de género con un idiota intolerante.

— Encima lo tratarán de forma especial — comentó Zack—. Ya verás.

— Y tanto — dijo Mendenhall—. Los raritos siempre reciben un trato especial. Mientras, a la gente normal que nos den, claro.

Sujeté la bola y me volví a Mendenhall.

— ¿Lo dices en serio? ¿De verdad? — pregunté.

Él se encogió de hombros.

— ¿Por qué no iba a decirlo en serio?

— ¿Acaso tienes idea de lo que es el privilegio?

Mendenhall puso los ojos en blanco.

— Estoy seguro de que usted me lo explicará, profesor.

Sacudí la cabeza.

— Eres un capullo. ¿Te crees que es una suerte ser de género fluido en una academia masculina? No se me ocurre nada más difícil.

— Lo que le pasa a Toby es que tiene mucha imaginación — dijo Zack.

Me volví hacia él.

— Pero ¿tú tienes tres años o qué? Tíos, en serio, creced. ¿De verdad os pensáis que es fácil? Perdonadme, pero eso es una estupidez.

— Estoy harto de oírte — dijo Mendenhall, quitándose el guante de la mano izquierda.

Yo le metí un puñetazo a mi guante.

— Bueno, ¿te aclaras? ¿No hablo lo suficiente o hablo demasiado? Decídetes para que pueda saber quién coño necesitáis que sea.

— Que te follen — dijo Mendenhall.

— Que te follen a ti. ¿Vas a entrenar? ¿Vas a callarte la boca y a tomarte esto en serio? Porque

tenemos un partido en menos de una semana. ¿Te implicas o pasas?

Y Mendenhall dejó de hablar. Se puso el guante de nuevo, y yo noté que se me hinchía el pecho.

— Y, por cierto, se acabó lo de hablar mal de Toby. No lo pienso tolerar. ¿Entendido?

Nadie dijo nada.

— Bien — dije.



Rafe, Toby y Albie estaban en mi habitación cuando llegué después del entrenamiento. Toby llevaba la misma falda, y estaba en el suelo con las piernas cruzadas. Sus piernas parecían suaves como las de un bebé. Rafe se había agenciado mi cama y Albie, la otra.

Ver a Rafe allí era confuso. Me había dicho que podíamos volver a ser mejores amigos como si nada. Y ahora lo veía allí tan tranquilo, como si ya hubiera hecho ese cambio, y yo no estaba en esa fase ni de lejos. Pero estaba demasiado cansado como para fingir que todo iba bien. Me reí un poco y dije:

— Poneos cómodos.

— Quería ver este armario tan alucinante que tienes — dijo Albie—. Me han llegado informes al respecto, pero nunca había tenido oportunidad de verlo con mis propios ojos.

— Debería cobrar la entrada a diez dólares — dije.

Rafe se levantó de un bote de mi cama, fue hasta el armario y lo mostró con gestos exagerados. Abrió la puerta despacio, tiró del cordel de la bombilla y dijo:

— ¡Tachán!

— Hala — dijo Albie—. Qué pasada.

— Tú riéte — dije—. Así veo las cosas y no tengo tabletas de chocolate a medio comer en el suelo del armario.

Señalé a Toby con la cabeza, que ahuecó las mejillas y dijo:

— Mal día para comparar tu armario con el mío.

Rafe dijo:

— Buuu. Afirmación tendenciosa. Pediré al jurado que no se tenga en cuenta.

Puse los ojos en blanco.

— Qué sutil.

— ¿Nos podéis dar un segundo? — preguntó Rafe.

Toby y Albie asintieron y salieron de la habitación. Rafe se sentó en la otra cama y dio unos golpecitos a su lado. Me senté allí con cuidado. Sentí una calidez en el cuerpo al tenerlo tan cerca otra vez.

— ¿Estás preparado para tus padres? — preguntó.

— Nunca lo estoy.

— Ya. No te envidio. ¿Qué tal va el discurso?

Cerré los ojos y negué con la cabeza.

— Está listo y no lo está, ¿sabes?

— ¿Cómo te ha ido el examen?

Levanté el pulgar y aparté la mirada. En la vida podría contarle a Rafe que había hecho trampas. Esa verdad iba directa a la caja fuerte.

— Me sabe fatal — dijo — . No tendría que haberte hecho eso. Tenías razón. Quería lo que quería... ya. Y eso no fue justo para ti.

Puso una mano sobre mi hombro e inclinó la cabeza hasta que la apoyó sobre ella. Yo me quedé allí sentado y dejé que su calidez fluyera por mi cuerpo. Rafe. Mi Rafe.

— Gracias — dije — . Gracias por decirlo. Me quedé bastante jodido cuando te fuiste anoche.

— Lo sé. Yo también.

— Y sé que esto no es justo para ti tampoco, pero... ¿puedes ir, no sé, un poco más despacio? Esto es... mucho.

— Sí que puedo — dijo — . Te quiero, Ben.

Los músculos de la cara se me relajaron. No me había dado cuenta, pero había tenido el rostro tenso desde aquel momento.

— Yo te quiero más — dije, y me volví para que estuviéramos frente a frente, y nuestros labios se encontraron, ligeramente, y nos quedamos conectados así durante lo que me pareció una eternidad, y yo volví a estar en casa de nuevo.



Tener a mis padres en mi habitación, en la misma habitación donde me había acostado con Rafe la noche anterior, fue raro. Yo no dejaba de mirar de un lado a otro, buscando cualquier cosa que pudiera delatar que Rafe estuvo allí.

— ¡Tienes todo este sitio para ti solo! — dijo mamá, observando la habitación.

— Sí. No pusieron a nadie aquí cuando Bryce se fue.

— Qué bien.

— Sí.

— ¿Y has hecho amigos nuevos?

— Déjalo tranquilo, Marlene — dijo mi padre—. Al niño le han dado un premio y es el capitán del equipo de béisbol. Claro que tiene amigos.

Era agradable tener su aprobación, pero lo que dijo me hizo tener ganas de corregirlo:

— Sí que tengo amigos, pero tampoco es que sea nada espectacular. Con los del equipo de béisbol, por ejemplo, me llevo bien y tal, pero no me parezco en nada a ellos. Paso tiempo con otros chavales que me caen mejor.

Mi padre miró por la ventana y frunció el ceño.

— Por eso yo no quería que vinieras a una academia de ricos como esta. Esos críos seguro que notan en ti el mal olor de la granja.

Respiré hondo cuando noté que esas palabras me provocaban una punzada en el pecho.

Les hice a mis padres una visita guiada completa. Los llevé a clase de Matemáticas, donde la señora Dyson les dio una calurosa bienvenida y, después, me entregó con cuidado un papel.

Mi examen de Matemáticas. Excelente bajo.

El corazón me dio un salto y, entonces, recordé que no estaba viendo un logro, sino un engaño.

— Se lo he dicho al director Taylor esta mañana — dijo la señora Dyson—. ¡Ya lo tiene todo listo para su premio Pappas!

Sonreí.

— Gracias.

Asistimos a todas mis clases de la mañana. Mis padres no comentaron mucho al respecto. En concreto, mi padre parecía un poco menos... inflexible, ¿quizás?, de lo habitual. En vez de hacer

comentarios sobre la ostentación del campus, parecía realmente asombrado con las placas que había en el pasillo del Edificio Arthur.

— Una para cada ganador del Pappas, ¿eh?

— Sí.

— Es una madera bonita — dijo.

Sonreí. Eso es lo que yo siempre pensaba cuando cruzaba aquel pasillo, pero nunca había oído a nadie de Natick comentarlo. Quizás eso era una cosa muy buena de provenir de mi familia: nunca, ni por un segundo, se me olvidaba el inmenso valor que tenía mi educación, ni lo increíble que era una institución como la Academia Natick.

Salimos al césped después de clase de Química. No hacía demasiado frío, así que decidí llevarlos a la orilla del estanque, donde podríamos sentarnos en una de las mesas de pícnic y descansar un poco.

Toby estaba allí, haciendo ángeles de sol en la hierba, lo cual era básicamente como hacer ángeles de nieve, pero sin nieve y cuando hace sol. Llevaba una falda distinta y pendientes de aro. La semana pasada, había estado haciendo eso mismo, solo que con ropa de hombre. Sabía que mi padre tendría un comentario sobre la apariencia de Toby, pero esperaba que al menos fuera cortés y se lo guardara hasta que estuviéramos en privado.

Rafe y Albie estaban con él, y el corazón me dio un brinco. Saludé un poco con la mano a Rafe, y él me sonrió. Le estaba enseñando a Albie combate escénico, que es como los actores interpretan escenas violentas en películas y en obras de teatro. Él lo había practicado cuando vivía en Boulder y, unas pocas semanas atrás, había intentado enseñarme un movimiento para fingir un puñetazo. El truco era que la persona que da el puñetazo en realidad se golpea la otra mano para hacer ruido, y la «víctima» echa la cabeza hacia atrás para que parezca que ha absorbido el impacto. Seguí sus indicaciones, pero nunca tuve la sensación de que nadie se lo fuera a creer si lo hiciéramos frente a un público.

— Entonces, cuando te lance el puñetazo al estómago, tú metes barriga, me agarras el puño y dices «¡ufff!» — le dijo Rafe a Albie, que estaba de espaldas a nosotros y no nos veía.

— ¿Le estás pidiendo a Albie que meta barriga? ¿Tienes una faja? — gritó Toby desde el suelo, en su postura de ángel de sol.

Albie le hizo una peineta y dijo a Rafe:

— Tendrías que practicar esto con Toby. Hay más gente que quiere pegar a Toby.

Sonreí, pero no dije nada mientras pasábamos de largo.

— Albie, por favor, tú eres mucho más *pegable* que yo — dijo Toby—. La gente cree que soy un encanto. Los grupos de análisis de nuestro estudio opinan que eres inmaduro y poco original.

— Jesús — murmuró mi padre cuando los hubimos dejado atrás—. Esos chavales juegan en el otro equipo, ¿eh?

Eché la vista atrás un momento, hacia donde estaban mis amigos, y entonces les di la espalda y seguí andando con mis padres.

— En esta familia no hay desviados — dijo mi padre, y algo se rompió dentro de mí.

Me vino a la cabeza una cosa que me había dicho Hannah. Aquello de la vulnerabilidad. *O te permites ser vulnerable, o la misma vulnerabilidad te obliga.* Ella tenía razón, ¿verdad? Porque podía fingir que lo que mi padre acababa de decir no me había herido en lo más profundo de mí,

pero al final solo era eso: fingir.

Dejé de caminar. Me volví hacia mi padre y moví la boca para hablar.

— ¿Algo alguna vez te ha hecho reír de verdad, papá? — pregunté—. Reír con ganas, digo. De esa risa incontrolable.

Él arrugó las cejas.

— ¿Qué clase de pregunta es esa?

— Solo me lo preguntaba. — Empezamos a caminar otra vez. Supe que la conversación no iba a dar más de sí, así que dije— : Olvídalo. Oye, mamá, ¿has vuelto a ver a Hazel?

Ella agachó la cabeza y mi padre dijo:

— Creo que había un McDonald's de camino hacia aquí. Seguramente cenaremos allí.

Miré a mi madre. ¿Cómo es que toda aquella evasión era aceptable para ella? Y entonces pensé: *¿Cómo es que es aceptable para mí?* No lo era.

A la hora de cenar, mientras mis padres estaban en el McDonald's, yo me senté con mis compañeros del equipo de béisbol, como siempre.

Zack estaba hablando de Kyle Guidry, a quien habían admitido en Yale.

— Ese eres tú el año que viene — dijo Steve señalándome.

Yo negué con la cabeza.

— Nah, dudo que entre allí.

Steve se encogió de hombros.

— Tú eres él. Tienes el Pappas ese, igual que Guidry. Eres perfecto, joder.

— Sí, perfectísimo. Ese soy yo. — Eché un vistazo a Mendenhall, que sabía la verdad sobre mi examen de Mates, pero no estaba prestando atención.

— Qué modesto eres — dijo Steve.

Caminando de vuelta a la residencia con los demás después de cenar, sentí como si fuera a vomitar las entrañas. Y no había nadie en el mundo, Rafe incluido, que pudiera saber que yo era un tramposo. Que era un fraude.

Aquella noche, mientras me lavaba los dientes y repetía mentalmente mi discurso por millonésima vez, me miré en el espejo.

¿Qué pasa si lo tienes todo, pero no sientes nada? Porque todo el mundo creía que era perfecto, y mis padres estaban aquí, orgullosos de mí, y estaba a punto de dar un discurso delante de todas las personas a las que conocía. Y, entonces, me darían las llaves de todo lo que siempre había deseado: una beca que casi me permitiría ser el primero de mi familia más cercana en ir a la universidad, donde podría estudiar Historia a fondo y quizás convertirme en el doctor Carver, lo cual había sido mi objetivo de toda la vida. Pero aquí estaba, delante del espejo, enturbiado con salpicaduras de pasta de dientes y marcas de agua, y sintiéndome igual de pesado que aquel día en la piscina con mi hermano, cuando sentarme allí sumergido me pareció un lugar perfectamente normal y adecuado en el que estar.

Ya, no había sido honesto. Seguro que no era el primero en no serlo. Muchos chicos del equipo de béisbol (y probablemente de otros equipos) hacían trampas en los exámenes. Era el medio hacia un fin. Había hecho trampa en un único examen. Jamás volvería a hacerlo.

Llegaría el día en el que no estaría en Natick. Estaría en la universidad de algún sitio genial y

quizás mi padre seguiría sin entenderme, pero daría igual porque habría más gente que sí me entendiera.

Pensé en el miedo. En cómo, durante todos estos años, había sido exactamente la persona que mi padre había querido que fuese. Y eso tenía sus ventajas. A veces una palabra amable. Pero muchísimas otras veces, nada. Y tanta crítica que me la acabé creyendo. Me la tragué. Creía que era un desastre, a pesar de ser el primero de mi familia cercana en ir a un internado, a pesar de ser un alumno de excelentes, a pesar de que soñaba con ir a la universidad. Había recibido tantas miradas de «deja de hacer el memo» y charlas de «que no se te suba a la cabeza» que, cuando ya no había tenido cerca a mi padre, le había tomado el relevo y me había empezado a increpar yo mismo.

Me había asegurado de que nada se me subiera a la cabeza. Había seguido todas las normas, a veces porque tenía miedo y otras porque no sabía que existía una alternativa. La desobediencia civil no empieza hasta que la gente se da cuenta de que le falta algo. Y ese era yo. Toda mi vida, había interpretado el papel del buen hijo porque no me había dado cuenta de que podía elegir.

Me miré en el espejo otra vez. Resistí el impulso de limpiar el cristal con el antebrazo. Ansiaba desesperadamente verme sin todo aquel peso sobre mí. Mi verdadero reflejo. Pero no podía.

Y, al día siguiente, iba a rendir homenaje a un chico como yo, a quien todo el mundo quería, pero al que nadie conoció. Pero nuestras historias eran distintas, porque yo no tenía un Vietnam y habría vida después de todo esto, ¿verdad?

¿Verdad?



— Gracias, director Taylor. Y gracias a la Fundación Pappas por este honor. Me honra que se me haya considerado para este premio, y no tengo palabras para agradecer la beca que lo acompaña. Sé que lo que estoy a punto de decir hará que me quede sin el premio y sin la beca, pero, aun así, agradezco muchísimo que se me hayan ofrecido.

El público se removió. Levanté la mirada y la clavé en los ojos de Rafe. Su expresión estaba llena de amor y compasión, y le sonreí.

— Es probable que no les sorprenda, pero recientemente he pasado mucho tiempo pensando en Peter Pappas.

»En estos dos últimos años, lo único que he oído acerca de él es lo valiente que fue. Y les aseguro que he hecho todo cuanto estaba en mi mano para entender quién fue Peter Pappas. En parte porque quería aprender sobre él para rendirle homenaje, y en parte porque soy un entusiasta de la historia y me encanta investigar.

»En efecto, Peter Pappas fue un hombre muy valiente. Luchó por este país. Dio su vida por nuestro país, y a mí me cuesta imaginar un coraje así. ¿Sería yo capaz de arriesgar la vida por este país al que amo? Quiero creer que sí, pero sé que no puedo entender lo que es estar en una guerra de verdad.

»Leí algunas cartas que Peter envió a su familia desde Vietnam. En una ellas, escribió que fue testigo de cómo su amigo más cercano acabó hecho pedazos justo a su lado. Fue entonces cuando comprendí que es imposible saber qué se siente en medio de una guerra a menos que uno haya vivido alguna.

»Y, en sus cartas, leí otras cosas que me hacen pensar que, a pesar de lo valiente que fue Peter Pappas, seguramente no le entusiasmaría este premio que se entrega en su nombre.

»Peter Pappas fue una persona compleja, como todos nosotros. Cuando estuvo en Natick, fue la estrella del campus. Fue un jugador destacado tanto en el equipo de baloncesto como en el de fútbol. Era un alumno que sacaba todo excelentes y tenía muchos, muchos amigos. Participaba en Modelo de Congreso. Todo el mundo quería a Peter Pappas.

»Sin embargo, no estoy seguro de que todo el mundo *conociera* a Peter Pappas. Hablé con su hermana e, igual que ella, Peter creció en Dorchester, un barrio de clase obrera. No sé si esto lo habrá mencionado alguien antes. Cuando me concedieron este premio, di por hecho que Pappas provenía de una familia pudiente. Y a medida que investigué, me di cuenta de que por supuesto

que no era rico. Los niños ricos no solían ir a Vietnam.

»Peter necesitaba que todo el mundo lo admirara. Sobre todo su padre. Eso es lo que me contó su hermana y, al leer sus cartas, yo también lo vi. Ahora que lo pienso, me pregunto si mucha gente como él, gente que se deja la piel para ser buena en todo, tiene esa necesidad de hacer que sus padres se sientan orgullosos.

»He aquí algo que yo no sabía de Peter Pappas: dos años antes de alistarse, fue un activista antibelicista. Se encadenó a una valla delante de la Casa del Estado de Massachusetts. Escribió una argumentación apasionada para Modelo de Congreso en la que decía que nuestros jóvenes no deberían ir a morir para proteger un régimen vietnamita corrupto.

»Su padre era un ferviente partidario de la guerra, y Peter odiaba no estar en el mismo bando que él. Así que cambió de idea y se alistó voluntariamente cuando tenía diecisiete años. Sin embargo, cuando se vio en medio de la brutalidad inhumana que es la guerra, se arrepintió. En algunas de sus cartas, quedó patente que Peter tenía miedo. Estaba aterrado. Quería volver a casa. Quería vivir en un mundo en paz. Esa es la persona que fue Peter Pappas. Pero no estoy diciendo que fuera un cobarde. Él fue lo contrario a un cobarde.

»Creo que, al expresar su miedo, expresó la verdad. Y es difícil expresar la verdad cuando el mundo quiere que seas otra persona.

»Supongo que se preguntarán por qué estoy diciendo todo esto. Le he dado muchas vueltas, créanme. No soy un hombre de muchas palabras, ni tampoco soy de ponerle trabas al sistema. Pero pintar a una persona que ya no está como algo que no fue está mal. Peter Pappas fue un valiente, y creo que se merece tener un premio que lleve su nombre. Pero yo no querría que me recordaran por algo que no fui, ni aunque de ese modo se celebrara mi memoria. No está bien.

»Lo que aprendí estudiando a Peter Pappas fue una lección de vida. Una lección sobre lo que obtenemos cuando somos quienes los demás quieren que seamos. Peter Pappas decidió ser la persona que su padre creía que debía ser. Y no quiero decir que seguir ese camino sea una sentencia de muerte. Eso sería una simplificación. Pero sí que creo que, cuando elegimos el camino fácil, el de ir en contra de quienes somos en realidad para que la gente o la sociedad nos recompensen... Creo que entonces se produce una cierta muerte. La del alma.

»Toda mi vida me he tragado la idea de que la forma correcta de vivir es en silencio, con seriedad, aunque me sienta el alma muerta. Me tragué esa idea y anidó en mi interior. Pero hoy, creo que la mejor forma de vivir es como la de mi buen amigo Toby Rylander, que elige ser él mismo aunque eso en cierto modo le complique la vida, porque así al menos él está vivo en su alma.

»Yo quiero ser así. Ser yo mismo. Incluso cuando es difícil. Incluso cuando es una molestia. Toby me ha enseñado el valor que tiene ponerse en pie y no esconderse.

»Le doy las gracias por ello. Y le doy las gracias a Peter Pappas por ello. Y... le doy las gracias a Rafe Goldberg por ello. A quien resulta que amo.

»Ser fiel a uno mismo implica admitir que uno ha cometido errores. Y, hace poco, cometí un error gravísimo. Y seguramente significará que no recibiré este premio, pero, cuando imagino cómo se sentiría mi alma al cargar con este error toda la vida, me doy cuenta de que prefiero hacer frente a las consecuencias antes que fingir que ese error no ocurrió y aceptar el premio de forma fraudulenta.

»Este pasado martes, hice trampas en un examen de Matemáticas. Nunca había hecho trampas

antes. Fue una decisión horrible. Supongo que sentí que necesitaba hacerlo. Si no hubiera hecho trampas, habría suspendido el examen y, para ser la persona que llevo tantos años intentando ser (bueno en todo, sin flaquezas), me sentí obligado a sacar buena nota.

»Siento haber hecho trampas. Me he decepcionado a mí mismo, y he decepcionado a la academia. Sé que ahora estoy metido en un buen lío. Pero no pasa nada porque, a partir de hoy, voy a ser quien soy y a defender lo que defiendo. Así jamás volveré a verme en la tesitura de tener que tomar una decisión que va en contra de mis principios con tal de ser la persona que los demás quieren que sea.

»Es una situación muy distinta, pero creo que Peter Pappas entendería perfectamente lo que estoy diciendo.

»Gracias.



Mientras salía del escenario, la ausencia de aplausos era palpable. El silencio incómodo se alargó lo que a mí me pareció un minuto entero, pero seguramente solo fueron cinco segundos o así. Me quedé entre las cortinas de los laterales, de pie, solo, preguntándome qué vendría después.

El primero en llegar fue el director Taylor. Sacudía la cabeza, claramente enfadado.

— Es muy probable que ese discurso le haya costado la beca y, lo que es peor, puede que le haya costado el premio a esta academia.

Agaché la cabeza.

— Lo sé.

— Egoísta y no muy astuto — dijo — . Estoy tremendamente decepcionado.

No respondí ni levanté la mirada.

— ¿Cómo hizo trampas? ¿De dónde sacó las respuestas del examen?

Negué con la cabeza. No me interesaba involucrar a nadie más en todo esto.

— Queda usted expulsado temporalmente — dijo — . Tampoco iré a Florida. Voy a hablar con sus padres ahora mismo. Volverá una semana después que los demás, y esto quedará en su expediente.

Se marchó con paso firme, y yo seguí con la cabeza gacha. Sabía que eso podía pasar. Que iba a pasar, de hecho. Pero oír que no iría a Fort Lauderdale con mis compañeros de equipo me hirió en un rincón delicado.

Pero entonces pensé en Pappas, y eso me hizo sentir mejor. Me pregunté si de verdad había un más allá, y si él sabría que había restaurado la verdad sobre quien fue. Necesitaba creer que se alegraría de lo que había hecho.

Y entonces me di cuenta: todo este tiempo, había estado pensando en cómo Pappas había creído en algo con tal firmeza que había muerto por ello, y que no podía imaginarme haciendo algo así. Pero seguramente acababa de dejar escapar una beca, parte de mi futuro, porque creía en la verdad.

Guau. Puede que al final haya encontrado algo por lo que moriría.

Solo tuve unos instantes para pensar en ello antes de que Rafe apartara la cortina y corriera hacia mí.

— ¡Guau! — dijo—. Eso ha sido... inesperado.

Atiné a sonreír.

— ¡Tachán! La beca ha desaparecido.

— Puede. Seguramente. ¿Cómo te sientes?

Lo pensé un momento. Rafe me estaba sonriendo, y no pude evitar devolverle la sonrisa.

— Más ligero — dije.

— ¿Más ligero?

Asentí, y Rafe me abrazó. Yo lo abracé también.

Entonces llegaron mis padres. Me aparté de Rafe, pero no le solté la mano. La mía me temblaba.

Mi madre me miraba un poco confusa. La expresión de mi padre era pétrea.

— ¿Esto qué es? — dijo él, haciendo un gesto hacia nuestras manos agarradas.

— Es lo que es. — Me preparé para el asalto verbal.

— Vamos — dijo sin emoción alguna, y empezó a alejarse—. Tenemos un viaje largo hasta casa.

— No estoy listo — dije.

Él dejó de andar a unos pocos metros de mí, pero no se volvió.

— Esperaré en el coche.

— Papá — murmuré—. Venga.

Se tomó un momento, pero entonces se volvió y caminó de vuelta hacia donde estaba yo. Habló en voz muy baja.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me avergüences? Y, aun así, lo sigues haciendo. Me avergüenza ser tu padre.

Bajé la mirada. Rafe me estrechó la mano.

— ¿Te avergüenza ser mi padre?

— Sí — dijo.

Nos quedamos allí de pie, en silencio. Papá se cruzó de brazos. Yo me aferré a la mano de Rafe, sintiéndome menos que nada.

Me volví y miré a Rafe, muy consciente de que teníamos a mis padres allí delante. Me sentía dividido entre quien era y quien había sido.

¿Y quién era yo?

Aquel vacío en el pecho. Siempre había estado ahí. Y entonces hubo algo nuevo, ligero y cálido y, desde luego, no vacío. Algo que se estaba haciendo hueco, apartando el vacío.

Sonreí a Rafe. Al principio fue una sonrisa pequeña que casaba con su mirada comprensiva, pero entonces lo miré a los ojos y lo vi. Lo vi a él. Vi quién era y vi quién era él para mí. Y mi sonrisa se tornó más grande y sincera.

— No hace falta ser cirujano aeroespacial — murmuré, y a él se le escapó una risita. Un Rafe feliz era demasiado para mí como para mirarlo sin más, así que me incliné y lo abracé con fuerza. Él dio una bocanada de sorpresa contra mi hombro, y apreté aún más.

— No voy a perderte otra vez — dije con la boca pegada a su cuerpo.

Y él me contestó:

— No, no me perderás.

Me aparté hasta que estuvimos cara a cara, y entonces lo besé.

Mi padre se aclaró la garganta. Yo no reaccioné. Mantuve los labios unidos a los de Rafe. Mi padre carraspeó otra vez. *Puedes toser hasta que se te atrofién las cuerdas vocales*, pensé. *Si quieres decir algo, dilo*. Yo estaba harto de no decir las cosas. Aquello no iba a seguir así.

Me tomé un segundo entero antes de separar nuestros labios y volverme hacia mis padres. Ambos nos miraban estupefactos.

Mostré la sonrisa más cálida y amable que pude.

— Este soy yo — dije — . Yo.

Y resultó que «yo» no era algo que a mi padre le interesara ver.

— Venga, Marlene — dijo mientras empezaba a alejarse otra vez. Mi madre no se movió—. Vamos, antes de que haya mucho tráfico.

— Ya está bien, Richard — dijo ella.

— ¿Perdona?

— He dicho que ya está bien. Ya está bien de dar la espalda y marcharte, y ya está bien de decirme lo que tengo que hacer.

Y, en el momento más sorprendente de mi vida hasta entonces, mi padre cedió.

Mi madre tomó las riendas de la conversación, y sentí como si el corazón me estuviera bailando en el pecho.

— Entonces, cariño — me dijo ella— , ¿eres homosexual?

Negué con la cabeza.

— No. Bueno, no sé qué soy. Siempre me han gustado las chicas. Pero ahora me gusta Rafe. No creo que sea gay, pero me gusta Rafe. Lo quiero.

Mi madre entornó los ojos.

— No acabo de entenderlo. ¿Sois pareja?

Asentí y volví a tomar la mano de Rafe.

— Bueno. Cindy siempre me pareció un poco aburrida. Aún no te conozco, Rafe. ¿Eres un aburrido?

— No, señora — dijo sonriendo, y se acercó a ella y le dio un abrazo. Ella puso los brazos alrededor de su cuello.

— Pues eso está muy bien. No quiero más aburridos en esta familia. Dios sabe que tenemos de sobra. — Miró a mi padre—. Y quiero que todos sepáis que voy a vender remedios naturales en la tienda.

— En mi tienda no, ni se te ocurra — dijo mi padre.

— Sí, en *nuestra* tienda. Y, si no, pues en otro sitio. De verdad, Richard. El mundo cambia. Deja de ser tan puñeteramente aburrido.

A pesar de lo enfadado que estaba con mi padre, sentí lo que él debía de estar sintiendo en el pecho. *Aguafiestas*. No es agradable, por mucho que creas que es lo correcto.

Y mi padre lo hizo otra vez. Se dio la vuelta y se empezó a marchar.

— No pienso quedarme a escuchar más memeces — dijo.

— Pues claro que no — dijo mi madre en cuanto él se hubo ido. Después, se volvió hacia nosotros—. Yo no sé si estoy enamorada de mi amiga Hazel, pero desde luego me gusta mucho. ¿Es eso lo que vosotros dos tenéis?

Me volví a hacia Rafe y nadé (y me hundi) en sus ojos de color avellana.

— Por ventura — dije.



Papá se llevó la camioneta y volvió a la granja por su cuenta. Mi madre me dio un poco de tiempo para preparar la bolsa de viaje y despedirme de la gente antes de llevarla a casa en Gretchen. Ella se quedó sentada en una de las mesas de pícnic al lado del estanque mientras Rafe y yo caminamos de vuelta a la residencia con las manos entrelazadas.

Casi todo el mundo se nos quedaba mirando al vernos pasar. Era como si estuvieran analizando todo lo que había dicho en el discurso. Hubo algunos que nos saludaron con un «ey» o un gesto de cabeza. Otros nos miraron, pero luego apartaron los ojos. Nadie dijo nada hiriente. Imaginé que yo les daba demasiado miedo como para atreverse a no ser amables.

Cuando llegamos a mi habitación, Rafe me rodeó con los brazos, yo lo rodeé con los míos y nos besamos durante un largo rato. Parte de mí quería cerrar la puerta con llave, pero me sabía mal sabiendo que mi madre estaba esperando.

— A usted, caballero, le espera el polvo del siglo en cuanto volvamos — dijo.

Yo me reí.

— Por eso lo he hecho. Lo he echado todo a perder únicamente por el sexo.

— Claro — dijo entre risas—. ¿Seguro que no quieres venir a Boulder durante las vacaciones?

Me senté en la cama.

— Eso es lo que más me gustaría en el mundo, pero creo que es mejor que vaya a Nuevo Hampshire y lidie con mi padre.

— Tu padre y tú no os parecéis en nada. — Me encogí de hombros, y él añadió— : Aunque supongo que veo de dónde te viene la costumbre de darte la vuelta y marcharte.

— Nunca más. Te lo prometo. Nunca más.

— ¿Lo quieres?

— Es mi padre.

— Bueno, si decides que te gustaría venir a Colorado, llámame. Mi madre tiene un montón de millas acumuladas y estoy seguro de que te las daría encantada.

— Sois muy generosos. Gracias. Y nada me haría más ilusión, pero bueno, ya iremos viendo.

Alguien llamó a la puerta. Era Donnelly. Se le veía algo distinto cuando entró y nos vio a mí y a Rafe juntos. Saludó a Rafe con la cabeza, y entonces se centró en mí.

— Menudo discurso — dijo.

— Ya.

— El director Taylor quería que le informara de que no irá a Florida.

— Lo sé — dije—. Lo siento.

— También quería que le dijera que la junta directiva de la fundación se reunirá la semana que viene para tratar todo este asunto. Puede que haya perdido el premio. Seguramente, ese sea el caso.

— Soy consciente de ello.

— ¿Por qué lo ha hecho?

— Por algo que me dijo usted, de hecho. Me dijo que quizás me había tragado algo que ni siquiera sabía que me había tragado. Y tenía usted razón. Y era hora de expulsarlo.

Donnelly nos iba mirando a Rafe y a mí como si estuviera viendo un partido de tenis. Me pregunté si había entendido lo que acababa de decirle o si me había escuchado siquiera. Quizás nunca nadie le había dicho antes que algo que había salido de su boca había acabado siendo importante.

— Bueno — dijo—. Bien. Pase buenas vacaciones, Carver. Y, por cierto, sepa que apoyo su estilo de vida. La gente tiene derecho a elegir el estilo de vida que quiera.

— Hay tantas cosas mal con esa frase — dijo Rafe, pero yo no le hice caso.

— Gracias — le dije a Donnelly—. Yo también apoyo su estilo de vida.



Me despedí de Rafe, que iba a pasar la noche en un hotel cerca del aeropuerto de Boston porque su vuelo salía muy temprano al día siguiente. De camino a reunirme con mi madre, me topé con Mendenhall, que sacudió la cabeza en cuanto me vio.

— Tío. En serio, ¿qué cojones? — Me encogí de hombros, y él continuó— : Has dejado tirado al equipo. Has sido un egoísta.

— Ojalá pudiera ir a Florida. Hice lo que tenía que hacer.

— Qué raro eres, Carver. ¿Encima eres gay?

Ignoré la pregunta y me centré en el comentario.

— Por fin lo entiendes. Soy un tío raro. Tú nunca serás raro, y lo siento por ti. Así que, bueno, limitémonos a jugar al béisbol juntos y a no darle vueltas a eso, ¿vale?

— Lo que tú digas — dijo—. Si le dices a alguien de dónde sacaste las respuestas del examen, te arrepentirás.

— No diré nada. Yo hice lo que hice. Es cosa tuya si quieres hacer lo correcto o no.

Mendenhall se alejó y supe que él jamás confesaría. No era esa clase de chico, ni sería esa clase de hombre, y a mí no me afectaba. No tenía nada que ver conmigo.



Mientras conducía en dirección norte con mi madre en Gretchen, pensé en lo eternas que se me iban a hacer las vacaciones de primavera. Dos semanas de descanso, más otra semana de expulsión. No tenía interés alguno en estar en Alton, pero era lo que tenía que hacer: arreglar las cosas con mi padre o, al menos, algo parecido a arreglarlas.

— ¿Te da miedo lo que vaya a decir papá sobre tus remedios naturales cuando lleguemos? —

pregunté a mi madre.

— Nah — dijo, pero algo en su voz traicionó aquella palabra. Supongo que, cuando te pasas veinte años con alguien que te trata de cierta forma y vives en una caja, da miedo salir de esa caja—. ¿Y a ti?

Al principio, pensé que me preguntaba si me daba miedo que ella fuera una herbolaria en ciernes, pero entonces me di cuenta de que se refería a que si me daba miedo lo que mi padre me fuera a decir.

Suspiré.

— No sé.

Mamá no sacó el tema de que yo estaba saliendo con un chico y que ella acababa de enterarse. Tampoco habló de mi expulsión temporal. Yo tampoco dije nada más sobre el hecho de que le había plantado cara a papá por primera vez en su vida, que yo supiera. Ninguno de los dos hablamos sobre el futuro, sobre lo que iba a pasar cuando llegáramos a Alton.

— Parece que va a llover — dijo.

— Sí.

— Espero que tu padre haya metido las vacas en el establo. Cuando se mojan, se ponen muy tiquismiquis con la comida.

— Estoy seguro de que es lo primero que ha hecho al llegar.

— ¿Quieres que prepare un pan checo para cenar?

Eso era familiar. A veces, lo familiar es bueno.

— Me parece bien, mamá. Me parece bien.



Había empezado a caer una lluvia helada. Llegamos a la granja, y me afectó muchísimo la ausencia de sonido más allá del ruido sordo de las gotas gélidas. Estaba de vuelta. Había llegado el momento. No tenía ningún lugar adónde ir, y no me quedaba más remedio que hacer frente a mi padre y a su profunda decepción.

Fui a mi habitación a dejar la bolsa. Luke estaba recostado en su cama, jugando con la misma Game Boy que tenía desde los cinco años.

— Ey — dije.

Sin levantar la mirada, dijo:

— He oído que la has cagado.

— Un poco.

Luke no respondió y volvió a centrarse en el juego.

— ¿Has oído algo más? — pregunté.

No dijo nada. Intenté imaginar cómo habría sido estar aquí y ser testigo de la llegada de mi padre. ¿Se había puesto a despotricar? ¿Estaba disgustado? Ver alguna emoción, cualquiera, habría estado bien. Cualquier cosa en vez de marcharse.

— Si has oído algo más — dije —, dejemos de una vez esto que hacemos de no hablar, ¿vale? Tú y yo estamos por encima de eso. Venga, suelta el juego y habla conmigo.

Titubeando, guardó la partida, se enderezó y se apartó el cabello rubio y sucio de los ojos.

— Bueno, em... ¿Eres gay? — preguntó.

Me senté en mi cama.

— Creo que no. Pero estoy enamorado de un chico.

— ¿Y no eres gay? Qué raro.

— Lo sé. Bueno, no. A mí no se me hace raro. Para mí, es lo más normal del mundo. Nunca he pensado en chicos, pero Rafe es... No sé. El mes pasado tuve una novia, ¿sabes? Y era fantástica, pero Rafe me gusta más.

Luke dejó caer las piernas al suelo y extendió tanto como pudo esos codos flacuchos que tenía.

— Yo como con Julie de vez en cuando. ¿La chica a la que llamaban «la Buldócer»?

— Es genial — dije.

— Está bien.

— ¿Te gusta?

— No sé. Puede. A veces no sé qué preguntarle.

La verdad es que no supe qué decir, y me di cuenta de que, para mi hermano, esto era una conversación de verdad. Como cuando charlamos en el coche volviendo de la clase de natación. Seguramente, aquella fue la última vez que conversó con alguien de su familia. Me dolía la cabeza de pensarlo. Lo miré, y me pareció que estaba bien. Quizás el suyo era más bien un camino de diestros. Quizás había gente que no ansiaba *más*, como había ansiado yo siempre.

Y quizás eso estaba bien también.

— Háblale de ti — dije.

— ¿Y qué le cuento?

— Cosas que te interesen.

Luke se encogió de hombros y volvió a tomar su Game Boy. Sentí ternura hacia mi hermano, que siempre sería exactamente quien era. Y eso estaba bien, sin duda. Si yo tenía más cosas que decir que él, podía decirlas.

— Bueno, me han expulsado una semana, así que estaré un tiempo por aquí. Lo peor es que esto lo pondrán en mi expediente, así que adiós, universidad importante, apenas te conocí.

— Sí, pero tío, así te pasas una semana más sin ir a clase. Mola.

No dije nada. Sabía que él no entendería que a mí me gustaba ir a clase.

— Y encima, papá seguramente no vuelva a dirigirme la palabra.

— Tampoco es que antes hablara mucho, ¿no?

En mi cerebro resonó un «ooh» cuando pensé en ello. *Qué profundo.*

— Te quiero, hermanito sorprendentemente introspectivo — dije.

Él siguió jugando.

— Yo también te quiero, hermano mayor raro de cojones.

Eché un vistazo por la ventana de la habitación, desde donde se veía el establo. Papá aún no había salido; lo habría visto. Así que esperé, con todo lo que quería decirle dándome vueltas por la cabeza.

Papá, no voy a pasarme la vida siendo el chico que tiene miedo de decepcionarte. Quiero ser otras cosas.

Deseé que el tío Max estuviera vivo para poder hablar con él. Él me entendería.

Llegó la hora de cenar. Papá seguía sin aparecer. Le pedí a Luke que le preguntara a mamá dónde estaba. En el establo, me dijo cuando volvió. Me quedé mirando por la ventana, esperando, esperando.

No comí. Papá no comió. Luke y mamá sí que cenaron y, cuando terminaron, mi madre vino a la habitación.

— Déjalo hasta mañana, Benny.

— Tiene que salir en algún momento.

— Ya conoces a tu padre. Es terco como una mula vieja.

— Esto no está bien — dije—. Ya no está bien.

Mi madre se sentó en mi cama y puso una mano sobre mi rodilla con delicadeza.

— No, no está bien. Tu padre tiene que mejorar. Lo sé yo y lo sabes tú. Hasta Luke lo sabe. El único que no lo sabe es él mismo.

Me levanté. No tuve que decir nada. Mi madre sabía lo que iba a hacer. Me abrigué con varias capas (camiseta interior, camiseta de manga larga, sudadera, abrigo, bufanda, gorro y guantes). Fui al baño que había al lado de la cocina y después me puse las botas. Mamá me siguió y me observó en silencio. Yo sabía que ella me apoyaba.

El establo oscuro olía amargo. A una tristeza amarga y gélida, como si pudiera sentirla en el aire rancio. Potencial sin alcanzar. Sueños desperdiciados. Heces de gallina.

Gracias a la luz de la luna, pude ver que mi padre estaba en el rincón del gallinero. Las gallinas cacareaban a su alrededor. Estaba sentado con las rodillas dobladas y la espalda apoyada en la pared.

Nunca había visto a mi padre sentado sin más. Al menos, no en una zona de trabajo.

— Ey — dije.

Su silueta se movió un poco, como si se estuviera poniendo más cómodo.

— Papá, soy yo.

En la oscuridad del establo, casi pude ver que se encogía de hombros. Su movimiento hizo que el aire se desplazara. Me picaba en los ojos.

— ¿Vas a vivir aquí ahora? ¿Esperarás a que me vaya? Voy a estar aquí tres semanas.

Nada. Ni una palabra.

— ¿Papá? ¿Me estás escuchando? Sé que me oyes. Esto acaba hoy. Sea lo que sea esto. No puedes marcharte sin más e ignorarme cuando hago algo que no te gusta. Tienes que hablar conmigo o... No sé, pero no puedo seguir con esto. No puedo.

Lágrimas.

— No lo soporto — dije—. Puedo soportar muchas cosas, pero esto no.

Me di la vuelta para marcharme.

La voz ronca de mi padre me llegó desde el gallinero.

— ¿Conque ahora eres un tramposo?

— Fue una mala decisión.

— Vaya que si lo fue. Y encima has sacrificado la oportunidad de ir a la universidad, ¿a cambio de qué? ¿De salir con un chico? ¿Qué clase de memez es esa?

— No he sacrificado la universidad a cambio de nada. Y, en cualquier caso, que yo haya perdido la beca no tiene nada que ver con Rafe. Ya me espabilaré. Encontraré la forma de ir a la universidad.

— Y ese Rafe... no es más que otro niño rico.

— Eso no es verdad, papá.

— Sí que es verdad. ¿Y sabes qué es lo peor? Que estás dejando que te joda. No sé en qué te convierte eso, pero desde luego no te hace un Carver.

Me hicieron falta todos los músculos del cuerpo para no darme la vuelta y marcharme.

Tragué tres veces. Cuatro. Era como si me diera miedo el sonido de mi propia voz.

— Soy un Carver — dije—. Soy tan Carver como tú.

— Si eres un Carver, te diré algo que no eres: un desviado. Eso no está bien. No vas a hacer eso mientras vivas aquí, ¿entendido? Si quieres seguir siendo parte de esta familia, no volverás a hablar con ese chico. Y ya puedes olvidarte de volver a esa academia el año que viene. Estoy harto de tus memeces.

En mi cabeza, oí sus palabras una y otra vez. *No volverás a hablar con ese chico.*

Esta vez, me di la vuelta y me fui. Le había prometido a Rafe que no lo haría más, pero en este caso, creo que no le importaría.

Caminé con la cabeza baja, alejándome del establo, alejándome de la casa. Tomé la carretera que conducía al pueblo sin hacer caso de la lluvia helada que me caía sobre la cabeza. Cada pesada gota era como un golpe en el cerebro.

Me saqué el móvil del bolsillo del pantalón. Lo protegí de la lluvia y llamé.

— Ey — dijo Rafe.

— Ey.

— Estoy en el hotel.

— Yo en una carretera desierta de Alton, solo.

— ¿Estás bien?

— No. ¿Lo del billete de avión sigue en pie?

— Sí, claro que sí. Deja que llame a mi madre. ¿Quieres que te diga cómo llegar al hotel?

La lluvia que me rodeaba no podía tocarme. No sentía frío. Ya no.

— Sí, por favor.



La segunda vez que Rafe y yo volamos juntos a Colorado fue muy distinta de la primera.

El primer viaje fue en Acción de Gracias. La noche de antes, Rafe había dormido en mis brazos. Yo estaba un poco de los nervios por ello, y sabía que él también lo estaba, y entonces lo hablamos. En aquel momento, no sabía que estábamos nerviosos por motivos distintos, pero eso ya no es importante.

El segundo vuelo, para mí, fue como un viaje con el que dejaba atrás mi vida, y me sentía como si hubiera perdido un poco el juicio. En veinticuatro horas, seguramente había dejado escapar una beca para la universidad, mi padre me había rechazado, me había ido de casa y me había quedado en un hotel con mi novio por primera vez en mi vida. Y ahora, iba de camino a Boulder a saber por cuánto tiempo.

Sentía náuseas y, aun así, tenía la piel de gallina. Quería gritar de la ira y cantar de la emoción y hacerme un ovillo y dormir hasta que se pasara todo el estrés.



Dejar Alton había sido duro.

Volví a mi habitación y empecé a guardar mis cosas, y mi hermano me miraba y yo no quería decir nada porque, si empezaba a hablar, quizás empezaría también a llorar. Y entonces Luke se puso muy nervioso, lo cual no era nada propio de él.

— ¿Ben? No te vayas. Venga, tío, ya conoces a papá. En tres días estará como siempre y será como si nada hubiera pasado.

— Eso es justo lo que me da miedo — dije entre dientes y midiendo cuidadosamente las palabras para que no se me quebrara la voz.

— ¿Eso es lo que te da miedo?

— No pienso seguir así, ¿vale? No puedo seguir así.

— ¿Adónde vas?

— A Colorado.

— Ben — lloriqueó y, de repente, era como si mi hermano tuviera seis años otra vez. El corazón se me encogió—. No te vayas, Ben. Por favor, no te vayas.

— Me tengo que ir, Luke. Pero volveré.

— El tío Max estuvo cinco años fuera. Por favor, Ben. No me dejes, por favor.

— Yo no soy el tío Max — dije, pero estaba temblando porque no podía contener más mis sentimientos—. No te preocupes.

Entonces Luke tuvo una patalleta con todas las de la ley, pateando el colchón y dándole puñetazos.

— ¡No puedes hacer esto! ¡No te puedes ir!

Corrí hacia él.

— Eh, eh, Luke, tranquilo. No pasa nada, de verdad.

— ¡Sí que pasa! ¡Esto es una mierda!

Empezaron a rodarle lágrimas por la cara, y yo cerré los ojos y me incliné para darle un abrazo.

Me dio un puñetazo en el pecho, fuerte. Su puño agitado me impactó en todo el esternón. Yo me quedé petrificado, y la reacción de mi cuerpo fue devolver el golpe. Me alegro de no haberlo hecho. Me alegro tanto de no haberlo hecho. En vez de eso, lo abracé con más fuerza hasta que él me abrazó también y, entonces, lo agarré de la cabeza con las dos manos y lo aparté hasta que nos estuvimos mirando directamente a los ojos.

— Yo no soy él. No soy ellos. No soy el tío Max ni soy papá. No estoy huyendo de ti, Luke. Tienes mi número de teléfono, podemos hablar cada día. Pero ahora tengo que irme porque aquí no puedo ser yo mismo.

— ¿Gay, quieres decir?

— No. Quiero decir yo mismo.

Se ablandó un poco entonces, como si en cierto modo lo entendiera, y nos pudimos despedir de verdad. Me pidió que lo llamara al día siguiente, y le prometí que lo haría. Y eso hice, esta misma mañana. No hablamos de nada en particular y estuvo genial.

Mamá fue difícil también. O quizás difícil no. Simplemente triste. Cuando bajé con mi bolsa preparada, ella estaba en la cocina, bebiéndose una cerveza y leyendo un libro sobre plantas medicinales.

— ¿Adónde vas? — preguntó.

— A Colorado, con Rafe.

— ¿A estas horas? No, vete por la mañana.

— Tenemos el vuelo muy temprano. Voy a su hotel cerca del aeropuerto. No pasa nada.

— No pasa nada — repitió ella con voz monótona. Dio un trago a su cerveza—. No sé, Benny. ¿Es culpa mía? Tendría que haber metido a tu padre en vereda hace años.

— No es culpa tuya — dije, y me acerqué para darle un abrazo—. Tú entiendes por qué me voy, ¿verdad?

— Oh, claro que lo entiendo — dijo.

— Te quiero, mamá.

— Y yo a ti, Benny. No te desmelenes mucho, ¿me oyes? Y vuelve. Sabes que todo irá bien con tu padre.

Yo no sabía eso, pero asentí igualmente.



Y allí estaba yo entonces, conduciendo y conduciendo cuando ya era bien pasada la medianoche, kilómetros y kilómetros y kilómetros de carreteras extendidos ante mí. Carreteras rurales, el lugar más solitario del mundo donde lo único que ves es el trozo que iluminan los faros. Y luego, autopistas, en las que había bastante tráfico a pesar de lo tarde que era. Cinco horas hasta Boston. Eran las tres de la mañana cuando llegué, y estaba más cansado de lo que lo había estado en la vida. Tuve que aparcar en una estructura circular de lo más estrambótica, en el rascacielos donde se encontraba el hotel justo en medio de la ciudad. Demasiado alto, demasiado ruidoso, sobre todo para lo agotado que estaba.

Rafe me abrió la puerta en *boxers* y me abrazó con fuerza, y yo prácticamente me derrumbé en sus brazos. A esas horas, no me costó quedarme dormido.

Y aquí estaba yo ahora. En un avión, de camino a Colorado a... No sé, ¿visitar? Aún estaba cansado. Aún me sentía inseguro con todo.

Miré a Rafe. Mi mejor amigo. La persona a la que amaba. El mismo con quien, hacía tan solo tres meses, estaba tan enfadado que creí que no volvería a dirigirle la palabra. Pero lo superamos. Y eso me dio algo de esperanza. Quizás esto fuera solo hoy, con papá. Quizás las cosas mejorarían.

Rafe estaba leyendo un libro titulado *Dos chicos besándose*. Alargué la mano y le pellizqué el cuello.

— Au — dijo, y continuó leyendo.

— ¿Crees que las cosas volverán a la normalidad en la academia? — le pregunté.

Él bajó su libro.

— ¿Acaso allí ha existido la normalidad alguna vez? Ya me imaginaba que estabas pensando en algo así.

— Estaba pensando en muchas cosas. De hecho, estaba pensando en que hace bastante tiempo que no pienso en nada que tenga que ver con la historia. Con la Segunda Guerra Mundial. Antes tenía un monólogo interior constante, como si tuviera el Canal Historia puesto todo el día en el cerebro. Es la primera vez, que yo recuerde, que ha desaparecido.

— Es difícil vivir en el pasado cuando el presente es tan... ajetreado.

— Muy ajetreado, sí.

— Lo de que hiciste trampas... me sorprendió. ¿Por qué lo hiciste, Ben?

Estaba demasiado cansado como para entrar en detalles.

— Inseguridad.

Él asintió como si lo entendiera y dijo:

— No sé. Supongo que nunca he acabado de entender esa ansia que tienes por «lograr, lograr, lograr».

— Eso es porque tú no vienes de una familia que no tiene nada.

Rafe dio un trago a su *bloody mary*, que, por cierto, estaba asqueroso.

— Justo estaba pensando en eso.

— ¿Que vengo de la nada?

— No. Que crees que vienes de la nada.

Sentí que apretaba la mandíbula. Esa actitud insensible hacia lo que mi familia tenía o dejaba de tener me jorobaba mucho, pero ¿cómo iba a decir algo al respecto? Al fin y al cabo, la familia de Rafe me había pagado el billete a Boulder y se había ofrecido a acogerme durante bastante tiempo.

¿Y si Rafe y yo nos peleábamos? ¿Me convertiría en un sintecho?

Me aparté el pelo de los ojos y pasó algo muy loco. Empecé a llorar. En un avión.

Rafe guio mi cabeza hacia su hombro, la masajeó y me dejó llorar y, por una vez en la vida, no fui mi padre diciéndome que me controlara, o que fuera un hombre, o alguna otra cosa que se traducía en que fuera más o menos de lo que era realmente. Y yo me dejé llorar, en un avión, delante de la gente, que no es que se quedaran mirando desde el otro lado del pasillo, pero desde luego me veían. Podía sentir sus miradas sin levantar la cabeza.

Cuando las lágrimas dejaron de caer, levanté la cabeza del hombro de Rafe, me volví hacia él y dije:

— Ya no sé qué tengo.

Y él me dijo:

— Tienes lo que sea que tenga yo.

— ¿Y si no puedo volver a casa nunca?

— Tendrás otra.

No estaba seguro de que esas respuestas simples me bastaran, pero eran las que tenía y, mientras sobrevolábamos Indiana e Illinois, dije:

— Estoy harto de tener miedo.

Rafe me estrechó la mano.

— Yo también tengo miedo a veces — dijo — . En plan, ¿y si te enamoras de alguna chica? Aún te atraen las chicas, ¿verdad?

— Sí, pero...

— Pero ¿qué?

— Tranquilo — dije — . Soy un tipo de una sola persona. Y esa persona eres tú, y eso es lo único que importa.

— Bueno, nos tenemos el uno al otro, y eso ya es algo — dijo Rafe acariciándome el brazo.

Miré por la ventana, y los cuadrados verdes de terreno agrícola que había allí abajo eran como piezas de un rompecabezas en apariencia irresoluble que, milagrosamente, ya estaban en su sitio.



El señor Goldberg es de los que besan en los labios. En la zona de recogida de equipaje del aeropuerto de Denver, mientras esperábamos mi bolsa de viaje, el señor G corrió hacia nosotros en cuanto nos vio y procedió a plantar un beso húmedo en la boca de Rafe, y luego otro en la mía.

— ¡Mis hijos! — gritó.

Me limpié discretamente la boca mientras Rafe y su padre se abrazaban, pero no me había dado cuenta de que la señora Goldberg, que se acercaba a paso normal en vez de esprintando, me estaba mirando. Me ofreció una sonrisa cálida y me atrapó en un abrazo contra sus pechos llenos de pecas.

— Gracias por dejarme venir — dije, alargando un poco el abrazo porque necesitaba el consuelo.

— ¿Estás de broma? Estamos encantados de tenerte aquí. — Y me dio un beso, más seco y apropiado que el que me había dado su marido, en la mejilla.

Mientras nos incorporábamos a la autopista de peaje que nos llevaría al norte y al oeste hacia Boulder, me quedé mirando las montañas de cumbres nevadas y recordé el día que pasamos esquiando en Acción de Gracias. Recordé cómo Rafe y sus padres habían hecho todo lo que habían podido para hacerme sentir como en casa, y cómo no les parecía nada del otro mundo darme experiencias que no había tenido en la vida. ¿Cenas en restaurantes elegantes con servilletas de tela? Claro, ¿por qué no? Rafe se quejaba de los distintos ingredientes, porque él era más de carne con patatas, pero yo saboreaba todo lo nuevo que probaba. Alioli. Espuma de trufas. *Gastrique* con tal o cual cosa.

Rafe preguntó si podíamos parar a comer en un Smashburger, pero el señor G miró su reloj y dijo:

— No tenemos tiem...

La madre de Rafe lo interrumpió.

— Hay comida en casa.

— Oh, no — dijo Rafe—. Por favor, no.

En Acción de Gracias, quisimos comer algo después de aterrizar y los padres de Rafe dijeron exactamente lo mismo. Fuimos derechos a su casa, donde habían preparado una fiesta luau-montañesa sorpresa. En circunstancias normales, el espectro de que aquello pudiera repetirse me

habría hecho tener ganas de saltar de un coche en marcha, pero no hoy.

— ¿Sabes qué? — dije — . Ahora mismo me vendría bien una buena fiesta. Di que sí.

La señora Goldberg echó un vistazo hacia atrás desde el asiento del pasajero y dijo:

— Gracias. Al menos uno de vosotros es agradecido. Lo hemos preparado todo en medio día, Rafe. Ten un poquito de cortesía, coño.

Rafe se rio, pero no socarronamente.

— Guau — dijo.

— Lo siento, pero es que... Nos hemos pasado la mañana entera reuniendo en casa a todos los que hemos podido. Ha sido un faenón, Rafe. Un faenón.

— Perdona, mamá. Tienes razón. Gracias por montarnos una fiesta sorpresa en honor a la expulsión de Ben.

Sentí una punzada en el pecho, pero, cuando levanté la mirada, vi que Rafe solo estaba de broma, y que su poca delicadeza había hecho reír al señor G, y que la señora Goldberg no tardó en reír un poco también. Y pensé en lo poco que se parecía mi vida a esta escena. Disfruté muchísimo en Acción de Gracias, y esperaba no estar demasiado hecho polvo como para disfrutar también esta vez.

La fiesta resultó ser dentro de casa. Quizás fuera porque la organizaron con muy poco tiempo, pero no tenía ninguna temática concreta, o al menos ninguna que fuera obvia para mí. Lo que sí que había era una lista de reproducción bastante... curiosa.

No soy ningún experto en música, pero mientras Rafe abrazaba a sus familiares y a su mejor amiga, Claire Olivia, y a más chicos de los que había la última vez, me di cuenta de que la primera canción era de Elton John. Después, cuando Claire Olivia y yo cruzamos una mirada de «me acuerdo de ti» y la saludé, sonó una canción que parecía titularse *Soy lo que soy* . Y a esa la siguió una canción sobre arcoíris de *El mago de Oz* .

— ¿Y esta música? — pregunté cuando fuimos a tomar un poco de ponche verde que luego me enteré que era zumo de piña y repollo. Ugh.

La señora Goldberg inclinó la cabeza a un lado como si yo fuera un niño inocente.

— He preparado esta lista de canciones para ti, cariño. ¡Es un viaje musical por la historia gay!

— Gracias — dije, pensando: ¿*Gracias*?

— Son canciones que deberías conocer — dijo — . A medida que salgas del armario, verás que hay generaciones y generaciones de hombres y mujeres gays de gran talento que cambiaron el mundo y allanaron el camino para ti. — Apoyó una mano sobre mi hombro — . Estoy muy orgullosa de ti, Ben. No es fácil salir del armario. Pero que nada fácil.

Estaba demasiado exhausto como para explicarle que no iba a salir del armario como gay, ni siquiera como bi. A menos que me estuviera diciendo que «hay generaciones y generaciones de hombres gays» que fueron heteros hasta que conocieron a su hijo, nada de eso parecía significativo para mí.

— He oído que estás transicionando — me dijo una señora mayor al oído. La reconocí. Era la abuela de Rafe, memorable porque acabó con un pecho al aire jugando al limbo durante la última fiesta.

— Hola — dije, y ella me agarró y me dio un fuerte abrazo. Yo intentaba adivinar si era la madre del señor o de la señora Goldberg. No estaba nada claro — . ¿Qué?

— Me han dicho que estás transicionando. Creo que serás una mujer preciosa de hueso ancho.

— ¡Madre! — dijo la señora Goldberg. Me miró con una clara disculpa en los ojos, y me explicó— : Lo que le dije es que estás en transición.

Estaba perdidísimo. ¿Tenía esto que ver con ser de género fluido? ¿Dónde estaba Toby cuando necesitaba que me aclarara las cosas?

— Bueno, sea cual sea tu identidad de género, creo que eres un ser humano encantador — dijo la abuela de Rafe, y nos dejó a la señora Goldberg y a mí allí plantados.

— Pues eso ha sido muy bonito — dije.

Claire Olivia llevaba en la cabeza lo que parecía ser un gorro de marinero de la armada de la Primera Guerra Mundial. No acababa de pegar con el resto de su atuendo: botas retro de vaquero, pantalones ajustados y una camiseta de manga larga completamente amarilla.

— Por favor, dime que te vas a quedar aquí y que los dos vendréis al insti conmigo — dijo—. ¡Por favoor! Yo necesito tener de vuelta a mi Shei Shei, y Rangeview necesita con desesperación una pareja abiertamente gay.

— Em, no tengo ni idea — dije sinceramente—. Acabamos de llegar.

— Vale, pero espero acoplarme a absolutamente todo lo que hagáis durante estas semanas. Bueno, menos a lo que hagáis en la cama, porque yo no soy de esa clase de chicas.

— ¿Vale? — dije justo cuando Rafe venía a mi rescate.

— No lo agobies — dijo, quizás sopesando mi expresión de desconcierto—. El pobre no lleva ni dos minutos siendo un chico gay en Boulder.

Claire Olivia hizo una pequeña genuflexión a modo de disculpa, y medio planeamos ir con ella a una cafetería llamada Laughing Goat aquella misma noche.

Cuando se hubo marchado, me volví a Rafe y dije:

— Me incomoda mucho que le vayas diciendo a todo el mundo que soy gay.

Él me miró con cara de «oooh, qué mono».

— Eres mi novio, ¿no?

— Sí.

— Entonces creo que tendrás que acostumbrarte a que la gente dé por sentado que eres gay. O bi. ¿Deberíamos decir que eres bi?

Me quedé mirándolo y negué con la cabeza.

— ¿Puedo ir a descansar un rato, por favor? No sé, ¿subirme arriba? Estoy tan, tan agotado, Rafe. — Él parecía dolido. Suspiré y dije— : No pasa nada. Es solo que... es mucho. Estuve conduciendo hasta las tres de la mañana y, ahora mismo, no tengo ni idea de cómo hacer nada.

Él me tomó del brazo y me guio escaleras arriba. Cuando llegamos al rellano del primer piso, me dio un beso enorme, lo cual en parte me hizo feliz, y en parte me dio ganas de estrangularlo.

— Te quiero, Benny.

— Y yo a ti — dije, y me sentí aliviado cuando me dejó solo para que echara una siesta en su cama.



Me desperté justo a tiempo para cenar y, gracias al cielo, la fiesta había terminado. Me daba un poco de vergüenza haberme escaqueado y esperaba que los Goldberg no estuvieran enfadados conmigo. Bajé las escaleras. La familia estaba sentada en un sofá rinconero de color crema que, por lo que recordaba de Acción de Gracias, era la mar de cómodo.

— ¡Te has levantado! — dijo Rafe, y su madre y su padre se volvieron y me miraron. Sonrieron en cuanto me vieron.

— Sí. Siento haberme perdido la fiesta.

La señora Goldberg hizo un gesto con la mano, como diciendo que aquello ya era agua pasada, y dijo:

— Ven, siéntate.

Me senté en el sofá al lado de Rafe, que puso una mano sobre mi pierna. Yo le di un apretoncito a sus dedos y lo solté, pero cuando su mano se quedó allí, parte de mí quiso pedirle que la quitara y no sabía muy bien por qué.

— Tenemos una cosita para ti. Un regalo — dijo la señora Goldberg, y me entregó un paquete envuelto que parecía ser un libro.

— Gracias — atiné a decir— . Guau.

Lo abrí. Era una guía de supervivencia para adolescentes *queer* . Leí atentamente la contraportada, o más bien fingí leerla atentamente. Era demasiado. Demasiado demasiado, de algún modo.

— El proceso de salir del armario puede ser difícil, así que queríamos darte una buena lectura que te ayude — dijo con una gran sonrisa.

— Gracias...

— ¿Y dónde está mi regalo? — preguntó Rafe, fingiendo estar enfurruñado.

— Tu regalo solo es visible cuando el lavavajillas está vacío — dijo ella y, después de que Rafe gruñera, volvió a dirigirse a mí— : ¿Cómo fue cuando tus padres se enteraron de que eres gay?

Sabía que la señora Goldberg era una gran defensora de la gente LGTB y tal, pero tenía que decirlo y punto, aunque se disgustara. Reuní mis fuerzas y hablé:

— No me considero gay, señora Goldberg.

— Oh. Bi — dijo.

Me encogí de hombros y miré a Rafe, que tenía una amplia sonrisa.

— Tampoco ha llegado ahí aún. — Entonces fingió susurrar— : Está en estado de negación.

Me levanté rápidamente.

— Disculpadme — dije a los padres de Rafe, y me fui arriba. Teníamos permiso para dormir en la misma habitación, pero, por algún motivo, fui a la habitación de invitados y me tumbé allí.

Unos minutos después, Rafe llamó a la puerta.

— Perdona — dijo— , ¿te vas a quedar aquí?

— Aún estoy cansado — dije, y me quedé mirando la colcha azul cielo mientras esperaba que se fuera.

No sabía qué me estaba pasando, pero algo más intenso que un simple enfado se revolvía dentro de mí. Era como una explosión que podía ocurrir en cualquier momento y me aterraba

que, si explotaba con Rafe, me quedase sin nada. La confusión y el conflicto eran como temblores en mis brazos y piernas.

— Espera, ¿estás haciendo eso de darte la vuelta y marcharte? — dijo con tono sarcástico, como si estuviera de broma.

— ¡¿Me quieres dejar tranquilo?! — grité— . ¡Por Dios, Rafe! ¿Puedo tener medio día para procesar que soy básicamente un sintecho? ¿Sin que tus padres y tú me estéis diciendo qué tengo que hacer y quién soy? Joder.

Rafe puso los ojos como platos, y vi la herida en la forma en la que arrugaba las cejas. Asintió un poco y salió de la habitación.



A mi padre le gustaba decir que todo lo que había «ahí fuera» era una versión adornada de lo que ya había «aquí mismo». Con eso quería decir que no había nada mejor que Alton.

«¿Te crees que los hawaianos esos son especiales o algo?», decía. «Acércate a uno de ellos cuando le duela la barriga, verás de qué están hechos». Parte de mí sabía que mi padre hablaba de cosas de las que no tenía ni idea, pero parte de mí se lo tragó de todos modos.

Mientras caminaba por el arroyo de Boulder, me di cuenta de que mi padre estaba completamente equivocado.

Incluso con los árboles desnudos por el invierno, estaba bastante seguro de que el arroyo que recorría la ciudad era el lugar más bonito en el que había estado. El sonido del agua saltando entre las rocas me calmaba y, a lo lejos, podía ver las Montañas Rocosas, que eran muchísimo más altas que las cordilleras que había en casa. La luz del sol que se colaba entre las ramas frágiles y nevadas le daba calidez al paisaje, como si pudieras saborear una taza de chocolate caliente que te estaba esperando.

Aquello no era algo que ocurriera en Alton. Al menos, no me ocurría a mí.

El lugar estaba a poco más de un kilómetro y medio de casa de Rafe, así que fuimos caminando y paseamos siguiendo el arroyo gélido. Al principio no hablamos mucho, y sabía que tenía que disculparme por lo de la noche anterior. Una ardilla pasó como un rayo a nuestros pies, persiguiendo a saber qué.

— Lo siento — dije.

— ¿El qué?

— Ya sabes qué.

Él dejó de caminar.

— Acepto la disculpa, pero la verdad es que me gustaría oír qué es lo que sientes.

Yo empecé a caminar otra vez y él avanzó junto a mí.

— Siento haber sido borde contigo anoche. No sé por qué estoy enfadado, la verdad. No tengo ni idea.

— Supongo que son muchas cosas. — Su dedo enguantado tocó el mío tímidamente. Envolví su mano con la mía y seguimos caminando, evitando las ramas caídas y las raíces enormes.

— Sí.

Paseamos un poco más, y me di cuenta de que había otras cosas que me molestaban. Toda mi vida había dejado correr cosas así. Pero aquí estaba, haciendo toda clase de cosas que yo no hacía.

— ¿Sabes? — dije—. Me molestó muchísimo la broma que hiciste. La de que estoy en negación.

— ¿Eh?

Evité un charco de barro.

— Tu madre me estaba preguntando si soy bi, y tú susurraste bien fuerte que estoy en un estado de negación.

— Lo decía de broma.

Dejé de caminar.

— Ya lo sé, pero ¿tú entiendes que no es verdad? Tengo la sensación de que te lo he dicho ya mil veces, que no creo que sea gay o bi más allá de ti, y es como si no te entrara en la sesera.

Rafe se metió las manos en los bolsillos de su abrigo morado.

— Es que... Es que me da la impresión de que eres yo, pero hace unos años y con padres que no te aceptan.

— Pero es que no lo soy.

Lo oí exhalar dramáticamente.

— Bueno, pues desde luego no eres hetero conmigo en la cama.

Miré a lo lejos, a las montañas, fijándome en las cumbres nevadas.

— No es eso lo que estoy diciendo. Lo que digo es que yo soy Ben y tú eres Rafe y que no somos iguales. No sabes cómo será mi futuro solo porque tú saliste del armario hace años, ¿vale?

Rafe no dijo nada, y me empecé a preocupar de que esto fuera demasiado para él, de que yo estuviera siendo demasiado terco y de que, al final, se diera la vuelta y se fuera. Pero entonces me acordé del equipo de béisbol, y pensé que quizás no estaba mal decir lo que uno piensa y estar en desacuerdo. Quizás no todas las discusiones lleven a que alguien, bueno, se marche.

Empezamos a caminar de nuevo.

— También creo que no entiendes lo que es el privilegio — dije.

— Anda, venga ya.

Hubo una especie de siseo cuando nuestros abrigos se rozaron.

— No, de verdad que creo que no lo entiendes. No tienes ni idea de la suerte que tienes de tener unos padres que te aceptan. Y en el avión, cuando me corregiste. Yo dije que vengo de la nada, y tú me contestaste que *creo* que vengo de la nada, y me parece que no comprendes lo exasperante que es eso. Cuando era pequeño, si no teníamos pollos que procesar y nos quedábamos sin huevos, puede que esa noche no cenáramos. ¿Lo entiendes?

— Creo que tú no entiendes lo que yo quería decir — dijo, y noté un tono defensivo en su voz—. Ser pobre no significa «venir de la nada». Al menos tienes a tus padres.

— Sí, pero no tener dinero sigue siendo no tener dinero, y no sabes lo que es tener literalmente cuarenta y tres dólares en el bolsillo que te tienen que durar hasta junio y no poder conseguir más. ¿Lo comprendes? ¿Comprendes que tú tienes una red de seguridad y yo no? ¿Comprendes lo mucho que me aterra que me vuelvas a dejar y que me quede aquí sin nada?

Paseamos el uno al lado del otro en silencio. Percibía su enfado contenido. Pero entonces, a medida que caminábamos, fue como si la nieve disipara aquel sentimiento negativo. Quizás, por fin, me había escuchado.

— Lo siento — dijo—. ¿Soy un novio horrible?

Esboqué una sonrisa y le estreché la mano.

— Nah. Eres Rafe, sin más. Lo cual es bastante genial y hace que merezca mucho la pena aguantar que no siempre escuches.

Noté que eso lo irritó un poco, pero dijo:

— Gracias.

Caminamos un poco más. El agua fluía por el lecho prácticamente seco del arroyo.

— Creo que hay una cosa que sigo sin entender — dijo.

— Dispara.

— Cuando anoche dijiste que eres un sintecho, ¿a qué te referías? Es que, a ver, no es que te hayan echado de casa. Puedes volver.

Entendía lo que quería decir. Yo había estado dándole vueltas a lo mismo. No era que no pudiera volver a casa, y sabía que había un montón de chavales ahí fuera que realmente no podían. Pero, aun así, me *sentía* como si no tuviera un hogar. No podía explicarlo, pero lo intenté aun así.

— No sé. Es una sensación, como que no sé exactamente dónde está mi hogar. No creo que lo entiendas. No creo que entiendas que...

— ¿Qué?

Tropecé un poco con una raíz bastante elevada.

— Olvídalo.

— Ben, puedes decirme cosas. Mis padres y yo tenemos discusiones y vivimos para contarlo. No te ofendas.

Me reí.

— No me ofendo. Lo he notado. Es raro. No estoy acostumbrado.

— Lo sé.

— Creo... Creo que la verdad es que estoy un poco enfadado contigo.

— ¿Conmigo? ¿Y qué he hecho yo?

— No es lo que has hecho. Es lo que ha pasado desde que te conozco. En seis meses, he pasado de ser un alumno de excelentes y de destacar en dos deportes a convertirme en... esto.

— Sé que no le estás echando la culpa de que hicieras trampas al hecho de conocerme.

— No — dije—. No, para nada. Me refiero a lo de estar confuso sobre quién soy y qué quiero ser. A no saber dónde está mi hogar. A tener un padre que cree que no valgo nada.

— Bueno, yo creo que *él* no vale nada — dijo Rafe.

— A veces hablas como tu madre — contesté.

Él exhaló y dijo:

— No sé yo si eso es algo malo.

— Puede que no lo sea.

— Entonces, estás enfadado conmigo.

— No es algo racional, pero es posible.

Rafe se detuvo, me dio un beso fugaz en la mejilla, me agarró de la mano y seguimos con nuestro paseo.

— No te pases mucho tiempo enfadado, ¿vale?

Yo le estreché la mano y sonreí un poco.

— Vale.



Aquella noche, a la hora de cenar, la señora Goldberg llevaba al hombro una banda blanca que le cruzaba el torso y que ponía Mejor madre del universo. Se la había hecho ella misma.

A mí me pareció graciosísimo. A Rafe le pareció nauseabundo.

— ¿Qué quieres que te diga? De repente, tengo dos hijos. ¡El corazón me va a estallar de alegría!

— Dios mío, me voy a mudar con los Carver — dijo Rafe.

— Perfecto — dije—. A continuación, en la Fox: *Intercambio de padres*.

Nunca había vivido en un sitio donde pudiera decir lo que se me pasara por la cabeza a la hora de la cena. Y, de repente, lo llevé quizás demasiado lejos:

— No me perdería el episodio de Rafe intentando ordeñar una vaca.

— Sería capaz de ordeñar una vaca — dijo él.

— Bueno, seguro que algunos aspectos de nuestras carantoñas te podrían servir de base — dije.

La señora Goldberg se rio, pero el señor G hizo una mueca y dijo:

— Bueno, en otro orden de cosas...

— ¿Ben acaba de incomodar a papá por ser demasiado explícito? ¿Ha pasado eso de verdad? — preguntó Rafe.

Mastiqué y mastiqué y mastiqué mi tofu. No tenía ningún problema con su sabor, pero la textura dejaba mucho que desear. Sabía que Rafe compartía mi opinión, pero cuando sus padres creían en algo (como que, por ejemplo, el tofu es comida de dioses), poco se podía hacer para que cambiaran de idea.

— ¿Podemos hablar de algo serio? — preguntó la señora Goldberg—. ¿O preferís seguir incomodando al mojigato de mi marido? Ya os digo yo que no era así en Oberlin, cuando...

— ¡Mamá! — dijo Rafe—. Sí, por favor. Algo serio. Cualquier cosa menos eso.

Ella sonrió.

— Ben, eres más que bienvenido si quieres quedarte aquí y matricularte en Rangeview. — Se volvió a su hijo—. Y a ti, cariño, te podemos volver a matricular. Si crees que aquí estás más cómodo y seguro, nos los apañaremos.

Me quedé mirando la mesa que tenía delante. De repente, el platito lila de la mantequilla y los saleros con forma de Buda se transformaron delante de mis ojos. Se convirtieron en algo tangible para mí. No es que antes no pudiera tocarlos, pero, si lo hiciera ahora, tendría otro significado.

¿Podía vivir aquí? ¿Podría? ¿Lo haría?

La mirada fija de Rafe me trajo de vuelta, y compartimos una expresión de asombro. Me pregunté en qué estaba pensando él. Me pregunté en qué estaba pensando yo. Simplemente, no lo sabía.

— Pero, claro, si seguís juntos, quizás haríamos que Ben se quedara con los Casey. Solo para que tuvierais un poco de normalidad. Vivir juntos en pareja siendo tan jóvenes sería un poco demasiado, ¿no creéis?

Todo estaba ocurriendo tan rápido que me costaba entenderlo. ¿Yo, viviendo con la familia de Claire Olivia? ¿Qué pasaría con la mía? ¿Dejarían de ser mi familia? La simple idea fue como una puñalada en el costado.

Todo estaba yendo demasiado deprisa. Lo único que sabía era cómo me sentía en aquel momento. ¿Cómo iba a saber cómo me sentiría en dos semanas o, peor aún, en dos años? ¿Y quedarme en Boulder? Eso sería... Sería algo que parecería como asentarse para mi familia, como cuando el tío Max se fue. A Luke no le haría ninguna gracia.

— Te noto apabullado, Ben — dijo la señora Goldberg—. ¿Podrías compartir lo que piensas con nosotros?

La verdad es que no estaba seguro de que pudiera. Abrí la boca, pero no salieron palabras. Lo intenté otra vez:

— Gracias. Sois increíblemente amables y, ¿sabéis qué? Creo que os quiero.

Eché una ojeada a los padres de Rafe y vi que compartieron una sonrisa dulce que parecía muy íntima. Se conocían tan bien. Algún día, esperaba compartir sonrisas así con alguien. Puede que incluso con Rafe.

— Pero creo que tengo que volver a Natick y terminar lo que empecé. Y, en algún momento, creo que tendré que ir a casa y arreglar las cosas allí.

La señora Goldberg me sonrió con orgullo, y eso me hizo sonreír a mí también.

— Gracias por el ofrecimiento. De verdad. Significa mucho para mí.

Ella dijo:

— Me gustaría hablarte de la APFALYG y que vinieras a una de las reuniones. Puede que te ayude mucho en el proceso de salir del armario.

La señora Goldberg estaba esperando a que respondiera. Mis ojos fueron de ella a su marido, que, en aquel momento, me miraba con más afecto del que mi padre había mostrado en su vida.

— Sé que no lo entendéis — dije—, pero de verdad que no soy gay. No me siento así.

La señora Goldberg suspiró.

— Jesús. Siento como si acabara de tener esta misma conversación con Rafe.

— No lo soy — dije—. Para mí, ser gay significa que te atraen los chicos. A mí me atrae un chico. Acepto ser «gay por Rafe», pero si os digo la verdad... — Respiré hondo—. Me siento hetero, sinceramente.

— Creo que quizás aún no estás listo para salir del armario — dijo la señora Goldberg, reuniendo con la cuchara la coliflor que le quedaba en el plato.

— ¿No soy yo quien debería ponerme las etiquetas?

— Sé que vuestra generación es diferente y sé también que yo no debería etiquetar a nadie,

pero debo decir que esto es un ejemplo perfecto de invisibilidad bisexual.

Miré a la señora Goldberg a los ojos. Era una persona bellísima, única. Decía lo que pensaba. Me dejaba decir lo que pensaba. Y eso, para mí, era algo precioso.

— Quiero a tu hijo. ¿No basta con eso?

Ella apretó los labios, como diciendo «qué monada».

— Supongo que sí.

Tomé la mano de Rafe.

— Esta es mi persona. Eso es lo único que importa.

Rafe me apretó la mano.

— Para mí, hetero y gay y bi no son más que palabras. No siento que ninguna de ellas me defina. Soy Ben, ¿sabes?

— Encantado de conocerte, Ben — dijo el señor G.

— Soy Ben y me gusta la historia de la Segunda Guerra Mundial, y me crie en una granja, y juego al béisbol y soy introvertido y soy gay por Rafe.

La señora Goldberg esbozó aquella sonrisa tan bonita que tenía.

— Todas esas etiquetas solo son... — dije—. Creo que el mundo está más cómodo si puede encasillarte.

Me estaba acordando de Toby y de sus caminos de zurdos y de cómo, al declararse de género fluido, había girado aún más a la izquierda, lo cual requiere más valor del que yo tengo, creo. Y me estaba acordando de lo que Hannah me había enseñado acerca de la vulnerabilidad, lo cual implica, supongo, abrirte a la posibilidad de que te hagan daño. Realmente, el coraje que Toby mostró al elegir seguir su propio camino era el ejemplo perfecto de ser vulnerable.

— Si vives fuera de una casilla, todo el mundo se asusta e intenta meterte en una. No pretendo ofender — dije, mirando a la señora Goldberg.

Ella negó con la cabeza.

— No me ofendo, me estás enseñando algo.

Rafe dijo:

— Creo recordar que, el semestre pasado, me dijiste algo de que ya habías pensado un poco en chicos antes.

— ¿Has tenido tú pensamientos fugaces con chicas?

Rafe inclinó el cuello a un lado.

— Sí.

— Eso — dije señalando—. Eso soy yo con otros chicos. Soy un ser humano. Tengo curiosidad por muchas cosas. Pero no; antes de ti, Rafe, nunca me lo había planteado como algo que pudiera pasar de verdad. En la vida. Y ojalá no ocurra, pero si me dejaras, creo que mi próxima pareja sería una chica.

Pensé en Hannah y algo me dolió en el pecho. Los padres de Rafe compartieron una mirada.

— Nos llevará un tiempo entender todo esto — dijo el señor G—. Pero bueno, te queremos tal y como eres, ¿vale?

Y, en aquel instante, me di cuenta de que sabía exactamente lo que se sentía al salir del

armario.



Papá:

Te escribo esta carta porque aún me estoy acostumbrando a la «memez» esta, como dirías tú, de expresarme. Me gustaría llegar al punto en que me sintiera seguro de poder decirlo todo en persona, pero me temo que las palabras me abandonarían y me quedaría allí plantado, con la necesidad de decirte algo, pero sin saber cómo.

Eres un buen proveedor, papá. Sé que te enorgulleces de ello, y has proveído para mamá, para Luke y para mí. Es algo que agradezco más de lo que te imaginas. A diferencia de otros chicos de Natick, yo aprecio absolutamente todo lo que tengo. De verdad.

También eres un padre muy difícil. Nunca te lo había dicho antes. Nunca te he dicho la mayoría de las cosas que pienso, pero ahora te las diré. O las escribiré. Y puedes leer esto o no, pero al menos yo lo habré dicho/escrito todo.

Cuando tengo éxito en cualquier cosa, siempre dices: «Que no se te suba a la cabeza». Papá, creo que puedo decir sin miedo a equivocarme que nunca nada se me ha subido ni siquiera a los tobillos. Me enseñaste que estar orgulloso de mí mismo o creer en mis habilidades no estaba bien, y estoy enfadado contigo por ello. Ha sido algo malo para mí.

También me enseñaste que mi voz no era importante ni necesaria. Cuantas menos palabras, mejor. Así es como actúas tú, y no sé si de verdad eres así o no. Lo que sí que sé es que yo no soy así. Me gusta hablar y que me hablen. Me gusta expresar ideas y hablar sobre ellas. No me da miedo discrepar, y otra cosa increíble que está pasando ahora es que estoy aprendiendo a no tener miedo de enfadarme. Siempre me costó mucho eso, no sé por qué.

Bueno, no, sí que sé por qué. He mentido en eso último para no herir tus sentimientos, pero debo ser sincero. Me resulta difícil enfadarme porque me enseñaste a alejarme de cualquier conflicto. Me enseñaste a quedarme apartado de cualquier situación y mirar, y el mayor problema que tiene eso es que dejas tu vida desprovista de situaciones. Creo que lo que he aprendido este año es que la vida va básicamente de situaciones, y quiero tener una vida. No quiero evitarlo todo solo porque es incómodo o difícil. ¡Quiero vivir!

No sé bien qué pasó entre el tío Max y tú, pero lo que sí que sé es que no soy él. Sé que te preocupa que lo sea; es algo que noto constantemente. Lo que el tío Max y yo teníamos en común es que somos personas sensibles. Lo sé. Para ti, eso es algo malo. Pero, para mí, es bueno. Me gusta la gente sensible.

No creo que sea gay, por cierto. Creo que estoy enamorado de mi mejor amigo, que resulta ser un chico. A mí también me resulta confuso. Ojalá pudiéramos estar confusos juntos. Pero a ti no te gusta estar nada con nadie, y eso es algo que no puedo cambiar.

Los Goldberg me han ofrecido quedarme en Boulder y que vaya a un instituto de aquí. Pero tengo padres y tengo un hermano y voy a una buena academia. Estoy agradecido de tener todas y cada una de esas cosas. Estoy agradecido por tenerte, papá. Te quiero, aunque a veces no me caigas bien.

Así que no me voy a quedar aquí, a pesar de lo maravilloso que es Colorado. Voy a volver a casa con mamá, con Luke y contigo después de las vacaciones de primavera. Y no sabes cuánto deseo que las cosas mejoren entre nosotros. Después, volveré a Natick, porque tú y yo sabemos que me merezco una buena educación, y eso es algo que no me vas a arrebatar solo porque no soy quien quieres que sea. No tiene sentido. Tendrás que superarlo.

Hice trampas. Yo me sorprendí tanto como tú cuando ocurrió. No pensé que fuera capaz de hacer algo así. No me gusta que haya ocurrido, y me esforzaré al máximo para asegurarme de que no vuelva a ocurrir. Si la Academia Natick me da una segunda oportunidad, espero que tú también me la des.

Como ya he dicho, espero que las cosas mejoren entre nosotros. Pero, incluso si eso no llega a pasar, te prometo que diré lo que pienso y que seré quien soy aunque tú no quieras que lo sea. Porque, papá, tengo derecho a existir.

Con cariño,
Benny



— Ey — dije cuando Hannah contestó al teléfono.

— Jum. Ey.

— Solo tengo tres cosas que decirte. ¿Me puedes escuchar, por favor?

Ella suspiró.

— Venga.

— Vale. Lo primero: lo siento. En su momento, no pensé que te estuviera dando falsas esperanzas, pero, echando la vista atrás, veo que debería haber tenido más cuidado. Creo que mis sentimientos por Rafe estaban tan ligados a la negación que no supe ver lo intensos que eran. No es una excusa, tan solo digo que lo siento.

»Lo segundo: solo para que lo sepas, Hannah, no solo me atraías, sino que me gustas de verdad. Quiero decir que valoro tu opinión y que valoraba tu amistad. Básicamente, eres una chica guapísima que encima es extremadamente interesante, y te mereces que te hubiera tratado mejor.

»Y lo tercero: si alguna vez, cuando sea, decides que te interesa un amigo que te valore por ser quien eres en tu interior, estoy aquí. Bueno, ahora mismo no estoy, porque me han expulsado una semana y estoy en Colorado porque, al parecer, mi padre ya no tiene hijo, pero estaré. Por ti.

Hannah se rio un poco.

— Vaya, parece que ahí hay un historión, ¿eh?

— Sobra decir que, cuando intentas ser todo para todo el mundo, tarde o temprano haces trampas en un examen de Mates y luego lo admites en un discurso delante de todo el instituto.

Ella se rio un poco más.

— Sí. Suele pasar. Ya no estoy tan absoluta y antagonísticamente cabreada contigo. No estoy segura de tener ganas de verte, pero bueno, ¿quizás algún día? Ya veremos. ¿Estás con ese tal Rafe?

— Sí.

— Vale, pues... — dijo — . Sí, no estoy lista para hablar de ello.

— La verdad es que me cambiaste — dije.

Ella se quedó callada un momento.

— ¿Esto es algo que quiero oír? ¿Lo de cómo te cambié? ¿Me va a herir los sentimientos?

— No, no te los herirá para nada. Fue todo aquello que me contaste sobre la vulnerabilidad. Sin duda, soy de esas personas a las que sus padres les enseñaron que nunca deben ser vulnerables, y eso me hizo polvo de verdad. Ahora estoy aprendiendo a serlo. Y te lo agradezco.

— Ah — dijo — . Puedo vivir con ello.

— Me alegro.

— Cuídate, Ben Carver, ¿vale?

— Tú también, Hannah Stroud.



Rafe aseguraba que podía enseñarme a nadar.

— No sé, Rafe. Una vez me dijeron que tengo la flotabilidad de... no sé, algo muy poco flotable — dije.

— Buena metáfora — respondió.

Fuimos al Club Atlético Colorado de Boulder, que era básicamente el sitio más guapo en el que había estado, y, aun así, Rafe se comportaba como si fuera una molestia tener que cruzarlo. Nunca me acostumbraría a esa actitud, pero bueno, eso es harina para pan checo de otro costal.

Mientras nos cambiábamos en el vestuario, miré a Rafe y lo vi. No me refiero a su cuerpo, sino a quien era, y eso me hizo sonreír. Era una buena persona y ahora sabía que podía confiar en él. Con mi vida, si fuera necesario.

— Gracias — dije.

— De nadísima — dijo cerrando su taquilla. Caminamos hacia la piscina— . ¿Gracias por qué?

Me eché la toalla al hombro.

— Por aparecer en mi vida.

— Oooh.

— No, en serio. Quizás nada de esto habría pasado si no te hubiera conocido, pero, por otro lado, nada de esto habría pasado.

Él se rio.

— Hablas con acertijos ahora.

— Lo que quiero decir es que me alegro. Me has ayudado a ser yo.

— Vaya, gracias, significa mucho para mí — dijo— . Yo también agradezco que existas. Antes de ti, nadie aparte de mis padres sabía lo genial que soy.

— Narcisista — dije, y él me sacó la lengua.

Rafe se zambulló en el agua y acabé un poco salpicado. Yo bajé con cuidado por las escaleras de la zona que no cubría. El agua estaba tibia, lo cual me sorprendió. Me senté en el primer escalón para acostumbrarme a tener la parte inferior del cuerpo mojada.

— Va, que te voy a enseñar a nadar — dijo.

Yo negué con la cabeza.

— No, gracias. Me parece bien pasarme el resto de mi vida sin nadar. Hay cosas que se me dan bien, pero esta no es una de ellas.

— Venga — dijo, intentando convencerme de que me apartara de las escaleras—. Estoy aquí y te voy a enseñar a flotar. No dejaré que te hundas.

Caminé vacilante hacia él, como si el agua fuera mi enemiga. Rafe simplemente me miraba algo desconcertado. Cruzó los brazos y dejó de apoyarse en el suelo, pataleando el agua con los pies. Hacía que pareciera fácil.

Cuando llegué hasta él, el agua me llegaba al pecho. Hizo que me diera la vuelta, me toqueteó el culo y puso las manos sobre mi espalda. Poco a poco, me fui inclinando sobre sus manos. Levanté los pies del suelo y contuve la respiración convencido de que me hundiría, de que pesaba demasiado como para que Rafe me pudiera sostener.

Pero no.

¡Él me estaba aguantando!

Entonces me llevó a una zona un poco más profunda, y no tardó en patalear mientras me sostenía. Vi el cartel de «2,5 metros» y pensé: *Guau*.

Todo lo que había pasado en los últimos meses me había cambiado, había cambiado mi cuerpo. Me había quitado un peso de encima o algo así.

— Respira hondo. Ya verás. Te mantendré a flote.

Respiré hondo. Aguanté la respiración. La cara se me hundió bajo el agua y el resto de mi cuerpo la siguió.

— La leche, pero ¿qué carajo le pasa a tu cuerpo? — dijo mientras se esforzaba por aguantarme.

Empecé a agitar los brazos. Oí a Rafe repetir «tranquilo, tranquilo» a pesar de que tenía las orejas bajo el agua. Él me mantenía a flote pataleando tan rápido como podía, moviendo el agua con las piernas y un brazo que parecía un hurón enfurecido. Y, aun así, me empecé a hundir.

— Qué ironía tan desagradable — dije, y el agua se me metió por la nariz en cuanto la tuve bajo el agua igual que los ojos.

— Yo... Quieres decir... coincidencia — dijo Rafe mientras intentaba arrastrarme hacia la parte que no cubría. Solo oí algunas de las palabras porque tenía las orejas sumergidas.

Y no, no había querido decir «coincidencia», pero no tenía tiempo para explicar la ironía: que hacía nada que había aprendido a patalear el agua en el mundo, y que ahora me estaba ahogando.

Pasa una cosa curiosa cuando te estás ahogando y alguien intenta ponerte a salvo: luchas. Es instinto. Me revolví y di patadas y vi que el rostro de Rafe se hundía. Él logró alzarse otra vez un momento antes de volverse a hundir, y yo me acordé de aquella escena al final de *Titanic* y me pregunté cuál de nosotros estaría sobre un trozo de madera con la vida pendiendo de un hilo, y cuál de nosotros estaría muerto.

Me imaginé un resultado. Y, la verdad, preferiría que fuera ese. Si uno de nosotros tenía que morir, que fuera yo. No Rafe. Aunque lo mejor sería que ambos sobreviviéramos.

— Tendrás que salvarte tú mismo y patalear hasta que pueda pedir ayuda o agarrar una tabla — dijo Rafe respirando con dificultad—. En un segundo, te voy a soltar, ¿vale?

No tuve tiempo de decir «vale», aunque estaba de acuerdo. *Vale*. Compartimos una última mirada y pensé: *Ahora no. Por favor, no ahora que justo empiezan a pasar cosas en mi vida*.

Rafe me soltó e, igual que en Nuevo Hampshire, me hundí como una roca. Toqué el fondo de la piscina.

Pero, esta vez, reboté. Quizás fuera porque me sentía más ligero, no lo sé. Reboté una vez más hasta casi la superficie y, la siguiente vez que toqué el fondo, me impulsé bien arriba y moví los brazos para acercarme al lateral de la piscina.

Llegué al borde y me agarré a él. Nunca me había alegrado tanto de agarrarme a algo.

Y allí, aferrado con todas mis fuerzas y con Rafe diciéndome que fuera hasta la zona que no cubría, me di cuenta: me había salvado a mí mismo. No había sido Rafe. Él me había ayudado, pero había sido yo quien al final había averiguado cómo nadar para poner mi pesado cuerpo a salvo.

Fin



Agradecimientos

Hay tantas personas a las que dar las gracias... Mi enorme agradecimiento para:

Los cientos y cientos de fans que se tomaron el tiempo de enviarme un correo electrónico o escribirme en las redes sociales para expresar la necesidad que tenían de una secuela. ¡Este libro no existiría sin vosotros!

Marty Cornelissen y Kim Moore por mostrarme Alton, Nuevo Hampshire, y lo que es la vida en una granja de Alton. ¡Perdonad todas mis preguntas ridículas y gracias por vuestra paciencia!

Patrick Jackson, el *slam poet* original de «¿te implicas o pasas?».

Mis magníficos lectores beta Joey Avalos, Kameron Martinez, Anthony Isom, Josh Horton y Logan Moreno. Vuestros comentarios perspicaces y entusiasmo ayudaron muchísimo.

Brent Hartinger, mi colega escritor, que siempre está ahí con críticas amables y útiles que me salvan de ser aburrido (¡adiós, trama confusa!).

Erin Jade Lange y Amy Dominy por sus críticas inteligentes.

Lisa y Matt McMann y Tom y Joy Leveen por su maravilloso apoyo y amistad. Os quiero a todos.

Kail Overstreet y toda la gente de TYME y Just Us del Oasis Center de Nashville, que me ayudaron a entender la fluidez de género mejor de lo que la entendía antes. Sigo aprendiendo, ¡y espero haber hecho que os sintáis orgullosos!

Mike Graham, que me ayudó a salir de algunos baches difíciles y me presentó las ideas de Brené Brown. Cuando Hannah habla de una mujer que escribe sobre la vulnerabilidad, se refiere a Brown. Para profundizar más en estas ideas, recomiendo encarecidamente su libro *Los dones de la imperfección*. Y mi agradecimiento también para la doctora Brown, que me cambió para mejor: muchísimas gracias por todo lo que haces.

Mi amada familia. Mi padre, que siempre está ahí con alguna idea (trágicamente mala); mi madre, que es mi mayor fan; mi hermana y mi hermano, que me quieren tal y como soy y me animan a seguir adelante; mi Karen y mi Sam, e incluso Finn, quien jamás debería haber conseguido el nombre de primo Oliver; mi Mabel y mi Buford, a quienes quiero un montón; y mi Chuck, el Ben original, que es mi vida.

Mi familia educativa. Mi editora, Cheryl Klein, que tuvo que preguntar varias veces: «¿Eso es lo que crees que significa “reprimido”?». Tú limas mis lados más ásperos y parece que, mágicamente, siempre sacas lo mejor de mí; Arthur A. Levine, por tus ánimos y tu amistad; Lizette Serrano, Jennifer Abbots, Lauren Festa, Tracy van Straaten, Christine Reedy, Emily Heddleson, Michelle Campbell y Antonio Gonzalez. ¡Todos formáis el mejor equipo posible!

Mi agente, Linda Epstein, que es una amiga y una defensora apasionada de mi obra y sé que, sin ella, no tendría la carrera que tengo. Muchísimas gracias por todo.

Y todas las personas que viven en los caminos de zurdos. Si fuera fácil, todo el mundo lo haría. Seguid haciendo que vuestra verdad retumbe. Sois todos unos valientes increíbles.



Créditos

Título original:

Honestly Ben

Editorial original:

Arthur A. Levine Books

Text copyright 2017 by Bill Konigsberg. All rights reserved.

Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, New York, NY 10012, USA and

Ute Körner Literary Agent

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2024

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). En pocas palabras: compra, presta libros o usa las bibliotecas, pero no piratees.

Nos cuesta mucho traducir y editar estos libros.

Edición digital:

Abril de 2024

Ilustración de cubierta:

Inma M. Guillamón

Traducción:

Ana Ramírez Requena

Correcciones:

Ángel Belmonte Rodes

Maquetación digital:

Ana Ramírez Requena

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN (EPUB): 978-84-126558-4-1

Thema: YF

IBIC: YF





Somos las hormigas

Hutchinson, Shaun David

9788412189513

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Henry Denton lleva años siendo abducido por unos alienígenas que aparecen cuando el mundo se queda en sombras. Un día, estos le dan un ultimátum: el mundo se acabará en 144 días... a menos que él, Henry, pulse un botón rojo para evitarlo.

Pero Henry no tiene razones suficientes para hacerlo. Su novio, Jesse, se suicidó el año pasado, dejando una estela de dolor y preguntas. Las cosas con su familia no es que vayan muy bien, y el chico con el que pasa el rato es uno de los matones que lo acosan en el instituto.

Salvar el mundo no parece la mejor opción. ¿O sí? La decisión, como todo lo que lo rodea, es compleja.

"Esta excelente novela de ideas invita a los lectores a preguntarse por su lugar en un mundo que a menudo parece indiferente y sin sentido. No es didáctica; al contrario, es invariablemente dramática y repleta de personajes que cobran vida sobre las páginas".

Booklist

"Un retrato valiente del dolor y la confusión del amor y la pérdida en la juventud".

Publishers Weekly

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Los Fascinadores

Eliopulos, Andrew

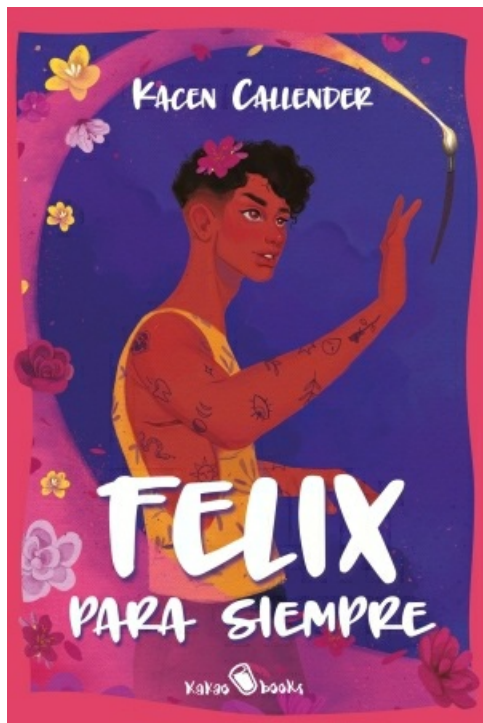
9788412189551

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Sam, James y Delia forman un trío indisoluble de amigos en un mundo en el que **la magia existe**. También son los únicos miembros de los **Fascinadores**, un club donde practican magia en un pueblo aburrido de Georgia en el que es mucho más común encontrarte con una iglesia o una vaca. Sin embargo, el último curso del instituto comienza con mal pie: Sam no sabe si James corresponde por fin a sus sentimientos o no, Delia está obsesionada con entrar en una de las mejores academias de magia, y James... **¿En qué lío se ha metido esta vez James robando un peligroso libro de hechizos?**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Felix para siempre

Callender, Kacen

9788412318999

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Felix Love nunca se ha enamorado y, sí, es consciente de la ironía. Se muere de ganas de vivirlo y se desespera por entender por qué a otros les resulta tan fácil. Y a pesar de estar orgulloso de su identidad —negro, queer y trans—, teme estar demasiado marginalizado para creer de verdad que merece amor. Pero, un día, en el vestíbulo de la escuela de arte aparece una exposición con las fotos privadas de Felix antes de la transición. Alguien quiere hacerle daño y Felix no está dispuesto a aceptarlo. Lo que no sabe es que su plan de venganza le llevará a conocer de formas distintas a otros alumnos y, tal vez, a encontrar ese amor del que tanto duda. Una historia honesta y descarnada sobre la amistad, el amor, las identidades y por qué es vital reclamar el derecho a existir. - Ganador del premio Stonewall (2021) - Finalista de los Goodreads Choice Awards (2020) - Uno de los 100 mejores libros para jóvenes adultos de todos los tiempos según la revista TIME; top 10 de libros para jóvenes adultos según YALSA «Felix para siempre es un libro

explosivo y refrescantemente real (...). Está lleno de jóvenes queer que viven, respiran, dicen palabrotas, aman y cometen fallos estrepitosos. Los adolescentes lo necesitan». (Casey McQuiston, Rojo, blanco y sangre azul)

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Con toda sinceridad

Konigsberg, Bill

9788412655803

60 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

PARA TODO EL QUE HAYA DESEADO QUE ALGUIEN TE VEA, TE COMPRENDA Y TE QUIERA TAL Y COMO ERES... Rafe tiene pensado pasar las vacaciones de Navidad en su casa de Colorado, lamentándose por lo que casi ocurre pero no ocurrió con Ben; pero su mejor amiga, Claire Olivia, tiene planes para él. Mientras tanto, Ben está pasando las Navidades en la granja de su familia en Nuevo Hampshire, y no se siente precisamente feliz. Un relato solo en formato digital de Bill Konigsberg que sucede después de Abiertamente hetero y antes de su secuela, Sinceramente Ben. «Me pregunté si Rafe me habría reconocido en el muñeco de nieve. Y me pregunté si, algún día, alguien me volvería a amar de esa forma». (Ben Carver)

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La guardia del rey

Sakavic, Nora

9788412655827

439 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Mientras que Neil Josten trata de librarse de las garras del siniestro Riko Moriyama, los Zorros luchan por superar sus temores y comportarse por fin como un equipo unido. Kevin debe hacer valer su liderazgo y confrontar su vulnerabilidad ante Riko; miembros como Renee, Danielle y Nicky deben demostrar que han dejado atrás su pasado; Andrew necesita salir adelante sin drogas... y, esta vez, tiene a su lado a alguien que lo apoya y desea protegerlo tanto como Andrew a él. ¿Lograrán triunfar sobre las malas artes de los Cuervos de forma definitiva?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)